

Miguel Dalmau

Las cenizas de Berta



Galaxia Gutenberg

MIGUEL DALMAU

Las cenizas de Berta

Galaxia Gutenberg

Índice

Las cenizas de Berta
I
II
III
Agradecimientos
Notas



© Patricia Vílchez

Miguel Dalmau

(Barcelona, 1957) es hijo de un médico catalán y una pintora cubana. Inició los estudios de Medicina, que interrumpiría para dedicarse de lleno a la escritura hasta convertirse en uno de los narradores más independientes de la literatura española. Además de su labor como novelista, donde destaca La noche del diablo, es autor de celebradas biografías como *La balada de Oscar Wilde*, *Los Goytisolo* (finalista del Premio Anagrama de Ensayo), *Jaime Gil de Biedma*, que fue llevada al cine, *Julio Cortázar o Pasolini* (Premio Comillas de Historia, Biografía y Memorias). Asimismo, ha indagado en la intimidad femenina en el ensayo *El ocaso del pudor*. Ha escrito también para la radio, la prensa dominical y el cine. Desde mediados de los ochenta colabora en el periódico La Vanguardia.

«Aquella tarde que iba a cambiar su vida, el arquitecto Julio Denis se acercó hasta la orilla del río para arrojar las cenizas de su esposa. Era invierno y la playa de Sanlúcar de Barrameda estaba desierta.»

Así comienza este *thriller* de Miguel Dalmau en el que se mueven personajes atormentados por un pasado doloroso que intentan ocultar. Mientras Denis se dispone a arrojar las cenizas al Guadalquivir, cree ver el asesinato de una mujer en la orilla de Doñana. Se acerca a la comisaría para denunciar el hecho pero nadie lo cree. Días más tarde, la aparición del cuerpo de la heredera de unas grandes bodegas despierta amargos recuerdos en figuras de la comunidad. ¿Cuáles son las viejas heridas del comisario Marchena? ¿Por qué el cuerpo de la víctima presenta un extraño tatuaje? ¿Hay entre los vecinos un asesino en serie? He aquí el enigma que Denis intentará resolver con ayuda de la fotógrafa Carla Fantoni..

La acción transcurre en invierno, en un tranquilo pueblo del sur, con el Guadalquivir como silencioso testigo del drama. Denis descubrirá allí que nadie se corresponde con su realidad. Todos esconden experiencias de dolor que al final confluyen en una única historia. Como el propio curso del río.

Bajo la apariencia de un *thriller* clásico, Dalmau plantea hondos dilemas morales. ¿Qué haríamos por vivir una pasión bida, o por volver a los días del pasado, o por conservar la casa donde fuimos felices? Las cenizas de Berta es ante todo una intensa historia de amor por lo perdido.



Un jurado compuesto por Manuel Vilas, como presidente, Ignacio Martínez de Pisón, Lara Moreno, Elvira Navarro, Inés Plana, Joan Tarrida, Carmen Valcárcel y Carlos Zanón concedió a esta obra el 16 de mayo de 2025 el LVI Premio Internacional de Novela «Ciudad de Barbastro», que convoca el Ayuntamiento de Barbastro

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: octubre de 2025

© Miguel Dalmau, 2025
La edición de este libro se ha negociado a través de The Foreign Office Agència Literària, S.L.
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025
Imagen de portada: © Patricia Vílchez, 2025

Conversión a formato digital: Fotocomposición gama, sl
ISBN: 979-13-87605-59-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus

titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Patricia

¿Adónde vamos? Vida, sálvanos a todos.

MALCOLM LOWRY

You can't go home again.

THOMAS WOLFE

I

1

El aire de un crimen

Aquella tarde que iba a cambiar su vida, el arquitecto Julio Denis se acercó hasta la orilla del río para arrojar las cenizas de su esposa. Era invierno y la playa de Sanlúcar de Barrameda estaba desierta. Había llegado la noche anterior tras un largo viaje atravesando el corazón del país. Aunque se sentía bastante cansado, le quedaban fuerzas para cumplir un encargo que se había demorado demasiado tiempo: en realidad hacía casi un año que Berta había muerto y él había sido incapaz de llevar a cabo su última voluntad. Durante ese período se refugió en su despacho madrileño preparando nuevos proyectos que lo mantenían en vela hasta la madrugada. Le costaba tanto volver a casa que se había acostumbrado a dormir en el sofá como un general napoleónico en su tienda de campaña. Todo era frágil y provisorio, sin atisbos de futuro ni esperanza.

Tras aparcar cerca del faro, salió del coche y contempló el ancho curso del Guadalquivir. En la otra orilla, los primeros fulgores del ocaso acariciaban los pinares del Coto de Doñana. Todo permanecía en calma, como un colosal diorama que avanzaba silencioso hacia el estuario. Denis respiró hondo y empezó a caminar hasta la arena. Se sentía extraño portando aquella bolsa de Adidas con las cenizas de su mujer. Notaba la presencia de la urna en su interior como una llamada perentoria que no podía desoír. Buscaba el lugar más adecuado, el más bello, para despedir a Berta. Al principio estuvo

considerando si acercarse hasta el muelle y dejar las cenizas allí, donde las voces de los pescadores la acompañaran durante el día y los latidos luminosos del faro la protegieran de la noche. Pero luego recordó que ella escondía un alma solitaria, un alma que habría preferido reposar en esa orilla interminable y desierta.

El viudo siguió caminando un buen trecho, sintiendo la brisa fría del río. Respiró. Luego se fijó en los botes de madera que languidecían como conchas gigantes varadas en la arena. Los pescadores habían pintado con esmero el nombre de alguna mujer en colores vivos: Carmen, Rocío, Lola... Pensando en ello, cayó en la cuenta de que nunca había escrito el nombre de Berta en ningún árbol ni en ninguna barca. Lo sintió. También pensó que aquellos nombres no sólo eran la huella de un amor barrido ya por la marea, sino la prueba de que el mar nos aguardaba cada día como una promesa. Una nueva luz. Pero esa nueva luz, pensó Denis, no llegaba y en todo caso lo sorprendería ya en otro lugar. ¿Dónde? Tampoco se lo había planteado. Aunque el Guadalquivir se desplegaba ante sus ojos anunciando la promesa del mar, él era incapaz de imaginarse un paisaje marino que llevara su nombre.

De pronto, un fuerte vendaval se alzó desde el estuario e irrumpió en la playa levantando enjambres de arena. Denis recibió el impacto en la cara, alfileres casi invisibles, irritantes, y se protegió con la mano. Ahora se tambaleaba con torpeza con los ojos entrecerrados, en busca de un refugio que debía estar en alguna parte cerca del astillero. No lo encontró. Tras vagar un rato decidió ir hasta la primera línea de casas. A diferencia de Berta, no le gustaba el viento. En cierta ocasión ella le había dicho una frase inolvidable: «Cuando camino contra el viento, parece que me borra cosas.

Quiero decir, cosas que quiero borrar». Pero él habría necesitado un huracán para borrar aquello que lo había traído a Sanlúcar.

Azotado por el vendaval, Denis renunció a alcanzar su objetivo y se refugió con premura en el porche de una casa abandonada. Era un viejo edificio de dos pisos, de planta cuadrangular, cuya fachada daba al río; la puerta estaba condenada por un muro de ladrillo y las ventanas tapiadas bajo unos tablones de madera podrida. Durante unos instantes intentó recobrar el aliento mientras se hacía una composición de lugar: era evidente que la tarde se había vuelto demasiado inhóspita como para despedir a su mujer en una ceremonia al aire libre. La única alternativa era regresar a casa. El «entierro» de Berta tendría que esperar a otro día, y, al pensar en ello, sintió de pronto un gran alivio. Sólo entonces cayó en la cuenta de que en el fondo aún no estaba preparado para despedirla. Aunque había hecho grandes esfuerzos para afrontar la hora del adiós, el viento le recordaba de golpe la fragilidad de su corazón. Quizá no era tan fuerte como pensaba, o quizá seguía tan enamorado de ella que le faltaba valor. En todo caso, aquel vendaval continuó azotando la playa, multiplicando su sensación de soledad.

Cada vez más inquieto, Denis permaneció atrapado en el porche incapaz de salir. No se consideraba una persona con poderes extraordinarios. Dotado de un gran espíritu analítico, jamás había creído en fantasmas ni en aparecidos. Simplemente no se fiaba de nada que no pudiera tocar o medir. Podría haber visto al monstruo del lago Ness surgiendo de la niebla y se habría dado la vuelta tan tranquilo, convencido de que alguien estaba rodando un *spot* publicitario de *whisky*. Sin embargo, esa vez notó algo extraño, sintió algo oscuro en aquella casa. Apenas entrar en el porche, con

el viento zumbándole en los oídos, tuvo la extraña impresión de que algo ominoso había sucedido allí, aunque no pudiera explicarlo en términos racionales. Cuando tiempo después tuvo noticia de ciertos hechos, su mente regresó como un relámpago a esa primera tarde de invierno junto al Guadalquivir.

Durante un rato Denis sucumbió a esa ensoñación provocada por el viento, hasta que de pronto la realidad lo golpeó en la cara. Estaba contemplando la otra orilla del río, en la parte solitaria de Doñana, cuando presenció la llegada de un coche blanco que surgía de los pinares que se alzaban junto al embarcadero. Luego una pareja salió del automóvil. En la distancia Denis sólo acertó a distinguir dos figuras que se movían contra el telón verde de los pinos. El viento tampoco le permitió ver con nitidez la secuencia completa de los hechos, pero en cierto momento le pareció ver que la pareja discutía acaloradamente. Él se acercó, ella lo rechazó. Hubo un forcejeo, al que siguió una coreografía muy violenta que culminó con aquel hombre estrangulando a la mujer. Entonces el corazón de Denis se desbocó. Lo que más le angustiaba era sentirse impotente, contemplando el drama sin poder hacer nada. Estaba paralizado como en una pesadilla, sin poder gritar, sin poder huir ni pedir auxilio, con los pies hundidos en la ciénaga del miedo. En un instante la orilla tan sólida y perfilada de Doñana se transformó en un *sfumato* tembloroso donde no era fácil distinguir la realidad del sueño. La belleza del horror. Pero Denis comprendió que lo que estaba sucediendo no podía durar mucho más tiempo. Había vivido lo suficiente para saber que los dramas de la vida se desarrollan siempre hasta el final. Es como una rueda que desciende imparable por la ladera de una montaña y sólo se detiene al fondo del abismo.

2

El calor de los extraños

Media hora más tarde, Denis entró abrumado en el hotel Guadalquivir. Era un edificio muy alto, relativamente moderno, a medio camino del centro y otro tanto de la playa. En temporada baja el establecimiento se encontraba apenas a un tercio de su ocupación; sin embargo, solía registrar bastante actividad durante la puesta de sol, pues algunos románticos exaltados la consideraban la más bella del mundo. En efecto, la última planta del hotel permitía acceder a una amplia terraza a los cuatro vientos que era una magnífica atalaya para contemplar la ciudad, la desembocadura del río y el Coto de Doñana. En condiciones normales la terraza habría estado bastante llena, pero aquella tarde los parroquianos se habían refugiado en el bar-cafetería El camarote. Sólo una criatura confusa y cansada como Denis podía armarse de valor para salir a aquella terraza solitaria azotada por el viento.

Sin embargo, el arquitecto tenía un propósito: observar desde lo alto el escenario del crimen. Desde niño necesitaba ver para comprender. Aunque el vendaval no había cesado, las amplias mamparas de vidrio amortiguaban el fuerte viento y pudo acercarse hasta la baranda tras sortear varias mesas vacías. Denis tuvo la suerte, además, de encontrar allí uno de esos catalejos que permiten contemplar el panorama. Tras colocar una moneda en la ranura, orientó el cilindro de metal hacia la orilla del coto. Enseguida consiguió fijar el objetivo en su único punto de referencia: la explanada frente a los pinares cercanos al embarcadero. Lo primero

que advirtió Denis es que el coche blanco había desaparecido; tampoco vio el menor rastro de la pareja. Pese a esas evidencias, hizo un esfuerzo por enfocar con precisión el tramo de orilla donde había creído ver a un hombre estrangulando a una mujer. Nada. Pero mientras barría el campo visual, una figura irrumpió en la escena. Denis ajustó al máximo el dial del catalejo y descubrió a una mujer que parecía tomar fotografías. Lo invadió una nueva curiosidad: ¿quién era? ¿Qué estaba viendo ella a través de la cámara? ¿Acaso el cuerpo de una víctima que él no podía ver? Ahora todo sucedía como una película de cine mudo, salvo por el viento que seguía soplando sobre el río. Sí. Aquel viento lo desfiguraba todo como un cuadro fantasmal, hasta el punto de que la escena fue adquiriendo los contornos evanescentes de los espejismos.

Denis apartó la vista del catalejo. No tenía sentido seguir mirando un cuadro que se desvanecía con las penúltimas luces. Además el ruido del viento le estaba provocando un gran desasosiego: era algo que no guardaba relación con la incomodidad sino con su deplorable estado de ánimo. Frío, ansiedad, incertidumbre. Necesitaba una copa cuanto antes, pero lo tenía prohibido por su médico. Abandonó la terraza tambaleándose y entró en la cafetería. La gente seguía refugiada en el salón –al amparo de tazas humeantes–, y tuvo la impresión de que todas las miradas se clavaban en él. Alto, delgado, el abrigo azul marino. Seguramente lo veían como un loco. Ese loco pasó entre las mesas en dirección al sanctasanctórum de El camarote. En realidad, se trataba de una pequeña barra de madera con un par de taburetes orientados al ventanal que daba al río. Aquella disposición era un acierto, porque el cliente no debía enfrentarse al panorama habitual –el camarero de uniforme blanco y

un muro de botellas–, sino a un lienzo transparente que se desplegaba ante los ojos en toda su maravilla. Denis no había visto nada igual y tomó asiento. Buscó en vano al camarero y esperó. Estaba sentado en la barra, contemplando en éxtasis el Guadalquivir, cuando una voz varonil, melodiosa y bien temperada interrumpió sus ensoñaciones:

> –Mirar el río hecho de tiempo y agua
> y recordar que el tiempo es otro río,
> saber que nos perdemos como el río
> y que los rostros pasan como el agua.

Denis permaneció inmóvil, porque creía que el desconocido estaba dirigiéndose a otra persona. Se limitó a seguir mirando a través del ventanal como quien espera la noche. Pero cuando oyó decir al otro «El ocaso es nuestro destino», tuvo que reconocer que aquella voz era especial y volvió la cabeza. Sólo entonces pudo ver al hombre con claridad. Era mayor que él. Debía de tener unos cincuenta años: calvo, tez morena, nariz aguileña, labios gruesos y ojos azules; como detalle inusual, lucía barba entrecana en forma de perilla. Denis observó que iba impecablemente vestido, con un fular de seda en el cuello, como si aguardara una cita de amor.

–Francisco Larios –dijo el hombre, estrechándole la mano–. Paco para los amigos.

Denis se fijó en su dedo meñique, donde refulgía un gran anillo de sello en cuya placa de oro estaban repujadas las letras «F. L.». Aunque no se sentía con humor, se presentó y esbozó una tímida sonrisa.

–Usted no es de aquí, ¿verdad? –preguntó el desconocido.

–Acabo de llegar...

–Yo llevo demasiado en Sanlúcar –dijo Larios–. Pero nunca me canso de ver esto. Vengo cada tarde. Me tomo mi güisquito y miro el río hasta que se pone el sol.

–Es impresionante, la verdad.

–Sí. ¿Y sabe por qué? Porque el paisaje de la otra orilla no ha cambiado en cinco mil años. Ni siquiera hay un puente para cruzar el río. Ya lo ve. ¿Qué quiere tomar? ¿Una copa?

Denis no quiso decirle que no podía mezclar el alcohol con los ansiolíticos que tomaba desde la enfermedad de Berta.

–Prefiero una infusión, gracias.

Larios hizo chasquear los dedos como si dirigiera una orquesta de *swing* y el camarero acudió volando. Mientras la infusión de menta se templaba en la taza, sometió a Denis a un pequeño interrogatorio. Era hábil. A los pocos minutos ya sabía bastante acerca de su vida en Madrid y sobre los motivos dolorosos que lo habían traído a Sanlúcar; Larios también averiguó que estaba instalado en el apartamento de un amigo en el Barrio Alto. Ahora lamentaba haber sido tan directo con un forastero que parecía muy cansado de todo. Lo que ignoraba es que parte de esa fatiga era fruto del crimen que Denis había creído ver desde el porche de la casa abandonada. Pero aún se hallaba en estado de *shock* y no quiso confiar sus terribles impresiones a un extraño.

–Yo trabajaba de reportero en Cádiz –dijo Larios cambiando de tema–, y me mandaron aquí. Todo esto era muy distinto: la gente era más tranquila y nunca pasaba nada.

La última frase llamó la atención a Denis. ¿Qué había querido decir? En todo caso no se sentía con ánimo de preguntar ni de

remover sucesos funestos. Aunque el calor humano le había hecho bien, el cansancio del viaje le estaba pasando factura. Pidió la cuenta e hizo ademán de irse. Larios se lo impidió.

–Es mi casa, Julio –dijo tuteándole–. Invito yo. Además siempre tienen problemas con el cambio. Es por el dichoso catalejo de fuera. Hay mucho lío con las monedas, ¿verdad, Juanito? –preguntó dirigiéndose al camarero.

–Sí, don Paco. Me tienen frito, sobre todo los rusos y los chinos. Me cuelan cada cosa... Suerte que ahora en invierno no hay nadie.

La charla perdió interés para Denis. Aunque Larios le había parecido un tipo agradable, tampoco se sentía de humor para prolongar el momento. Se despidió con amabilidad, tomó el ascensor y abandonó el hotel. Mientras se dirigía en coche al apartamento, reparó fugazmente en la bolsa de Adidas. Todo seguía como al principio: había pasado la tarde junto al río, buscando el lugar más adecuado para arrojar las cenizas de Berta. Luego había visto «algo» en la otra orilla –algo confuso y ominoso con el aire de un crimen–, y al final se había refugiado en la terraza de un hotel. Pero el encargo seguía pendiente.

Ya en casa, puso un poco de música para relajarse y se sentó en el sofá. Ciertamente las cosas no habían salido como esperaba, sobre todo por la abrupta irrupción del mal en una tarde llena de tristeza. Pero desde la enfermedad de su esposa ese desajuste con la vida era algo así como su karma, su destino. En ese destino no había fecha de vuelta: lo había dispuesto todo en el estudio de Madrid para poder tomarse unas discretas vacaciones fuera de temporada. Una semana blanca, hecha de cenizas y de lágrimas. De pronto le pareció indigno que su mujer tuviera que pasar la noche

dentro de aquella bolsa deportiva. Se levantó y colocó la urna sobre la repisa de la chimenea; también puso una foto de Berta en un instante de plenitud. Lo hizo ceremoniosamente, con un celo mesurado y exquisito, como quien dispone los objetos preciosos en un altar. Sólo le faltaba elevar una plegaria, pero ya no le dio tiempo. Estaba tan cansado que subió a la buhardilla de madera y se derrumbó en el futón japonés, casi inconsciente, como un corredor de maratón que se desvanece en la recta final.

3

La intrusa

Denis solía tener el sueño ligero, pero aquella noche cayó preso en una densa malla de oscuridad. El cansancio, los somníferos, una cama nueva, lo sumieron en un pozo impermeable a toda conciencia. Luego aquel sueño abrasador, inquietante del que no lograba escapar. ¿Qué estaba soñando? A grandes rasgos se veía volando como un pájaro, que se desplazaba silencioso sobre la orilla de Doñana. Todo había pasado y estaba pasando a un tiempo: la llegada del coche, la pareja junto al río, luego la discusión, y el enfrentamiento violentísimo hasta el horror final. Pero ese «luego» no respondía a una secuencia ordenada de los hechos, sino a un magma sin orden ni concierto que sólo tenía sentido en el inconsciente de Denis.

Una vez más el sueño estaba completando la obra del día. Todo lo que había entrevisto desde la casa abandonada se iba haciendo tan

real como un hecho consumado. Sólo que ese hecho consumado reunía a su antojo los elementos de la realidad hasta recrear un argumento nuevo con las tintas de lo increíble. La víctima, por ejemplo, era una joven sobrina de Berta; el coche blanco del asesino era su propio coche, y el asesino en cuestión no era otro que Juanito, el camarero del hotel. Sí, increíble. Pero al fin y al cabo la sensación de estar atrapado por lo increíble constituye la esencia misma de los sueños. Aquel delirio sin sentido, en cambio, poseía una lógica aplastante que se mantuvo hasta la llegada de la luz.

Sin embargo, no fue la luz lo que devolvió a Denis al mundo de los vivos. Fue un golpe. A primera hora de la mañana el ruido de una puerta azotada por el viento lo sacudió, devolviéndolo a la realidad. Sobresaltado, se incorporó y trató de asimilar aquella intrusión. Se puso en pie y se asomó a la baranda de la buhardilla. Miró hacia abajo. Una mujer gruesa lo miraba desde el salón como si fuera un fantasma.

–¡Ay, la Virgen! ¡*Menúo* susto! –exclamó ella–. ¿Quién es usted?

–¿Y usted? –respondió Denis soñoliento.

–¿Yo? La asistenta del señor Alberto –repuso la mujer con orgullo.

–No me dijo nada.

–A mí tampoco. *Ná* de *ná*. Pero no me extraña. Don Alberto tiene muchas cosas en la cabeza. Lo malo es que luego me da cada sorpresa que *pa* qué. Va dejando la llave a los amigos... Y luego la Loli más *perdía* que el barco del arroz.

En ese momento Julio Denis se sintió ajeno a todo. Había sido arrancado de una pesadilla y ahora se encontraba con la pequeña pesadilla de la realidad. Un ático en una ciudad desconocida, dando explicaciones a una extraña tan atónita como él. Lo último que

deseaba era entablar conversación con nadie, pero de nuevo el azar decidió la suerte. En el momento en que bajaba la escalera, la mujer emitió algo similar a un grito. Había descubierto la foto de Berta sobre la chimenea.

–Pero si es la de la tele...

–Sí –repuso Denis con un hilo de voz.

–No sabía que fuera amiga del señor Alberto.

–Mucho.

–Pobrecita, tuve un disgusto. Mírela, qué guapa. Parece la Virgen del Rocío.

Denis guardó silencio. Desde la muerte de Berta había oído cientos de frases parecidas, y cada una de ellas lo arrojaba a un extraño lugar donde convivían el orgullo y la tristeza. Aquel aluvión de elogios hacia su esposa le había supuesto una prueba extra en la elaboración del duelo. A veces tenía la impresión de ser el viudo de una santa, y no le gustaba en absoluto porque esos elogios llevaban implícito el mensaje de que él no era un santo. La mayoría de veces, sin embargo, la sonrisa fresca de Berta se imponía sobre todo lo demás y él aceptaba que el mejor regalo de la vida había sido el amor de una persona extraordinaria que era querida por todos. La mujer se acercó a la foto y entonces descubrió la urna de bronce.

–Madre mía, Loli, es que no sabes tener la boca *cerrá*. ¿Usted es el *marío*, no? Se nota. Lo siento mucho. Soy Dolores Morales, la Loli, para servirle.

–Julio Denis.

Desde niña, la Loli poseía el don de captar a las personas a golpe de vista; era algo tan natural en ella como el polvo en las alas de una mariposa. Enseguida pudo hacerse una idea cabal del hombre

abrumado que acababa de bajar la escalera. Seguramente había sido bastante atractivo, aún era joven, y había llevado una existencia afortunada como en las revistas del corazón. Esto era evidente, pensó ella, pero también lo era que había recibido un duro golpe y ahora se encontraba perdido en ningún lugar. De pronto esa certeza avivó su innato sentido de protección, el instinto maternal tan exacerbado en las mujeres del sur.

–Siéntese, señor Julio. Le preparo un café y un mollete con jamón.

El arquitecto no tuvo tiempo de reaccionar. Se limitó a obedecer como si fuera incapaz de decidir por sí mismo. La asistenta parecía atesorar la energía afectuosa de las mujeres de antaño, aquellas que sostuvieron el universo en rincones sin memoria. Mientras tomaba el desayuno tuvo que fingir interés ante la charla de la Loli. Gracias a ello, su figura se le hizo algo más cercana y familiar. Había nacido en el pueblo, le contó ella, se había enamorado de un pescador de Chipiona, se habían casado, sin hijos, y había quedado viuda a los cuarenta años. Era el punto negro de su vida. Denis tuvo que admitir que al menos tenían algo en común, una vivencia que encuadraba sus vidas con el marco negro de la pérdida.

–Mi Paco era un buen hombre, muy trabajador –dijo ella–. Todo el mundo lo quería... Yo le echo mucho en *farta*, sobre todo ahora, en invierno. Usted ya me entiende.

En efecto. Denis la comprendió perfectamente: noches largas, noches frías, a solas sin el alma más querida para darle el primer y último abrazo. Ese infierno íntimo y callado.

La asistenta siguió dibujándole trazos de su vida, hasta conformar el retrato de una persona honesta y sin importancia. Sin embargo, la Loli desprendía esa carga de calor humano que Denis tanto

necesitaba, y sobre todo una energía a prueba de bomba. Aquella mañana había ido temprano al mercado; luego se había detenido en el ático del señor Alberto, del que hablaba maravillas, y tras barrer la terraza de la buhardilla, le había preparado el desayuno. Después repasó el baño, guisó y limpió la cocina. Terminada la faena, Denis aprovechó para salir con ella de casa y bajaron juntos la noble escalera de piedra. La Loli, entretanto, seguía hablando de asuntos modestos, retazos de vida cotidiana que reflejaban su amor por los demás. Denis se dejó llevar. Había algo en aquella mujer que le levantaba el ánimo: quizá la simpatía luminosa de los andaluces que funciona como una llama de afecto que irradia calor. Pero al llegar al portón de la calle la actitud de ella cambió de golpe.

–Soy viuda, señor Julio. Usted no sabe lo que son los pueblos. En dos días me harán un traje. Como decía mi abuela: «Pobre seré, pero muy señora para mis cosas»... Así que usted por aquí y yo por allá.

Se despidieron casi furtivamente. Denis la vio desaparecer rumbo abajo por la calle Caballeros, las piernas cargadas y varicosas, la cadera tan rotunda como los hombros de Atlas, capaces de soportar el mundo sin un lamento ni una exigencia. Le recordó a las criadas de su infancia, figuras imprescindibles en el primer acto de su vida, mujeres tan hondas en su simplicidad y en su entrega que Denis no podía más que estarles profundamente agradecido. Luego pensó en Berta, en lo mucho que habrían disfrutado la una de la otra: la Loli, como loca, ante la idea de poder servir a la reina de la tele, y Berta, tan feliz de reencontrar a esas mujeres hechas de bondad y espíritu de sacrificio. Luego cayó en la cuenta de que aquellas mujeres, que

eran como de la familia, iban desapareciendo del mapa, barridas por el mal viento del progreso.

4

Carabelas de la nada

Al pasar frente al Mercado de Abastos, Denis se percató de que había olvidado la urna con las cenizas de Berta. Estaba tan confuso con la aparición exuberante de la Loli que su cerebro le mandó la orden de que debía salir del ático en busca de su propia ración de vitalidad. Cuando recobrara la energía suficiente, pensó, podría abordar el encargo que le había traído a Sanlúcar.

Entretanto la ciudad parecía recibirle con un ánimo más amable. La tormenta había pasado sin dejar rastro, o al menos sin señales dramáticas a la vista: sólo envoltorios de papel y hojas arrastradas por el viento. Denis siguió caminando calle abajo en dirección al centro. Era una mañana clara, soleada, bendecida por la brisa fresca del río. Justo al entrar en la plaza del Cabildo se le hizo la luz: si realmente creía haber visto un crimen era necesario salir de dudas. Había que hacer algo. Tenía que volver al principio, y el principio era la orilla del Guadalquivir.

El plan consistía en darse una vuelta por el Coto de Doñana en busca de alguna señal que confirmara el drama de la tarde anterior. Esa perspectiva le estaba provocando una ansiedad desconocida. ¿Cómo iba a reaccionar si al final encontraba algo? La única forma era enfrentarse a ello. Pero antes de hacerlo debía hallar la forma de

cruzar el río, y en invierno no era tan fácil. Larios ya le había dicho que no existía ningún puente. Por otro lado, el ferry que cubría el trayecto –un barco a vapor de aire romántico, similar a los que surcan el Nilo en las novelas de Agatha Christie– estaba fuera de servicio. También distinguió un viejo transbordador en el embarcadero, *La Olga*, pero en la cabina no parecía haber nadie. Este contratiempo lo dejó varado, por así decir, ante la antigua fábrica de hielo. Durante décadas, aquel edificio erigido en la posguerra producía el hielo que garantizaba la conservación del pescado que llegaba a puerto. Tras la crisis, el viejo muelle de Bajo Guía cayó en desgracia y fue reemplazado por un puerto nuevo en la playa de Bonanza. Río arriba. Ahora la vieja fábrica acogía un centro de visitantes, que era algo así como el museo marítimo de la ciudad.

El viudo no había previsto una visita. Sin embargo, su ubicación privilegiada lo convertía en una excelente atalaya para contemplar la otra orilla del Guadalquivir. Y Denis entró. Acostumbrado a los grandes museos de la capital, tuvo que admitir que había llegado a un espacio modesto y sin grandes pretensiones, aunque imbuido por la grandeza histórica del lugar. Los creadores del centro habían sabido aprovechar, además, el reclamo extraordinario de la naturaleza virgen que se extendía al otro lado del río. Durante unos minutos Denis recorrió la planta baja, donde había una muestra permanente dedicada a la historia de Doñana y las marismas del Bajo Guadalquivir. Aunque no era un experto en museística, comprobó que el centro necesitaba una renovación: se había quedado un tanto obsoleto, con propuestas poco interactivas e instalaciones bastante deterioradas. En el fondo, lo más moderno de

aquella planta era la taquilla, donde los visitantes adquirían billetes para las excursiones, y la tienda de *souvenirs*.

No era el caso de Denis, cuyo único propósito era hacerse una idea más real del lugar del crimen. Si contemplaba la orilla nefasta desde una distancia más próxima quizá lo vería todo más claro, o sólo vería algo extraño, por pequeño que fuera, que reforzara sus sospechas. Subió la escalera y se detuvo en la sala de la segunda planta. No había nadie. En el centro de la sala destacaba una réplica a escala de la nao *Victoria*, la primera embarcación que dio la vuelta al mundo. Según el panel explicativo, escrito en unos caracteres demasiado pequeños para la vista cansada de Denis, aquella carabela había partido de Sanlúcar de Barrameda en agosto de 1519. El panel añadía otros detalles de valor sobre varios viajes de una época extraordinaria que cambió el rumbo de la historia, la noción del mundo y el destino de la humanidad.

Denis se acercó a los ventanales para asomarse al Guadalquivir, pero descubrió que estaban tan empañados por el salitre que era casi imposible divisar con claridad la otra orilla del río. Entonces forzó la puerta de cristal y salió a la gran terraza que daba a Doñana. Ante sus ojos se abría ahora un espléndido panorama, más pulcro y nítido que la tarde anterior. La masa de árboles era de un verde muy intenso, como si todos los pinos de la orilla celebraran un cónclave en honor de alguna deidad antigua a cargo de la naturaleza. Denis respiró hondo, necesitaba nutrirse de un oxígeno que procedía directamente del color de la esperanza. Luego bajó un poco la mirada para concentrarse en el río. Todo estaba allí, lo que había visto y lo que había creído ver, la realidad y el sueño, la verdad

y el misterio. De algún modo se le antojó una metáfora de la vida. Por eso mismo se preguntó cómo iba a ordenarlo todo.

Mientras contemplaba embelesado el estuario, deslizó la vista hacia el Club Náutico que se alzaba al otro lado de la calle. Y de pronto volvió a ocurrir. Vio salir a una mujer de las instalaciones, y descubrió atónito que era la fotógrafa que había visto en Doñana desde la terraza del hotel. De inmediato, Denis sucumbió al impulso de bajar corriendo e ir en su busca, aunque enseguida se dio cuenta de que era batalla perdida. Por mucho que quisiera, ya no llegaría a tiempo para interceptar a esa mujer que ahora trepaba a lomos de una moto y ponía rumbo hacia el faro de Bonanza. Lo que más le sorprendió es que la desconocida seguía llevando la misma ropa –o al menos la misma cazadora roja–, y que su motocicleta era bastante antigua. Denis lo supo al instante porque era un buen aficionado. Sí. La moto de color rojo que se perdía río arriba con un estrépito del pasado era nada menos que una Bultaco Mercurio: una joya de mediados de los años sesenta. ¿Qué demonios hacía esa mujer con una motocicleta que parecía surgida de un museo *vintage*? Denis tuvo la impresión de que las sorpresas en Sanlúcar no habían hecho más que empezar. Pero al menos esta no era una pesadilla.

Resignado, bajó la escalera y se dirigió a la salida. Antes de abandonar el edificio pensó en la réplica de la carabela del piso superior. Aquella nao era el símbolo de una época de grandes aventuras en que el tiempo se medía casi con relojes de arena. Entonces se preguntó cuánto tiempo habría tardado una embarcación del siglo xvi en cubrir el trayecto entre el muelle de Bajo Guía –donde se alzaba la fábrica de hielo–, y el fondeadero de

Bonanza. Luego pensó en el poco tiempo, apenas un soplo, que iba a necesitar la mujer de la moto para llegar al mismo destino. Sea como fuere, ya no existían carabelas que zarparan hacia el Nuevo Mundo, ya no quedaban galeones cargados de oro que regresaran pletóricos de América. Ni siquiera subsistía al completo la formidable flota pesquera sanluqueña, que se hacía al mar como en los días de antaño. Ahora la vida era mucho más cómoda y todo iba más rápido, pensó Denis, pero por la misma razón todos caeríamos antes en el olvido.

5

Un comisario de película

Tras la imposibilidad de cruzar el río, Denis regresó a la plaza del Cabildo donde los sanluqueños se encontraban siempre en algún momento del día. Aquella ágora amplia y bulliciosa era la viva estampa del sur: viejos edificios blancos, terrazas al aire libre, sombrillas, farolas, palmeras, naranjos, y la fuente cantarina en el centro, marcando dulcemente la vida provinciana. Sentado en la terraza de la taberna Barbiana, el arquitecto tomó entonces la decisión más sensata y la más lógica: acudir a la comisaría. Pero ¿a cuál? A diferencia de Berta, él sabía muy poco de los cuerpos de seguridad del Estado. Todo se reducía a cuatro tópicos de la infancia que apenas tenían ya curso legal. Ahora se daba cuenta de que había permanecido a salvo en una burbuja, proyectando casas para gente rica y viviendo de espaldas a la realidad de la mayoría. Una

vez más lamentó la ausencia de su mujer, porque ella lo habría conducido de la mano hasta el lugar correcto. Mientras consultaba en su teléfono móvil pidió una copa de vino blanco. Generalmente no bebía antes de comer –y desde que tomaba ansiolíticos no bebía casi nada–, pero el alcohol vencía siempre su timidez. Y esa mañana necesitaba valor.

Poco después se detuvo en la puerta de la comisaría de Sanlúcar de Barrameda. Desde el primer momento tuvo la impresión de que había entrado en un plató de televisión: uno de esos escenarios de serie policíaca donde cada actor ocupa su lugar y la única trama posible es resolver un caso en cada capítulo. ¿Era el suyo un caso real? No estaba seguro. También se dio cuenta de que la vida le había preparado para bastantes cosas, pero entre ellas no figuraba el pisar las dependencias policiales. En realidad, no es algo que le suceda a todo el mundo ni forma parte de la rutina de la gente, de modo que se sentía a merced de un código que era incapaz de descifrar. Lo paradójico es que por un fenómeno asociado a su niñez se sintió de repente culpable, o al menos observado por un gran ojo invisible que parecía saberlo todo de él. Y eso no le gustó.

Ahora Denis miraba con discreción aquel decorado: mesas llenas de papeles con informes y atestados, archivadores, un par de ordenadores viejos, las mamparas blanquecinas, y varios paneles de corcho entre los que destacaba un gran anuncio sobre la violencia de género. El viudo observó por un instante el rostro tumefacto de aquella mujer golpeada y su cerebro voló como el rayo a la orilla del río. Aquello le quemaba por dentro cada vez más. Pasado el *shock*, comprendía mejor la envergadura del drama y la necesidad imperiosa de hacer algo. Pero aunque había solicitado una cita con

el comisario, el tiempo iba pasando y todo permanecía en una inmovilidad exasperante. En vista de que no progresaba, Denis tuvo una idea luminosa: espoleado por el vino, carraspeó ostensiblemente para llamar la atención, como había visto hacer en tantas películas. Funcionaba. La mujer policía que lo había atendido alzó la vista y lo miró. Entonces él dejó caer un apellido de alcurnia, como un jugador avezado de póker que deposita una carta ganadora sobre la mesa:

–Tengo una cita con la marquesa de Miraflores.

El rostro de la mujer cambió de color. Aquel nombre tan romántico seguía teniendo un aura irresistible entre la gente de Sanlúcar: ella se puso en pie y desapareció tras una puerta. Poco después regresó en compañía del comisario Antonio Marchena. Se saludaron. El policía observó con cierto recelo al hombre un tanto sombrío que tenía delante. No necesitó fijarse en la ropa de marca para llegar a la conclusión de que estaba ante el típico señorito de fuera del pueblo que se había metido en un apuro y deseaba que se lo resolvieran por real decreto. El hecho de que hubiera recurrido a un nombre tan alto como el de la marquesa de Miraflores quería decir muchas cosas, demasiadas, y ninguna de esas cosas eran de su agrado. A Marchena no le gustaba nada comenzar la partida en desventaja y menos ante un desconocido. Sabía por experiencia que siempre es mejor relacionarse en igualdad de condiciones, como mínimo, aunque la mayor parte de las personas merecían estar por debajo.

Por su parte, Denis también se hizo una composición de lugar. El inspector Marchena rondaba los sesenta años y llevaba décadas trabajando en el Cuerpo de Policía Nacional. Supo después que había participado en numerosas investigaciones y que se había

labrado un sólido prestigio. Denis advirtió que Marchena respondía al arquetipo de comisario bragado en las calles de la vida. Duro, corpulento, expeditivo. A decir verdad, se parecía demasiado a esos tipos que circulan por las películas y las series de televisión. Denis se dijo entonces que el destino lo había puesto ante un personaje de manual, y reparó en un detalle que parecía ser el signo de los tiempos. La ambigüedad, el dilema. Viendo a Marchena era imposible averiguar si alguien se había inspirado en él para componer la estampa del policía curtido, o más bien era él quien se había forjado a sí mismo a imagen y semejanza de los héroes de ficción. Sea como fuere, se trataba de un tipo con experiencia, el más idóneo para echarle una mano. El comisario lo invitó a tomar asiento.

Armándose de valor, Denis le contó la historia, obviando el motivo tan triste que lo había traído hasta Sanlúcar. Lo hizo a conciencia, como trazando un dibujo a tinta sobre una lámina en blanco. Primero el paseo junto al río, la tormenta de arena, la casa abandonada, la aparición del coche, la pareja, la discusión, el drama; luego la terraza del hotel, el catalejo, y aquella mujer tomando fotos en el lugar del crimen. Todo. Por primera vez evocaba con bastante fidelidad unos hechos que en el fondo sólo se habían ordenado más tarde. Dicho de otro modo: Denis estaba contando una historia coherente, sí, aunque ni él mismo podía asegurar que fuera real. Algo debió de intuir Marchena. Durante el monólogo, el comisario lo escuchó, tratando de encajar los detalles de un relato que le pareció poco creíble. Pero se debía a su trabajo:

–¿Por qué no vino ayer? –preguntó algo molesto–. Algunos creen que la policía sólo está para poner multas.

Denis esbozó una tímida sonrisa. Se confirmaba su intuición de estar ante un tipo duro que ejerce su papel.

–Si nos hubiera llamado se lo habríamos comunicado a la Guardia Civil. Habrían mandado una lancha en cinco minutos. Ahora ya no hay nada que hacer, suponiendo que haya que hacer algo.

–Lo siento –se disculpó Denis–. Estaba perdido, se hacía de noche... Y me volví a casa.

–Lástima.

–Pero mataron a una mujer –insistió el arquitecto.

–¿Seguro? La verdad es que hay varias cosas que no cuadran, sobre todo esa historia de la terraza y el catalejo. ¿Me permite?

El comisario hizo las cuentas. Según él, había medio kilómetro desde el hotel Guadalquivir hasta la orilla de Bonanza, luego una anchura del río aproximada de trescientos metros, a los que había que sumar un ancho de playa en la orilla de Doñana. ¿Total? Casi un kilómetro. Marchena lo miró a los ojos, aguardando una respuesta que no llegó. Casi un kilómetro de distancia, en mitad de un vendaval y a última hora del día. Mal asunto. Acto seguido, hizo algo desconcertante. Se puso en pie, se acercó a la mesa de su ayudante –la joven policía– y tomó un ejemplar del *Diario de Cádiz*. Después fue hacia un extremo del despacho y lo abrió con solemnidad por el final.

–Dígame, ¿qué pone aquí? –le preguntó.

Denis forzó la vista. Nada. Quizá Marchena era un tipo duro y poco brillante, pero lo había dejado sin argumentos al primer asalto. Es obvio que si él no era capaz de leer un titular a ocho metros de distancia, su testimonio carecía de valor. Desde esa certeza el inspector quiso darle una última oportunidad: le preguntó qué había

visto exactamente al otro lado del río. Sin embargo, él no supo qué responder. ¿Exactamente? Era incapaz de precisarlo. En realidad Julio Denis «no» había visto nada con exactitud, aunque había creído ver «algo» y además horrible. Ese era el problema.

–Usted no vio nada –dijo Marchena–. Nadie vio nada, ni siquiera el testigo oficial.

–¿Quién? –dijo Denis con esperanza.

–El hombre que todo lo ve.

Entonces el comisario le mostró la página del periódico que no había alcanzado a leer; en concreto la cabecera de una sección dedicada a las noticias de Sanlúcar de Barrameda. Junto al título genérico «Crónicas de mi camarote», Denis reconoció al instante una pequeña foto de Francisco Larios. Se lo veía más joven y más delgado, pero su aspecto ya era inconfundible, como si anunciara al tipo algo excéntrico que llegaría a ser: calvo, barba en perilla, ojos claros, sombrero Panamá. Sin duda era todo un personaje, un retrato más propio de un antiguo caballero de las colonias. En cuanto al tema de la crónica, no había margen de error: «Vientos del Atlántico». Tras leer el titular, Denis dedujo que el periodista recreaba la tormenta de arena de la víspera. Ninguna referencia al crimen, por supuesto, ni a ningún episodio fuera de lo normal. Se limitaba a consignar un encuentro fortuito en la barra del bar con un arquitecto madrileño que bebía infusiones de menta. Denis esbozó una sonrisa y cerró el periódico.

–¿Lo ve? Ni una palabra –insistió el comisario–. El tío ese me revienta. Los periodistas se creen más listos que nadie, pero al final lo ven todo. Si Larios hubiera visto algo raro habría venido a verme. ¿Algo más?

Denis arrojó la toalla. Estaba decepcionado pero captó la invitación de Marchena a dejarlo tranquilo.

–Somos buena gente, Denis. No queremos problemas. Nos gusta mucho nuestro pueblo. Queremos vivir en paz.

–Sí –repuso el viudo desde la certeza de que la paz lo había abandonado.

–¿Quiere un consejo? Olvídese de Doñana. Disfrute de Sanlúcar. Aquí hay mucho que ver.

–No estoy de vacaciones, comisario. He venido a cumplir una promesa.

–Entonces vaya a Ayamonte a rezar a la Virgen del Rocío.

–No lo entiendo.

–Da igual, seguro que le sobra tiempo.

–Vivir en paz... –repitió Denis con la mirada perdida.

Justo entonces Marchena detectó el desamparo en su rostro. ¿De dónde había salido aquel alma en pena? No quiso preguntar y prefirió echarle una mano. Con suerte desaparecería de su vista para siempre.

–Mi ayudante lo acompañará a la Oficina de Turismo. ¡Isabel!

Antes de que Denis pudiera declinar el ofrecimiento, la mujer de la mesa del rincón se puso en pie. La vio acercarse con el paso firme de las policías, que a menudo desprenden cierto aire masculino. Denis tuvo tiempo de mirarla. Isabel Galán rondaba la treintena: era alta, robusta, el cabello oscuro, camuflado con finas mechas rubias al estilo de las españolas de su generación.

–Me sabe mal que me acompañe –dijo Denis mientras abandonaban la comisaría.

–Órdenes son órdenes –repuso ella de buen humor–. Además, así me doy un paseíllo. Hoy es un día tranquilo y el «montalbano» se ha *levantao* con buen pie.

Denis sonrió. Le sorprendió la soltura de la policía y luego recordó que estaba en el sur. No había en ella indiscreción alguna, sólo esa forma de desparpajo que adopta a menudo la naturalidad meridional.

–¿Hace mucho que es policía?

–Seis años –repuso Isabel con orgullo–. Salí de la academia de Sevilla, me saqué las oposiciones a la Escala de Cabos y me asignaron aquí.

–¿Y cómo la recibió «montalbano»?

–Pues con un ramito de violetas. Aquí hay mucho machismo, ¿sabe? Por suerte la cosa va cambiando. Ahora somos muchas y trabajamos juntas. Si las mujeres se unieran de verdad cambiaríamos el mundo.

Denis reconoció esa frase, casi un eslogan. Se la había oído pronunciar a Berta en la época que llegó a Madrid en los años noventa. También ella había salido de una de las primeras promociones –en su caso de Periodismo–, y había desembarcado en la capital para abrirse camino en un mundo regido por hombres. Aquel reto la había hecho fuerte y segura de sí misma, garantizándole de paso el camino fulgurante hacia la cumbre. Pero también le había robado gran parte de su tiempo, luego la salud y al final la vida. Poco antes de morir ella le hizo una confidencia que le llegó al corazón: «Creo que me olvidé de lo principal. Las reglas de la selva las hicisteis vosotros, Julio. No las mujeres».

–Es aquí –dijo la policía Galán–, deteniéndose ante la Oficina de Turismo–. Le informarán de todo.

Se despidieron. Denis se fijó en el edificio con ojos profesionales. Parecía un pequeño templete oriental de color claro, con un tejado a cuatro aguas de cerámica verde. La fachada tenía cuatro columnas ligeras y un ventanal de grandes dimensiones lleno de anuncios. El arquitecto tomó la rampa de inválidos –una costumbre adquirida durante la enfermedad de Berta–, y entró en el edificio. Minutos después abandonó la oficina y enfiló la amplia avenida en dirección al centro. Durante el camino sintió una mezcla de desencanto e impotencia por no haber convencido a Marchena, pero paradójicamente ese revés reforzó su impresión de que se había cometido un crimen delante de sus ojos. Al llegar a la plaza del Cabildo se detuvo en la terraza soleada de La Gitana. Tras pedir otra copa de vino, se entretuvo desplegando los folletos turísticos sobre la mesa; al poco rato se sintió como un estratega que se prepara para estudiar el campo de batalla. Ciertamente, Sanlúcar ofrecía un repertorio de actividades muy sugestivo que incluía las visitas al Coto de Doñana e incluso excursiones fluviales hasta Sevilla. Sin embargo la mayoría de esas actividades sólo alcanzaban su apogeo en temporada media y alta. Aunque la ciudad era uno de los grandes destinos del sur, en esa época invernal dormitaba como un gato viejo bajo el sol.

Con la llegada de la primavera, en cambio, la oferta era deslumbrante: la Semana Santa, la Romería del Rocío, el Día del Corpus, la Fiesta de la Manzanilla... Denis dedujo que todo aquello sumaba casi dos meses de festejos. ¡Y todo antes de la temporada alta! Durante el verano se celebraban, además, la fiesta de la Virgen

del Carmen, conciertos, corridas de toros y una carrera de caballos en la playa que era famosa en medio mundo. Era de locos, sí, pero esa locura festiva era la expresión de Andalucía. Algo mágico que nunca se apaga. Entonces Denis llegó a una conclusión inesperada: allí había en juego dinero, mucho dinero, y el dinero no quiere sobresaltos. Por tanto, no iba a serle nada fácil convencer al comisario de lo que había visto en Doñana. Mientras guardaba los folletos intuyó que tenía un doble reto en el horizonte: demostrarle a un tipo duro y escéptico la existencia del crimen, y ofrecer su colaboración para ayudar a resolverlo. ¿Cómo se hacía?

6

La cinta amarilla

El amigo Alberto Picado sabía hacer bien las cosas. Había adquirido un ático reformado en un edificio del siglo xvi, a un tiro de piedra del palacio de los duques de Medina Sidonia. Aunque el piso era de proporciones modestas, Denis reconoció que la reforma era digna de una de esas revistas de decoración que tanto agradaban a Berta. No faltaba nada: un pequeño *hall*, salón comedor con cocina americana, chimenea, aire acondicionado, un estudio y una habitación doble en *suite*. Luego las escaleras. La parte más lograda era una buhardilla con el techo de madera original: un espacio *chill out* que se abría al salón de abajo y también a una terraza abierta hacia los luminosos tejados de la ciudad. De fondo, el Guadalquivir.

En otras circunstancias aquel ático habría sido un cálido nido de amor, pero ahora sólo era el refugio temporal de un corazón que se había quedado solo. Solo y cansado. Denis lo percibió definitivamente mientras ascendía los peldaños de la escalinata de piedra. Ya no era el mismo: sentía que le habían caído encima diez años de golpe. Al entrar en el apartamento lo recibió el fantasma más querido: Berta. El día antes había colocado una foto suya sobre la repisa, como un pequeño altar destinado a honrarla para siempre. Aquella foto representaba la imagen misma de la plenitud. Allí estaba ella, con una falda tejana saltando en la arena, sobre el telón azulino del mar. Las mujeres, sin duda, eran un misterio: vivas o muertas. Nunca llegó a saber por qué su mujer se había dejado atrapar por aquella euforia intempestiva, fuera de agenda, como si volviera a ser una niña jugando a la comba antes de ser capturada por la muerte. No era su estilo. Berta, siempre tan responsable y cartesiana, tan sujeta a las cláusulas de sus contratos de radio y de televisión. Berta, sus compromisos firmes y sus agotadores horarios de madrugada. Pero siempre con aquella sonrisa que él tanto echaba de menos.

El viudo la miró como si estuviera viva, buscando alguna clase de respuesta. Y no encontró nada, sólo el recuerdo. Luego se quitó el abrigo azul de cachemir y fue al lavabo. Siempre lo mismo. Cuando se miraba al espejo se sentía gastado, fundido, y descubría la cara de un viejo prematuro que se consumía cada mañana al otro lado del azogue. ¿Ese era él? Había que empezar a aceptarlo. Las sienes mostraban las primeras hebras de cabello gris, un cabello que había caído a los pies del invierno desde la muerte de su esposa. De un tiempo a esta parte, además, le dolía todo el cuerpo e intentaba

refugiarse en su propia imagen del pasado con Berta. Quizá todo se resumía en un instante, en aquella playa solitaria donde fueron felices y eternos. Pero al verla Denis no se sintió más ligero ni armónico. Entonces comprendió que los muertos más queridos causaban ese efecto: nunca nos devolvían la fuerza ni la esperanza. Al contrario. Nos colocaban una cadena en los tobillos y nos arrastraban hacia su tumba en el fondo del mar. Quizá el duelo era eso, ese combate entre la vida y la muerte que se libraba en nuestro corazón y en nuestros huesos.

En este punto salió a la terraza y divisó la ciudad que se extendía a sus pies. Mientras contemplaba la curva serena del río recordó que desde su etapa universitaria se había sentido atraído por las partes altas de las ciudades. Con el tiempo los áticos, terrazas y azoteas se fueron convirtiendo en una auténtica obsesión. Berta solía decir que él era un gato, no sólo por su tendencia a las alturas sino por su inclinación a la soledad. En aquellos lugares se encontraba más cerca del cielo y podía moverse con una independencia casi total. Había aprendido que cada ciudad tiene su propia luz, su atmósfera particular, unos rumores únicos que ascienden desde la calle. Y que la suma de esas características expresan su identidad urbana de una manera muy íntima. Lo había comprobado en Madrid, en París, en Roma, en Barcelona. Aunque las vistas eran muy distintas –y también el cielo– en todas ellas podía creer aún en el espejismo de la libertad.

Ahora la tenía. Desde el ático de Alberto se divisaba una de esas vistas que lo hacían sentirse como un pájaro. Las azoteas blancas, los tejados de terracota roja, los campanarios y las cúpulas brillantes de las iglesias. Todo con cierto aire colonial, de América del Sur, pero

erigido mucho antes de que el modelo echara raíces en el Nuevo Mundo. Luego la gran serpiente del río, abriéndose en un amplio estuario que daba al Atlántico. Por primera vez en mucho tiempo, Denis se sintió afortunado: necesitaba reposar en un paisaje abierto al infinito y Sanlúcar no tenía final. El río llevaba muerte, sí, pero podía ser un principio. Incluso podía ser el principio de una nueva vida.

Esta impresión reconfortante se unió más tarde al placer de encontrar un guiso que le había dejado la Loli. Lo agradeció. Aquella misma mañana ella había estado preparando un puchero a base de verduras frescas de la huerta, que se cocinaban «en colorao», es decir, con un toque de pimentón rojo molido, y que se cubrían luego con un huevo que cuajaba en el horno. Ahora Denis completaba la receta siguiendo las instrucciones, dejando caer el huevo sobre el lecho caldoso de verduras. Acto seguido, encendió el horno, abrió una botella de Barbadillo y se sirvió una copa. No debía beber alcohol pero lo necesitaba. Tras el almuerzo se sintió mejor. Durante un rato logró olvidarse de todo, incluso de lo ocurrido desde su llegada a Sanlúcar.

Estaba a punto de caer dormido cuando el teléfono móvil vibró sobre la mesa. Era Marchena.

–¿Cómo le fue con la marquesa? –preguntó el comisario.

Denis se quedó en blanco. Apenas pudo emitir un balbuceo que el policía interpretó en toda su elocuencia. Aquel instante de duda le decía mucho, quizá demasiado, acerca del arquitecto. Aunque este se repuso, no logró ser convincente. Por eso la charla fue breve e improductiva; pero hubo un gesto de acercamiento que lo desconcertó, Marchena lo invitó a pasarse de nuevo por la comisaría,

siempre que lo creyera oportuno. Denis no sabía qué pensar. El mismo hombre que lo había despachado casi con cajas destempladas –o al menos con una palmadita en el hombro de mera cortesía–, se comportaba ahora como un viejo conocido. De pronto tuvo la sospecha de que había sido descubierto, pillado, por así decir, en falta, y que aquello cambiaba el rumbo de las cosas. Inquieto, llegó a la conclusión de que Marchena no había creído en ningún momento el cuento de la marquesa, pero por alguna razón había optado por seguirle el juego. ¿Y ahora qué? Colgaron.

Durante unos minutos Denis permaneció en el sofá. Aquella llamada lo había puesto en una situación incómoda: quizá había ido demasiado lejos pensando que el comisario sospechaba de él. Pero el único modo de comprobarlo era ponerse en movimiento y eso era lo último que deseaba. Al menos hoy. A decir verdad, las visitas a la fábrica de hielo, la comisaría y la Oficina de Turismo eran un buen comienzo si luego era capaz de darse un respiro y no pensar en lo que tenía por delante. De forma instintiva buscó el sosiego en la foto de Berta. Ella seguía allí, capturada en un instante decisivo, como en las mejores fotografías, donde el destello de una imagen sólo es la puerta a una dimensión donde nos aguardan las verdades de la vida y la sonrisa de la muerte.

Sí. Julio Denis ya sabía que la muerte venía a ser como un animal doméstico con el que convivimos, pero que a veces hace mucho daño. Entonces recordó una vieja película de John Ford ambientada en el mundo de la Caballería y protagonizada por John Wayne. Se llamaba *La legión invencible*, aunque el título en inglés era otro muy distinto: «Ella usaba una cinta amarilla». No era una asociación casual. Allí estaba Denis en aquel ático de Sanlúcar, como el capitán

Nathan Brittles, sentado en una silla de campaña frente a la lápida de su esposa en mitad del desierto. Cada tarde iba allí para contarle sus aventuras y sus tribulaciones. Brittles se veía a sí mismo como el hombre que empieza a soportar sobre los hombros el peso del mundo, toda aquella carga acumulada de la vida, el estigma de las experiencias que envejecen al ser humano. Denis se identificó con él. También aquí había un ocaso encendido, de un rojo profundo e irreal, como de explosión atómica que lo envolvía todo.

7

Las mujeres del río

A la mañana siguiente, la Loli le habló por primera vez de una asociación de mujeres del barrio marinero de Bonanza. Aquella información sacudió de su letargo a Denis, quien se había despertado con la vaga idea de que estaba llegando a un punto muerto. Mientras el capitán Brittles había regresado al ejército para una última misión, él necesitaba cuanto antes un impulso que le devolviera el ánimo para abordar la realidad. Y su realidad no era otra que cumplir un encargo difícil –aquella urna–, pero sobre todo afrontar el hecho de que había visto algo terrible al otro lado del río. Denis aún no sabía cómo encajar aquel suceso en su vida. Mientras desayunaba en la terraza y contemplaba el pálido horizonte del mar, llegó a la conclusión de que nada sucede por azar. Lo único que había que hacer era poner un poco de orden en el caos. ¿Y qué mejor modo de ponerlo que regresando al barrio marinero donde

todo había comenzado? Debía intentarlo por segunda vez. Al fin y al cabo allí se alzaba la casa abandonada, y se ocultaba, quizá, el sendero de la misteriosa mujer que había huido en una Mercurio de color rojo.

Entretanto, la Loli se había hecho dueña de la cocina y estaba preparando un postre sanluqueño.

–No es por *ná* –dijo orgullosa–, pero las «alpisteras» me salen muy ricas. Son para la asociación, ¿sabe? Me lo han pedido para un compromiso, aunque no estemos en Semana Santa. Pero no les iba a decir que no. Me ayudaron mucho cuando murió mi Paco. Me llevaron lo de la pensión y me dieron trabajo. Hacen muchas cosas por el pueblo.

Denis se olvidó del postre y su cerebro quedó anclado en una palabra: Bonanza. De pronto su memoria se puso en movimiento y lo recordó todo con pasmosa nitidez. Fue un fogonazo. Ahora la voz de la Loli le llegaba en sordina, como encerrada en una campana de cristal, mientras su mente hervía en conjeturas. La más interesante estaba asociada al crimen. Si había una cofradía en la playa de Bonanza –donde un grupo de mujeres se reunían a diario para sus actividades–, quizá alguna de ellas había visto algo. Sí. Era una posibilidad a tener en cuenta. Y más aún. A lo mejor alguna de esas mujeres se dedicaba a la fotografía y tenía por costumbre cruzar el río para sacar imágenes del Parque de Doñana. En tal caso le resultaría bastante fácil encontrarla.

El postre ya estaba listo. La Loli había untado los rombos de galleta con almíbar y el glaseado era perfecto. El rostro del arquitecto debió de transmitir un ansia nueva porque ella le dijo:

–¿Por qué no se viene mañana a la cofradía? A merendar. Le irá bien conocer gente. Son mujeres con el corazón de oro.

Denis aceptó de buen grado. Tenía el pálpito de que podía encontrar allí algo que arrojara la luz necesaria. Mientras la asistenta preparaba un paquete con el postre, él abrió el portátil y entró en la página web de la asociación. Leyó:

> Asociación de mujeres «Ager Veneriensis»
>
> La asociación de mujeres «Ager Veneriensis» surgió en 1988 en el barrio marinero de Bonanza, donde el Guadalquivir mira de cerca los pinares costeros de Doñana. El nombre hace alusión a un bronce del siglo ii en el que se refleja que los romanos llamaban *Pagus Veneriensis* a estas tierras del Guadalquivir.
>
> La asociación nació para trabajar por la mejora cultural y la formación de esa barriada sanluqueña. Entre sus objetivos figura la defensa de la igualdad de oportunidades, el impulso del desarrollo local y la divulgación de las tradiciones y productos de la tierra. La memoria es siempre la base de la cultura, lo que nos previene y lo que nos hace crecer.

Denis siguió leyendo con interés. Ciertamente, la asociación era muy activa: durante dos décadas había organizado cursos, talleres, conferencias e innumerables reuniones sociales y culturales. También destacaba por su trabajo en favor de la igualdad entre hombres y mujeres, una lucha que fue recompensada justamente con la insignia de oro de la ciudad.

A la hora prevista el arquitecto se acercó hasta la orilla del río. Antes de alcanzar el faro de ladrillo rojo se detuvo ante el número 35 de la calle Puerto de Bonanza. Esta vez no tuvo que recurrir a sus conocimientos para dictaminar lo evidente: la sede de la asociación ocupaba los bajos de un bloque modesto y funcional, cuyo mayor atractivo residía en estar ubicado junto al Guadalquivir y frente a los

bosques virginales de Doñana. La orilla perfecta. Desde el primer momento, eso sí, Denis advirtió que el local exhalaba una mezcla envidiable de humildad y energía. Todo parecía imbuido del espíritu emprendedor de la Loli, o más bien la Loli había hecho suyo el talante solidario del lugar.

Gracias al calor de la asistenta fue recibido con afecto y se convirtió en el rey de la tarde. Pero con un matiz. El viudo se percató enseguida de que la Loli había puesto en antecedentes a sus compañeras, comentándoles de paso que las heridas seguían abiertas. Lo agradeció. No le apetecía nada darse un baño de multitudes a cuenta del cariño universal que despertaba siempre su esposa. Ciertamente las gentes del sur eran muy efusivas, pero también sabían respetar como nadie el dolor ajeno. En lugar de recordar la figura de Berta, las mujeres de la asociación procuraron distraerle mostrándole un programa de actividades al reclamo de la «Semana de la mujer de Bonanza». Tras echar un vistazo, Denis confirmó que las socias de la «Ager Veneriensis» no perdían el tiempo y contaban con apoyos de peso. De hecho, los actos iban a tener lugar en el Salón Cultural de la Fundación Caja Sol de Bonanza. La semana se abría con una conferencia a cargo del periodista Francisco Larios, cuyo título era «Dos mil años de navegación por el *Baetis*: barcas, botes y pateras romanas por el Guadalquivir».

Denis agradeció la hospitalidad y ponderó el programa de actos. La respuesta no se hizo esperar. Aquella era su casa, le dijeron, e incluso la presidenta del organismo le comunicó que estaban abiertas a cualquier iniciativa. Podía dar una charla sobre arquitectura popular, por ejemplo, o hablar de la mujer en la

arquitectura. Mientras escuchaba las propuestas entusiastas de la señora Rodríguez –una mujer encantadora que regentaba el estanco del barrio– tuvo la impresión de que no iba a sacar nada en claro. En su fuero interno se sentía prisionero de un equívoco que tampoco podía disipar. Cuanto más se interesaba por aquellas mujeres, más se desvanecía la posibilidad de revelarles el motivo real de su visita. ¿Qué iba a decirles ahora? ¿Que había visto un crimen en la orilla de Doñana y luego preguntarles si sabían algo del asunto? No tenía sentido. Por mucho que contara con el aval de la Loli, no podía emplearlo para iniciar una tanda de preguntas –sobre un crimen, nada menos– que le iba a arrebatar el crédito de un plumazo. Dadas las circunstancias, se consoló pensando que la visita sólo era una primera toma de contacto.

Sin embargo contaba con una última baza que se hizo evidente a medida que la señora Rodríguez le iba abriendo las puertas. Algo así como un plan. Consistía en preguntar por alguna fotógrafa de la asociación con el pretexto de contratarla para algún reportaje relacionado con la arquitectura de Sanlúcar. Nadie iba a extrañarse. Aquella ciudad abundaba en reclamos artísticos de primer orden, y no sólo los edificios históricos sino las bodegas y las casas señoriales de los mercaderes de Indias. Los cargadores. En realidad todo Sanlúcar destacaba por sus lugares de interés, de modo que la perspectiva de fotografiarlos era lógica. A Denis no se le ocurría mejor argumento, y de hecho no lo había. Iba pensando en ello cuando la directora lo hizo pasar a una sala donde se exhibían algunas obras surgidas del taller de la «Ager Veneriensis». Todo era bastante convencional, pero a la vez muy digno. Entonces ocurrió. Entre las pinturas que colgaban de las paredes descubrió un par de

fotografías muy poderosas en blanco y negro. El corazón le dio un vuelco. Enseguida tuvo el presentimiento de que aquellas imágenes eran obra de la mujer que buscaba: el mismo paisaje infinito, la misma orilla solitaria, la misma luz tibia y melancólica junto al río.

Denis no hizo el menor esfuerzo por disimular y mostró el máximo interés. Quería saber algo del autor. Entonces le informaron. Por lo visto, aquellas fotos eran obra de una vieja conocida de la casa. Tiempo atrás había impartido un taller que fue muy celebrado por las mujeres del barrio de Bonanza. El último día de clases ella renunció a percibir sus emolumentos y las obsequió con esas espléndidas fotografías de la orilla de Doñana. De creer a la directora, la asociación ya nunca fue igual tras el paso de una artista que las contagió con su fuerza y creatividad. La idea central del taller, le dijeron, fue enseñar a las mujeres sanluqueñas a mirar por sí mismas, a captar ese momento que podía brotar en cualquier esquina de sus vidas. Y fijarlo a través de la imagen o la palabra.

A partir de otros detalles, Denis dedujo que esa mujer debía de tener una personalidad bastante especial: no era alguien que pasaba por ahí. Si había estado en Doñana esa tarde de invierno, durante la tormenta de arena, se debía precisamente al hecho de ser distinta, fuera de lo común, y de algún modo extraña. En este punto se animó a formular nuevas preguntas que le confirmaron sus intuiciones. Todas las mujeres coincidieron en que la fotógrafa era muy dinámica, amable, pero también imprevisible. Aparecía sin avisar y se marchaba sin dejar rastro. Funcionaba, pues, según los caprichos del viento, y, como el viento, dejaba siempre alguna huella. De hecho, en su última visita había posado para un retrato de grupo que ella misma había tomado con un temporizador. Cuando

Julio Denis vio la foto ya no tuvo la menor duda. Allí estaba la mujer enigma: alta, media melena rubia, y la cazadora de cuero rojo. La habría reconocido entre un millón. Sólo faltaba la Bultaco Mercurio.

Poco después abandonó la asociación con un sabor agridulce. Aunque había avanzado mucho –¡la fotógrafa existía!–, el resto continuaba envuelto en la sombra. Lo único cierto es que la mujer en cuestión era una italiana llamada Carla, pero nadie supo decirle dónde vivía ni si se encontraba aún en el pueblo. Además, el hecho de que hubiera desaparecido por enésima vez, justo ahora, adquiría un tinte algo sospechoso. Al menos para Denis. La italiana había estado en la otra orilla, no había duda, y debía encontrarla cuanto antes para aclarar el misterio. Pero al llegar al ático de Alberto cayó en la cuenta de que le faltaba lo esencial: el cuerpo de la víctima. De nada servía localizar a Carla si luego la escena que había visto, o creído ver desde la casa abandonada, no había tenido lugar o no había dejado huella alguna. En muchas tramas reales o imaginarias se producía un crimen que a veces era visto por alguien y ese alguien desaparecía, y la gracia de la historia era encontrarlo. Denis recordaba haber visto docenas de películas construidas a partir de ese patrón y siempre funcionaba. Por tanto, hallar al testigo era imprescindible para activar la caza del asesino.

Por desgracia, la historia de Doñana era totalmente al revés: había dos testigos de un crimen –ellos–, pero la presunta víctima seguía sin aparecer. Era como construir una casa en el aire. A Denis le resultó fácil captar la ironía del destino. Toda su credibilidad dependía de encontrar a dos mujeres: una viva y una muerta. También reconoció que esa ironía resultaba bastante cruel, porque

su deseo de encontrar a una muerta entraba en colisión con el dolor que sentía ante la idea de esparcir en el río las cenizas de Berta.

8

La bestia en la jungla

La visita a la asociación de mujeres no tuvo los efectos deseados. Es cierto que Denis sucumbió a un rapto de euforia pasajera que le hizo pensar que remontaría el vuelo al calor de las mujeres de Bonanza. Y, sobre todo, que terminaría encontrando a la misteriosa fotógrafa capaz de corroborar el crimen de Doñana. Pero sólo fue un espejismo. El dolor seguía estando ahí, agazapado como una bestia en la jungla. Ahora él intentaba comprender los sinuosos meandros de la vida, donde aguardan al acecho los males y los pesares de las personas. Al cesar un estado de tensión insoportable, por ejemplo, las caídas de ánimo se producían cuando ya no podíamos hacer nada más. Y esto es lo que le había sucedido tras la enfermedad y muerte de Berta. Se sentía como uno de esos remeros que había visto descender por el Guadalquivir; sólo al final de una larga regata la tripulación se desmoronaba dejándose caer sobre los remos. Era lo mismo.

Instalado en el ático, tenía la impresión de dejarse arrastrar por la corriente sin oponer resistencia alguna. Terminado el esfuerzo, le tocaba un descanso como si fuera un remero exhausto. En ese descanso afloraba de nuevo el eco amargo de los primeros días, aún en Madrid, cuando su cerebro era una página en blanco salpicada

con la tinta del dolor. En aquel tiempo no tenía ideas ni fuerza para respirar. No estaba preparado para vivir, ni sentía deseos de hacer nada. Sólo derrumbarse en la cama como un fardo pesado que alguien arroja desde la azotea. A eso había quedado reducida su existencia: se acostaba y sucumbía al vendaval de los recuerdos. Si lo hubieran tirado a un río habría perecido sin remedio. No habría hecho nada. Era un muerto viviente.

Desde la llegada a Sanlúcar, además, había un elemento nuevo que lo complicaba todo. En principio había ido allí a cumplir un encargo, pero era incapaz de hacerlo porque seguía paralizado. Permanecía las noches contemplando la urna dorada de la chimenea y la foto de ella en la playa. ¿A qué estaba esperando? Era obvio que le faltaba valor. Lo invadía el temor de que si esparcía su contenido en el río las últimas partículas de Berta se perderían para siempre. A partir de ese instante ya no le quedaría nada, absolutamente nada de ella, ni un átomo donde conservar todo el amor de su corazón. Aunque Denis sabía que aquello era un pensamiento absurdo, reconocía en él una carga simbólica que no podía pasar por alto. Había un cordón umbilical que nos unía a los vivos –nuestros padres o nuestros hijos– y había un cordón umbilical que nos unía a los muertos. La única forma de renacer era cortar ese cordón invisible que nos impide seguir adelante. Para ello había que aceptar que todo lo vivido con los muertos era algo así como una existencia prenatal, un tiempo necesario para hacer frente al resto de la vida.

Así se sentía Denis en los primeros tiempos en Sanlúcar, que se le antojaban como una amarga prolongación de Madrid. Por suerte no estaba solo: había caído bajo el manto protector de la Loli. A medida que pasaron los días ella fue ganándose su confianza y decidió

entrar definitivamente en acción. Tenía un instinto maternal muy fuerte que no había podido canalizarse en la maternidad. Desde entonces veía hijos por todas partes o personas desamparadas que necesitaban su calor. Sin lugar a dudas, Denis era un caso de manual. Lo supo casi desde el principio, la primera mañana de los mutuos sobresaltos; luego se confirmó en cada nueva visita al apartamento. Para entonces la asistenta había aprendido que él prefería no hablar de Berta, pero como su ausencia era una presencia muy viva, se limitaba a pasar frente a la chimenea, mirar un segundo la fotografía y santiguarse como si entrara en una iglesia. Con este sencillo ritual todo se ponía en movimiento. A veces su llegada despertaba a Denis, quien dormía siempre en la buhardilla.

–Usted descanse, don Julio –le decía la Loli desde el salón–, duerma y no se preocupe de *ná*. Es cosa mía.

Otras veces Denis no la oía llegar, pero se despertaba a causa de los deliciosos efluvios procedentes de la cocina. Aunque no le había pedido que se hiciera cargo de las comidas, ella se arrogó ese papel tras descubrirle por azar en calzoncillos mientras salía del baño.

–Madre mía, pobrecillo, qué pintilla me trae... –exclamó sin poder reprimirse–. Tiene menos chicha que las cachas de un canario.

Julio Denis sonrió. En aquel instante se vio a sí mismo como un pajarito de dibujos animados o algo así. A raíz de esa sonrisa, la Loli sucumbió a la tentación de rentabilizar el éxito, basado en un repertorio lleno de gracia. Otra vez le dijo:

–Parece el difunto poeta Zorrilla, ese del Tenorio. Lo que usted necesita es un buen cañonazo de *arbóndigas*.

Denis tardó un segundo en captar el mensaje, pero luego se vio a sí mismo como un poeta romántico frente al pelotón de fusilamiento. Sí, quizá ella tenía razón y lo que necesitaba era un juicio sumarísimo y que lo condenaran a comer. De este modo podría regresar definitivamente al mundo de los vivos. En todo caso, la Loli atesoraba el gen andaluz: era rápida, ingeniosa y sin el menor sentido de la mesura verbal. Disparaba sin previo aviso y sin contemplaciones. Podía estar concentrada en sus tareas y de pronto dejar caer sus pensamientos, que casi siempre aludían a Denis. Como aquella mañana en que lo sorprendió mirando melancólico el retrato de Berta.

–No es bueno quedarse solo, don Julio, sobre todo los hombres, que no saben hacer ni un huevo frito.

El arquitecto se encogió levemente de hombros. Si la Loli supiera lo inútil que se sentía tras la muerte de su esposa...

–¿Sabe qué pienso? –continuó ella–. Debería buscarse una mujer, una buena mujer. Un hombre tan joven y tan fino... No hay muchos como usted, se lo digo yo. Y perdone si me he *pasao*, pero me da cosa verlo así.

Denis no supo qué responder. Estaba empezando a aceptar que la Loli no sólo pretendía ayudarlo sino resolverle la vida. Sin embargo, no podía censurarla por tener buen corazón. ¡Otra mujer! Esa idea no cabía en su cabeza, pero a lo mejor la vida era plegarse como un junco al vaivén de la marea. Si dos años antes le hubieran dicho que terminaría en un pueblo de Cádiz, charlando con la asistenta acerca de su futuro sentimental, se habría pellizcado hasta los huesos. Pero no estaba soñando: era real. Denis estaba descubriendo que aquello

que nos sucede es cierto –en realidad lo único cierto–, y sobre todo muy distinto a lo que imaginábamos que iba a ser. La vida sin Berta.

La Loli, además, había visto al niño herido que Denis llevaba dentro. No sólo el viudo que vagaba como un alma en pena, sino a un hombre que arrastraba algunas heridas de la infancia que no se habían curado del todo. Desde aquel día el «señorito» había estado solo en el mundo. Por supuesto, el origen de esa honda soledad se le escapaba, pero la asistenta olfateaba los restos de un dolor muy antiguo como si fuera una de esas ramitas de laurel que incorporaba a sus pucheros, tras deslizarlas suavemente bajo la nariz. Con la misma facilidad había sabido intuir la fragilidad temprana de Denis, pero también su hermetismo emocional, su incapacidad para abrir su corazón a los demás. ¿Había sido siempre así? La Loli sabía que aquello era la gran asignatura pendiente de los hombres. El corazón.

Por su parte, Denis no había descubierto el secreto de ella, y menos aún a su niña herida. En realidad, tampoco le importaba demasiado: bastante tenía con lo suyo. Sin embargo, su percepción de la asistenta cambió cuando una mañana esta decidió hablarle de su vida en el barrio de Bonanza.

–Ser mujer de marinero, qué le cuento, señor Julio. Cuando había tormenta me pasaba las noches enteras sin dormir. Escuchaba el viento en las persianas y ya no dormía... A veces ni respiraba de la angustia. Me levantaba, me daba una vuelta, otra, me asomaba a la ventana, miraba al mar... Ser mujer de marinero es un sinvivir. Te llevas muchísimas horas sola. Muchísimas. Casi toda la vida.

Denis trató de imaginarse aquella existencia marcada por la espera. No fue capaz. Entonces la Loli le contó la tragedia:

–Al final el mar se me lo llevó. Lo buscaron varios días, pero no apareció el pobrecillo. El mar se me lo llevó...

Luego emitió un hondo suspiro, se santiguó, y volvió a sus tareas como si aquel drama perteneciera a una estancia sombría del pasado.

Denis guardó silencio. Le asombraba que el marido de alguien pudiera fallecer en un naufragio. En su ignorancia creía en la mansedumbre de las aguas del Guadalquivir, pero luego cayó en la cuenta de que al final del río se abría un océano. El inmenso océano Atlántico. Mientras se preparaba para salir, una pregunta le sacudió como un fogonazo: ¿y si la víctima de Doñana hubiera sido arrastrada por la corriente?

9

En el camarote

Denis seguía sin tener valor de arrojar las cenizas de Berta. Si al principio aún hizo el esfuerzo de acercarse hasta el río, ahora dejaba la urna sobre la chimenea y salía de la casa para amortiguar el eco del dolor. Le habría encantado liberarse de todo, hacer del pasado una época perdida, pero se daba cuenta de que esa época perduraba con toda claridad en su memoria. Lo peor es que la herida se mantendría abierta hasta que cumpliera la última voluntad de su mujer. Entretanto sobrevivía en un estado de cierta catatonia que lo llevaba a vagar como un zombi por las calles de Sanlúcar. Estaba y no estaba en el mundo. En realidad, sólo el río parecía

sacudirlo del letargo. Sí. El Guadalquivir le recordaba el compromiso pendiente, pero también lo que había visto en la orilla de Doñana: aquello también reclamaba su intervención y, en cierto sentido, era lo único que lo mantenía alerta.

Además, Denis contaba con la baza de la mujer que había visto tomando fotos en la orilla del río. Estaba seguro de que ella también había presenciado el crimen, y a una distancia mucho menor porque se encontraba precisamente en el lado de Doñana. Si alguien podía aportar alguna pista era la desconocida. El problema es que había desaparecido sin dejar rastro y quedaba poco margen de maniobra. Como recurso, Denis había regresado a la terraza del hotel Guadalquivir con la esperanza de volver a verla paseando por la playa. Fiel a un ritual, repetía con exactitud los movimientos de la primera tarde: llegar a la misma hora, salir a la terraza y colocar una moneda en el catalejo para rastrear la otra orilla del río. Con cierta ingenuidad, pensaba que al repetir la experiencia al milímetro activaría los resortes hasta «clonar» la secuencia de los hechos.

Pero con el paso de los días comprendió que esa posibilidad había adquirido los destellos de un milagro. Aquella escena no iba a repetirse, como tampoco iba a repetirse aquel crimen en el que el comisario Marchena no creía. Todo era azar. La vida era como ese río ancho y caudaloso que lo separaba de la verdad. Nada volvía atrás. En esta fase de espera, Denis no volvió a coincidir con Larios, quien parecía haberse esfumado; tampoco publicaba su columna en el *Diario de Cádiz*, de modo que dedujo que el cronista se había tomado unas vacaciones. Para entonces, él ya era un habitual de El camarote, donde se animaba a bromear con el camarero.

–¿Qué tal, Juanito? ¿Te han colado alguna moneda?

–¡Qué va! Los guiris vienen muy poco. Hace *demasiao* frío.

–Bueno, ya volverán.

–Eso espero. Mi colección se está quedando *anticuá*.

Una tarde especialmente tranquila, el camarero le mostró con mucha ceremonia un cofre de madera donde guardaba su tesoro. Denis lo estuvo examinando como si fuera un experto, aprovechando alguna noción de numismática que había aprendido cuando era niño. Durante unos segundos Juanito estuvo aguardando el dictamen con la vaga esperanza de que alguna de aquellas monedas ocultara un gran valor. Pero Denis no encontró nada extraordinario y se limitó a señalar lo evidente: las monedas de antes eran más bonitas porque representaban a diferentes países. Ahora todo se estaba igualando por culpa del euro, le dijo, y cualquier día algún político tomaría la decisión de eliminar definitivamente el dinero para reemplazarlo por tarjetas de crédito.

–¿Usted cree? –le preguntó el camarero.

–Me temo que sí, Juanito. Pero entonces tu colección valdrá más de lo que vale ahora.

–Bueno. No hay mal que por bien no venga.

Más tarde Denis le preguntó por Larios y el camarero se puso algo incómodo:

–Perdone, señor Julio, me había *olvidao*. Don Paco está de viaje, pero me dio algo para usted.

Juanito desapareció unos instantes, que Denis aprovechó para contemplar el formidable ocaso del río. Intenso, hondo, lleno de melancolía. El camarero regresó y le hizo entrega de un libro. En realidad era una antigua guía de Sanlúcar escrita por Francisco

Larios, acompañada de una tarjeta de visita y una dedicatoria afectuosa.

–Yo también tengo el mío, ¿sabe? –dijo con orgullo–. Me lo dedicó así: «A Juanito, que apaga mi sed cuando el sol se desvanece». Me la sé de memoria. Don Paco es un señor. Mire, mire. Aquí viene todo Sanlúcar. ¡Qué fotos! Las barcas ya no son de vela. Pero este pueblo es la leche.

–Precioso.

Denis le dio las gracias, pagó su consumición, y luego se sentó en uno de los amplios sofás de la cafetería. Tenía todo el tiempo del mundo y comenzó a leer. Aunque no era experto como Berta, contaba con un cierto instinto adquirido en el colegio religioso de su infancia. Podía distinguir con facilidad el estilo de la época de sus padres: un tiempo de palabras sonoras, vibrantes, imbuidas de cierta retórica imperial que como un rumor de fondo, o un río interminable, lo bañaba todo. Leyendo la guía de Larios regresó por un instante a aquella manera de narrar... «A Sanlúcar de Barrameda, ciudad luminosa hecha de sentimientos líricos, de alegría de vivir y de nostalgias, hay que sumarle el pasado latente y aún dominador que invade sus calles y rincones. Parece como si, al divisar el limpio aire de su horizonte marino, presintamos la inmediata arboladura de algún galeón en viaje de regreso de Indias.»

De nuevo los galeones, las carabelas del ayer, que parecían flotar en el aire sanluqueño como un buque fantasma. Denis continuó leyendo. Había algo de ensoñación en esa guía, de delirio onírico que surgía de la historia. Era el sello de Larios. En efecto, el cronista hablaba de un Sanlúcar difunto que encarnaba para él el mito y la poesía. Es cierto que el pueblo mantenía parte de su vieja esencia,

marcada por aquel río que se deslizaba inalterable hacia el mar. Pero Larios se movía en otra esfera. Denis se sorprendió de que en una guía que aspiraba a ser manejable, el autor prescindiera de la información del presente en favor del pasado. Larios hablaba de los últimos años dorados del pueblo, cuando las barcas de pesca llegaban a la playa, llenas de pescado fresco, y los vecinos aún podían adquirirlo en pública subasta. Luego los aguardaba el placer de consumirlo en las viejas tabernas a pie de calle, en los pórticos de Bajo Guía, mientras apuraban copas de manzanilla.

A medida que avanzaba la lectura llegó a la conclusión de que Larios parecía cautivo en el reino de la nostalgia perpetua. Antes de la muerte de Berta no habría compartido ese sentimiento, pero su muerte le había sepultado en un lugar donde sólo afloraba lo que había perdido. Ahora Denis residía en un territorio emocional muy similar al de Larios, prisionero voluntario en la terraza del hotel Guadalquivir: el balcón a todos los ocasos.

Una hora después cerró la guía y alzó la vista hacia el ventanal. Juanito seguía atento a la barra, como el contramaestre de un barco que navega hacia el final del día. Denis se levantó, se acercó a él y se despidió con un afecto nuevo. Antes de irse aún tuvo tiempo de echar un último vistazo hacia el Coto de Doñana. El bosque del otro lado del río, que una hora antes estaba iluminado por el sol, era ahora una masa turbia y borrosa, medio disuelta en la nada.

10

La aliada

A Julio Denis lo invadía el temor de que el cadáver no apareciera nunca, entre otras razones porque comenzaba a ser un individuo bajo sospecha. La sospecha no apuntaba hacía él como alguien implicado en un delito que no había cometido, sino como un sujeto inestable que sostenía reiteradamente haber visto un crimen al otro lado del Guadalquivir. Bastaba ver cómo lo miraba Marchena cada vez que volvía a la comisaría en busca de noticias o con alguna propuesta que nadie tomaba en serio por su misma extravagancia.

–Quizá podrían mandar una patrulla –le dijo una vez.

–¿Una patrulla? No me joda, Denis –repuso el comisario con una grosería que lo molestó–. Aquí hay un río que cambia las cosas. Otra provincia, otra jurisdicción, otras competencias. Eso es cosa de la Guardia Civil. Imagine la escena. La Policía Nacional de Sanlúcar desembarcando a lo grande, tomando el Coto de Doñana con dos cojones, como esa película... ¿cómo se llama? ¡Isabel!

La agente Galán alzó la cabeza y repuso como el rayo: *Salvar al soldado Ryan*.

–Pues eso, salvad al *soldao raian*. Y aquí nos tiene, la Isabel y yo invadiendo un parque nacional porque un tipo que no puede leer los titulares del periódico resulta que ha visto el crimen del siglo. ¡No le digo...!

–Yo lo vi, comisario. Y lo que vi allí fue horrible. No tenía nada que ver con esa foto –dijo Denis señalando un calendario de la Feria de la Manzanilla que colgaba de la pared.

Marchena se quedó atónito ante lo que consideraba una intrusión en sus dominios. Pero se contuvo.

–Mire, Denis. Para nosotros el río no tiene nada especial. Lo llevamos dentro. Agua y peces. Eso es todo.

Denis no le creyó en absoluto. Sabía por la guía de Larios que el Guadalquivir era el gran padre de Sanlúcar: la corriente de la vida, un gran reloj cósmico que marcaba la existencia de su gente desde la mañana a la noche, desde la cuna hasta la muerte. Pero Marchena tenía razón en un punto: por desgracia, aquella tarde de invierno no había ni un alma cerca del Guadalquivir ni mirando a la orilla de Doñana. Demasiado viento, demasiado frío. Ante el silencio de Denis, el comisario intuyó una fisura y pasó abiertamente a la acción.

–¿Usted de dónde sale? –lo increpó–. ¿Cree que puede llegar a este pueblo por las buenas y a los dos días decirnos que un asesino anda suelto? ¿Aquí, en Sanlúcar? Ni que estuviéramos en Medellín y fuéramos disparándonos en cada semáforo. Usted no vio nada en el río porque aquí no ha pasado nada, ¿comprende? Y si quiere un consejo...

–No necesito sus consejos, comisario. Necesito que me tome en serio y haga algo.

Por un instante Marchena consideró la posibilidad de expulsar a aquel tipo de la comisaría. Estaba agotando su paciencia. ¿Qué demonios se creía? Si cada persona con pájaros en la cabeza podía presentarse allí exigiendo su atención... Era intolerable. Pero enseguida recordó que Denis era amigo de la marquesa de Miraflores y eso pesaba mucho en el sur. En un gesto conciliador surgido del respeto sacrosanto a los señores, se tragó el comentario

de Denis y tuvo un detalle insólito. Ordenó a Isabel que llamara a uno de los vigilantes del Coto de Doñana. Quizá él sabía algo. Pasaron unos instantes en silencio, con el peso de una eternidad. Poco después la agente transmitió la respuesta: nada, absolutamente nada. Al menos en aquella parte del río.

–¿Satisfecho? –preguntó el comisario con tono triunfal.

No. Denis no estaba satisfecho en absoluto, pero en su interior tiró la toalla. No iba a insistir, ya que el reino de Marchena era tierra calcinada. Aunque regresara mil veces con cualquier pretexto, la respuesta iba a ser siempre la misma: «No hay nada al otro lado del río; todo son imaginaciones suyas». Antes de abandonar la comisaría, el inspector lo despidió con un comentario insidioso:

–Debe existir una razón importante para que usted se preocupe tanto por este asunto.

–Si hubiera estado allí, usted también la tendría.

–Pero yo no estuve, y nadie me ha informado de nada.

–Sólo es cuestión de tiempo –dijo Denis con una firmeza que sorprendió a todos–. Tarde o temprano la encontrarán.

–Dios no le oiga –dijo Marchena cerrando la conversación.

El arquitecto abandonó la comisaría, abatido y silencioso. Había topado con un muro infranqueable. No sabía qué hacer. Mientras enfilaba la calle de las Cruces oyó unos pasos presurosos a su espalda y una voz llamándole:

–Eh, Julio... Espera.

Se dio la vuelta y se topó con la agente Galán, quien había salido con precipitación en su busca. Al verla, no pudo disimular el desconcierto.

–Escucha, yo te creo –dijo ella sin ocultar su nerviosismo–. Te creo desde el primer día, pero no puedo hacer nada. Con «montalbano» allí dentro... Bueno, no puedo decirte más. Se me caería el pelo. Llámame esta noche.

Isabel se despidió, no sin antes entregarle un papel donde había escrito su número de teléfono.

Denis la vio partir con la misma urgencia. Tomó el papel y lo guardó en el bolsillo. No entendía nada. Lo único que sabía es que a partir de ahora quizá contaba con un aliado secreto en la fortaleza de Marchena. Aún era demasiado pronto para establecer las ventajas de aquella complicidad, pero de algún modo era lo único que le quedaba. Mientras regresaba al ático, las palabras de la agente Galán revolotearon en su cabeza. En síntesis, ella le estaba diciendo que creía en lo que había visto en Doñana, pero que su margen de maniobra en comisaría era prácticamente nulo. «No puedo hacer nada.» Aquella confidencia, ahora la entendía, no estaba hecha a modo de disculpa sino con el fin de que él se pusiera en movimiento. Probablemente le estaba sugiriendo que investigara en aquella orilla a la que ella no tenía acceso. Esa era la absurda paradoja: si un delito se daba por sentado, la presencia de la policía tenía razón de ser; pero si el delito no existía, o peor aún, el jefe de policía no creía en él, ¿qué demonios hacía una subordinada husmeando en el lugar de los hechos?

Aquella misma noche Denis decidió dar un paso al frente. La agente Galán podía serle de inestimable ayuda en el planeta del crimen. Pero en realidad no sabía nada de ella: si estaba casada o soltera; si era viuda o tenía hijos, o estaba al cuidado de una madre con alzhéimer. Los tiempos habían cambiado tanto desde su

noviazgo con Berta que la vida de las personas se había abierto a mil posibilidades. En todo caso, no era algo de lo que tuviera que preocuparse. Siguiendo su consejo, la llamó a la hora de la cena. Ella respondió. Tras unos segundos de tanteo, en los que ambos se habituaron al nuevo timbre de sus voces, abordaron el asunto.

–No puedo hacer nada –insistió Isabel–. Los ordenadores de la comisaría están controlados. Si yo me pusiera a investigar por mi cuenta, Marchena lo sabría de inmediato. Pero tienes razón. Algo pasó en el río. Estoy segura.

–¿Por qué?

–Tengo una corazonada. Deberías hacer algo.

Denis no daba crédito. Una agente de la ley lo estaba invitando a colaborar en la resolución de un caso a espaldas de su superior. ¿Qué habría pensado Berta? De nuevo le dolía no poder contar con ella, aunque tuvo que reconocer que ese enigma brotaba del pozo de su ausencia. Como todo lo demás. Todo lo que le venía ocurriendo sucedía, paradójicamente, porque ella ya no estaba en el mundo. Eso le dolía mucho, claro, pero tenía que seguir adelante como si fuera una pequeña embarcación arrastrada por la corriente. ¿Cuándo iba a terminar ese viaje? Denis lanzó otra pregunta con un aplomo inusual.

–¿Qué propones?

–Que investigues por tu cuenta. No puedo decirle a Marchena que mañana me tomo un día libre para ir de excursión a Doñana. Daría el cante que no veas.

–Y ¿cómo voy a cruzar el río si el ferry no funciona?

–Claro que funciona. Pero no lo llames ferry. Aquí suena hortera.

–No lo sabía.

–Da igual –añadió ella–. Lo que pasa es que el barco sólo sale cuando hay grupos. El mínimo son quince personas.

Denis se percató de que no conocía a tanta gente en Sanlúcar para contratar la excursión. Además había visto el barco en el astillero. Se lo dijo. Asombrosamente, Isabel no lo sabía.

–Entonces tendrás que ir al puerto –propuso ella–, y pedirle a algún pescador que te lleve al Coto. Siempre hay algún jubilado por Bonanza.

–Lo haré.

–¡Ah! Y a la vuelta lo invitas a comer. No hace falta que vayas a los restaurantes de Bajo Guía. Son caros. Busca alguna taberna del muelle. Se come de narices y más barato.

Denis se sorprendió del desparpajo de la mujer policía, que en poco tiempo había rebasado el umbral de la confianza. No lo molestó. En el fondo lo necesitaba, porque de un modo imprevisto Isabel Galán estaba surgiendo como una portadora de luz.

11

Más allá del río, entre los árboles

A la mañana siguiente Denis cogió el coche y fue hacia el barrio de Bonanza. El día era muy limpio y el Guadalquivir se extendía a su izquierda como un paño marrón ligeramente arrugado por la brisa. Al principio pensó en ir a algún bar de pescadores donde los viejos se reunían para ver la televisión o jugar al dominó. Pero mientras aparcaba cerca de la iglesia cayó en la cuenta de que su condición

de forastero saltaba a la vista. Ciertamente, Sanlúcar no era un pueblo surgido de un *western*, pero tampoco parecía el mejor lugar para entrar en una taberna en busca de alguien que le ayudara a cruzar el río sin un buen pretexto. No conocía a nadie, era un extraño e ignoraba los códigos de la gente del mar. Para colmo, si la impresión de la Loli era cierta, lo más probable es que lo tomaran por un vampiro sediento de sangre. O algo así. Desistió y siguió caminando hacia el muelle.

Aunque a esa hora reinaba muy poca actividad, no le fue difícil encontrar a un viejo pescador reparando con paciencia una red. Aquella imagen le produjo un agradable sosiego porque lo transportó a los veranos de su infancia, cuando las faenas del mar formaban parte de la vida del país. Incluso para un hombre de secano como él, esas imágenes estaban presentes en los noticiarios de televisión, en las postales que se mandaban en verano desde la costa. ¿Cuánto tiempo hacía que Denis no veía una escena como aquella? Mucho tiempo. Demasiado. Pero estaba claro que el viejo mundo se desvanecía –y con él su propio pasadomientras luchaba por mantenerse a flote. Poco después entabló conversación con el pescador, un tal Josele, y le hizo una oferta; el otro aceptó y subieron a un bote. Luego enfilaron hacia la bocana del muelle y partieron hacia Doñana.

Era un día tranquilo. Las aguas del Guadalquivir bajaban tan calmas que Denis sucumbió a la tentación de abandonarse a la contemplación hipnótica del río. Llevaba demasiado en tierra firme, y la experiencia de navegar logró revivir en él las sensaciones de los primeros veranos. Luego reparó en que debía aprovechar el momento para obtener información. A simple vista el pescador

parecía una persona sencilla y abierta. Le fue fácil ganarse su confianza y animarlo a hablar de Doñana. Después de todo, el crimen había tenido lugar en el coto y cualquier detalle era valioso. Mientras se acercaban a la orilla, Josele le informó con orgullo:

–¿Sabe lo que hay ahí? El Parque Nacional de Doñana y la playa más larga del país. Sí señor. Treinta kilómetros desde Matalascañas hasta esta orilla. Treinta kilómetros. Sin nada construido, ni un gramo de cemento. Sólo el Atlántico.

–¡Caramba! –dijo Denis, ante la idea de un inmenso litoral virgen.

–Además la playa es de uso público –continuó el otro–. Todo el que quiera puede venir. Andando o en bicicleta.

–¿Y en coche? –preguntó Denis.

–En coche no. Está prohibido. Imagínese lo que sería esto. El carnaval de Cádiz. Sólo entran los tanques de las excursiones.

–¿Tanques?

–Sí. Los todoterrenos. ¿Ve la fábrica de hielo? –dijo el pescador, señalando la orilla que dejaban atrás–. Allí se compran los billetes. Usted paga treinta euros, le cruzan el río, y luego se sube en un tanque de esos y le enseñan el parque. Lo tienen bien *montao*.

–O sea que no hay coches particulares...

–Alguno habrá. Pero son de la gente que trabaja en el coto: guardas, guías, o los que vienen a estudiar los animales. No sabe usted la de bichos que hay ahí dentro. Cuando yo era joven...

Denis se preparó para el clásico aluvión de memoria ajena. En un segundo, el pescador se lanzó a evocar pasajes de su infancia en la posguerra. Momentos muy duros que habían afectado a todo el país, y más en una tierra abandonada secularmente de la mano de Dios. Josele también le contó alguna historia siniestra ambientada río

arriba, en la zona de Isla Mayor. Pero le resultó difícil de creer. No era posible que aquello fuera cierto, ni siquiera en un contexto tan amargo y doloroso. Denis era demasiado joven para tomarse en serio esas leyendas acerca de una vieja guerra que no era capaz de imaginar. Tenía la impresión de que todo aquel horror ya no era suyo y que no merecía tener noticia de él.

–Aquí lo malo viene del norte –dijo el pescador, remarcando su relato de las marismas–. Allí arriba no hay *ná*, sólo agua, barro, frío.

Denis llevaba varios minutos en el embarcadero, hasta que tuvo la impresión de perder el tiempo. Había cruzado el Guadalquivir con un solo propósito: hallar algún rastro del crimen, no escuchar viejos dramas del pasado. Se puso en pie. Tras balancearse sobre la barca, se apoyó en la amura de babor y saltó a tierra. Enseguida supo que no podía formar una cabeza de playa –por usar el argot de las películas de guerra– porque estaba solo. Aquel terreno era demasiado ancho para él. Inabarcable. Sin embargo, tenía una idea clara en la cabeza: acercarse al punto exacto de la orilla donde había ocurrido todo. Una vez allí, comprobó con pesar que los signos de lucha habían sido borrados por la marea. Sólo pudo reconocer un rastro fangoso e indescifrable que nadie habría asociado a unas huellas humanas.

Entretanto, Josele seguía fondeado en el embarcadero, fumando distraído un cigarrillo. En apariencia no tenía prisa. Pero Denis intuyó que el tiempo no jugaba a su favor, porque cuanto más tardara en regresar a la barca, menor sería su credibilidad. Le había dicho que necesitaba cruzar el río para tomar unas fotografías de Sanlúcar desde Doñana, y el pescador había aceptado porque no tenía nada mejor que hacer. Además este sabía que los ricos se mueven por

caprichos y se complacen en pagarlos como una forma distinguida de estar en la vida. Josele lo había aprendido en la infancia, cuando los señoritos de los cortijos de Andalucía la Baja se acercaban hasta Sanlúcar y abrumaban a los siervos con una lista de exigencias y caprichos propios de su sangre. Ahora debían soportar, también, los antojos de los ricos de Madrid. Pero al menos esos cien euros le iban a venir de maravilla. Eso es lo que le había sacado a aquel loco del abrigo que se paseaba por la playa desierta. Cien euros. Vivir para ver.

El tiempo volaba. La sesión de fotos no podía ser eterna. A lo sumo Denis podía prolongar brevemente el paseo hasta el bosque, donde había creído ver el coche blanco del asesino. Mientras se encaminaba hacia allí saludó con la mano al pescador indicándole que aguardara un poco más. Luego fue hacia el pinar que respiraba en silencio como un grandioso animal dormido. Sin duda, aquel enclave era extraordinario: Denis alzó la vista y pudo ver una bandada de aves blancas dibujándose en el cielo. La calma era absoluta y nada recordaba allí lo ocurrido la primera tarde. Respiró hondo y siguió avanzando; por primera vez en varios meses lo invadía una sensación de plenitud.

Pero aquella sensación balsámica fue demasiado breve. De pronto, tuvo la clara certeza de ser observado desde los árboles. Al principio pensó que podía ser un animal –un ciervo, un zorro o un jabalí– de los muchos que campaban en libertad por el parque. Pero no vio nada ni a nadie. Entonces sintió como un extraño estremecimiento. Empezaba a tener conciencia de que algo terrible, algo malévolo lo acechaba en los contornos del día. No era capaz de definirlo ni de encontrarle el símil correcto; pero fue como si una serpiente lo

hubiera mirado a través de un agujero. Cada vez más asustado, estuvo a punto de echar a correr en dirección al bote. Luego se contuvo y trató de serenarse. Lo consiguió. Pero ya había perdido algo así como el valor primordial, y no tuvo ánimos de seguir explorando la zona.

Diez minutos después zarparon rumbo al muelle fluvial de Bonanza. Durante la travesía, Denis eludió la conversación y se limitó a contemplar la orilla serena de Sanlúcar. A esa distancia parecía una acuarela dibujada por un maestro capaz de captar la esencia del mundo. La tierra y el agua mezclándose, superponiéndose, licuándose en un todo delicado que se alzaba al otro lado del Guadalquivir. El arquitecto pudo ver entonces la hilera de edificios que formaban Bajo Guía, el arrabal marinero donde se había escrito buena parte de la historia popular. Casas de dos plantas, pintadas de blancos y de ocres, donde antaño vivían los pescadores y donde ahora se concentraba el reclamo gastronómico de la ciudad. Denis sacó el móvil y tomó algunas fotografías. Al menos esos cien euros no se habían perdido por una alcantarilla.

Al llegar al muelle sintió que no se había repuesto del todo. Aunque había cruzado el ancho río, las aguas del sosiego no habían vuelto a su cauce. En su ánimo persistía aún la impresión inquietante del bosque –una serpiente mirándolo a través de un agujero–, y no era capaz de borrarla. En consecuencia, el saldo de su aventura resultaba algo descorazonador: no había obtenido ninguna prueba, salvo la información de que los coches que tenían acceso a Doñana pertenecían imperativamente a personas vinculadas al parque. Teniendo en cuenta que el otro acceso se encontraba a treinta kilómetros, no había forma humana de sacar

nada en claro. Cualquiera podía haber entrado por Matalascañas, atravesar todo el coto hasta la orilla que daba a Sanlúcar, matar a la mujer y volver a su guarida sin dejar rastro. De hecho, era el crimen perfecto.

Decepcionado, Denis necesitaba algún revulsivo. Entonces recordó el consejo de la agente Galán y decidió invitar al pescador a comer. Creía que era un gesto necesario para ganarse su afecto: si le trataba bien, se dijo, esa misma noche lo sabría todo el puerto y eso podía favorecerle en caso de seguir con la investigación. Al principio, Josele le propuso ir a una taberna popular, pero Denis quiso tener una atención extra y le planteó llegarse hasta Bajo Guía. El viejo no podía creerlo: era su día de suerte. Subieron al coche, enfilaron la calle Puerto de Barrameda y a los pocos minutos se detuvieron cerca de la antigua fábrica de hielo. Mientras recorrían el paseo, el arquitecto le preguntó por algún sitio de confianza. El otro repuso con entusiasmo: «Aquí *tó* es bueno», «*Tó* es bueno». Tras un breve escrutinio se detuvieron ante Joselito Huerta, uno de los restaurantes clásicos que daban al río.

La elección no era casual. Por lo visto, Josele era un niño cuando aquel establecimiento abrió a mediados de los años cincuenta. En sus inicios había sido una humilde taberna donde los pescadores acudían a tomar manzanilla tras volver del mar. Con el tiempo los dueños transformaron el negocio en una casa de comidas y luego en un restaurante. Según Josele, era el más antiguo del barrio y servían una comida excelente. Entraron y se dirigieron a una de las mesas del primer piso situadas junto a un precioso ventanal que daba al Guadalquivir. Pidieron. El pescador estaba contento y aprovechó para contarle su vida. No era algo a lo que Denis estuviera acostumbrado,

pero una vez más la muerte de Berta lo iba obligando a moverse en aguas desconocidas. Al poco rato tuvo que admitir que los recuerdos del viejo eran bastante pintorescos; también parecían teñidos de nostalgia por un tiempo difunto. La imagen de ese tiempo marinero revivía a través de sus palabras, pero también de las viejas fotografías que decoraban las paredes. Allí vibraba toda la poesía de Sanlúcar: las barcas de vela latina arribando a puerto; el grupo de curiosos apostado en la orilla; los pescadores descargando sus tesoros en cajas de madera, unas cajas que arrastraban con garfios sobre el humilde oleaje hasta depositarlas en los pórticos de la lonja. Una vez allí la última danza de los peces todavía vivos, hirviendo en estertores de plata. Cada tarde. Eternamente.

–Era una vida muy dura –dijo el viejo mientras hundía la cuchara en la cazuela de bacalao al pan frito–. Hoy es más fácil. Los barcos son más grandes y los pescadores están bien *comunicaos* con esos chismes de ahora. Si hay un temporal fuerte, llamas a un helicóptero y te sacan volando como en las películas.

Denis tuvo una corazonada y le preguntó por los peligros del oficio. Josele no perdió la ocasión:

–Usted no se imagina la que se puede formar ahí fuera –dijo mirando hacia el estuario–. Uno sale de madrugada a buscar el pan sin saber que le espera la muerte. Siempre es así. Como un torero. Sales a la plaza y al cabo de media hora estás muerto. Los pescadores estamos medio locos, se lo digo yo. Usted no sabe lo que se puede formar ahí fuera.

En este punto Denis le preguntó por algún naufragio relacionado con el pueblo. Estaba pensando en la historia triste de la Loli.

–Sí, claro. Me acuerdo de varios. Sobre todo el de *La Samaritana*, fue lo peor que nos ha *pasao* desde la guerra. Yo me salvé de milagro, ¿sabe? Tenía que ir con ellos, pero me dio *lapendicitis*. En la vida siempre nos salvamos de milagro.

–Me han dicho que murieron varios pescadores.

–Siete nada menos. El Roque, el Mijita, el Mamateta, el Pilongo, el Corroco, el Gandunga y otro que no me acuerdo.

–¿No iba el marido de la cocinera de Bonanza?

–¿Qué cocinera? Aquí hay muchas.

–La de la asociación de mujeres –aclaró Denis–. Su marido se ahogó.

–¿Quién se lo ha dicho? ¿La Loli?

–Sí.

–¡Qué va! Ahora le cuento. El Paco no se ahogó en *La Samaritana*. Estuvo a punto de morir pero se salvó. Dicen que se agarró a un madero con los dientes, porque tenía los brazos ocupaos en salvar a otro que no sabía nadar. Me lo creo. Pero al final el otro se le escurrió y se lo tragó el mar. Cuando el Paco se quiso dar cuenta, la dentadura se le había quedao en el madero. Eso dijeron y es *verdá*. Usted no sabe la que se puede formar ahí fuera. Usted no sabe cómo es el mar. Bueno, nadie sabe cómo es el mar.

La voz del pescador quedó flotando en el aire como un verso lleno de misterio y melancolía.

–¿Y qué pasó con el Paco?

–No supimos nada más. La Loli casi se vuelve loca. Toda la vida rezando *pa* que el *maríó* vuelva a casa. Luego el naufragio. Fue muy duro. El pueblo esperando y esperando: hasta la condesa de Niebla salió del palacio y bajó al puerto. Y el barco *hundío* y van

apareciendo los cuerpos. Y el Paco que no aparece. Nadie lo encuentra. Una tragedia.

–Me lo imagino.

–Luego la gente empieza a decir que lo han visto en Rota paseando con otra mujer o en Chipiona. Y cuando lo saludaban, el Paco se hacía el longuis. Todo muy raro. La gente se vuelve muy rara cuando le pasan cosas malas. Total, que no lo volvimos a ver.

–¿Me está diciendo que la Loli no es viuda?

–No digo eso. A lo mejor ya es viuda porque el tío ha *palmao* por esos mundos de Dios. Quién sabe. Era un golfo. Pero ya le digo que ella no va de negro porque el *marío* se ahogara en *La Samaritana*.

Denis no daba crédito. Acostumbrado a los tipos humanos de Madrid –donde las personas respondían a un patrón cada vez más frío y uniforme–, la fauna de Sanlúcar se le antojaba de lo más extravagante y peregrina. Era como una de esas películas antiguas que Berta veía a veces al volver a casa. ¿Existía de verdad ese *casting* fuera de la pantalla? ¿Gente como Larios o como Marchena? ¿Como Josele? Ahora sólo faltaba la Loli: una viuda de pescador que se había inventado una tragedia porque era incapaz de aceptar el abandono de su marido.

Aquella noche Denis llamó a la agente Galán para facilitarte el parte de novedades. Le contó todo, salvo su crisis de ánimo a la entrada del bosque. No quería mostrar fragilidad delante de ella. Isabel se tomó las cosas con humor.

–A los hombres no se os puede dejar solos –comenzó diciendo–. Te vas a investigar a Doñana y lo único que consigues es descubrir que tu asistenta miente. Pobrecilla. A saber lo que habrá tenido que sufrir en esta vida.

Denis no recibió aquel comentario con la misma solidaridad. Comenzaba a estar un poco harto de las reivindicaciones de las mujeres que se lamentaban por todo y por nada. Pero por la misma razón tuvo que admitir que el drama íntimo de la Loli era bastante singular. ¿Cómo no sentir lástima de una mujer que seguía anclada en el recuerdo del hombre al que amaba, hasta el punto de sepultarlo en el océano antes que imaginarlo en brazos de otra? Para Denis el corazón humano nunca dejaría de ser un misterio.

–No le digas nada a la asistenta –le aconsejó Isabel–. Las mujeres exigimos que respeten nuestros derechos, pero también que se guarden nuestros secretos.

–De acuerdo.

Tras cerrar el tema de *La Samaritana*, el arquitecto comprendió que no le quedaba mucho más; en todo caso la mentira de la Loli no tenía nada que ver con el crimen de Doñana. La agente Galán era de la misma opinión. Al final Denis reconoció que había perdido el día y que el avance era casi nulo. Además no podía regresar al coto para seguir buscando huellas. Interiormente lo acongojaba la idea de acercarse al bosque, donde una serpiente lo había mirado a través de un agujero. Durante unos minutos siguieron calibrando el siguiente paso, sin olvidar que Isabel sólo podía ejercer en la sombra. Ambos llegaron a la conclusión de que él debía concentrarse en buscar a la fotógrafa de la motocicleta roja. Era imprescindible. Se despidieron.

Isabel colgó el teléfono con la idea de que Denis había perdido una gran oportunidad de encontrar alguna pista en el coto. Luego sonrió para sus adentros recordando su propia torpeza al salir de la academia de policía de Sevilla. En los primeros tiempos suspiraba

por un caso; el trabajo en la oficina la dejaba insatisfecha. Tenía la sensación de que allá afuera sucedían cosas, un torrente de acontecimientos cuyo eco le llegaba como el rumor de un estadio lejano o como ese río majestuoso que gobernaba sus vidas. ¿Para qué había estudiado tanto si luego cometía errores? Se consideraba una mujer fuerte y preparada; por eso la hería que Marchena no la tuviera por gran cosa a causa de su inexperiencia. Sin embargo, el comisario le llevaba una gran ventaja: había visto algunas de las formas monstruosas que toma el mal cuando se abate sobre el mundo. Esta era la diferencia. Durante un tiempo Isabel Galán continuó siendo una chica de academia, atrapada en la modesta rutina, hasta que ocurrió aquello en la casa abandonada. Y perdió la inocencia para siempre.

12

El hombre que todo lo ve

Desde que Denis supo el secreto de la Loli, la asistenta quedó iluminada bajo otra luz. No es que cayera en desgracia, pero sus relaciones domésticas quedaron circunscritas a lo estrictamente necesario. Algo debió intuir ella, quien se mostraba cada vez más obsequiosa bajo el argumento de que el señor Julio persistía en el ánimo alicaído y no había engordado lo suficiente. La única diferencia –nada menor si se analiza a fondo– es que el viudo salía de casa antes de que la Loli concluyera la faena. De hecho, había adquirido el hábito de desayunar en el bar Dueñas y plantearse allí

al programa del día. El gran reto seguía siendo encontrar a la fotógrafa italiana.

Durante una semana lo intentó a su manera –rastreando la zona del Club Náutico o el barrio de Bonanza– hasta llegar a un punto muerto. Nada. Aunque le molestaba admitir la derrota, resolvió dar el paso que debía haber hecho desde el principio, tras el rechazo de Marchena. Acudir a un detective. ¿Quién si no podía encontrar a la mujer que buscaba? Entró en Google, consultó una página de anuncios y luego eligió un nombre al azar entre la amplia oferta que para su asombro existía en Sanlúcar. Quizá era su última bala. Sin embargo, la visita a aquella oficina de la calle Ancha se saldó de manera insatisfactoria. El detective le hizo ver lo elemental: si la policía no había mostrado el menor interés en el asunto, él no iba a mover un dedo. ¿Por qué? Porque no quería líos con Marchena: era un tipo poderoso y con menos escrúpulos de los que él podía imaginar. Según el detective, el comisario aceptaba la existencia de investigadores privados porque estos se dedicaban a la caza menor. Es decir, se centraban en buscar pruebas de la infidelidad de las mujeres, por ejemplo, o al seguimiento de algún trabajador que manipulaba la baja laboral, o divorcios, o temas como el incumplimiento de autos judiciales. Cosas así. Pero el encargo de Denis podía ser la puerta a algo muy turbio y hasta peligroso. El detective se basaba en la intuición y una experiencia de años: no quería asumir riesgos y estaba seguro de que ningún otro colega iba a aceptar el encargo. Con todo, tomó los datos personales de Denis por si se enteraba de algo de forma casual. «En este oficio –le dijo al despedirse– la suerte tiene a veces la última palabra».

Durante un par de días el arquitecto estuvo aguardando con ansia la llamada del detective. No obstante, el número que apareció en su móvil mientras paseaba por la playa solitaria del astillero fue el número de Larios. El cronista había vuelto de viaje y le propuso una cita en Bajo Guía. Aquella sorpresa le levantó el ánimo: Larios le había caído bien desde el principio y ahora se daba cuenta de que lo había echado de menos. Aceptó y luego aprovechó la espera para acercarse al lugar que empezaba a animarse a la hora del aperitivo. A diferencia del barrio de Bonanza, aquí se había perdido la esencia del antiguo puerto pesquero, o más bien había sido recobrada a través de una cocina popular de primerísimo orden. Según la guía de Larios, Sanlúcar era un paraíso en muchos sentidos, pero sobre todo para los amantes del pescado y del marisco, que se contaba entre los mejores de Europa. A la máxima frescura y calidad del producto se añadía un recetario popular –sabio y exquisito– que había cosechado elogios hasta de la *Guía Michelin*.

Ahora Denis caminaba frente a aquella «milla de oro» situada en las antiguas casas de pescadores que daban al Guadalquivir. No eran muchas, en verdad, pero formaban un frente marinero que no había cambiado en un siglo, salvo por el revoque anual de las fachadas gastadas por el salitre. Denis echó un vistazo a las ofertas que arrancaban en el Secundino y que incluían el Poma, el Avante Claro, Casa Bigote, el Joselito Huerta y algún otro de menor entidad. Caminó un rato y se detuvo delante del restaurante Avante Claro. Mientras admiraba la vitrina de pescado fresco –en realidad la réplica de un barco de madera con la bandera española–, sintió un golpecito en la espalda. Era Paco Larios. Parecía contento de verlo,

pero también transmitía una sensación de fatiga bastante acusada. Aun así, cautivaba desde su misma entrada en escena.

–Este sitio es muy bueno –le dijo tras estrecharle cálidamente la mano–. Tienen un chef de talento. Pero hoy vamos a lo clásico, vamos a Casa Bigote. Es el templo de Salomón, la Capilla Sixtina, la Scala de Milán

Denis accedió. A esas alturas de la vida ya no tenía claro si era bueno o malo fiarse de las primeras impresiones. A veces se había llevado agrios desengaños con las personas, pero en el caso de Larios se confirmaba la grata sensación del primer día, cuando la cordialidad del periodista lo había librado fugazmente de la sombra del crimen. Enfilaron el paseo y luego entraron en Casa Bigote. Se acodaron en la barra muy cerca el uno del otro, como dos viejos amigos. Mientras escuchaba a Larios pedir las consumiciones, Denis volvió a fijarse en él. Sus encantos saltaban a la vista. A diferencia de Marchena, era un hombre culto, de hablar pausado y ademanes tranquilos, pero que transmitía una *joie de vivre* contagiosa. Se expresaba además con mucha propiedad y poseía una rara virtud que derribaba todas las murallas: trataba a las personas de un modo tan afectuoso que los hacía sentirse únicos en el mundo.

Sin lugar a dudas, aquel restaurante era algo excepcional. Denis pudo comprobarlo al descubrir las ánforas griegas que colgaban del techo. Aunque sabía por la guía de Larios del pasado milenario de Sanlúcar, dicho pasado flotaba ahora sobre sus cabezas como el águila de la historia. Aquella historia se mezclaba además con el legado popular sanluqueño, representado por las docenas de fotografías y enseres náuticos que colgaban de las paredes. Todo desprendía un genuino perfume marinero, todo allí dentro sabía a

mar. Quizá ya no quedaban barcas de vela en la orilla, ni las casas guardaban las nansas, las redes o los bicheros, pero ante un hallazgo gastronómico tan fino como el calamar relleno de huevas de choco Denis tuvo que reconocer que el antiguo muelle de Bajo Guía seguía allí, como si nadie lo hubiera derruido y trasladado a Bonanza, como si la antigua lonja estuviera a la vuelta de la esquina, como si el tiempo aún creyera en milagros.

Estaba tan fascinado que se dejó llevar. Ahora Larios dirigía la función como un demiurgo y pidió una docena de langostinos: la joya de la corona. ¿Bebida? El periodista sugirió dos opciones: una Cruzcampo de barril o una copa de manzanilla en Rama 30 Arrobas. En cambio, el arquitecto prefería vino blanco. En tal caso la opción también estaba clara: Castillo de San Diego, el gran vino sanluqueño, de la casa Barbadillo. Uva Palomino cien por cien. Luego llegaron los langostinos. Ceremoniosamente, Larios le explicó el pequeño secreto de su preparación: hervir los crustáceos en una olla grande hasta que suban a la superficie; luego enfriarlos brevemente en una cubeta llena de salmuera y hielo. Eso permite cortar la cocción y que queden jugosos. No importa el exceso de sal porque el langostino sólo absorbe la justa, de ahí la expresión «eres más listo que un langostino de Sanlúcar». Por último, escurrirlos bien con una espumadera y dejarlos unos minutos en reposo.

–Lo mejor es la cabeza –le aconsejó Larios, mientras le ofrecía la bandeja de metal–. Se parte el langostino y se chupa el jugo. Parece un consomé frío de pescado. Prueba.

Denis le siguió el juego porque le agradaba escuchar las historias de Larios. Era una experiencia de primera clase. No quiso confesarle que solía visitar las mejores marisquerías de Madrid, en especial

Casa Rafa, que quedaba muy cerca de su apartamento del Parque del Retiro. Al fin y al cabo, él había vivido el final de un gran momento de expansión urbanística –cuando el dinero surgía de las piedras–, y el marisco se convirtió en un manjar acreditado entre la gente acaudalada. Denis lo había visto muchas veces. En las marisquerías de moda, los empresarios que acababan de cerrar un negocio saludaban a sus amigos con una cigala en la mano. En aquel país de Jauja, el langostino, el percebe, el centollo eran símbolos de poder. La voz de Larios lo devolvió a la barra, llena de ese bullicio pagano del sur.

–¿Qué te parece? Son de otro mundo. Pero falta lo principal. Cuando se chupa la cabeza del langostino hay que hacerlo con los ojos cerrados, así, como se dan los primeros besos de amor.

Luego abrió con suavidad la boca, con la devoción ensimismada de quien recibe el sacramento de la Eucaristía. Denis se quedó algo desconcertado ante el rapto romántico de su cicerone: el comentario había sido tan poético que le llegó al alma. Un hombre sibarita como Larios hablando de besos, de ternura, de primer amor. Viendo su rostro maduro le costó imaginarse su despertar amoroso en los pliegues remotos del tiempo. Aquel despertar, no obstante, estaba muy vivo en el recuerdo del cronista, tan vivo que de hecho era algo que seguía marcando su vida hasta unos extremos que nadie podía sospechar. Este era el gran secreto de aquel hombre querido por todos: un amor lejano que no había caído precisamente en el olvido. Y aún lo abrasaba con toda su llama.

Poco después subieron al comedor y se sentaron junto a una de las ventanas que daban al río. Un gran buque de carga de color amarillo se deslizaba suavemente sobre las olas, rumbo al puerto de

Sevilla. «Los nuevos galeones –pensó Denis–, los nuevos tesoros venidos del extremo del mundo». Entretanto, Larios pidió la comanda a conciencia, siguiendo la intuición certera de su gran paladar: daditos de atún rojo salteados al amontillado, de primero, y de segundo, cazuela de corvina a la roteña. No tomaron postre. Tras una comida espléndida, el vino rompió las defensas naturales de Denis. A diferencia de Berta, poseía un carácter reservado y poco amigo de las confidencias, pero desde el primer momento se había sentido tan cómodo con la afabilidad de Larios que abrirle su corazón sólo era cuestión de tiempo. Resultaba difícil que pudiera hallar mejor interlocutor. Además el asunto de Doñana le quemaba cada vez más. Necesitaba compartir con alguien que no fuera un extraño, sincerarse, quizá pedirle consejo. En la sobremesa se armó de valor y se lo contó todo.

–No sé qué hacer, Paco –le dijo buscando auxilio como un niño–. Todo esto me supera.

Larios lo escuchó con atención, incapaz de disimular su asombro ante aquel monólogo sensacional –con crimen incluido– que no estaba precisamente en la agenda del día. Como era hombre de recursos, eso sí, no tardó en incorporarlo al ambiente distendido y a la vez selecto de Casa Bigote. Antes de que Denis añadiera algo llamó al camarero y pidió dos copas de Pedro Ximénez. El arquitecto se sintió algo molesto porque esperaba una reacción más cercana, más acorde con el carácter de Larios. Necesitaba su opinión.

–No quisiera meterme en tus cosas –respondió este al fin–, pero creo que estás pasando una mala temporada. Es jodido quedarse solo, perder lo que más quieres.

Denis pensó por un momento que Larios también era viudo y le mostró su solidaridad.

–Soy soltero –aclaró el otro–. Pero sé muy bien lo que es perder al amor de tu vida. Te arrancan un trozo del corazón. Si me permites un consejo –añadió en voz baja–, yo no me quedaría mucho tiempo por aquí. Sanlúcar es mal sitio para la tristeza, para las personas solitarias como tú. Fíjate en esta locura. La gente charlando, bebiendo, comiendo, haciendo guasa de todo como si no existiera la muerte. *Carpe diem*. O quizá porque conocen la muerte demasiado bien.

Denis lo escuchaba tratando de asimilar sus palabras. Sí, claro, el tópico de la Andalucía alegre y superficial: aunque el mundo se fuera a pique ellos seguirían de fiesta. Nada nuevo bajo el sol. Pero la última frase de Larios le sonó en exceso imperativa: «Hazme caso, Julio, vuelve a Madrid». Entonces Denis le señaló el paisaje que se abría más allá del Guadalquivir.

–¿Y lo que vi? –preguntó ansioso–. ¿Cómo puedo vivir con esto?

–¿Por qué no me lo contaste en el hotel? Ahora te sentirías mejor.

–No te conocía de nada.

–De acuerdo, no nos conocíamos de nada. Lo malo es que has caído en tu propia ratonera –se atrevió a aventurar Larios, dando un giro radical–. ¿Sabes que creo? Que es normal que te resistas a arrojar las cenizas de tu mujer. A mí me pasaría lo mismo. Quizá sea mejor aceptarlo y no imaginar crímenes para aplazar la despedida.

–No te entiendo.

–Bueno, quizá te parezca psicología barata. Pero estás en una encrucijada que puede cambiar tu vida. Míralo así. O sigues atrapado en el recuerdo de ella, como si estuviera viva, o la entierras de una

vez y te enfrentas al futuro. Quién sabe. Quizá encuentres otra mujer. Aún eres joven. El amor es un milagro venga de donde venga.

Denis entendía cada vez menos. ¿Qué estaba contándole Larios? Y encima... ¡otra mujer! Aquella idea no había entrado en su cabeza. Le sonó tan fuera de lugar que se escabulló por la tangente. Al final aquel tipo le había hecho una propuesta similar a la de la Loli. Se sentía como un insecto bajo la lámpara de un laboratorio.

–Yo no necesito otra mujer –repuso el viudo con una firmeza inusual–; quiero encontrar a la mujer que aquel día estaba haciendo fotos en Doñana. Lo vio todo.

–¿Una mujer? –inquirió Larios–. Es muy raro que una mujer vaya sola al coto en invierno. Hace un frío siberiano.

–Yo la vi, ya te lo he dicho.

–Bien. Supongamos que la viste. Pero si no me dices cómo era no podré ayudarte a encontrarla.

–Creo que era alta y llevaba una cazadora roja –explicó Denis–. Se movía como un gato a punto de saltar. Por eso supe que era una fotógrafa. La gente normal no se mueve así.

–De acuerdo –concedió el periodista–. Quizá la viste, pero me temo que no era de aquí. En Sanlúcar no hay ninguna fotógrafa profesional. Sería de fuera. Aquí viene mucha gente a hacer fotos para alguna revista. Pero si ella vio lo mismo que tú, lo normal es que se haya largado pitando.

Aquella posibilidad no había entrado en los cálculos de Denis. Daba por hecho que la extraña seguía aún en el pueblo, enfrentándose a solas al recuerdo del crimen. Igual que él. Pero Larios le había planteado la opción más lógica, la de la huida, dado

que ninguna mujer había presentado ninguna denuncia. O eso afirmaba el comisario Marchena. Quizá huir era lo más sensato. ¿Por qué no había huido él? ¿Por el encargo de Berta? A lo mejor tenía razón Larios al decirle que estaba atrapado en su recuerdo.

Abandonaron el restaurante poco antes de la caída del sol. El Guadalquivir se deslizaba tranquilo, y en la orilla de Doñana no se veía un alma. Ninguno de los dos hombres removió el asunto, pero tras la charla con Larios el arquitecto era presa de un cierto desencanto. Animado por el talante cordial del cronista, le había abierto su corazón. Lo necesitaba. Sin embargo, el resultado de ese esfuerzo –porque lo había sido para un hombre como él– no era satisfactorio. A decir verdad aquello no difería tanto de su experiencia con el comisario Marchena. Lo había intentado en la comisaría y ahora en Casa Bigote. La misma historia del crimen, dos interlocutores completamente distintos e idéntica postura de asombro e incredulidad. Tras despedirse, Denis pensó que lo desagradable del tema era el tono paternal que ambos habían empleado para disuadirlo. No hacía falta ser muy perspicaz para concluir que le estaban aconsejando que se marchara de Sanlúcar.

13

El último refugio

Julio Denis no era una personalidad reactiva: rara vez se ponía en acción por llevar la contraria a los demás. Desde niño hacía siempre lo que creía que debía hacer –como un fiel artesano de su propia

vida–, al margen de que los otros le impulsaran a hacerlo. Pero cuando tras el almuerzo en Casa Bigote Larios le vino a decir sutilmente que se marchara del pueblo, adoptó la firme resolución de quedarse. De pronto se le había encendido una luz y quería ver el paisaje que dejaba al descubierto. Además, ahora no tenía obligaciones profesionales, y el encargo de Berta se le antojaba la coartada perfecta; en cierto modo ya no tenía apremio alguno por arrojar sus cenizas al Guadalquivir. Esta vez las urgencias venían de la otra orilla del río. Por tanto, seguía siendo crucial encontrar a la italiana: la única persona capaz de aclarar si lo que había visto era la realidad o un mal sueño.

A la mañana siguiente salió con ese propósito, pero necesitaba algo más que determinación: necesitaba estar tranquilo y aguardar una señal. De momento no podía emplear más armas que la paciencia. Todos sus pasos habían sido estériles. Giró a la derecha, pasó frente a la portada mudéjar de la Iglesia de Nuestra Señora de la O y comenzó a bajar la cuesta de Belén. La visión de la cinta del río, extendiéndose más allá de los tejados blancos, le ensanchó el corazón. Estaba decidido a quedarse allí hasta el final: no tenía nada que perder, porque ya lo había perdido todo. Tras dejar atrás el Mercado de Abastos, llegó a la plaza de San Roque y entró en Casa Ballén. Era el tercer día que iba a desayunar allí, pues había hecho buenas migas con Juan, el jefe de la barra, vestido siempre de negro, pero cuya mirada afable denotaba un innato aprecio por la gente. Además Juan ya conocía sus gustos: café cargado y un mollete con aceite, tomate y jamón. A esa hora el bar estaba bastante lleno, de modo que tuvo que esperar un poco a que se cumpliera el ritual: mientras Juan le preparaba el café, un camarero

cortaba el jamón al momento siguiendo una deliciosa tradición andaluza. Luego lo extendía sobre el mollete de pan tostado. Todo era nuevo, reciente, como el sol de invierno que bañaba la plaza y doraba el aceite de oliva.

Tras el desayuno, Denis tuvo que admitir que Sanlúcar empezaba a sentarle bien. ¿Cuándo había comenzado aquella fascinación por un sitio que no conocía? Pensando en ello, recordó que todo había sido fruto del azar. Una tarde tranquila salió antes de hora del despacho y decidió dar una sorpresa a Berta presentándose en los estudios de la Cadena Ser. Al terminar el programa se perdieron juntos en las traseras de la Gran Vía, como en los años de su noviazgo, plenos de sueños y esperanzas. Mientras paseaban cogidos de la mano les llegó de pronto una canción cantada por Niña Pastori que hablaba de Cádiz. Hechizados, siguieron el rastro de la música, como quien persigue un olor dulce en una ciudad desconocida. Al final terminaron en una taberna pequeña con sabor andaluz. Entraron y miraron la carta; luego pidieron *pescaíto* frito y un botellín de manzanilla. Al poco rato se sorprendieron haciendo planes con un entusiasmo perdido, y ese entusiasmo florecía bajo un póster turístico de Sanlúcar de Barrameda. Aquella atmósfera los devolvió al principio de su amor. Entonces sellaron un pacto: viajar al sur cuando la agenda les diera un respiro.

Por desgracia, el descanso llegó de la forma más cruel, bajo las siglas LMC (leucemia mieloide crónica). Aquel veredicto sobre Berta los obligó a replantearse la vida por entero. Denis no olvidó nunca aquellas primeras jornadas de angustia e incredulidad, pero mientras estaban en la clínica se reafirmaron en la idea de ir a Sanlúcar cuando ella se encontrara mejor. Era algo así como una promesa, o

quizá un sueño imposible porque ambos intuían la terrible verdad. A veces uno se comportaba como si esa verdad no acechara en el horizonte, con el fin de levantar el ánimo del otro. Y a veces era al revés, como si la esperanza y el desencanto se turnaran en días laborables. Sea como fuere, el sueño de tomarse unas vacaciones permanecía intacto, como la idea de acampar en un oasis tras cruzar el desierto. De vez en cuando Julio abría el portátil y buscaba algún documental sobre la zona del Bajo Guadalquivir. Luego cedía los auriculares a Berta y se deleitaba viendo el rostro de ella iluminándose ante tantas maravillas. Todo lo relativo a Sanlúcar les fascinaba: el mar, el río, el barrio marinero, la playa, el Coto de Doñana, las puestas de sol... Así fue como aquel rincón desconocido se fue convirtiendo en el último refugio.

En un rapto de optimismo, Denis se aventuró a contactar con algunas inmobiliarias locales –Fincas del Sur, Faro Real, Tartesos–, con idea de alquilar algo allí por una temporada. Aunque todo estuviera perdido, él seguía haciendo lo imposible por dibujar un futuro junto a Berta. Se daba cuenta de que aquello era una forma de mantener viva la ilusión, una llama pusilánime que se desvanecía ante el viento aciago de los hechos. Sin embargo, seguía buscando una vivienda, como si pudiera enderezar simbólicamente el rumbo del destino. Un día descubrió que Berta le seguía el juego con el fin de apartarlo de la realidad, pero no dijo nada. Porque en aquel juego tácito –y sobre todo en aquella ficción de ir a Sanlúcar que se representaban a sí mismos cada día– afloraba una forma nueva y más sagrada del amor.

Irónicamente el premio les llegó al final del viaje. Era una casa señorial del siglo xvii ubicada en el centro del pueblo. Cuando Berta

vio el anuncio sucumbió al hechizo para siempre: tras una fachada blanca con dos grandes ventanas adornadas con rejas de hierro forjado se abrían dos amplios patios de estilo andaluz con columnas ligeras; en uno de ellos había una fuente cantarina y un pequeño vergel de plantas profundamente verdes; en el otro, una alberca de agua azul protegida por un alto muro interior cubierto de buganvillas. Imposible no pensar en el paraíso, en los Jardines de Alá. Enseguida Denis se puso en contacto con la propietaria y le transmitió su deseo de alquilar la casa. Pronto llegaron a un acuerdo y fijaron una fecha de entrada para unas semanas más tarde. En todo este tiempo la propietaria nunca supo la verdad. Luego murió Berta. Y ahora Denis seguía rememorando aquel sueño roto en la terraza de Casa Ballén.

Entonces el azar llamó de nuevo a su puerta. De repente, ella apareció en la esquina de la calle Torno con Bretones, justo a la altura de la vieja tienda de máquinas de coser Singer; luego atravesó el breve tramo de la plaza que da al mercado y se esfumó por la calle Regina. Esta vez Denis tuvo tiempo de fijarse bien; ella llevaba el cabello recogido bajo una gorra marinera de color azul celeste, pero seguía siendo la misma mujer: alta, delgada y con unas piernas eternas que le permitían desplazarse a ritmo de gacela. Fue como una aparición. La fotógrafa que había buscado afanosamente llevaba una pequeña mochila a la espalda, quizá con un equipo fotográfico o un ordenador portátil. Antes de que Denis pudiera ponerse en pie, la perdió de vista.

Por suerte tenía una oportunidad. Como en un film de intriga, comenzó a seguirla a una distancia prudencial, repitiendo cada uno de sus pasos, rebasando esquinas, cruzando calles nuevas,

apurando la marcha si era preciso para no perderla, como un tam-tam que lo conducía hasta el centro de la selva. Su corazón volaba. Al fin la vio detenerse frente a una casa señorial de la calle Fariñas. Durante unos segundos Denis se quedó quieto, inmóvil como un reptil bajo el fogonazo del sol. Entretanto, ella extrajo la llave y la hizo girar con firmeza en la cerradura del portón. Denis la vio desaparecer, como abducida tras los muros de aquel edificio que lucía un viejo escudo nobiliario en la fachada. Por un instante sucumbió a la tentación de acercarse y llamar enérgicamente a la puerta. Pero, luego, renunció por falta de arrojo y ante la ausencia de un sólido pretexto. ¿Qué iba a decirle cuando la fotógrafa apareciera en el umbral? ¿Que se había equivocado de dirección? ¿O que la necesitaba como testigo ocular de un crimen? Enseguida Denis tuvo claro que antes debía ganarse su confianza. Aquella mañana se limitó a tomar una fotografía de la casa con el móvil y luego giró sus pasos hacia la plaza de San Roque. Mientras pasaba ante la librería de la plaza reparó en una coincidencia extraordinaria. La casa de la italiana era la misma que habían soñado alquilar con Berta. La misma. ¿Cómo no se había dado cuenta?

14

En la calle Fariñas

De regreso al apartamento, Denis sintió que había sido bendecido con un golpe de fortuna. Por fin sabía dónde encontrar a la fotógrafa: en el corazón mismo de Sanlúcar. Asombrosamente, la

casa de ella era la misma del anuncio, el noble refugio de la última esperanza. Aquel detalle rozaba lo increíble, pero enseguida reparó en que ese golpe de fortuna ocultaba una carga de ironía: había soñado vivir en aquel lugar con Berta, y ahora el azar podía abrirle sus puertas de la mano de otra mujer. Y no era la marquesa de Miraflores. ¿Qué había ocurrido? Todo era tan extraño que tuvo que aceptar que la trama sinuosa de nuestras vidas había sido escrita por el Gran Joker, un mago despiadado, pendenciero y burlón. Denis pensó entonces que quizá llamábamos «coincidencia» a uno de esos cruces desconcertantes que nos reserva el destino. En todo caso, el hecho de haber mantenido una cálida correspondencia con la propietaria suponía un argumento suficiente para llamar a la puerta.

Cuando la puerta se abrió pudo ver al fin el rostro de la desconocida: la enigmática Carla Fantoni. Al principio le sorprendió que la marquesa hubiera dejado las llaves del inmueble –un palacete, en realidad– a aquella mujer. No era la clase de persona que inspirara confianza, sino más bien transmitía una inquietud difusa que la envolvía como una coraza capaz de repeler a los intrusos o a aquellos que ella creía como tales. La italiana se le apareció de pronto como un perro guardián, pero luego le vino a la mente la imagen de la perfecta ama de llaves victoriana. Además era muy alta, incluso para él, con la nariz aguileña y la mirada de acero azul. Denis hizo valer su amistad con la dueña y ella lo invitó a entrar.

Enseguida se percató de su error: aquella mujer reclamaba una lectura más profunda. Ahora se movía talmente como la señora de la casa, y el arquitecto comprendió que de algún modo simbólico lo era. En este punto no le fue difícil reconocer el pasado aristocrático

de la anfitriona, su pertenencia a un club exclusivo forjado con los aceros del tiempo. Sí. A buen seguro le bastaba proceder de esa élite para que las puertas del club le fueran abiertas, como a una hija pródiga que regresa con los suyos tras sobrevivir a los huracanes de la vida. No era el tipo social de Denis, ni tampoco de Berta. Aunque él solía tratar con personas de buena posición, la nobleza no figuraba en su clientela, entre otras razones porque invertían mayormente en la conservación de sus propiedades y no en obra nueva. Ahora sentía un hormigueo especial mientras tomaba café con Carla en el gran salón de la casa. Era un espacio amplio, de techos altos, decorado con el buen gusto y la mano delicada de varias generaciones. En cierto momento, Denis decidió preguntar por la marquesa. La fotógrafa le explicó que estaba en el cortijo de las marismas:

–Sólo viene en Semana Santa y en verano. Pensaba que ya lo sabía.

–Nunca se lo pregunté. Creía que vivía en Sanlúcar.

–Es lo que piensa la gente –repuso ella–. Pero aquí no vive nadie importante. La gente importante está en Madrid, en Sevilla o en Jerez. Sólo bajan a Sanlúcar algún fin de semana o para las ferias. Luego en verano esto se pone imposible. Por suerte, el resto del año es muy tranquilo.

–Ha de ser maravilloso vivir aquí –dijo Denis pensando en Berta.

–Sí, sobre todo fuera de temporada. Podemos llevar la vida de siempre. Pero las casas antiguas requieren mucha atención. Son como los viejos. Por eso me reparto entre esta casa y el cortijo.

Enseguida Denis se hizo cargo de la situación. Ahora se explicaban las desapariciones de la italiana. No había ningún misterio:

simplemente regresaba al cortijo para acompañar a la marquesa. Cuando reparó en ello se dio cuenta de que la fantasía nos juega a veces malas pasadas llevándonos a territorios muy alejados de la realidad. En este caso, la realidad era que Carla pasaba parte del tiempo fuera de Sanlúcar y se acercaba al palacete de la calle Fariñas un par de veces al mes. El resto estaba fuera de la ciudad. Durante un rato siguieron conversando en aquel salón noble que desprendía el calor precioso de un útero. Denis estaba bajo un encantamiento, entre muebles de caoba maciza y objetos de plata. Todo lo hechizaba: las amplias butacas de terciopelo, los viejos almohadones floridos, los cuadros con marco dorado, los retratos de familia, imágenes de ilustres antepasados –obispos, políticos y almirantes–, que seguían vivos gracias a un rapto de inspiración de un pintor cortesano. Por primera vez en mucho tiempo se sintió plenamente a gusto, sin sentir la pena del alma, y con el deseo de que aquello no terminara nunca.

Sin embargo, no conseguía olvidar del todo el motivo por el que estaba allí. Pese a la magia del momento, percibió como un rumor de fondo, el ronroneo extraño de un motor que señala alguna anomalía. El problema es que la charla con la fotógrafa había transcurrido por unos senderos muy distintos a la orilla del río. Necesitaba algo, un golpe de efecto que sacudiera la superficie tranquila de las cosas y los devolviera al escenario del crimen. Quizá por eso cometió aquella estupidez, algo absurdo que habría disgustado mucho a Berta. Aprovechando que Carla había ido al baño, cedió al impulso de coger el móvil de ella que vibraba sobre la mesa de café. Antes del último tono tuvo tiempo de leer el nombre

de Paco Larios en la pantalla. Y le extrañó. Entonces la italiana irrumpió en el salón.

–¿Qué hace?

–Lo siento, perdone...

–Usted no conoce a la marquesa, ¿verdad? Es uno de los Terry. Lo sabía. Son carroña. No pararán hasta quedarse con todo.

–Espere, por favor. Deje que le explique.

–No hay nada que explicar. Márchese o llamo a la policía.

–Ya he ido a la policía –repuso Denis–. Por eso he venido a verla.

–¿A mí? –preguntó Carla cada vez más sorprendida.

–Sí, porque nadie me cree.

–No me extraña. ¿Por qué habrían de creer a alguien como usted?

–Porque yo vi algo en el río. Y usted estaba allí.

–¿Yo?

–Sí, la tarde del vendaval.

Carla guardó silencio, como si quisiera iluminar aquel tramo de su memoria. Entretanto, Denis reelaboró la estrategia: tenía que ser más astuto. La sospecha de un crimen podía ser un argumento convincente si jugaba limpio, pero también disuasorio si cometía errores graves como el del teléfono. Así que decidió tranquilizar a la fotógrafa y avanzar con cautela: trató de ser sincero y creíble, le habló de su experiencia en la casa abandonada, de lo que vio o creyó ver en el río, de su visita a la terraza del hotel y, por último, de su sorpresa al descubrirla haciendo fotos en Doñana. Justo en el lugar del crimen.

Carla lo escuchó con atención, sin pronunciar palabra alguna, mientras trataba de dilucidar si estaba ante un perturbado o alguien con una desbocada fantasía. Denis se mantuvo expectante,

temiendo que la reacción de ella siguiera los pasos de sus anteriores confidentes. Durante unos minutos sólo se oyó el reloj de pared, como el segundero de una cuenta atrás de un incierto viaje. Pero, para su asombro, la historia dio en el blanco. Ahora ella le estaba haciendo algunas preguntas; también se las formulaba a sí misma porque acababa de descubrir que quizá había estado muy cerca de un crimen sin percatarse de nada. No era un logro para una amante de la fotografía. En este punto ambos comprendieron que la fase de las palabras –las preguntas, las suposiciones–, entraba en un callejón sin salida. Entonces Denis se interesó por las fotos. Quizá había algo en ellas que Carla no había visto.

–No sé por qué hago esto –dijo ella poniéndose en pie–. Supongo que porque soy una romántica. Acompáñeme.

De pronto Denis se sintió fuerte.

–Yo sé por qué lo hace –dijo mirándola a los ojos–. Porque tiene una corazonada.

–Esperemos que sólo sea eso.

Abandonaron el salón y salieron a uno de los patios porticados, donde se encontraba el comedor de verano. El arquitecto se fijó en la mesa de madera de teca y en las sillas de mimbre. La lámpara marroquí que colgaba del techo daba un aire exótico a aquel rincón que tanto había gustado a Berta. Se detuvo un instante pensando en su mujer.

–Vamos dentro –le ordenó la fotógrafa–. Hace frío.

Denis la siguió hasta el segundo patio. Carla dobló a la izquierda y abrió la puerta de una habitación que le servía de estudio. Era un espacio sorprendentemente moderno, con una larga mesa de cristal ahumado donde destacaba un ordenador Mac con una gran pantalla

de 27 pulgadas. Denis echó un rápido vistazo y vio otro ordenador más viejo, un portátil, y un equipo fotográfico. Quizá allí se ocultaba la verdad. Pero no tuvo tiempo de captar nada más, porque la italiana se puso en acción con una rapidez electrizante: encendió el ordenador y abrió el programa de fotos; luego cogió la cámara Fuji, extrajo la tarjeta de memoria, la introdujo en la ranura de la derecha y pulsó la descarga de imágenes.

Mientras las fotos anheladas aparecían en la pantalla –formando algo similar a las teselas de un mosaico– el corazón de Denis comenzó a dar señales de vida. Esa ansia galopante, sin embargo, no duró mucho y sucumbió finalmente a la realidad. La sesión del río no era tan reveladora ni exhaustiva como habría deseado: apenas una treintena de fotos de la orilla y de la entrada del bosque, justo donde tuvo la sensación de que una serpiente lo observaba a través de un agujero. Luego había otras imágenes de la zona de la casa abandonada. Volvió la esperanza y Denis aguardó algún tipo de revelación. Durante un tiempo interminable, Carla fue abriendo cada foto hasta reproducirla en el formato exacto de la pantalla. No obstante, esas imágenes tampoco aclararon nada: no logró ver huellas en la orilla del Guadalquivir. Sólo vio áridas dunas sin encanto, cubiertas de una vegetación raída y rala que transmitía una impresión de pobreza e inutilidad. Desde luego no eran las dunas que había visto en los documentales en la clínica, con Berta, tan finas y doradas como el polvo de un reloj de arena.

Entonces intuyó que la fotógrafa había retratado de forma inconsciente el paisaje de su alma. No era una apreciación estética sino una verdad emocional. Si alguien hubiera podido adentrarse en lo más profundo de Carla Fantoni quizá habría descubierto aquella

panorámica de playas solitarias azotadas por el viento. Lo más duro es que ese paisaje interior –que proyectaba a través de su cámara– era un lugar sin seres humanos. Allí no había nadie: ni en el Coto de Doñana ni en la playa de Bonanza, cuyas fotos empezaban a brotar escalonadamente. Nadie. Sólo una orilla desierta, un par de bloques de apartamentos de color ocre que rompían totalmente la armonía costera, y las instalaciones del astillero donde destacaba la silueta romántica del *Real Fernando* en dique seco.

–¿Lo ve? Aquí no hay nada –dictaminó ella.

El alivio de Carla contrastaba con el profundo desencanto de él.

–Quizá si utiliza el *zoom*...

–Eso me llevará bastante tiempo. No puedo aplicar un *blow up* a todos los elementos de las fotografías.

–No es tan difícil –dijo Denis–. Lo he visto.

–Usted ve demasiadas cosas –repuso ella con ironía.

–Lo vi en *Blade Runner* –dijo él como prueba irrebatible.

Carla no pudo reprimir la risa.

–Sí, claro... Cuando Harrison Ford va ampliando una foto en Polaroid hasta dar con la pista que lo lleva a la replicante.

–Exacto.

–Pero usted no es Harrison Ford ni yo una replicante.

Denis recibió el impacto con deportividad y tuvo que reconocer que Carla Fantoni era una caja de sorpresas. La misma mujer algo áspera que le había abierto la puerta con un pitillo en la boca –y que luego lo había amenazado con llamar a la policía–, ahora se mostraba tan locuaz como una vieja amiga. Estaba claro que de algún modo sinuoso él había pasado la prueba, y que a partir de ahora todo iría viento en popa. El problema es que no había ningún

puerto a la vista, salvo el recuerdo doliente y difuso de su experiencia en la casa abandonada. Y poco más. Carla cerró el ordenador y le propuso regresar al salón. Una vez allí le dijo algo desconcertante:

–Somos lo que vemos y también lo que fotografiamos. Quizá usted sólo vio algo que ya llevaba dentro: la muerte de una mujer indefensa a manos del mal. Pero eso no suele salir en las fotografías.

Aquello descolocó totalmente a Denis, ya que lo hizo dudar a fondo de lo que había visto. ¿Y si todo fuera una reconstrucción transformada y sublimada del drama de Berta? Ella prosiguió:

–No me haga mucho caso. Le sigo creyendo aunque su historia sea difícil de creer. Lamento no haber podido servirle de gran cosa. La vida siempre opina de otra manera. Pero puede contar conmigo. Usted es amigo de la marquesa, ¿no es cierto?

Denis ya no supo qué responder. Tenía la impresión de haber caído en las redes de una mujer muy inteligente que estaba jugando con él. Sólo le faltó descubrir un libro de Andrea Camilleri en la pequeña biblioteca rinconera del salón.

–No hay que perder la esperanza –dijo la italiana al detectar su mirada fugaz sobre el libro–. Quién sabe. A lo mejor estamos ante el nacimiento de un detective.

–¿Cómo?

–Llámelo como quiera. Pero si sigue creyendo en lo que vio ya no tiene muchas opciones. Yo en su lugar investigaría por mi cuenta.

Julio Denis se quedó de una pieza. Nunca se había visto a sí mismo como un detective de novela. Las cosas de la vida eran más fáciles pero también más difíciles. Y en todo caso muy diferentes. Por supuesto conocía a algunos detectives de ficción, pues Berta era

una gran aficionada al género. Además, la novela policíaca estaba de moda: todo el mundo parecía haber puesto un inspector en su vida, pero él era incapaz de imaginarse en ese papel. Lo había intentado a instancias de Isabel Galán y había fracasado al otro lado del río. Ya no tenía fe. Carla interrumpió sus pensamientos para darle el número del móvil.

–Tendrá que seguir solo. Si encuentra algo extraño, llámeme. No puedo garantizarle nada. Ya le dije que iba de aquí para allá. Quién sabe si volveremos a vernos.

–Creo que regresaré a Madrid –dijo Denis, sorprendiéndose a sí mismo–. A lo mejor usted tiene razón y todo han sido imaginaciones mías.

–Somos lo que vemos y a veces vemos lo que somos –dijo la fotógrafa–. Pero llámame Carla. No todos los días se comparte un misterio.

Denis abandonó el palacete de la calle Fariñas presa del desconcierto. Había depositado tantas esperanzas en la desconocida que su encuentro con ella se saldó de una forma decepcionante. Es cierto que había logrado entrar en la casa soñada, de la mano de una mujer especial. Es más, si le dedicaba tiempo, quizá llegarían a hacerse amigos y él podría contar en Sanlúcar con una compañera a la altura de sus anhelos más íntimos. En el fondo, algunas veces había soñado con una mujer así, extraña y solitaria que le propusiera otra forma de vida. Pero el asunto iba por otro sendero. No la había buscado sin tregua para establecer nuevas relaciones, sino para hallar un testimonio que avalara su tesis del crimen de Doñana. Durante varias semanas había creído que su única baza era aquella mujer misteriosa y esquiva. En ese tiempo incierto, Carla sólo fue un

enigma, como lo son todas las mujeres de un modo u otro. Pero al final la italiana se había convertido en el epítome de la transparencia: un rostro brillante en la cubeta de revelado. Y ese rostro tenía algo de sibila. Mientras Denis caminaba hacia la plaza del Cabildo se entretuvo evaluando la situación. No sabía qué hacer. ¿Irse o quedarse?

15

La gran decisión

Denis abandonó la casa de sus sueños con el ánimo sombrío. El desenlace de la calle Fariñas sonaba a veredicto final. En esas circunstancias le habría gustado detenerse en la taberna La Gitana de la plaza del Cabildo, porque uno de los camareros –Pepe– tenía la gentileza de presentarle a otros parroquianos. Y gracias a la gente no se sentía tan solo. En los últimos tiempos se había abierto a la vida del sur, basada en el arte de vivir cada segundo como si fuera el último. Pero entretanto no había resuelto el encargo de Berta y su ausencia le pesaba cada vez más. Mientras ascendía la calle Bretones tuvo que sortear los rastros de agua que bajaban del Mercado de Abastos como el signo inapelable del final del día. A esa hora de la tarde, los empleados de la limpieza baldeaban los puestos del mercado y el agua se desparramaba calle abajo sobre las baldosas en dirección a la plaza de San Roque. Todo desprendía un cierto tufo a pescado, a materia viva y a la vez muerta. Poco después Denis alcanzó las Covachas, subió los amplios peldaños de

la cuesta de Belén hasta el Palacio de los Guzmanes, dobló a la izquierda y enfiló la calle Luis de Eguilaz. Su calle.

Ya en casa, pensó que un poco de música podría sentarle bien. Tras examinar la discoteca de su amigo Alberto, puso el *Concierto en do mayor* para dos trompetas de Vivaldi. En un instante el aire eufórico del barroco se adueñó de todo. Ahora el viudo se dejaba contaminar con el mensaje vitalista del *allegro* y salió a la terraza para contemplar el ocaso que nacía más allá del estuario del Guadalquivir. Anímicamente estaba bastante tranquilo, pero no sabía cuál era el siguiente movimiento en el tablero. Quizá hablar con alguien. Llamó a Isabel Galán.

–He encontrado a la fotógrafa –comenzó diciendo–. En una casa antigua de la calle Fariñas.

–¿Es guapa? –preguntó ella.

Denis se quedó callado. Nunca habría creído que la mujer policía pudiera hacerle esa pregunta.

–No es mi tipo –mintió él–. Pero es especial. Creo que es condesa o algo así.

–¿Condesa? ¡Qué puntazo!

–Al menos lo parecía. Es amiga de la dueña de la casa, la marquesa de Miraflores.

–Qué casualidad. Tu amiga.

Denis reaccionó rápido.

–Sí.

–¿Y no sabías que ellas eran amigas?

–No... –titubeó él–. Ya sabes que esta gente es muy discreta.

–Pues has tenido suerte. No es normal encontrarte a una condesa cuando llamas a la puerta de una casa.

Quizá la agente Galán tuviera razón. Quizá no era tan fácil llamar a la puerta y toparse con una figura que surgía con la fluorescencia del pasado. Pero aparte de esa sorpresa y del recuerdo de la tarde más estimulante que había vivido en Sanlúcar, el balance de la visita a la calle Fariñas seguía siendo negativo. Todas sus esperanzas de encontrar una testigo habían sido barridas por el viento: el mismo viento atlántico que soplaba en los arenales de Doñana y lo borraba todo.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó Isabel.

–Creo que volveré a Madrid –dijo Denis–. A lo mejor todo fue un espejismo. Larios me contó que el Coto de Doñana era una tierra de espejismos.

En efecto. Larios le había hablado del espejismo, que constituye una especie de línea fronteriza entre una realidad imposible y una posible ensoñación. Le contó que los viejos guardianes del parque hablaban de luces rojas en las dunas, ruidos extraños, criaturas de forma humana que acechaban sus cabañas durante la noche.

–Sí, pero eso fue hace mucho tiempo –aclaró ella.

–Da igual, Isabel. Estoy cansado de buscar.

–Yo creo tu historia, Julio. No fue un espejismo.

–Sí, pero resulta que tú no puedes hacer nada. ¿No te parece ridículo?

–Está bien –concedió la agente–. Lo mejor es que descanses y hablemos mañana. Si te vas, me gustaría despedirme.

Colgaron. Mientras la música de Vivaldi seguía revoloteando como un pájaro, Julio tuvo que admitir que Isabel poseía una fuerza natural que le agradaba, y sobre todo le agradaba que alguien confiara de nuevo en él. Lástima que esa confianza plena le había

llegado demasiado tarde. Antes de subir a la buhardilla se detuvo frente al pequeño altar dedicado a Berta. Las cenizas de su mujer seguían allí, serenas, opacas, cósmicas. Luego miró con nostalgia el retrato de ella saltando descalza en la playa. No tenía sentido perder más tiempo. Entonces tomó la gran decisión: arrojar las cenizas de Berta cuanto antes y volver a la capital. Era absurdo demorar el encargo de forma indefinida y anclar su vida a un lugar que no era el suyo. Se dio cuenta de que Paco Larios había dado en el blanco: quizá su inconsciente había ideado un sólido pretexto defensivo –un crimen, nada menos– como elemento disuasorio para eludir el compromiso contraído con su esposa. Otro tanto le había dicho Carla Fantoni. Pero ese «pretexto defensivo» se había desmoronado como una muralla de yeso. Y en el fondo él no tenía nada. Sí. Mañana iba a despedirse de ella para siempre, y luego pondría rumbo a casa, es decir, a una nueva rutina sin Berta. Al fin había comprendido que a ciertas alturas de la vida, el futuro sólo puede escribirse sepultando el pasado.

16

Siempre ocurre lo inesperado

Denis no pudo conciliar fácilmente el sueño. En su cabeza aún flotaba la sombra de una duda relacionada con la visión del río. Tenía la certeza de que si cumplía el encargo se marcharía de Sanlúcar sin conocer la verdad. Y lo que es peor, debería vivir con ello el resto de su vida. A la mañana siguiente recibió una llamada

de su amigo Alberto, interesándose cariñosamente por él. Apenas supo qué decir ni qué contar. Desde luego le ocultó el episodio del Coto de Doñana porque Alberto era escéptico por naturaleza: se limitó a comunicarle que todo había ido muy bien y que esa tarde regresaba a Madrid.

Cuando la Loli llegó, Denis ya había hecho la maleta y se disponía a retirar el pequeño altar de Berta. Sin embargo no pudo llevar a cabo su plan porque la asistenta entró jadeando y en un estado de gran nerviosismo.

–¿Se ha *enterao*?

–No.

–Se ha *perdío* un barco.

–¿Dónde?

–Por ahí fuera. Mar adentro. Es el *Mari Celeste*. ¡Ay, Virgen Santísima!

Entonces la Loli hizo algo insólito. Antes de quitarse el abrigo, abrió el bolso, extrajo una estampa de la Virgen del Carmen y la colocó junto al retrato de Berta. Luego comenzó a rezar. Denis la observó en silencio sin saber qué hacer. Todo se le antojaba extraño y antiguo. Lo más desconcertante es que el afecto universal que despertaba su mujer había tomado el cauce inaudito de la veneración religiosa. Era como si el fervor de los rezos de la Loli la elevara a las nubes de la santidad. No le iba a resultar nada fácil arrebatarle la urna para arrojar las cenizas al río. Al menos hoy.

–Mi sobrino va en el barco, señor Julio. No puede ser que esto me pase dos veces.

–Tranquila, Loli, todo irá bien. Ya verá. Hoy llevan aparatos muy modernos.

–Qué va. Esos aparatos fallan más que las escopetillas de la feria. ¿No ha visto lo mal que van los móviles?

Denis sonrió con la ocurrencia. En efecto. Recordó que las escopetas de las ferias populares de su infancia no eran demasiado fiables. En todo caso admiraba que ella no perdiera el sentido del humor en una circunstancia que, sin duda, le traía amargos recuerdos.

–Si quiere la acompaño al puerto –propuso él.

–Pero si vengo de allá... Todo lleno de gente. He *subío* para que me diera el aire.

–Salga a la terraza –dijo Denis–. Le sentará bien.

–Tengo que preparar la comida...

–No hace falta, Loli. He quedado para comer.

Al decir aquello se percató de que le había mentido. Era una mentira interesada, sin duda, porque no le seducía nada la idea de pasar la mañana encerrado en casa, escuchando los dramas de la asistenta. Tampoco le hacía mucha gracia que hubiera colocado una vela encendida en el altar de Berta. Pero no tuvo valor de pedirle que la apagara. Después de todo, Sanlúcar era un pueblo marinero donde aún subsistían costumbres ancestrales que era incapaz de comprender. Pero esas costumbres surgían del temor a lo desconocido y, por eso mismo, eran sagradas. ¿Acaso no había tenido miedo él cuando enfermó Berta? ¿No habría puesto mil velas si hubiera creído en milagros? Ahora la Loli parecía pedir una intervención divina a aquellas dos figuras tan distintas mientras bisbiseaba una plegaria casi inaudible. Se despidió.

Tras subir al coche se dirigió al barrio de Bonanza. Era un día particularmente frío, uno de esos días de invierno en que la brisa

gélida de las marismas desciende hasta la desembocadura del Guadalquivir, atenazando los corazones de la gente. Denis encendió la calefacción y luego tomó la calle Puerto de Barrameda que discurría en paralelo al río. Al llegar a la zona portuaria, estacionó cerca del restaurante La Campana y se dirigió andando hacia la cofradía de pescadores. Durante el camino no supo ver el revuelo dramático anunciado por la asistenta. A decir verdad todo parecía bastante tranquilo. Quizá había sido una falsa alarma y el barco ya había sido localizado, o ella había imaginado un drama que sólo anidaba en su mente. A estas alturas Denis ya no se fiaba de la mente de nadie: ni la suya ni la de los demás. Luego estaba el corazón, que fallaba por otros motivos: allí siempre había secretos, sombras, rincones oscuros, tan turbios como impenetrables. Era la naturaleza humana.

Sin embargo, al acercarse a la terraza del Bar del Muelle, creyó oír el nombre de *Mari Celeste*. Durante unos segundos permaneció cerca de una de las mesas donde varios pescadores jugaban al dominó. Todos eran jubilados, con la piel aceitunada y el rostro curtido en mil batallas de la mar. Aunque él no pasaba inadvertido, su llegada no despertó la atención de nadie. Ni siquiera en el corrillo de parroquianos que rodeaban la mesa observando el desarrollo de la partida en un silencio litúrgico. Aun así, tuvo la impresión de que lo habían detectado desde el primer momento, cuando puso los pies en la plazuela. De algún modo estaban fingiendo indiferencia, a la espera de que un movimiento suyo revelara sus intenciones. No era habitual que un extraño bajara por allí en pleno invierno. Consciente de ello, Denis los abordó abiertamente, dirigiéndose a todos y a ninguno:

–Perdonen, ¿saben qué ha pasado con la *Mari Celeste*?

–¿La *Mari Celeste*? Se ha ido para el carnaval de Cádiz –repuso un viejo que llevaba una cazadora de color amarillo. Los otros rieron. Denis dedujo que aquella broma era un modo de liberar la tensión por la suerte del barco.

–¿Usted no es de aquí, verdad? –preguntó otro, algo molesto por haberles interrumpido la partida.

–Pregunte en el bar –dijo un tercero.

El arquitecto captó el mensaje. Se alejó en silencio y entró en el establecimiento. Era un espacio luminoso y humilde, decorado al estilo andaluz: una guitarra vieja colgaba detrás de la nevera de Cruzcampo; el inevitable cartel taurino languidecía junto a la puerta, y un calendario de Nuestra Señora del Carmen se desplegaba encima de la caja registradora, como si quisiera proteger las almas de los pescadores y velar por el negocio. Un hombre de ojos claros atendía la barra y conversaba con dos viejos que bebían manzanilla. Uno le daba la espalda. Denis se fijó también en las dos máquinas tragaperras y el televisor encendido. De pronto, el corazón le dio un vuelco. El canal de Sanlúcar comenzaba a emitir las primeras imágenes del *Mari Celeste*. Habían sido tomadas desde un helicóptero de Salvamento Marítimo y eran impactantes. El barco navegaba a la deriva envuelto en una densa nube de humo negro. Aunque el mar era de un color bellísimo, la escena exhalaba el perfume del drama. Antes de que pudiera preguntar al tabernero, uno de los viejos le contaba la historia al otro:

–Dicen que ha ardido a once millas de la costa. Lo he *escuchao* en la radio. Por suerte han *saltao* al mar y el helicóptero los ha *salvao*.

Entonces Denis reconoció la voz de Josele, el pescador que le condujo en barca a Doñana. Se saludaron cordialmente y él aprovechó para sumarse a la conversación.

–¿Qué ha pasado?

–No lo sabemos, pero ha sido cosa del poliéster.

–¿El poliéster?

–Sí, la fibra de vidrio –explicó Josele–. Todos los barcos se hacen de poliéster y eso arde de mala manera.

–Bueno, el poliéster no arde –aclaró el otro–. Lo que se quema es lo que ponen de pegamento para la fibra. La resina industrial. Eso es malísimo. Si uno se traga el humo...

–No sabía eso de la fibra.

–Se nota que *usté* no es de aquí –le recordó Josele–. Hoy todo se hace de fibra de vidrio. De los setenta u ochenta barcos de Sanlúcar, sólo tres son de madera. ¿Sabe para qué se usa la madera? Para el interior de los yates. Lo que se ve en los anuncios. *Pa* nada más.

La información desconcertó totalmente a Denis. En su ignorancia creía que aquellas barcas de pesca que regresaban cada tarde al puerto estaban construidas por algún descendiente de Noé. Pero de nuevo la realidad le arrebató las últimas gotas de romanticismo. Nunca le habían gustado los yates, ni a Berta tampoco; sin embargo, los veleros le despertaban siempre todo tipo de nostalgias. Denis iba pensando en ello cuando oyó una sirena que se acercaba a gran velocidad por la parte del faro de Bonanza. Poco después un coche de la Policía Nacional se detuvo frente a la cofradía de pescadores. Intrigado, pudo distinguir la poderosa figura del comisario Marchena bajando del auto, con la autoridad del conquistador que toma posesión de una tierra que le pertenece de antemano.

Inmediatamente se hizo el silencio en la plazuela y también en el interior del bar. Aunque no tenía ganas de cruzarse con aquel paquidermo, se percató de que tampoco había escapatoria. El comisario echó un vistazo a los pescadores de la terraza y luego irrumpió en el local.

–¡Caramba, Denis! –le dijo a modo de saludo–. No esperaba verlo por aquí. Veo que el mar le sienta bien. Hace mejor cara.

–Me gusta hablar con la gente.

–Somos gente tranquila, ya se lo dije –comentó Marchena tras pedir una caña de cerveza–. Pero a veces pasan cosas: son cosas que no tendrían que pasar pero pasan. Si no fuera por estas cosas, yo estaría en el paro y tirado en mi casa viendo «La isla de las tentaciones».

–Ya no veo la televisión.

Marchena no podía creerlo. ¿De dónde salía aquel señorito? Estaba claro que vivía en otro mundo.

–Pasan cosas –insistió–, cosas malas. Así es la vida. Esta mañana mismo se ha quemado un barco –prosiguió el policía–. Y aquí me tiene. Quiero estar cerca cuando lo remolquen a puerto. En este río hay peces de muchas clases.

El comentario fue mal visto por los pescadores, pero no dijeron nada. Sabían muy bien qué pasaba en Sanlúcar y quién era Marchena: su vida, sus pecados y su tragedia personal.

–Por cierto, yo tenía razón –dijo el inspector cambiando de asunto–. Nadie ha denunciado su famoso crimen. Nadie.

Aquello molestó a Denis. Aunque ya había arrojado la toalla, se reivindicó en un último gesto de dignidad y lo hizo con las mismas palabras de siempre:

–Yo lo vi, comisario. Tarde o temprano la encontrarán.

–¿Usted cree? –dijo con sorna.

Entonces ocurrió lo imposible: algo que ninguno de los dos iba a olvidar el resto de su vida, porque sucedió en aquel preciso instante como si el destino hubiera aceptado el reto de Denis. De pronto, sonó el móvil de Marchena. El arquitecto observó el rostro atónito del comisario, las primeras preguntas, su esfuerzo mal disimulado por conservar el aplomo. Luego cerró el móvil con rabia y le miró a la cara con brillo de fuego:

–Me cago en la puta, Denis. Acaban de informarme de la desaparición de Lucía Venegas de Terry.

17

La desaparecida

Julio Denis no tuvo tiempo de despedirse de Marchena. El inspector estaba tan exaltado con la noticia que abandonó el bar como el rayo y saltó al coche patrulla de la Policía Nacional. El arquitecto lo vio desaparecer por la calle Puerto de Barrameda en dirección al centro. Durante un par de horas se quedó en compañía de los pescadores, quienes fueron recobrando el tono tranquilo tras la visita inesperada del policía. Teóricamente, ninguno de ellos tenía motivos para temerlo, pero las familias eran muy amplias en el sur y no todos sus miembros se dedicaban a lo mismo. En este sentido, Sanlúcar había cambiado mucho desde los tiempos románticos de la pesca, esos que seguían vivos en las fotografías que decoraban los restaurantes

de Bajo Guía. Otro tanto podía decirse de las fértiles tierras de la Algaida. Los viejos pescadores y los viejos campesinos habían ido desapareciendo, y la economía de siempre estaba siendo reemplazada por unas formas de subsistencia más allá del bien y del mal.

Aunque Denis no conocía aún la verdad oculta del pueblo, podía intuir algo en ciertas escenas que presenciaba al pasear por Bonanza. Más de una vez había visto corrillos de jóvenes –y no tan jóvenes– aterrizando en sus motos a la puerta de las casas de pescadores que daban a la playa. Luego el eterno ritual del pase de hachís, en el mejor de los casos, cerrando el acuerdo con una botella de cerveza en la mano, fumando porros, al abrigo de la ropa de colores que se secaba al sol en aquel arenal dorado que se deslizaba hasta el río. Sí. Denis no necesitaba saber nada más, porque su amada Berta había dedicado algún programa al mundo de la droga, en su faceta más modesta o a gran escala, que se desarrollaba en los puntos más calientes del litoral español. Por desgracia, Sanlúcar comenzaba a estar ahí, casi en boca de todos. Seguramente, Marchena se había referido a ello en su breve conversación del bar. ¿Acaso había algo irregular en el *Mari Celeste*? ¿Tenía el comisario un soplo en relación al verdadero cargamento del barco? Sea como fuere, la noticia de la desaparición de la mujer se había impuesto sobre todo lo demás. Faltaba saber si lo uno tenía relación con lo otro. Y esa conexión sólo podía establecerla Marchena.

Pero algo era seguro: la noticia colocó a Denis en un territorio nuevo. El viento había cambiado de golpe. Metafóricamente, ese viento no llegaba del Atlántico provocando tormentas de arena, sino que descendía de las marismas como un frío manto de misterio.

Pocas horas antes él se hallaba con un pie en el estribo, a punto de volver a la capital. En cambio, ahora se sorprendía a sí mismo circulando en dirección al hotel Guadalquivir. Durante el almuerzo había intentado asimilar el hecho –por lo demás ingrato– de que tenía razón al sostener con tenacidad que algo había ocurrido a la orilla del río. Pero ahora no sabía qué hacer. En un gesto de coherencia llamó a Isabel Galán porque era policía y porque era la primera persona que había creído en su historia. Ella no respondió. Entonces pensó en comunicarse con Carla Fantoni, que se había ofrecido a colaborar si se producía alguna novedad. Sólo entonces comprendió que lo importante no era la desaparición en sí misma, sino la identidad de la desaparecida. Le bastó ver el gesto contrariado de Marchena al recibir la noticia para intuir que la tal Lucía Venegas de Terry era alguien especial. Y en el hecho mismo de ser alguien especial radicaba quizá el misterio de su desaparición.

Denis no conocía a nadie para informarse a fondo acerca de la desaparecida. Sólo Francisco Larios. Al fin y al cabo, era el cronista de Sanlúcar y, a buen seguro, conocía detalles acerca de su linaje y de su vida. Había pensado demasiado tiempo en ella como víctima real; luego la había visto como un sueño o más bien como un delirio enfermizo surgido de su propio dolor. O eso decían los demás. Durante algunos días aquel «pandemónium» de sensaciones y versiones lo había atenazado con sus garras hasta hacerle dudar de todo. Pero, al final, llegaba la luz, la claridad, el veredicto inapelable de los hechos. Aquello ominoso que había visto en la orilla de Doñana no era producto de su fantasía. Tenía un nombre y un apellido: Lucía Venegas de Terry. Porque Julio Denis estaba seguro

de una cosa: la mujer del río y la desaparecida eran la misma persona. Sólo era cuestión de encontrar el cuerpo.

Tras dejar el coche cerca de la Oficina de Turismo, cruzó el semáforo, subió la rampa del hotel y entró en el edificio. Mientras aguardaba el ascensor se fijó en uno de los carteles del *hall* donde se ofrecía a los clientes «Una noche flamenca» en el tablao A contratiempo. Vio la dirección: quedaba en el Barrio Alto, no lejos de su casa. Quizá debería acercarse alguna noche para distraerse, pero ¿quién iba a acompañarlo? ¿Carla, Isabel, Larios? Denis pulsó entonces el botón de la planta 11. Al ascender hacia la vista más bella se percató por enésima vez de un detalle que le desagradaba profundamente: el temblor continuo del ascensor que acompañaba como un mal presagio el viaje a las alturas. Tras unos segundos de vaivén, el ascensor se detuvo con una sacudida en la planta de El Camarote. Salió. Por instinto, evitó la terraza del catalejo y se encaminó a la barra del bar que daba al Guadalquivir. Necesitaba encontrarse con Larios, charlar con él. Pero mientras el ventanal se hacía cada vez mayor, cayó en la cuenta de que era demasiado temprano. Generalmente, Larios se presentaba a la caída del sol y no a la hora del café. ¿Cuánto tardaría en aparecer por allí el hombre que lo veía todo?

Mientras se embriagaba en la contemplación serena del río, Denis sucumbió a la ansiedad del momento. No tenía sentido aguardar a Larios como si fuera una tarde cualquiera, tomando una copa, porque no lo era en absoluto. Entonces hizo lo que le ordenaba la lógica: llamarlo por teléfono, contarle todo y preguntarle con franqueza por la desaparecida. Una vez más Larios no lo defraudó. En primer lugar, este quedó muy sorprendido con la noticia de la

desaparición de una mujer de tanto relieve; luego deslizó una disculpa hacia Denis por no haberlo creído y, por último, pasó a explicarle lo que sabía. A medida que desgranaba la información, Denis fue haciéndose una idea de la magnitud del drama, porque sin duda era un drama, puesto que él había visto el final.

Entre otras cosas, el cronista le vino a decir que Lucía Venegas de Terry era un auténtico regalo para los medios de comunicación: una joven de la aristocracia gaditana, con antepasados ingleses y licenciada en Biología por la prestigiosa Universidad de Cambridge. Tras una etapa romántica en las filas de Greenpeace –que se saldó con una sonada detención en Zahara de los Atunes, donde se interpuso con virulencia contra las prácticas sangrientas de la almadraba–, parecía haber sentado la cabeza. De hecho llevaba un año trabajando para una empresa que defendía unos intereses opuestos a los de su antigua sensibilidad medioambiental. Por ese motivo debía descartarse su desaparición como represalia a su militancia radical en el bando ecologista. Cualquier interpretación asociada a esa trama debía ser extirpada de raíz. O eso al menos creía Larios. No. Lucía Venegas de Terry no parecía ser un personaje de *El informe Pelícano*, por ejemplo, o de *El jardinero fiel*, ni de ninguna otra intriga de ficción donde una criatura idealista se enfrentaba a la negrura del sistema. ¿Entonces?

Larios terminó de hablar y se despidieron. Denis llamó de nuevo a Isabel Galán. Al ver que no respondía, le envió un wasap. Poco después recibió una respuesta breve y desconcertante: «No hagas nada. Ya te llamaré». Denis volvió a leer el mensaje sin entender ni una palabra. ¿Qué se suponía que debía dejar de hacer?

18

Los lodos del ayer

Durante un rato el arquitecto estuvo procesando la información. Ahora podía hacerse una idea mucho más precisa de la mujer que había visto salir del coche blanco en la orilla de Doñana. Era alguien importante, desde luego, mucho más importante de lo que había creído. Y eso iba a traer problemas.

Entretanto, Larios intentaba asimilar la noticia, sentado en el salón de su casa. ¿Qué había pasado exactamente? Algo así como un portazo en mitad de la noche. Llevaba un rato escuchando el *Concierto de piano n.º 15* de Mozart, cuando la llamada de Denis lo arrancó de las nubes mozartianas hasta precipitarlo a tierra como un ángel caído. ¡Lucía Venegas de Terry! Hurgando en su memoria no le fue difícil encontrar recuerdos vinculados a ese ilustre apellido bodeguero. Sin embargo, no eran recuerdos precisamente agradables y le habían marcado para siempre. Debido a ello no quiso contarle nada a Denis, quien seguía obsesionado con esa historia del río que a partir de ahora podía ser verosímil. Pero Larios se sintió de repente inquieto, pues sabía que la desaparición de Lucía Venegas iba a remover un lodo muy antiguo y con unas consecuencias imprevisibles.

Aquel lodo se remontaba al pasado cuando Larios era un niño y ni siquiera había visto el mar. En esa época tan lejana su único horizonte eran las marismas que se extendían en el curso interior del Guadalquivir. Su mundo. A veces él aún evocaba aquel espacio plano y sin relieve alejado de la costa, una tierra de llanuras fértiles donde

las cosechas se nutrían del agua y los huesos de los muertos. Allí vivía la gente de las marismas, los campesinos que se doblaban de sol a sol en los arrozales, seres nobles, pacientes, dignos, como reyes destronados, mientras su ganado hacía girar las norias en un círculo perpetuo de monotonía. Al recordarlo, el cronista cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que no visitaba el cortijo de Isla Mayor, en el corazón del río. Aquello era como decir que hacía demasiado tiempo que no regresaba a la tierra de la infancia ni a la tierra del amor.

A esa misma hora Denis abandonó el hotel y volvió a casa. Una vez allí analizó con calma el nuevo rumbo de los acontecimientos. En un solo día había presenciado el incendio de un barco y había visto cómo su historia de Doñana exhalaba un perfume delictivo. Si el día anterior había arrojado la toalla, ahora contemplaba el altar de Berta en una ceremonia plena de significado. Todo sugería que aún le quedaban asuntos pendientes en Sanlúcar, al menos hasta que se aclarara el caso de la desaparición de Lucía Venegas de Terry. Y no iba a ser fácil.

Dos horas después salió del ático y resolvió darse una vuelta por el Barrio Alto. Era noche cerrada. Tras tomar una caña en la primera esquina, comenzó a deambular por las calles viejas que estaban casi desiertas. Aunque su querencia era bajar la cuesta de Belén hacia el centro, Larios le había recomendado vivamente ese barrio al que había dado escasa importancia. En efecto. Ni siquiera el palacio de los Guzmanes o el palacio Orleans-Borbón habían despertado lo suficiente su interés, obcecado como estaba en arrojar al río las cenizas de Berta. Pero lo cierto es que el cronista tenía razón: el Barrio Alto era sobre todo un *quartier* popular, luminoso y alegre

durante el día, lleno de sabor, donde todo parecía estar en el lugar correcto y como varado en el tiempo. En especial en la plaza de la Paz. Allí se encontraban el bar del Partido Comunista, el bar Casa el Gallego, la papelería La O, la inmobiliaria, la Taberna de Antonio, la carnicería, la maravillosa venta de Cari Garrido... Todo un escenario pleno de colorido y vivacidad que, de alguna manera, aunaba la quintaesencia sanluqueña. ¿Por qué no había hecho caso antes a Larios? Obsesionado con el Guadalquivir, se estaba perdiendo muchas cosas, precisamente las pequeñas cosas que hablan de la vida y no de la muerte.

El barrio de día era un mundo, el barrio de noche otro. A esa hora todo estaba cerrado salvo el bar del Partido Comunista, que seguía como un faro encendido resistiendo los vendavales de la historia. En este punto Denis abandonó la plaza y fue en dirección a la Iglesia de San Miguel. No lograba olvidar la desaparición de Lucía Venegas y, sobre todo, el mensaje de la agente Galán: «No hagas nada. Ya te llamaré». De acuerdo. Pero ¿cuándo iba a llamarle Isabel? No era la clase de incógnita que agradara a Denis, y menos en aquellas circunstancias. Inquieto, siguió caminando hasta que oyó voces en una esquina y se acercó. Era un bar minúsculo llamado El Rinconcillo, la clase de local que jamás aparece en las guías. Eso le gustaba y entró. Lo primero que le llamó la atención fue un retrato del papa Francisco junto a una bota de manzanilla de la marca Gabriela. Detrás del mostrador, un hombre enérgico, moreno y de mediana edad leyó su cara de sorpresa ante aquella fotografía. Luego le dijo a modo de saludo:

–¿Sabe usted dónde está el papa de Roma?

–Pues no, la verdad.

–De viaje en el Congo, comiendo nueces de Macadamia.

Denis no pudo reprimir una carcajada. Había reconocido al instante el estilo de la Loli, ese talento natural gaditano para reírse de todo como si no hubiera un mañana. La broma de Maolito Damián, el patrón, continuaba con un plafón de cerámica colgada en la pared donde se reproducía una supuesta bula concedida por el sumo pontífice Franciscus a su taberna, para comer y beber «sin *tassa* de carnes ni vinos, aun en Cuaresma». Tras leer aquel anuncio delirante, Denis se sintió mejor. Había recuperado un gran tesoro: la risa. Pidió una manzanilla pasada, y Maolito se la sirvió junto a medio huevo duro con sal. Mientras saboreaba la copa, se fijó mejor en el local. Además de las alusiones papales, aquello era el sanctasanctórum del barroco andaluz. No podían caber más elementos por metro cuadrado: estanterías llenas de relojes y transistores viejos; postales y botellas antiguas; bufandas y banderines del Betis; un barril con el escudo del Real Madrid; caricaturas dedicadas al propietario; poemas de algún cliente enardecido por el vino; fotos y más fotos, y toda la batería de chacinas y latas de conserva marinera que daba la provincia de Cádiz y la vecina provincia de Huelva. Detrás, un gran espejo lo guardaba todo.

A los pocos minutos, el arquitecto ya se había sumado a la tertulia entre el dueño y varios parroquianos que se reunían en esa clandestinidad cómplice, casi de catacumba, para rendir honores a la diosa Manzanilla. Ahora campesinos y viejos pescadores charlaban y reían, comentando las incidencias de la jornada. En cierto momento salió el tema del *Mari Celeste*. Hubo opiniones distintas acerca de la suerte del pesquero, y entonces Denis se creyó con argumentos para

intervenir. Les contó que había bajado a Bonanza, y que había seguido el rescate por televisión en el Bar del Muelle. Viendo el interés de los otros, les contó también la aparición estelar del comisario Marchena. Pero Maolito le cortó:

–¿Marchena bajó a Bonanza?

–Sí. Estuvo hablando conmigo.

–¿Lo conoce?

–No mucho, pero me ayudó a arreglar unos papeles –mintió Denis.

–Es raro que baje al muelle –dijo otro.

–Muy raro –remató un tercero.

Denis se quedó desconcertado: había visto al comisario con sus propios ojos y el respeto o el recelo que inspiraba en el lugar. Entonces estuvo a punto de repetirles el comentario suyo en relación al cargamento del barco. Eso explicaría la visita de Marchena. Pero luego se contuvo: no había ido a Sanlúcar a recordar lo que todo el mundo sabía y que él empezaba a saber. Sanlúcar registraba uno de los índices de paro más altos del país; sin embargo, los bares y las tabernas estaban llenas todo el año. A pleno pulmón. Parte de la gente se dedicaba a la economía sumergida –albañiles, peones, técnicos, operarios–, y el grueso de las actividades quedaba sin declarar. Eso en el mejor de los casos, en el reino de los pecados veniales. Porque bastaba estar atento al parque automovilístico para ver que contaba con un repertorio de coches de alta gama comparable al del barrio de Salamanca en Madrid. ¿Entonces? No hacía falta que Denis les transmitiera el comentario de Marchena. Cuanto menos aparentara saber, las cosas le irían mejor. Siguieron hablando del barco.

Llevaba un rato escuchando historias cuando decidió telefonear a Carla Fantoni. Después de todo, ella lo había autorizado a llamarla si se producía alguna novedad. Salió a la calle y luego marcó el número. Acostumbrado al bullicio insoportable de la gran ciudad, agradeció que las calles de Sanlúcar estuvieran tranquilas durante la noche, al menos en el Barrio Alto. Mientras conversaba con la italiana acerca de la desaparición de Lucía Venegas le pareció oír una voz que brotaba de la puerta de El Rinconcillo:

–Habrá que decírselo, ¿no? –propuso el dueño.

–Sí. Parece buena gente.

–¿Quién se lo dice? ¿Tú o yo?

En ese momento una motocicleta surgió de la esquina y el ruido estridente ensordeció a Denis. Cuando el eco desagradable se apagó, los pescadores ya guardaban silencio. Él aprovechó para volver al bar y pagar la consumición. No sabía qué iban a decirle, pero fuera lo que fuese, nadie se animó a hacerlo. Durante un instante quiso proseguir su aventura por otras callejas del barrio, pero se dio cuenta de que las copas de manzanilla comenzaban a cobrarse un precio. Estaba cansado y le costaba coordinar sus movimientos. Había bebido mucho y comido poco: era la hora de volver a casa. Una vez allí calentó un plato de sopa que le había preparado la Loli, aprovechando que era la temporada de galeras. En efecto. A principios de año las galeras estaban en todo su esplendor, porque guardaban sus huevas celosamente como una especie de caviar, que confería a aquella humilde sopa de pan la exquisitez de un manjar.

Después de cenar, Denis encendió el televisor y sintonizó la cadena autonómica andaluza. En el telediario de Canal Sur

aparecieron dos noticias de la actualidad sanluqueña –algo muy poco habitual fuera de temporada– y que guardaban alguna relación con su vida: el incendio del pesquero *Mari Celeste* y la desaparición de Lucía Venegas de Terry. En ese mismo instante, en el otro extremo de la ciudad, Paco Larios seguía con atención el noticiario con una copa de *whisky* en la mano. No era la primera copa ni la última del día. Desde que supo de la desaparición de la heredera, su estado de ánimo había sucumbido a hondas oscilaciones. Le volvían escenas del pasado, rostros, cuerpos, voces, emociones de una intensidad que ahora le resultaba insoportable. Al conjuro del apellido Venegas de Terry renacían sus primeros años en Isla Mayor: la tierra de su infancia en las marismas, la tierra del amor, sí, pero también la tierra del drama que arrastraba como un secreto inconfesable tan misterioso como el río. Y no conseguía olvidar.

19

El sonido del fin

Todo el mundo confiaba en que la desaparición de Lucía Venegas obedeciera a motivos personales. La trayectoria de la heredera de las bodegas era bastante pintoresca, por decirlo de un modo suave, y quizá había decidido dar un nuevo golpe de timón a su vida. Pero ¿por qué hacerlo justamente ahora, cuando había dejado atrás la causa ecologista y formaba parte del *staff* de una inmobiliaria internacional? No tenía sentido. Sobre todo para Marchena.

Desde que supo la noticia intentó hacerse una rápida composición de lugar. Sin embargo, no le resultaba nada fácil. Al igual que Larios, aquel apellido le traía demasiados recuerdos y lo precipitaba a un oscuro rincón del pasado. Pero, a diferencia del cronista, su oficio lo obligaba a mantenerse sólo en el presente. Y esta vez el presente le iba a exigir mucho, quizá demasiado, como en otro sentido le ocurría a Denis. Aunque este último no lo supiera, el inspector arrastraba su propio drama, que se inició un año antes también con una desaparición, y que había tratado en vano de sepultar bajo una losa. Por eso Marchena sentía un pavor inconsciente a ir más allá. Y he ahí la paradoja: si alguien podía resolver este caso era él, pero si alguien estaba arrasado emocionalmente para cumplir con su deber también era él. Antonio Marchena.

Sobreponiéndose al recuerdo, comenzó a trabajar y no tardó en sacar las primeras conclusiones. Llevaba demasiados años en el oficio para saber que Lucía Venegas de Terry no era la típica niña rica que huye de casa para olvidar las servidumbres de su linaje. Ya tenía una edad. Considerando los apellidos, el asunto exhalaba más bien el tufo de un secuestro perpetrado por profesionales con fines económicos. Aquella posibilidad era tranquilizadora porque ofrecía las mayores garantías de supervivencia de la desaparecida. Pero el comisario tenía el corazón en vilo. Sabía por experiencia que un secuestrador profesional no tarda demasiado en dar señales de vida, pero pasaba el tiempo y las señales no llegaban.

Entretanto, Denis aguardó impaciente la llamada de Isabel Galán. Necesitaba saber si la desaparición de Lucía Venegas era algo fortuito o si se confirmaba de una vez su historia de Doñana. Por desgracia, la agente tampoco respondió a su llamada, y él estaba

receloso de volver a acercarse a la comisaria. Optó por llamar a Carla Fantoni.

–¿La han encontrado? –preguntó ella.

–Todavía no. Pero están registrando la zona. Lo he visto en la tele.

–Quizá deberías mantenerte al margen –dijo Carla.

–¿Al margen? Si me dijiste todo lo contrario...

–Me refiero a que no deberías implicarte tanto. Te noto algo inquieto. Te lo tomas como algo personal.

–¿Cómo quieres que me lo tome? –repuso Denis algo molesto–. Quizá yo sea la última persona que la vio con vida.

–Y el asesino... Suponiendo que tu historia sea cierta.

–Da igual. No te he llamado para discutir.

–No estamos discutiendo.

–Pues lo parece.

–Simplemente no quiero que sufras.

–Perdona –se excusó Denis–. Quizá tengas razón y todo esto me esté afectando más de la cuenta.

–Lo mejor que puedes hacer es distraerte un poco –dijo Carla–, y esperar a que aparezca. Ayer por la noche parecías muy contento. Me gustaría que me llevaras algún día a esa taberna.

–¿Mañana?

–Mañana no puedo. Voy al cortijo para estar con la marquesa.

–¿Queda muy lejos?

–En Isla Mayor. Es un lugar muy especial. Una isla del Guadalquivir. No se parece a nada de lo que hayas visto en tu vida.

–¿Por qué no vamos juntos?

–Imposible. La marquesa está muy enferma y no recibe a nadie. Mejor que nos sigamos viendo en Sanlúcar. Seguro que hay sitios

que no conoces.

Colgaron. Aunque la italiana había invadido un poco su territorio íntimo dándole consejos sin apenas conocerlo, sintió que se encontraba mejor. Después de todo, Carla se había preocupado por él y eso le resultó reconfortante y en cierto sentido halagador. Durante unos momentos reflexionó acerca de las hondas diferencias que separaban a Berta de aquella mujer que acababa de entrar en su vida. Eran la noche y el día. Berta Campoy, la mujer de extracción humilde y hecha a sí misma, peldaño a peldaño, sobreponiéndose a una cadena de retos y adversidades hasta llegar a la cumbre. En el polo opuesto, Carla Fantoni, nacida ya en el olimpo que otorga la nobleza de sangre, la heredera de una importante casa napolitana, venida a menos de forma irremediable. En esa caída, eso sí, la última de la estirpe había sido afortunada. Ahora vivía una suerte de exilio dorado, cuidando la casa de una aristócrata eternamente ausente, en virtud de unos remotos vínculos entre las dos familias –los marqueses de Miraflores y los condes de Fantoni–, que habían llevado juntos el negocio del vino gaditano en el siglo xviii.

Al abrigo de aquellas comparaciones, Denis tuvo que admitir que algo se había puesto en movimiento. Desde la muerte de su esposa era la primera vez que una mujer con entidad había llamado a su puerta, aunque en este caso era él quien había llamado al portón con aldaba plateada de la casa de la calle Fariñas. Desde ese momento el viudo intuyó que aquel encuentro iba a tener importancia en su vida, de un modo u otro, y que esa importancia seguiría estando asociada a la desaparición de Lucía Venegas de Terry. Pensando en ello, cayó en la cuenta de que su vida había entrado en un círculo de desapariciones, con diferentes grados de

dramatismo cada una de ellas. Había desaparecido Berta para siempre, dejándole como un bote a la deriva; había desaparecido temporalmente Carla tras la tarde del crimen, y había desaparecido la víctima sin dejar el menor rastro. En este punto Denis recordó uno de los programas de Berta cuyo tema era precisamente «Los desaparecidos».

Dos días más tarde Lucía Venegas seguía sin dar señales de vida. Aunque la prensa continuaba proporcionando amplio eco a la noticia, Denis tuvo la impresión de que sin el bombardeo mediático aquel drama se habría perdido corriente abajo como la materia inútil que bajaba por el río. En realidad, sólo la categoría social de la heredera propiciaba que su suerte siguiera en boca de todos. Uno de los más interesados era Paco Larios, a quien Denis buscaba algunos días al caer la tarde. En opinión del cronista aquella desaparición debía inscribirse en el contexto de los grandes enigmas de nuestro tiempo. Era el mismo enigma que había inspirado aquel programa de Berta, donde se analizaba la grieta inexplicable de las democracias cuyos ciudadanos se esfumaban por arte de magia.

–¿Sabes cuántas personas desaparecen cada año en España? –le preguntó Larios, sentado en uno de los amplios sofás de El camarote.

–Ni idea.

–Cien personas. Eso dicen las estadísticas. Pero yo pienso que la cifra está manipulada, como la de los suicidios. Creo que son muchas más, porque no todas las desapariciones se denuncian, ni a la policía ni a los medios de comunicación.

–¡Qué fuerte!

–¿Tu mujer no te contó nada?

–Sí, claro. Hizo un programa sobre el tema, pero no recordaba las cifras exactas.

–Ese es el problema. Sólo son cifras.

Entonces Larios lo miró directamente a los ojos. La pátina del ocaso doraba sus pupilas, variando hacia el verde la tonalidad de su profundo azul. Denis le vio agitar ligeramente el vaso de *whisky* e intuyó que el cronista tenía algo importante que decirle.

–Los desaparecidos están siempre vinculados al sonido del fin –empezó diciendo en un tono más serio de lo habitual–. Todo desaparecido nos deja un sonido, el sonido de su silencio. En determinadas circunstancias, nada resulta tan clamoroso como ese sonido mudo y devastador. ¿No oyes el clamor de Lucía?

Denis no logró oír nada, pero el comentario le llegó muy hondo porque su corazón seguía percibiendo el clamoroso silencio del fin de Berta. Y, justo entonces, le sobrevino un fuerte sentimiento de culpa por no haber cumplido su último deseo. Más allá del ventanal, el viejo Guadalquivir se deslizaba tranquilo hacia el mar.

II

20

De cuerpos y almas (otra forma de contar)

La imaginación suele abrir la puerta que más le gusta, da la vuelta a la llave y deja paso al horror. El martes por la mañana, una semana después de la desaparición de Lucía Venegas de Terry, un grupo de niños del colegio Divina Pastora salió a dar un paseo por la playa de Bonanza. Era un día tranquilo, tibio y soleado. Pero esa mañana de invierno, el orden del cosmos infantil quedó pulverizado cuando la niña Desiré Romero abrió una puerta invisible, dio vuelta a la llave y creyó ver un cuerpo flotando en el río. Lo que sucedió después no difiere mucho de esas escenas que han nutrido el imaginario del hombre moderno. De pronto, la realidad sanluqueña se transformó en la escena de una película de terror, en la que la niña Desiré Romero, una cría cualquiera del primer mundo, continente europeo, país latino, habla hispana, tradición católica, se enfrentó al primer muerto de su vida. A partir de ese instante se confirmó de manera irrevocable la historia del arquitecto Julio Denis.

En aquella mañana funesta, sin embargo, nadie reparó en el hecho de que la niña Desiré Romero iba a almacenar esa escena aterradora en la memoria, y que su inconsciente –duende perverso que nos acompaña a lo largo de la vida– se complacería en honrarla con sus visitas durante los próximos setenta años. Siete décadas a partir de esa mañana infausta en las que la pequeña Desiré Romero seguiría viendo el rostro de la ahogada en el teatro de sus

pesadillas, y más aún, en fogonazos de horror que la sorprenderían otra mañana cualquiera, sin nombre, tantos años después, cuando arrastrara pesadamente un carrito en el supermercado Aldi, lleno de yogures para sus hijos y, de pronto, la cara violácea y embotada de la víctima se le aparecería con la nitidez y el espanto de aquella mañana lejana en la playa de Bonanza. Era una cara desconocida surgiendo de la nevera de congelados, cubierta con una capa de limo del río, que el tiempo había tornado en escarcha, escamas de hielo sumamente sutiles, en el estuche de la pizza Buittoni. Mal producto, la memoria: ha de conservarse a una temperatura muy distinta a la de la realidad.

21

La muerta

A diferencia de otros pueblos de la comarca, Sanlúcar contaba con una buena representación de los cuerpos de seguridad del Estado. Desde su llegada, Denis había visto agentes de uniforme en la calle y en los coches patrulla circulando por las avenidas y las rotondas de la periferia. Eran miembros de la Policía Local, la Policía Nacional y la Guardia Civil. Cada uno tenía sus propias competencias, bien delimitadas incluso en lo territorial; pero esas competencias no eran siempre exclusivas ni excluyentes. En algunas situaciones especiales los caminos confluían como una sola fuerza, un solo fluido impetuoso. En consecuencia, la mañana que apareció el cuerpo de Lucía Venegas de Terry, no lejos de la casa abandonada, allí estaban

todos, incluso una patrullera de la Guardia Civil que vigilaba el Guadalquivir. Sólo faltaban los helicópteros.

Denis supo la noticia gracias a la Loli, quien ese día entraba de tarde a trabajar y se lo comunicó a la hora del almuerzo. Según dijo, lo había visto en Canal Sur, que emitió las primeras imágenes tomadas en el río. La asistenta venía muy afectada porque la víctima había visitado la asociación de mujeres en varias ocasiones durante su época de militancia ecologista. «Era muy buena chica –le dijo tras santiguarse–, muy señora y a la vez muy sencilla, como si hubiera nacido en nuestro barrio». Denis la escuchó con interés, tratando de cuadrar aquella información con la escena violenta que había visto en la orilla de Doñana. Todo se mezclaba y se abría en forma de interrogante.

Pero en esta ocasión él estaba demasiado ansioso como para prolongar la charla. Se despidió de la Loli, dejándola casi con la palabra en la boca, se puso el abrigo y salió con precipitación a la calle. Al principio quiso coger el coche, pero luego pensó que la zona ya estaría acordonada y bajó a grandes zancadas hasta llegar a la parada de taxis de la calle San Juan. Creía que en taxi tenía más posibilidades de acercarse a Bonanza.

Tomó el primero de la fila y pidió que lo llevara hasta el muelle. Para su agrado, el conductor era una mujer: había descubierto que las taxistas solían ser más amables que sus colegas masculinos y, sobre todo, más locuaces, lo que las convertía en valiosas fuentes de información. En aquella ocasión, sin embargo, la taxista no sabía nada. Había estado escuchando música toda la mañana, ajena a las noticias. Denis observó por el retrovisor el rostro de aquella mujer rubia de mediana edad, incrédula ante el nuevo drama que se abatía

sobre el pueblo. Porque no era el primero. Denis se quedó atónito al saber que un año antes había aparecido otra mujer muerta... ¡en la casa abandonada! El edificio en cuestión no era una vivienda particular como él creía, sino la antigua sede de un restaurante de playa llamado El astillero, el único del barrio con vistas al río. Según la taxista, el crimen continuaba siendo un misterio.

A medida que se fueron acercando al muelle se percataron de la fuerte presencia policial en los aledaños de la calle Puerto de Barrameda. En efecto, la zona estaba siendo acordonada y las unidades móviles de televisión ya no tenían autorización para acceder. Como en un *travelling* policíaco, Denis vio pasar la escena más allá de la ventanilla mientras el taxi continuaba su camino hacia el faro. El plan de Carmen, la taxista, era dar la vuelta allí e intentar acceder a la zona por alguna calle de la segunda línea de playa. Pero luego ella misma se dio cuenta de que iban a tener problemas y los quiso evitar. Denis aceptó la negativa por mero sentido común: la policía no iba a permitirles bajar del vehículo y tampoco le apetecía toparse con Marchena. Habían llegado tarde.

En este punto, Carmen propuso continuar río arriba, hacia las Salinas, que era uno de los enclaves más bellos y serenos del municipio. Según ella, valía mucho la pena acercarse a ese lugar mágico, que era su favorito de Sanlúcar. ¿Aún no lo conocía? Imperdonable. Denis la autorizó a seguir hacia adelante, no tanto por la promesa estética sino por la necesidad de sumergirse en el paisaje para tomar un poco de distancia respecto de los hechos. Empezaba a caerle simpática aquella mujer tan agradable, todavía guapa, llena de vida y de amor por sus hijos.

Poco después abandonaron Bonanza y Denis aprovechó para contemplar la nítida y frondosa orilla de Doñana. Todo comenzaba a ser cierto, a cobrar sentido. La carretera irrumpía ahora en un espacio formado por grandes cuadrantes de agua mansa, bruñidos como espejos de colores donde se reflejaban las pirámides de sal. Ella le contó que en las épocas de migración los flamencos sobrevolaban las Salinas antes de cruzar hasta Doñana. Y que el reflejo de las aves sobre el agua inmóvil era el espectáculo más bello de la Creación.

–Me gusta venir por aquí –siguió diciendo Carmen–. Me siento más libre que en el centro.

–¿Viene mucho?

–Casi todos los días. Llevo las citaciones de los jueces. Lo malo es que son malas noticias. ¿Ve ese pueblo que hay más adelante?

–Sí.

–Pues antes era un pueblo de labradores. Todo el mundo trabajaba en las huertas que dan al río. La huerta aquí es muy buena, sobre todo las patatas. Pero luego vino la crisis y los jóvenes tuvieron que buscarse la vida. Ya no es como antes. ¿Sabe cómo llaman a la Algaida?

–No.

–La Guardería.

–¿Hay muchos niños?

–¡Qué va! –respondió Carmen, riéndose–. Aquí no guardan niños: se guardan otras cosas.

Denis captó el mensaje, que le recordó a las insinuaciones que Marchena deslizó en el Bar del Muelle. Pero no quiso preguntar. Una de sus virtudes reconocidas era la discreción, y no iba a perderla en

el sur pese a que las circunstancias se empeñaban en obligarlo a ello. Cualquier otro le habría preguntado por el negocio del narcotráfico, así como por la existencia de un «cártel» muy activo que se encargaba de enviar los alijos a través del Guadalquivir. Pero él no era Berta Campoy ni ningún otro periodista valiente. Jamás iba a hacer esa pregunta ni ninguna otra que comprometiera a las gentes de Sanlúcar. La taxista dio la vuelta frente al campo de fútbol del pueblo, se orientó de nuevo hacia Bonanza y continuó con la historia:

–La huerta es muy dura y los jóvenes ya no tienen paciencia. Demasiada televisión. Prefieren el dinero fácil y aquí lo tienen *chupao*. Viene un pez gordo y les dice: «Coge la moto y te bajas al río. Pillas un par de cajas, las escondes en tu casa y luego nosotros las recogemos. Te damos tres mil euros».

–No me diga.

–Lo que oye. Pero ¿qué haría usted? ¿Sabe lo que me cuesta ganar tres mil euros? Menos mal que uno de mis hijos me ayuda con el taxi –dijo ella antes de seguir–. Total, que los chavales hacen varios pases y luego se compran coches de treinta mil euros y siguen en esto hasta que los cogen. Esos son los de las citaciones. A veces llego a su casa y ya se han largado, y otras veces ya están en la cárcel. Medio año y vuelta a empezar. No paran de entrar y salir.

–No sabía que hubiera tanta droga –dijo Denis fingiendo ignorancia.

–¿No le digo? Muchísima. Desde que la policía se puso dura en La Línea, la droga ya no entra por la banda de Gibraltar sino por el Guadalquivir. Esto parece la regata del Quinto Centenario; pero no creo que aquí se venda gran cosa, la verdad, todo va *pa* arriba, *pa*

Sevilla. Aquí se guarda. Con eso algunos ya se hacen ricos. Sólo con la guardería. ¿Ha visto los chalets que había en la Algaida?

–Es la primera que vez que vengo...

–Los han construido al lado de la carretera, y algunos en mitad de las huertas que dan al río. Otro día lo llevo y lo verá mejor. Parecen la casa de la Preysler. Todo de mármol, con garaje, piscina, terrazas, *jacuzzi*, jardín, barbacoa... Y no hablemos de los coches. Eso no se gana cultivando tagarninas.

–Perdone...

–Es una verdura muy buena. ¿La ha *probao*?

–No.

–Yo la hago con langostinos y me sale muy rica, modestia aparte, porque le pongo un poco de cayena.

Por un instante Denis imaginó el plato y pensó en la Loli: tendría que hablar con ella, pues no deseaba perderse esa nueva delicia del recetario sanluqueño. Sin embargo, a medida que regresaban a Bonanza, aquel pensamiento le pareció una frivolidad. Ahora el *travelling* discurría tras la ventanilla derecha, desplegando un *crescendo* dramático: pasaron frente al Bar del Muelle y la placita de la cofradía de pescadores. Luego ante el edificio en cuyos bajos tenía la sede la «Ager Veneriensis». Fugazmente, Denis pudo ver a un corrillo de mujeres charlando apesadumbradas en el patio de la asociación que daba a la playa. Un poco más adelante pasaron frente a la casa abandonada y se dirigieron hacia el astillero. Durante el camino, la presencia de efectivos de la policía era cada vez mayor y, en algunos tramos, los accesos a la playa también estaban acordonados. Denis se fijó en la larga cinta de plástico y, por un momento, tuvo una vaga sensación de irrealidad, como si

aquello no estuviera sucediendo o formara parte de una escena de ficción. Pero cuando descubrió el siniestro furgón de la policía científica, supo que Lucía Venegas de Terry estaba definitivamente muerta.

–Pobrecilla –dijo la taxista–. ¿Quién la habrá *encontrao*? No me gustaría estar en su piel. Una vez llevé al que había *encontrao* a la chica de la casa abandonada, y el pobre no había podido sacárselo de la cabeza. Le recogí una noche en el hotel Guadalquivir y lo llevé a su casa. Estaba bastante cocido y le dio por contármelo todo.

–No me extraña. El alcohol siempre remueve cosas malas.

–Sí, pero fue muy raro porque me hablaba como si acabara de encontrarla y la tuviera dentro del taxi. Aquello se me quedó *clavao*. Me dijo: «Está muerta, ya no vive, ya no respira, ya no habla, ya no ama, no puede hacer nada, se acabó, es una botella vacía». Eso dijo el tío y aún se me pone la piel de gallina.

Denis reflexionó acerca de esa imagen, la de una botella vacía, y volvió a pensar en Berta. Rápidamente la alejó de su cabeza porque acababa de tener una corazonada.

–¿Sabe quién la encontró? –dijo.

–Pues claro –repuso la taxista–. El periodista ese, el Larios. Aquí todo el mundo lo conoce. Es un señor. Por eso le decía que no me gustaría encontrar un muerto. Don Francisco ya no volvió a ser el mismo.

Tras asimilar la última frase, Denis reparó en un hecho bastante extraño. Durante todo el trayecto hacia el centro no logró ver al comisario Marchena entre las docenas de policías que habían tomado la playa de Bonanza. No lo vio ni a la ida ni a la vuelta. ¿Dónde se había metido aquel bárbaro en el momento decisivo?

22

Un hueso duro de roer

Desde el instante que los medios de comunicación dieron la noticia, Denis estuvo aguardando la llamada de Marchena. Al fin y al cabo, el hallazgo del cadáver suponía la confirmación definitiva de su historia. El arquitecto tenía razón. El crimen en el río no era fruto de una tormenta de arena ni del espejismo trémulo del ocaso de Doñana. El crimen había existido siempre y él había tenido que interpretar el ingrato papel de la voz que clama en el desierto. ¿Qué diría ahora el comisario? ¿Seguiría burlándose de él y recomendándole una visita a las Bodegas Argüeso? A estas horas Marchena debía de estar bastante confuso y quizá arrepentido por haberlo despachado tantas veces con una palmada en la espalda. O no. Denis había aprendido que el ser humano rara vez reconoce sus errores: a lo sumo hace mutis por el foro y cruza los dedos para no tener que dar explicaciones a los demás.

A la mañana siguiente se encontraba desayunando en el café Dueñas cuando sonó el móvil. Era Marchena.

–Lo espero en comisaría –dijo el inspector con sequedad–. Dese prisa. La cosa está que arde.

Media hora después, Denis entró en las dependencias policiales sin poder reprimir una íntima sensación de victoria. Era algo infantil, lo sabía, pero había sufrido mucho con aquel drama como para no sentirse satisfecho de que al fin lo tomaran en serio. Tras recibir el tibio saludo de Marchena le tocó prestar declaración. Ante todo, quiso dejar claro que comparecía ante la policía por iniciativa propia

y sólo para esclarecer la situación que se había desencadenado a raíz del hallazgo del cadáver. No era un residente de Sanlúcar, eso era obvio, ni tampoco un ave de paso en vuelo fugaz de vacaciones. El DNI indicaba la fecha de nacimiento, su origen y residencia, su profesión, el nombre de los padres, Julio y Ángela, y la fecha de caducidad.

Mientras un agente redactaba el informe, Denis pensó en las ironías del destino. Aunque fue el primero en alertar a la policía, había tenido que esperar demasiado tiempo para que su testimonio mereciera la gloria del papel. Pero con el hallazgo del cuerpo en el río, ahora todo eran preguntas: Marchena quería saber, la prensa quería saber, la gente quería saber. Y no sólo en Sanlúcar de Barrameda. La noticia se iba extendiendo como una mancha de aceite, según el tópico más trillado de los medios, y era *breaking news* en los noticiarios de alcance nacional. Sí. De pronto Julio Denis se había vuelto importante –aunque su nombre no apareciese–, pues había adquirido el relieve de quien guarda un secreto que todos quieren conocer. ¿Existía en realidad ese secreto? Repasando luego su declaración, Marchena dedujo que aquel señorito de mal agüero sólo podía acogerse al estatus de testigo ocular, en el supuesto de que una acción delictiva presenciada a esa distancia pudiera tener validez ante un jurado. Ambos lo sabían. Pero también sabían que hasta que no se practicara la autopsia no podían determinarse las causas de la muerte de Lucía Venegas de Terry. A buen seguro, la víctima había caído al agua por alguna causa desconocida y se había ahogado. Eso le dijo Marchena.

Al oír aquello, Denis tuvo la penosa impresión de volver al punto cero. Entonces se acogió *in extremis* a una baza ganadora: Carla

Fantoni. El comisario se quedó fuera de juego:

–¿Así que encontró a la mujer? ¿Por qué no me lo dijo?

–Porque tampoco habría cambiado nada.

–¿Usted cree?

–Absolutamente –repuso Denis, creciéndose–. Le seré franco. Usted no me ha hecho caso en ningún momento.

Marchena encajó el golpe y pasó al contrataque:

–No me diga, Denis. Ha venido aquí siempre que le ha dado la gana. ¿O ya no se acuerda? He tenido mucha paciencia. ¡Ah! Y eso de que no cambia nada la aparición de un testigo... Pregúnteselo a los Venegas de Terry. Mire. Ahí tiene su famoso crimen.

En otro gesto de prepotencia, el comisario dejó caer en la mesa un sobre lleno de fotografías.

–Prefiero no verlo.

–Yo tampoco, pero es mi trabajo. Y mi trabajo es un auténtico marrón. La gente como usted vive muy tranquila en su casa y se creen que no pasa nada. Pero ahí fuera pasan cosas, ya se lo dije, y esas cosas siempre nos caen a nosotros. A veces duele mucho. No somos de piedra, Denis.

–Lo sé. Yo tampoco.

–Ahora mismo tengo a Isabel de baja –añadió el policía sin prestarle atención–. Está hecha una mierda.

–Lo siento. ¿Puedo hacer algo?

–¡Sí! Lo primero, hacerse cargo de la situación. La cosa podría cambiar bastante. Si al final su historia es cierta, usted pasará a ser el único testigo y la italiana será la principal sospechosa. ¿No me dijo que estaba en la escena del crimen?

–No fue ella –repuso Denis enérgico–. Yo no la vi hasta media hora más tarde desde la terraza del hotel.

–Bueno, yo no me fío ni un pelo. Esa tía es un bicho raro. No sé qué líos se trae con la marquesa de Miraflores.

–Es su secretaria personal y una buena amiga.

–Eso dicen todas cuando no hay trigo limpio. Es mi amiga, es como una hermana... Hay que ver cómo se está poniendo el patio con las mujeres.

–Si usted lo dice.

–Ah... Me figuro que no le dará por volverse a Madrid –dijo Marchena, cambiando de tema.

–Descuide, comisario. Sanlúcar se está poniendo muy interesante.

Aquel comentario desagradó profundamente a Marchena, pero prefirió callar porque comprendió que el arquitecto se había cobrado el tributo a algunas de sus bravatas. Además necesitaba tenerlo de su parte por un motivo fundamental que el otro no podía ni debía saber. Se despidieron y Denis salió a la calle.

Antes de volver a casa se detuvo en la plaza del Cabildo a tomar una caña en la barra de La Gitana. Necesitaba un poco de calma para ordenar sus ideas: no estaba seguro de lo que acababa de ocurrir en la comisaría. Por las palabras de Marchena, no tenía claro si al final lo considerarían un testigo a falta de nada mejor, o alguien que estaba en contacto directo con la única sospechosa. En todo caso, la naturaleza de esas preguntas lo había colocado en un plano de incomodidad y, en cierto sentido, de inferioridad. Cuando esto sucedía, solía sucumbir a un pasajero dolor de cabeza que le partía el cráneo en dos mitades. Era otra de sus respuestas psicosomáticas: el suelo se volvía inestable bajo sus pies y,

entonces, Denis ya no era Denis. Era el niño lacerado que había crecido en una época donde todo el mundo le hacía preguntas incómodas y nadie le proporcionaba las respuestas correctas.

Por otra parte, no lograba alejar de sí un par de comentarios de Marchena referidos a Carla. De pronto ella había adquirido el rango de sospechosa sólo porque él la había visto en el lugar del crimen, y había destapado –un tanto imprudentemente, ahora lo entendía– su presencia en Doñana. Lo llamativo, sin embargo, era el otro comentario del inspector donde parecía aludir a cierto vínculo particular entre la fotógrafa y la marquesa. Conociendo un poco a Marchena, el comentario podía inscribirse en una larga lista de prejuicios machistas que iban aflorando a cada nuevo encuentro. Pero si por alguna razón aquel tipo estaba en lo cierto, todo iba a cobrar otro sentido. Denis apuró la cerveza, salió y se dirigió a la plaza de San Roque. Estaba llena. Mientras ascendía luego por la calle Bretones, reparó en que la aparición del cuerpo de Lucía Venegas de Terry iba a cambiar de raíz muchas cosas, en especial su vínculo con las personas que había conocido en Sanlúcar. No sólo Marchena, claro, sino Carla, Larios e Isabel. Ahora le preocupaba que la agente de policía estuviera de baja. Era obvio que se trataba de una mujer muy sensible, como ocurre a menudo con personas en apariencia fuertes y de físico poderoso. Entonces pensó en las palabras de Carmen, la taxista, y el trauma de Larios. Quizá Isabel Galán había descubierto el cadáver o había tenido que identificarlo. Incluso a lo mejor conocía a Lucía Venegas de Terry. Imposible saberlo. Sólo sabía que Isabel continuaba sin cogerle el teléfono. Nunca supo si seguía apagado o fuera de cobertura.

23

Horas de luz

Desde que Larios conoció la profesión de Denis, había insistido en mostrarle su chalet del paseo Marítimo. Sin embargo, los días fueron pasando sin fijar una cita, hasta que la aparición del cuerpo de Lucía Venegas hizo ver a Denis que podía serle útil aceptar la invitación. Además necesitaba la compañía del cronista: la agente Galán seguía sin atenderlo y Carla había ido al cortijo a cuidar de la marquesa. Así que aquella tarde de febrero se detuvo ante la casa de Larios –un edificio blanco de dos plantas–, que se alzaba en el tramo del paseo donde el Guadalquivir desemboca en el mar. Desde el principio el arquitecto se llevó una grata sorpresa. Aquello no era otro inmueble más, como los miles que habían surgido como pústulas durante la fiebre inmobiliaria que seguía sacudiendo el país. Se asemejaba más bien a un chalet de estilo andaluz, como el de las estrellas de Hollywood en la época dorada. Una elegante verja de hierro, un jardín con dos palmeras y una buganvilla, un garaje en la parte trasera, y dos terrazas unidas en ángulo recto que daban a la playa de la Jara.

Llamó a la puerta y esperó. Poco después un Larios impecablemente vestido le dio la bienvenida. El interior era muy cálido y confortable. La decoración alternaba sin estridencias algunos viejos muebles de familia con las adquisiciones personales de toda una vida. Sin duda, Paco Larios era un hombre de gusto, pero también de mundo: tenía allí objetos exóticos y grabados de otros países, que delataban una existencia aventurera más propia de un

corresponsal de guerra. No obstante, Denis sabía que su anfitrión llevaba media vida en Sanlúcar, fiel a su columna de periódico e investido en su papel de cronista de la ciudad. Ahora los dos hombres estaban sentados en el salón de la primera planta que se abría a la desembocadura del río. Denis contemplaba extasiado el panorama, mucho más amplio que el de la barra de El camarote, lo que permitía una visión más completa del trasiego de barcos que surcaban el Guadalquivir. No era capaz de pronunciar palabra y Larios sonrió en silencio. Estaba tan acostumbrado a leer el asombro de sus visitas, que sintió la necesidad de hacer algún tipo de aclaración que matizara la idea de que era un hombre tocado por la fortuna.

–El primer invierno que pasé aquí –dijo– cogí la costumbre de bajar las persianas para no ver la puesta de sol. Te parecerá raro, pero era una imagen demasiado fuerte. Me llenaba de tristeza. Era como si cada tarde tuviera que enfrentarme al final de mi vida. Y no podía soportarlo.

–No lo había pensado.

–Luego comprendí que tenía que aceptar esa tristeza –aclaró Larios–. En el fondo tampoco era tan trágico. Sólo era tristeza. O quizá algo menos grave pero más duro de llevar. La melancolía.

Denis apartó la vista del río y volvió a la realidad. De pronto tuvo la sospecha de que su interlocutor había atravesado algún páramo interior muy inhóspito. Pero ¿cuál? No era capaz de imaginarlo tras aquella fachada de señorío y encanto personal. Aunque habían transcurrido treinta años desde su llegada a Sanlúcar, la vida privada de Larios seguía siendo un misterio. Su aparición en el pueblo como nuevo corresponsal del *Diario de Cádiz* –en el marco de una

profunda renovación del rotativo más antiguo de la provincia–, despertó enseguida gran interés. En su primera columna ya se ganó el favor de los lectores gracias a una recreación muy luminosa de la Feria de la Manzanilla, un poco en la línea del ilustre Manuel Barbadillo. A partir de ese momento fue granjeándose una reputación, hasta el punto de convertirse en un personaje de referencia: todo lo bueno, hermoso o peculiar que surgía en Sanlúcar quedaba reflejado en sus crónicas. También redactaba fanzines para el Ayuntamiento y alguna guía turística donde imprimía su sello.

El método de trabajo de Larios era simple y le funcionaba de maravilla. Cada mañana abandonaba la casa de la playa y subía por la amplia Calzada de la Infanta hasta la plaza del Cabildo. A partir de ese centro de operaciones recorría la ciudad con el ánimo infatigable de un buscador de oro: siempre atento, al acecho, en pos del detalle insólito o la noticia de interés que aportaba el nuevo día. Denis pudo comprobarlo por sí mismo una mañana que se cruzó con él en la terraza del bar Dueñas, y Larios le propuso que lo acompañara en una de sus expediciones. A raíz de aquel paseo, Denis descubrió que su cicerone experimentaba una curiosa metamorfosis a medida que ascendían al Barrio Alto. Dicha metamorfosis era tan evidente que Denis estableció algún tipo de coordenada invisible que señalaba la frontera. En síntesis, el Larios del hotel Guadalquivir conservaba su esencia hasta la plaza del Cabildo, donde vivía su apoteosis en las tabernas y hasta se daba un ligero baño de multitudes. Pero no había jactancia en ello: se movía allí con una cordialidad extrema, como si el destino le hubiera otorgado unos dones que no creía merecer y deseaba compartir con los demás.

Pero en cierto momento, cuando dejaban atrás el Mercado de Abastos en dirección a la colina, cambiaba la historia. Paco Larios ya no era exactamente el mismo: sus menores gestos poseían ahora una cierta ostentación; se notaba en su forma de reajustarse el sombrero, de alzarse la chaqueta o de comentar las anécdotas que conocía de memoria acerca de las grandes familias vinculadas al comercio con las Indias. El punto álgido se registraba en los aledaños del palacio de los duques de Medina Sidonia, que Larios conocía como la palma de la mano. Denis tenía entonces la impresión de que el periodista manejaba los códigos de aquel mundo como si hubiera pertenecido a él. No era algo que hubiera aprendido en los libros ni por motivos profesionales, sino algo que llevaba en la sangre. ¿Seguro?

Cada vez que entraban en palacio –y lo hicieron varias veces en aquel invierno tan difícil– Denis aprendía algo nuevo acerca de la formidable historia de Sanlúcar: esa historia que había intuido a cada paso reflejada en los caserones antiguos, los conventos de clausura, las bodegas e iglesias barrocas. Luego, siguiendo el ritual, abandonaban el lugar y descendían juntos la cuesta de Belén. A cada peldaño la ligera impostura de Larios quedaba más atrás, como si el mero hecho de irse acercando al mar lo devolviera a su medio natural. En esos momentos Denis lo veía como un salmón: un animal ciego y obstinado que había remontado con heroicidad el curso del río –el río social–, y tras darse una vuelta por la colina palaciega regresaba a su hábitat. Entonces resurgía el hombre campechano y asequible, el que entablaba conversación con las carniceras del mercado o se detenía en el puesto de Hermanos Pájaro para bendecir la pesca del día. Nadie como Larios para gozar de ese

tesoro que las barcas traían al caer la tarde acompañadas por una nube de gaviotas.

Sí. Denis no iba a olvidar con facilidad aquellos paseos en compañía de uno de los hombres más cultos que había conocido. Incluso le disculpaba que en ciertas ocasiones fuera demasiado fiel a su propio personaje. Quizá era el precio por seguir siendo una figura especial en la ciudad, sin relación aparente con las familias de siempre ni tampoco con las familias sin nombre. Larios era de todos y de nadie. Denis lo apreciaba mucho. Después de todo, era la única persona con la que compartir esa clase de momentos que tanto le habían unido a Berta: una copa en un hotel, una terraza al caer la tarde, una charla interminable sobre la vida.

24

En la ardiente oscuridad

Sentado en aquel salón, Denis percibió el calor de una amistad que había crecido con las horas de la luz. Pero a partir de aquella charla, que iba a cambiar algunas cosas, supo que existía otro Larios: un tipo melancólico que cada tarde iba a El camarote para enfrentarse a los restos del día. Ese Larios se asemejaba muy poco al personaje público; se transformaba en un alma crepuscular que luego buscaba refugio en su chalet de la playa, echando llaves y cerrojos como si temiera la llegada de algo ominoso e innombrable. Ese otro Larios, tan importante como el primero, quedaba a merced de sus propios

demonios a los que ahuyentaba a base de *whisky* y música de Mozart.

Ahora los dos hombres se entregaban a la contemplación del estuario sereno. Aunque Denis llevaba un tiempo alejado del código de los hombres, intuyó que su anfitrión trataba de aproximarse a él para usarlo como confidente. No le sorprendió nada, ya que el hallazgo del cuerpo de Lucía Venegas de Terry estaba en boca de todos. Sin duda, Larios debía tener una idea sobre el asunto, y si era cierta la información de la taxista, tenía también algo que contar sobre un drama anterior que había marcado su vida. Denis dedujo que aquel hombre arrastraba un trauma, una herida, y esa herida guardaba relación con el descubrimiento del primer cadáver en la casa abandonada. Pero ¿cómo empezar? ¿Cómo preguntarle a Paco algo que el cronista no sabía que él ya sabía? Al final Denis no tuvo que hacer el menor esfuerzo: un Macallan de doce años abrió la compuerta.

Antes de contarle la historia, Larios hizo girar el hielo y luego lo vació de un trago. El sol empezaba a disolverse más allá del ventanal que daba a la playa. Era la hora perfecta y el anfitrión no perdió la ocasión:

–El lubricán, amigo mío. Aquí termina todo –le dijo–. En este punto se funden el océano Atlántico, la desembocadura del río, el Coto de Doñana y Bajo Guía. Esto es lo último que vio Magallanes antes de partir.

Luego Larios se quedó absorto, en silencio, como hechizado ante aquel último destello de luz dorada. Entonces comenzó a recordar:

–No he corrido tanto en toda mi vida. Sólo pensaba en llegar antes que Marchena. Habría sido horrible que él llegara primero.

–Te entiendo –dijo Denis sin comprender nada.

–Cuando ocurren estas calamidades, uno piensa en su propia hija.

–¿Tienes hijos? –preguntó Denis.

–No, era una manera de hablar. Pero los hijos muertos siempre tienen padres vivos.

Entonces el cronista lanzó un monólogo duro, casi aterrador, explicándole lo que había encontrado en la casa abandonada. Aquel hombre tan sereno y cultivado empleaba ahora un lenguaje muy crudo y directo, sin ahorrar detalle alguno. Al escuchar aquel testimonio, el viudo tuvo la impresión de que Larios contaba aquella historia por primera vez. No lo imaginaba usando el mismo tono con la taxista.

–Yo fui el primero en llegar. Había bajado a Bonanza a hacer un reportaje sobre la asociación de mujeres, pero me detuve poco antes en El Astillero. ¿Lo conoces? Es ese restaurante abandonado de la playa. Entré para recordar viejos tiempos y me encontré con aquello. No tengo palabras. Lo único que se me ocurrió fue ir corriendo a la «Ager Veneriensis» en busca de ayuda. Estaba en *shock*. Tuve la suerte de que allí había una policía fuera de servicio.

–¿Quién era? –preguntó Denis, movido por una corazonada.

–Una tal Isabel Galán. Por lo visto, a esa hora daba clases de defensa personal. No sé. Total, que fuimos corriendo hasta la casa. Era una mujer fuerte, pero enseguida comprobé que tenía un corazón de cristal. Casi se desmaya al ver lo que había dentro. Le dieron unas arcadas terribles. Luego salió pitando y llamó a su jefe. El inspector Marchena. Y ya no volvió.

Denis trató de procesar toda aquella información: la casa abandonada, el cadáver, Larios, la agente Galán, Marchena... El

cronista siguió contando, cada vez con mayor esfuerzo:

–Yo no debía tocar nada, pero no quería que él la viera así. Lo peor de un crimen no es matar a otra persona: es dejarla tirada como si fuera un saco de mierda... Pobre chica... No logro quitármelo de la cabeza.

–¿Qué relación había entre Marchena y la víctima?

–Era su hija.

Denis recibió la última frase como si fuera un disparo. No podía creerlo. La hija del comisario había sido asesinada en la casa de la playa, en el mismo sitio donde él había ido a esparcir las cenizas de Berta. Luego tuvo aquella visión en la orilla de Doñana. ¿Qué demonios estaba ocurriendo en ese lugar? Hasta el momento era incapaz de encontrar una respuesta; pero hubo de admitir que el azar le había puesto tras las huellas del mal. Tras servirse otro *whisky*, Larios se le confió definitivamente con un lenguaje desatado, sórdido y soez:

–Tuve que limpiar aquello, ¿te das cuenta?, tuve que borrar el rastro del asesino. Bueno, es un decir. Nunca pensé que fuera uno solo, yo creo que fueron varios porque aquello parecía la corrida de un caballo. Limpié a la chica, sí, y luego me guardé el pañuelo en un bolsillo. Me quemaba en el pantalón como si fuera lejía. Al final lo tiré. Coño, era una prueba, ya lo sé, no me mires con esa cara. ¿Qué querías que hiciera? Pero al menos su padre no vio nada: al menos no la vio colgada en aquel columpio del infierno y con una cinta adhesiva en la boca. Cuando entró en la casa, la encontró acostada sobre un colchón y cubierta con el vestido. Yo la había peinado un poco, tenía un pelo muy bonito. Parecía una princesa dormida.

–Qué horror... –acertó a decir Denis.

–Al principio creí que Marchena iba a levantarle el vestido –prosiguió Larios sin inmutarse–. El tío se quedó mirando allá abajo, como un obseso, pero al final no tuvo huevos. Nadie tiene huevos de levantarle el vestido a una hija muerta.

Denis sintió un súbito malestar en el estómago. No se sentía con fuerzas para decir nada.

–La memoria es muy jodida cuando se obsesiona con una imagen –comentó Larios–. Yo lo sabía y por eso hice lo que hice. Manipular el cadáver. Luego encontraron mis huellas por todas partes. Pero Marchena lo comprendió. En el fondo me lo ha agradecido siempre. Si llega a ver lo que yo vi se hubiera vuelto loco allí mismo.

Julio Denis trató de imaginar el cuadro: la hija del comisario había sido violada, torturada y asesinada. Toda aquella violencia incomprensible se había escrito en el horror de la inmovilidad y el aislamiento. ¿Cuánto había durado aquella orgía del infierno? ¿Quién? ¿Por qué? Las preguntas se agolpaban en su cerebro, pero fue incapaz de formularlas en voz alta. Para entonces Larios había concluido la historia y permanecía contemplando el río en silencio. El tráfico fluvial había cesado, y sólo las dos balizas de posición –una verde y otra roja– palpitaban sobre las olas. De pronto, apartó la vista del ventanal y lo miró a los ojos. Luego pronunció una frase que Denis recordaba haber oído en alguna parte.

–Cuando vienen a por ti, se llevan lo que más quieres.

Aquella temible sentencia resumía sus emociones desde la enfermedad de Berta. También a él le habían arrebatado lo que más quería. Durante unos momentos pensó en la tragedia de Marchena y lo invadió un sentimiento de piedad. Ahora se explicaban muchas cosas.

–El lubricán, amigo mío –dijo Larios volviendo a la realidad–. Lo último que Magallanes vio antes de partir. Aquí termina todo. Ya no se ve nada.

En efecto. El océano se había vuelto invisible y la orilla de Doñana permanecía inmersa en la más negra oscuridad. Si le hubieran dicho que allí terminaba el mundo, en un tajo hondo, algo así como un abismo, lo habría creído. Cuando más tarde Denis abandonó apesadumbrado la casa de Larios, intuyó que nada iba a ser lo mismo. Entretanto, la noche había empezado a moverse como un reptil.

25

Un asunto turbio

Denis tardó mucho en conciliar el sueño. La historia de Larios había quebrado de golpe el relativo bienestar de los últimos días, dejándole al borde de una crisis. No lograba apartar de la mente las escenas de la casa abandonada ni aquella frase terrible de Larios que lo resumía todo: «Cuando vienen a por ti, se llevan lo que más quieres». A estas alturas de la vida, había vivido lo bastante para saber que la frase era cierta. Demasiado cierta. Pero, en el caso de Marchena, ¿quiénes le habían arrebatado lo que más quería? Y ¿por qué? Ahora empezaba a entender los motivos de aquel detective privado de la calle Ancha que rechazó el encargo de investigar la desaparición de una mujer. Si repasaba la conversación, todo adquiría sentido. El detective había dejado bien claro que no quería

entrar en colisión con Marchena, un tipo poderoso y con menos escrúpulos de los que nadie podía imaginar. Eso dijo exactamente. Luego le advirtió de que estaban ante un asunto muy turbio. Necesitaba saber cuál.

A la mañana siguiente salió temprano y fue a la cercana plaza de la Paz. Aunque la parte alta de la ciudad solía ser la más fría en invierno –por estar expuesta a la brisa del océano– también era la más cálida y luminosa, la que anunciaba a su modo la primavera. En esas mañanas atlánticas, el sol brillaba con fuerza y el cielo se extendía como un profundo manto azul que lo abarcaba todo. Ese manto cubría calles, cuerpos, almas, personas que se esmeraban por vivir con dignidad más allá del designio de los astros. Era la gente de Sanlúcar, siempre dispuesta a avanzar sin perder la gracia, siempre fiel al código no escrito de la tribu que le recordaba el saberse nacida en un rincón extraordinario. Un límite entre la tierra y el cielo, entre el viento y el mar. Un limes fuera de todo, pero a la vez el centro de todo. Las puertas al Nuevo Mundo.

Ya en la plaza, Denis fue a la librería La O para comprar el periódico y luego se encaminó hasta Casa Antonio, que le había recomendado Larios. De nuevo, el periodista había dado en el blanco, porque era una taberna muy popular en el barrio y muy apreciada por los guisos sanluqueños que surgían de sus fogones. A diferencia de otros establecimientos, era un lugar bastante austero que sólo servía lo imprescindible y de mejor calidad. No había allí florituras ni adornos superfluos, sólo la mejor manzanilla en barrica, el mejor jamón, la mejor melva canutera de Huelva y el mejor pescado, que Antonio recibía cada mañana de aquellos mares: pijotas, acedías, chocos, tapaculos, langostinos... A Denis le agradó

la forma en que Antonio manejaba el género, distribuyéndolo en cazos y bandejas de la barra, mientras imaginaba el plato del día.

Tras el saludo, se sentó a una de las mesas al aire libre que daban a la plaza. Antes de que el dueño le llevara el desayuno, abrió rápidamente el periódico en busca de la columna de Larios. En su ingenuidad creía que el periodista iba a ocuparse del crimen de Bonanza. Nada más lejos de la realidad. De hecho, Larios no abordaba nunca la crónica de sucesos: su visión de Sanlúcar era tan soleada e inocente como aquella plaza, tan llena de vida, sin más brumas en el horizonte que los pequeños sobresaltos de la existencia cotidiana. Esta vez su columna hacía referencia a la aparición de un libro sobre la cocina monacal de Sanlúcar: un amplio recetario que recogía los secretos guardados celosamente en los conventos de monjas. Denis apreció una vez más la prosa elegante y florida de Larios. Le gustaba.

Cuando terminó el desayuno se planteó el programa del día. Al principio tuvo la tentación de efectuar una visita a las bodegas La Guita. Le quedaban muy cerca, en la calle Misericordia, y desde su llegada tenía pendiente conocer alguna de las bodegas centenarias de la ciudad. Luego pensó que era mejor embarcar a Larios en la aventura, porque nadie como él le descubriría los encantos de esas formidables catedrales del vino. Sí. Aquello podía esperar. Lo que no admitía espera, por el contrario, era todo lo relacionado con su experiencia en la casa abandonada. Denis tenía la impresión de que algo muy fuerte lo reclamaba desde el río, algo así como una llamada de auxilio en mitad de la noche. Por mucho que se empeñara en mirar hacia otra parte –o más bien dejarse arropar por el lado amable y sonriente de Sanlúcar–, aquello seguía

persiguiéndolo como una sombra. En cierto modo seguía prisionero. Ahora pensaba que una mujer muerta lo había arrojado al pozo y que otra mujer muerta lo sacaba del pozo para devolverle a la vida. Berta y Lucía. En realidad, su esposa era un caso cerrado; en cambio, aquella víctima de Doñana estaba reclamando algo, una extraña segunda oportunidad, no tanto para volver de entre los muertos sino para descansar en paz. Porque al final las víctimas de un crimen sólo descansan con la resolución del enigma.

Denis regresó al apartamento y aprovechó para resolver algunos asuntos del trabajo. Llamó al estudio de Madrid y le comunicó a su socio que iba a prolongar la estancia en el sur. Al menos otra semana. Luego estuvo buscando en internet alguna información sobre el caso de Lucía Venegas de Terry. Más allá del estruendo mediático, no había gran cosa, o para ser exactos, la gran noticia era casi una obviedad: la policía de Huelva estaba investigando en la orilla de Doñana, mientras que la policía de Sanlúcar operaba preferentemente en el área situada entre el muelle de Bonanza y Bajo Guía. De momento no había pistas que condujeran a ningún sospechoso. Decepcionado, Denis cerró el ordenador y sólo entonces cayó en la cuenta de que la policía sanluqueña se movía en la zona de la casa abandonada. Dicho de otro modo, las dos víctimas habían sido halladas en la misma playa. La hija de Marchena y Lucía Venegas de Terry. Según el testimonio de Larios, a la primera la habían matado en un escenario más propio de una *snuff movie*, en el epicentro de una sórdida coreografía que era en sí misma un canto al horror. El edificio viejo y abandonado, las paredes roídas por el salitre, el suelo polvoriento, las ventanas de cristales rotos, el colchón sucio y aquel columpio al pie de la escalera que conducía a

la azotea del río. Todo era tan inquietante como previsible y siniestro, como si el asesino hubiera oficiado la ceremonia inspirándose en los documentales de investigación criminal o en las películas. Ya no quedaban mentes originales en nuestra época. Todo era copia y repetición.

Denis salió del ático con una idea: llamar a Larios. Creía que su confesión reclamaba una segunda parte. Tres horas más tarde se encontraban tomando el aperitivo en la terraza cubierta de la taberna Barbiana. A esa hora la plaza del Cabildo registraba bastante animación. Aunque la temperatura seguía siendo muy baja –el termómetro de la farmacia de la calle Ancha marcaba diez grados–, los sanluqueños se habían hecho estoicamente a aquel invierno más frío de lo habitual. Por nada del mundo iban a perder los hábitos de siempre, los pequeños grandes placeres de la vida. En esa vida al aire libre, las conversaciones ocupaban un lugar predominante: las bromas, los chismorreos, las confidencias. Y ahora Denis tenía algunas cosas que preguntar. Por ejemplo: ¿qué había detrás de la muerte de la hija de Marchena? ¿Quiénes eran los culpables? En este punto, a Larios ya no le sorprendió que aquel taciturno viudo madrileño fuera tan directo: al fin y al cabo, él mismo le había abierto la puerta con la historia de la noche anterior. Entonces le contó su versión.

Por lo visto, el comisario andaba tras el rastro de una red de narcotráfico que había empezado a operar en el delta del Guadalquivir. Espoleado por algunas acciones que lo llevaron a interceptar un importante alijo de cocaína, se envalentonó y comenzó a tirar del hilo. Con bastante imprudencia. A raíz de aquello, Marchena realizó asombrosos descubrimientos que

apuntaban muy alto, en concreto hacia nombres de alcurnia vinculados a Isla Mayor. En opinión de Larios, la trama era demasiado compleja y superaba de largo la tarea de un solo hombre. Sin embargo, el comisario creyó ver en ello la oportunidad de su vida y comenzó a investigar por su cuenta saltándose ciertas reglas.

–Marchena siempre ha sido muy ambicioso –siguió diciendo Larios–. No se conforma con lo que tiene.

–Es el mal de nuestro tiempo.

–De acuerdo. Pero él tenía que haber admitido la realidad. Es un viejo carca de la Policía Nacional, una reliquia del pasado, y quiso darnos una lección. El gran héroe. Como si no supiéramos lo que ocurre en el río. Lo peor es que no hizo caso a las amenazas.

–¿Amenazas? ¿De quién?

–Siempre amenazan los que mandan, y los que tienen algo que perder.

–O los que tienen miedo –añadió Denis.

–En su caso eran los mismos. Gente muy importante. Estoy convencido de que la muerte de su hija fue una venganza de los «narcos». Marchena perdió las ganas de vivir.

–Pues lo disimula muy bien –dijo Denis–. A veces lo veo de lejos en las tabernas del centro. Como un rey.

–Quizá no haya perdido las ganas de vivir, pero sí las de investigar.

–No lo creo. El otro día bajó al muelle.

Larios lo miró con incredulidad:

–¿Marchena? ¿En el muelle? ¡Qué raro! Todo el mundo sabe que ya no va por Bonanza.

–¿Estás diciendo que no se acerca al río?

–Exacto. Desde que murió su hija, allá abajo no hay nada. Sólo un agujero negro, la puerta a otra dimensión. Y eso trajo muchos problemas. El tipo estaba tan hecho polvo que no había ningún control. Durante los primeros días, cualquier lancha de los «narcos» podía entrar por Sanlúcar y remontar el río hasta Sevilla.

–Pensaba que la vigilancia marítima era cosa de la Guardia Civil.

–Oficialmente, sí. Pero también hay una vigilancia en tierra y él la retiró de la noche a la mañana. Eso lo complicó todo. Marchena se creía Dios, se saltaba las competencias, era como el policía matón de las películas. Me extraña que haya vuelto por el puerto.

–Supongo que no tuvo más remedio –sugirió Denis–. El otro día ardió un barco y me dio a entender que estaba interesado en el cargamento.

–¿Te dijo eso? Increíble. Está pasando algo.

–¿Qué crees?

–No sé. Pero parece que la historia se repite: drogas, una mujer asesinada, el río, Marchena... La diferencia es que esta vez la víctima es una Venegas de Terry.

Denis trató de asimilar el peso de un linaje que sólo conocía gracias a la marca de un *brandy* famoso. Luego miró a Larios, que se había quedado en silencio. Sus ojos eran tan azules como el mar abierto. Si uno los miraba con atención, sólo veía honradez y sinceridad. Pero desde la noche anterior, Denis creyó percibir también una mácula de fatiga y de tristeza. Sin duda, aquellos crímenes del narcotráfico estaban amenazando el mito de Sanlúcar como la tierra maravillosa que inspiraba sus palabras.

26

Insomnios

Desde la muerte de su hija, el comisario Antonio Marchena había empezado a tomar unas pastillas para dormir que le garantizaban algunas horas de sueño. Pero enseguida descubrió que el sueño no era sinónimo de calma, porque quedaba a merced de pavorosas pesadillas. El argumento principal giraba en torno a la muerte de su hija, que se le repetía en todas las variaciones imaginables y en su angustiosa impotencia para evitarla. En el sueño nunca llegaba a tiempo. Nunca. Desolado, habló con el médico, quien le recomendó que aumentara la dosis. Necesitaba un poco de descanso a cualquier precio, librarse de esos momentos de la noche que le devolvían el eco de la tragedia familiar. Mientras persistiera aquel dolor no recobraría la tranquilidad de espíritu, si es que alguna vez la había tenido. En todo caso, la muerte de Lucía Venegas de Terry lo había devuelto al peor escenario del pasado, echando sal a sus heridas abiertas. Porque Marchena acababa de recibir el informe del forense donde se confirmaba que la heredera había sido asesinada.

Pasaron unos minutos sin que ocurriera nada. El comisario leyó de nuevo el informe en la pantalla del ordenador. Aquello había vuelto a suceder y, de pronto, sintió todo el peso del mundo: la maquinaria del espanto se ponía en movimiento. Marchena sabía por experiencia lo que le aguardaba y no le gustó en absoluto. En realidad nunca le había gustado; pero a raíz de la muerte de su hija, esa parte de su

cometido se le antojaba un auténtico calvario. Y debía afrontarlo solo. Lo primero que hizo fue llamar a Isabel Galán para darle la noticia. Asombrosamente, esta no tuvo una reacción tan emocional como otras veces, y Marchena dedujo que su ayudante estaba siguiendo algún tipo de tratamiento médico para paliar la crudeza de los días. Lo segundo que afrontó el inspector fue llamar al abogado de la familia –quien llevaba todo el asunto con tacto exquisito, ejerciendo de intermediario–, y que ahora debía enfrentarse al trago más amargo de su carrera. No lo envidiaba. Luego la prensa, horror de horrores para Marchena desde el drama de la casa abandonada. Demasiado para un solo día, aunque él supiera que la vida era imprevisible y caprichosa hasta la náusea.

El comisario abandonó el despacho con el ánimo encogido y las ideas muy claras. La investigación debía comenzar cuanto antes y convocó una reunión con varios miembros de la comisaría. La verdad es que no eran unos genios, sólo agentes de la ley que operaban con eficacia en una cotidianidad sin grandes sobresaltos. Pero esto era otra cosa. Marchena aún recordaba el fracaso del equipo con su propia hija, cuyo crimen aún permanecía sin resolver. Nada, ni rastro. Aunque no era justo culpar a nadie, siempre le quedó la idea de que las cosas se podían haber hecho mejor y aquella impresión seguía pesándole como una losa. Precisamente al recordar la medianía de sus colaboradores, la figura de Isabel Galán creció ante sus ojos. Después de todo era la única con un expediente académico ejemplar. Había demostrado ser muy intuitiva y a la vez metódica, sabía encontrar las pistas correctas y relacionarlas con imaginación; en suma, poseía unas cualidades que podían servir de mucho en un caso que se anunciaba complicado. El único problema, pensó

Marchena, es que Isabel era demasiado frágil emocionalmente. No había sido capaz de mantener la cabeza fría en el momento clave de la investigación destinada a esclarecer la muerte de su hija. ¿Y si volvía a pasar con Lucía Venegas de Terry?

Tras exponer su plan, el comisario dio el paso que faltaba: citar a Denis. Al final aquel viudo testarudo y melancólico –aquel señorito madrileño de ademanes pausados y ojos oscuros– tenía razón. Era evidente que él no le iba a pedir ninguna disculpa. La vida de un policía era tan ingrata que en ocasiones la resolución de un caso pasaba por personas que sólo sabían del oficio a través de la televisión. Y eso lo hería en su orgullo. Era como si el éxito de una intervención quirúrgica no dependiera del cirujano sino de alguien que sólo ha visto trocear el cuerpo de un pollo en la carnicería. No tenía sentido y no era de su agrado. Pero lo necesitaba. Aprovechando la llamada telefónica, Marchena le pidió a Denis que localizara a Carla Fantoni: quería hacerle algunas preguntas. Y remató:

–Ya lo avisé de que la cosa iba a cambiar bastante si su historia era cierta. Parece que lo es. Lucía Venegas fue asesinada como usted dijo y de la manera que usted dijo. Estrangulada. Está claro que ahora empieza otra partida.

A la mañana siguiente el arquitecto se presentó en la comisaría. Marchena se hallaba de pie junto a una ventana, haciendo girar la manivela de la persiana con una insistencia obsesiva, dándole vueltas y más vueltas, sin saber muy bien lo que hacía. Luego apartó la vista de la ventana, lo saludó y dejó caer una frase que, en apariencia, no tenía relación con el caso: «Dentro de un mes, Semana Santa. Hay que joderse». Desconcertado, Denis buscó la

mirada cómplice de Isabel Galán. La agente le sonrió desde su mesa de trabajo y luego movió ligeramente la cabeza para dar a entender que todo estaba en orden. En este punto el comisario le indicó que aguardara un momento y regresó al despacho. Por lo visto, estaba interrogando a Carla Fantoni y había salido a darse un respiro. Denis sonrió para sus adentros: conocía un poco la dialéctica de la italiana como para saber que Marchena debía estar sudando tinta. Aprovechando su ausencia, se acercó con cierto descaro a la mesa de la agente Galán –como si no existieran sus otros dos compañeros– y le soltó a bocajarro:

–¿Por qué no me coges el teléfono?

–Estaba de baja –repuso ella un tanto sorprendida.

–Ya lo sé. Me lo dijo Marchena. ¿Cómo te encuentras?

–Estoy hecha polvo.

–¿Siempre te afecta así? –preguntó Denis.

–Depende. Si conozco a la víctima reacciono como cualquier otra persona. No soy de piedra.

–¿Conocías a Lucía Venegas?

–Aquí se conoce todo el mundo.

–Parece que no tienes muchas ganas de hablar.

–Te he dicho que estoy hecha una mierda –insistió Isabel–. Será mejor que vuelvas a tu sitio y esperes a Marchena. No le hará ninguna gracia verte charlando conmigo como si estuviéramos en una discoteca. Llevo uniforme.

–Perdona.

Denis tomó asiento. Mientras aguardaba su turno fue observando con discreción a la agente Galán. Aunque poseía una arquitectura ósea demasiado grande para su gusto, sus carnes eran mullidas,

tiernas e invitaban al abrazo. Denis se fijó sobre todo en los labios y en los pechos. Había algo en ella que exhalaba un fuerte magnetismo animal, ese poder de algunas personas para encender los sentidos. Y así fue. De pronto, Denis sintió un latigazo de deseo que se expandía a la parte inferior de su cuerpo. ¿Qué le estaba pasando? Algo ocurría ahí abajo, algo turbio y comprometedor. Aquella erección intempestiva le produjo una honda sensación de vergüenza. La vergüenza no surgía tanto del hecho en sí como de la sorpresa de haber reaccionado sexualmente por primera vez desde la muerte de su esposa. Aquello lo arrojó a una charca de caimanes, a un pozo lleno de preguntas donde chapoteaban con violencia criaturas con los dientes afilados. ¡Y nada menos que con Isabel! ¿Qué habría pensado su amada Berta? ¿Sonreiría comprensiva desde el más allá, como una diosa griega asomada a los penares humanos, o sucumbiría a un ataque de celos decorado con cuernos paranormales? Todo era tan absurdo que Denis no sabía qué hacer. Aprisa cruzó una pierna sobre la otra. Luego respiró hondo, suplicando que aquello pasara antes de reunirse con Marchena.

Entonces se abrió la puerta del despacho. Denis vio aparecer a Carla, vestida con un abrigo largo y oscuro, y un rostro de satisfacción que indicaba que había ganado la partida. No se dijeron nada, salvo un saludo brevísimo de cortesía como si sólo se conocieran de vista. Marchena, por su parte, parecía cansado y con cara de pocos amigos. Sin más preámbulos le hizo pasar.

Aquella misma tarde Julio llamó a Carla y le propuso una cena por el Barrio Alto. Tenían mucho que contarse y ella aceptó con un entusiasmo que le sorprendió gratamente. Por lo visto, había estado demasiados días recluida en el cortijo con la marquesa y necesitaba

un poco de aire y vida social. Fijaron la cita una hora más tarde, en el bar del Partido Comunista. Aunque hacía bastante frío, Denis ajustó el *timing* para poder recibir a Carla en la puerta. Poco después la vio llegar a la plaza de la Paz en su Mercurio roja, como una amazona a lomos de un gran abejorro metálico. Había cambiado su abrigo largo por una cazadora oscura y llevaba un fular de color beis y una gorra de lana. Ciertamente, no tenía aspecto de proletaria, sino más bien de una antigua deportista un tanto esnob. Pero al entrar en el espacio bien iluminado del bar, ella apenas pudo contener la emoción. Sólo entonces Julio se percató de que Carla pertenecía a un club si cabe más selecto, al menos en lo ético: el de las personas de alcurnia con grandes inquietudes sociales. La sola visión de la bandera comunista le había iluminado la cara y se acercó hasta ella con la ilusión de una niña. Denis se quedó atónito mientras la italiana acariciaba con ternura el paño rojo como si fuera el abrigo de una madre. El camarero lo vivió como un gran honor. Carla concluyó la insólita ceremonia y regresó junto a Denis:

–No sabía que aún existía el Partido Comunista –dijo al tomar asiento–. El nuestro se disolvió poco después de la caída del Muro de Berlín. Una tragedia.

–Y yo no sabía que los aristócratas italianos estabais de parte del pueblo.

–Algunos sí. Casi siempre son los más inteligentes.

Denis se sorprendió una vez más del talante tan directo de la fotógrafa. La humildad no se contaba entre sus virtudes, ya que poseía un profundo orgullo de clase. Pero, en cambio, podía ser muy sencilla –de hecho ya había entablado conversación con el camarero como si fuera un camarada– y se ganaba con facilidad el calor de las

personas. Mientras esperaban la cena, Carla sucumbió a la tentación de hablarle de su pasado político, su remota militancia en aquella Bolonia revolucionaria de los ochenta, en el epicentro de los temibles años de plomo. Denis la escuchó con atención, pensando en lo mucho que habría disfrutado Berta con una historia que prometía dar mucho juego. Luego el camarero les trajo la bandeja de *pescaíto* frito y él aprovechó para centrarla en el asunto. Bolonia podía esperar. Ante todo, Denis deseaba saber cómo le había ido con Marchena.

–Ningún problema –respondió ella tranquila–. Me preguntó dónde me encontraba la tarde de los hechos, y le dije que estaba en Isla Mayor.

–¿Qué? Pero si yo le dije que te vi en Doñana...

–Bueno. Pero al final me ha creído a mí y no a ti.

–Coño. No entiendo nada. Este tío está loco.

–A lo mejor no –repuso Carla–. Quizá es una estrategia. Estos tipos no son tan imbéciles como parecen.

Denis guardó silencio, intentando adivinar qué clase de partida había empezado a jugar el comisario. Y no le gustó. Pocas horas antes había entrado en su despacho como único testigo y, en cambio, había salido de allí bajo el compromiso firme de estar a su disposición durante las veinticuatro horas del día. En el polo opuesto, Carla Fantoni había entrado como única sospechosa y había salido libre como una estrella. De hecho, estaba tan tranquila que siguió hablando de su juventud en Bolonia y de los años en que el Partido Comunista Italiano reunía lo mejor de la cultura europea. Denis la escuchaba fingiendo la máxima atención, pero en su interior empezaba a sentirse bastante fatigado. Apuró la copa de manzanilla

y pidió la cuenta. Entonces Carla se le acercó al oído y le dijo algo desconcertante:

–Estamos en un bar comunista, Julio. Las paredes oyen, y nosotros sabemos más de lo que deberíamos saber. Te llamaré.

Luego le dio un beso en la mejilla, se puso en pie y salió a la plaza. Mientras Denis reconocía el motor de la Mercurio perdiéndose en la noche, observó el retrato de La Pasionaria que destacaba sobre una balda de madera con una maceta llena de flores. Imperativamente rojas. Sólo faltaban las velas.

27

El secreto

Desde su llegada a Sanlúcar, la vida privada de Francisco Larios constituía todo un misterio. Aunque su figura singular despertaba gran interés en las mujeres, lo cierto es que ninguna había conseguido llevarle al altar de la Basílica de Nuestra Señora de la Caridad, ni a ningún otro altar de las múltiples iglesias y conventos de aquella bendita ciudad. Tampoco se le conocía ninguna relación laica al estilo de los nuevos tiempos que en Sanlúcar nunca terminaban de llegar, ya fuera en materia de costumbres o en el campo de los logros más estimulantes del progreso. Se diría que Larios se movía entre dos aguas, como la ciudad misma, a caballo entre la modernidad y la tradición: una frase tópica que él solía emplear en sus crónicas, pese a que no era de su agrado y que sólo utilizaba porque era comprensible para la mayoría. Entretanto,

mientras no se aclarara definitivamente si el corazón de Larios respondía al espíritu cambiante de la época, algunos sanluqueños lo tenían por un homosexual reservado que no había salido del armario.

En todo caso, la vida sentimental de Larios era un enigma que al final había perdido interés, como un viejo pecado del corazón. Desde el principio, eso sí, la soltería del cronista había despertado la curiosidad de Denis. En su ingenuidad pensaba que si alguien tan gris como él había logrado ganarse el corazón de Berta, ¿qué no habría podido conseguir un hombre de mundo tan *charmant* como Larios? Sin embargo, el viudo estaba en un error, muy propio de las mentes científicas que aplican argumentos racionales a lo que siempre será un misterio. Aunque él no lo reconociera del todo, el misterio del amor era muy simple: lo importante es amar, no ser amado, y tanto él como Larios habían amado mucho. Compartían además el destino de los amores desdichados, que no es otro que la soledad. Aquellos dos hombres que de forma regular intercambiaban confidencias estaban profundamente solos. En el caso concreto de Larios ese destino tenía un sesgo cruel, ya que su amante seguía en el mundo de los vivos pero él no podía apurar con libertad la copa del amor. En realidad, esa era su tragedia íntima, su gran secreto, que arrastraba como una pesada cruz lejos de la mirada de la gente. Ese amar en la sombra lo había ido minando hasta arrojarlo en brazos de un alcoholismo difuso que se manifestaba al caer la tarde. Entonces Larios acudía a El camarote para beber una copa de *whisky* y ahuyentar los pesares del día. Era como una ceremonia religiosa en la que él bebía en recuerdo del primer ocaso, cuando el

hombre tuvo que pensar por fuerza que la noche inminente sería eterna.

Sí. La noche eterna. En esos momentos Larios la veía extenderse como un manto negro sobre Sanlúcar, avanzando como una plaga bíblica que lo devoraba y apagaba todo. Luego se daba cuenta de que aquella pesadumbre nacía de su propia alma, un alma que no podía comunicar con su amor y, por tanto, no podía ser feliz. Gracias a la telefonía móvil, sin embargo, él había encontrado un magro consuelo a través de los audios, los SMS y los wasaps. Al menos aquello le servía para dar señales y recibirlas, como bengalas surgidas en mitad del mar. Con todo, este sucedáneo no lograba apagar la sed de su corazón. Acostumbrado al trato directo con las personas, aquel método de comunicación se le antojaba una condena. No verse, no hablarse, no poder mirarse, acariciarse, besarse: en suma, no poder vivir. Todo lo que configuraba la vida de la gente, ese tesoro que está al alcance de cualquiera, en las terrazas de la plaza del Cabildo, en la playa de la Jara, los fosos del castillo de Santiago o en los jardines del palacio de los duques de Medina Sidonia les estaba negado. A los dos.

Durante años Larios había vivido así, en una larga y atormentada espera. En dicha espera él imaginaba a su amante en el contexto de la vida real, erigido sobre el cartón piedra de las convenciones. Y al hacerlo se daba cuenta de que aquella Andalucía eterna de las reglas inamovibles era el peor enemigo del amor verdadero. El suyo. Pese a ello, Larios tenía la certeza absoluta de que su amor no lo había olvidado en ningún momento. Ambos eran conscientes de que habían establecido un lejano pacto de almas, y que esas almas estaban condenadas a encontrarse antes de morir. Entretanto, la

vida había seguido su curso, impulsada por la corriente fluvial del tiempo, arrastrándolos a dos orillas disímiles cuyo punto en común era el recuerdo. De hecho, el recuerdo era lo único que le quedaba a Larios. Sobrevivía a base de alcohol y de la memoria de aquellos abrazos devastadores. Y así fue hasta poco antes del drama de la casa abandonada.

28

La llamada

Ajeno a ese secreto, Denis seguía buscando la compañía del cronista porque lo enriquecía humanamente y le aportaba serenidad. Por desgracia, el asesinato de Lucía Venegas de Terry había alterado los ánimos alegres de Sanlúcar. También el talante expansivo de Larios. Incluso el barman de El camarote no parecía el mismo de siempre. El bueno de Juanito ya no hablaba de los problemas con el cambio ni presumía de su colección de monedas. Consideraba que los crímenes eran nefastos para la imagen del pueblo, un pueblo único que atraía un turismo de bastante poder adquisitivo gracias a unos reclamos de máxima categoría. En cierto modo, Sanlúcar de Barrameda parecía hecha para una de las flamantes guías de Larios. Lo tenía todo: un entorno natural único, una historia milenaria, fiestas populares de honda tradición y los alicientes más codiciados de nuestro tiempo: cultura, gastronomía, ocio, deporte. Y como cénit, nada menos que una de las pruebas del Campeonato del Mundo de Motociclismo, que se celebraba anualmente en la vecina ciudad de Jerez.

En efecto, Sanlúcar tenía un tesoro, pero por la misma razón podía perderlo en un instante, como se pierde la fortuna o la buena reputación. No era otro el temor de Juanito, quien recordaba con pesar el drástico descenso de turismo familiar a raíz del asesinato de la hija de Marchena.

–Todos los días se muere alguien –les dijo con la sabiduría estoica del sur–, pero hay muchas formas de morir. Cuando alguien muere así es porque hay algo malo en el aire. La gente de fuera tiene miedo y no viene. Ojalá no pase lo mismo.

Larios asintió con la cabeza, mientras Denis miraba hacia el ventanal que se abría tras la barra del bar como un lienzo alargado. Habían quedado un día después del interrogatorio de Marchena, en el mismo sitio de siempre y a la hora de la puesta de sol. El lubricán. Por primera vez Larios no llevó la voz cantante; es más, Denis se quedó bastante sorprendido cuando el otro invirtió los términos habituales de sus encuentros. No quería contar, quería saber la opinión del arquitecto sobre el caso de Lucía Venegas.

–¿Cómo lo ves?

–No sé, Paco. Todo es muy raro. Marchena me tuvo media hora en su despacho, haciéndome repetir lo que ya le había dicho mil veces.

–Es normal. Es un truco para saber si te habías dejado algún detalle o le habías mentido.

–Pues le salió el tiro por la culata –dijo Denis–. Soy inocente. Siempre le he contado lo mismo y de la misma manera.

–Quizá seas un asesino muy astuto –bromeó Larios, alzando la primera copa de Macallan.

–No tiene gracia.

–Lo siento, Julio. Todos estamos jodidos con este asunto. Juanito tiene razón. Esto no es bueno para nadie.

–Lo peor es que Marchena me ha obligado a estar localizable las veinticuatro horas del día.

–Parece que le ha dado fuerte. Me imagino que no quiere dejar ni un cabo suelto. Le atormenta no haber descubierto al asesino de su hija.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque él me lo dijo. Tuvimos bastante contacto en la fase de investigación –explicó el cronista– y fue bastante duro. No sólo por

lo de su hija. Nunca nos hemos llevado bien. En el fondo no le hizo ninguna gracia que yo volviera al pueblo.

–No sabía que eres de Sanlúcar.

–Nací en Isla Mayor, pero enseguida me trajeron aquí. Marchena y yo nos conocemos desde hace años.

Denis se quedó pensando. Las comunidades pequeñas garantizaban vínculos estrechos y forjados en el tiempo. Luego la vida se encargaba de reafirmarlos o disolverlos, como la materia de aluvión que arrastra la corriente del río. En todo caso, Larios y Marchena eran la noche y el día.

–¿Has vuelto a ver a la fotógrafa? –preguntó Larios sin venir a cuento.

–Sí. Me la encontré en la comisaría. Marchena la estaba interrogando. ¿Y sabes qué hizo el tío? La dejó salir con toda tranquilidad. Sólo faltaba que le pusiera una alfombra roja.

–Qué raro. Tengo la impresión de que intenta ponerte nervioso.

–Lo está consiguiendo.

–Tranquilo –dijo Larios–. Lo mejor será esperar. De todos modos yo no me fiaría mucho de la italiana.

Aquel comentario desorientó a Denis, porque le recordó a una advertencia casi idéntica pronunciada por Marchena. Y no era la primera vez. Semanas atrás ambos le habían sugerido que se fuera del pueblo; ahora le aconsejaban que no tuviera tratos con la mujer que había estado en el lugar del crimen.

–Hazme caso, Julio –dijo Larios–. Estamos en una mala época para tratar con extraños. No sabemos en qué líos anda metida.

–Me dijo que llevaba los asuntos de la marquesa de Miraflores.

–¿La marquesa de Miraflores? –preguntó el cronista con un eco nostálgico.

–Sí. ¿La conoces?

–Le hice una entrevista para la prensa, pero hace siglos que no la veo.

Entonces Larios pidió un segundo *whisky* y consultó un instante el móvil. Al parecer había recibido un par de llamadas cuando estaba en silencio. Leyó los mensajes y su rostro se ensombreció de repente. Luego dejó el teléfono sobre la barra y cerró los ojos mientras se disponía a encajar la mala nueva. Había dolor. Denis aún tuvo tiempo de lanzar una ojeada furtiva al remitente –un tal Cachorrito–, justo en el instante en que la frase «Mañana no puedo» se esfumaba de la pantalla. Aquella misma noche, sentado frente al retrato de Berta, tuvo la íntima convicción de haber errado al creer que la vida de Larios era algo así como el mar de la felicidad.

29

La mujer pirata

Durante varios días Julio Denis aguardó en vano la llamada de Carla Fantoni. Aquel tiempo de espera transcurrió en una especie de sueño, alterado sólo por las punzadas del recuerdo de Berta. Tenía la impresión de que su mujer volvía a renacer en aquellas horas muertas en las que él se descubría a sí mismo frente a un paisaje difuso donde él era su propio interlocutor. Todo era bruma en el horizonte. Luego ese sueño se desvanecía ante la escena del crimen

que guardaba en la memoria y, de algún modo, esa visión lo arrancaba de un letargo hondo e impenetrable como el río. Una tarde que se encontraba en la torre del Castillo de Santiago, pudo ver la ciudad desde lo alto como si estuviera en alguna colina de Lisboa contemplando el majestuoso estuario del Tajo. Entonces tuvo una iluminación. Había llegado a una encrucijada que exigía un cambio drástico de rumbo. Es cierto que había avanzado mucho desde la primera tarde en la playa de Bonanza; su estancia sanluqueña se había poblado con figuras de relieve: Larios, Marchena, Isabel, Carla y algunos actores de reparto como el barman Juanito, la Loli, el pescador Josele o la taxista que le había llevado al río el día que apareció el cuerpo de Lucía Venegas de Terry. También llenaban su tiempo esos personajes que colman de gracia los negocios hosteleros de Sanlúcar.

Pero la realidad es que sus movimientos lo habían conducido a un callejón sin salida. O peor aún, a una tierra estéril donde lo único que parecía vivo era la certeza de un crimen, y donde los principales personajes masculinos le aconsejaban que se apartara de Carla Fantoni. ¿Dónde diablos se había metido la italiana? ¿Seguía en el cortijo o había vuelto a casa? Por un momento él recordó su fama de imprevisible y temió que fuera cierta. La necesitaba. Mientras no apareciera la partida continuaría atascada. Denis ya no podía seguir yendo a la comisaría, pues la investigación estaba en marcha, ni podía abrumar a Larios con las mismas cuestiones de la tarde anterior. Tampoco le apetecía pasarse de nuevo por El Camarote para charlar con Juanito sobre su colección de monedas. Entonces reparó en que su último recurso era partir de cero desde otro ángulo, algo así como convertirse en otra persona. De pronto aquella

idea se le antojó muy excitante. Era como el viejo sueño de transformarse en el hombre invisible: observarlo todo sin ser visto por nadie. Al fin y al cabo, ese cambio de identidad podía serle muy útil si ansiaba avanzar en sus averiguaciones. Ya no se trataba responder a las preguntas de Marchena sino de acudir a ciertos lugares y hacer las preguntas correctas. En Sanlúcar no lo conocía nadie. Pocos sabían que era el viudo de Berta Campoy y que se encontraba allí para arrojar al río las cenizas de su esposa. Nada impedía que pudiera inventarse una máscara. Pensaba en ello cuando recibió al fin la llamada de Carla Fantoni.

–Tengo planes para ti –anunció ella–. Te espero a las cinco.

A la hora exacta Denis llegó a la casa y golpeó el pomo dorado de la puerta. ¿Qué estaría tramando la fotógrafa? No tardaría en saberlo. Los planes de Carla respondían a una estrategia arriesgada que podía traerles graves consecuencias, pero también la posibilidad de activar la partida. Antes de considerarlos, Denis tuvo que superar una prueba de fuego al saber que Carla había aprovechado el tiempo realizando algunas actividades fuera de la ley. En concreto, entrar en los ordenadores de la comisaría. Ella se lo contó con una calma suprema, como si le motivara el reto de burlar a la autoridad. Denis no daba crédito. Honestamente no se tenía por un experto. Aunque utilizaba un ordenador en su despacho, solía delegar las tareas más difíciles en alguno de sus ayudantes; además no había sucumbido al virus de incorporarlo a todos los planos de su existencia. Desde esta perspectiva, le desconcertó bastante la relación tan íntima de Carla con la informática. Y le preocupó aún más el ver que esa relación tenía un lado obsesivo e inquietante.

Esta mujer que parecía surgida de un cuadro del siglo xviii se movía en aquel universo como pez en el agua, es decir, en todas direcciones. Al descubrir esa habilidad, Denis experimentó recelo hacia ella. ¿Y si Larios y Marchena estaban en lo cierto? ¿Y si la italiana no era de fiar? Tiempo atrás, su amada Berta había preparado un programa de investigación sobre los piratas de la red: fantasmas ocultos en la niebla que se dedicaban a maniobras delictivas en la informática del más alto nivel. De algún modo formaban un club de excéntricos peligrosos que algún día terminarían poniendo en jaque el orden mundial. Gracias a aquel programa televisivo, Denis supo del lado oscuro de una actividad que marcaba nuestra existencia cotidiana. Asombrosamente, la mujer que ahora tenía delante se le iba a revelar como una pirata de alta escuela. Aunque empezaba a estar acostumbrado a los personajes un tanto singulares de Sanlúcar, el hallazgo de una *hacker* aristócrata y comunista desbordó cualquier criatura de su imaginación. Carla trató de explicarse:

–Es como un juego –empezó diciendo–, y también es mi droga, porque los médicos me quitaron todas las demás. ¿Te he dicho que soy una adicta incurable?

–Estás loca –se atrevió a decir Denis–. ¿Cómo se te ha ocurrido entrar en el ordenador de la policía?

–No sé, la costumbre. El otro día vi algo muy interesante en la mesa de Marchena.

–¿Qué?

–El informe del forense. Se lo enviaron por correo electrónico y luego él lo imprimió para guardarlo en el archivo. Si Marchena ya tiene el informe de la autopsia –explicó Carla–, dispone de una

información muy valiosa. Nosotros queremos esa información y aquí entra la chica de la moto roja.

–Sí, ya veo que te lo tomas como un juego.

–¿Sabes por qué? No sólo porque me fascinan los misterios, sino porque ese cerdo se pasó todo el interrogatorio mirándome las tetas.

–¿Marchena?

–Sí.

–Qué guarro –dijo Denis, olvidando que él había hecho lo mismo con la agente Galán.

–Da igual. Estoy acostumbrada.

–¿Qué piensas hacer?

–Entrar en el ordenador de su ayudante.

–¿Por qué no entras directamente en el suyo? –propuso él, siguiéndole la corriente.

–Porque el ordenador de ella es más antiguo, pero seguro que también tiene el informe.

Denis guardó silencio, tratando de valorarlo todo. Inquieto, tuvo que admitir que Carla Fantoni no era precisamente una ciudadana ejemplar, al menos a los ojos de la ley. Sin embargo, su carácter audaz y su talento para penetrar en los ordenadores ajenos podía resultarles muy útil si querían conocer más detalles sobre el asesinato de Lucía Venegas de Terry. De algún modo, la fotógrafa se sentía involucrada en el caso desde que tuvo noticia de lo ocurrido aquella tarde en Doñana. A partir de este punto, comenzó a rastrear el sinuoso camino que enlazaba la primera visita de Denis a la comisaría –apenas con una sospecha en los labios–, y la realidad de

un crimen que estaba generado un estruendo sin precedentes en todo el país.

–Prométeme una cosa –dijo el arquitecto–. No le hagas daño.

–¿A quién?

–A la ayudante de Marchena. Es buena chica. Si entras en su ordenador puede salir otro tipo de informaciones. Las mujeres exigen que se respeten sus derechos, pero también quieren que se guarden sus secretos.

–¿Por quién me tomas? –repuso Carla algo alterada–. Sólo quiero ver el informe del forense. No me interesa nada su vida privada. Ni la suya ni la de nadie. Como dijo Leopardi: «*E fango è il mondo*».[1]

–Disculpa, no te conozco lo suficiente –argumentó Denis antes de hacer balance–. Todo es muy extraño para mí. No estoy acostumbrado a lo que me está pasando en Sanlúcar: un crimen, la comisaría, buscar a alguien que me crea, perseguir a una fotógrafa... Y cuando la encuentro resulta que es una condesa roja que sabe más informática que Bill Gates. Joder, tía. Cuando pienso que yo sólo quería cumplir el último deseo de mi mujer...

El comentario caló hondo en Carla. De pronto imaginó las tribulaciones del viudo y sintió lástima de su fragilidad. Quizá había sido arisca con él y ahora debía compensarlo tratando de ponerse en su lugar. Lo hizo recurriendo a su parte más racional.

–Tienes razón, Julio –le dijo–. Pero la vida nos atrapa porque no es precisamente como la esperábamos. La vida nos puede salir con cualquier cosa en cualquier momento. Todo lo que nos pasa es por algo y para algo. Tú no eres la excepción. Estaría bien que lo averiguaras antes de volver a Madrid.

–Agradezco el consejo –dijo Denis con un sesgo de ironía–. Parece que todo el mundo quiere que me vaya de Sanlúcar.

–Yo no, desde luego. Tengo planes para ti. Estoy segura de que todo esto va a tener importancia en tu vida. Lo mismo que para mí. No estás aquí por casualidad.

–¿A qué te refieres?

–Vamos a jugar esta partida juntos. Soy una sentimental y he visto mucho cine y televisión. ¿Te acuerdas de *Los vengadores*?

Por supuesto que Denis se acordaba de aquella serie, así como de su fascinación infantil por la protagonista. Era una detective audaz, inteligente y atractiva que podía con todo. Sin duda, Carla tenía algo de ella. Pero por mucho que lo intentaba, él no conseguía verse como el protagonista masculino: el prototipo del caballero inglés, con paraguas y bombín. Difícilmente Carla y él iban a enfrentarse al asesino con tanta elegancia y tanto ingenio. Sea como fuere, todo aquello empezaba a parecerle un tanto delirante. ¿Qué pretendía exactamente Carla Fantoni? ¿Que fueran los héroes de una nueva serie de Netflix? Entretanto, las cenizas de Berta seguían en la repisa de la chimenea.

30

Tatuaje

Denis abandonó la casa sumido en el desconcierto. No sabía qué hacer ni qué pensar. Sólo presentía que Carla era su última baza: resultaba difícil encontrar un aliado como ella, entre otras cosas

porque él no se engañaba en relación a sí mismo. Tenía muchas limitaciones. En realidad, nunca había sido fuerte ni apasionado, a duras penas conseguía ser amable en sociedad. Al margen de Berta, nunca se había volcado en la vida. Siempre se había escondido detrás del trabajo: la máscara perfecta de quienes eluden por temor la pasión de vivir. Desde su llegada a Sanlúcar, no obstante, había empezado a notar que una fuerza antigua e incontenible –algo así como un río– amenazaba con derribar el dique que había alzado desde su infancia. El lugar le estaba cambiando: era como si tuviese el impulso de restablecer su perdido contacto con el verdadero mundo real. Ese impulso brotaba de una rara forma de esperanza, aunque él aún no era capaz de verlo. Sólo sentía que estaba inmerso en una trama desconocida que iba a ponerle al límite de sus fuerzas.

A la mañana siguiente, Denis estuvo evaluando la propuesta de Carla: jugar la partida juntos. Sentado en la terraza de Casa Antonio sopesó las ventajas y los riesgos de formar un tándem al margen de la policía. Albergaba dudas más que razonables en cuanto a las consecuencias. Todo o nada. Sin embargo, la luz tan pulcra de la plaza de la Paz, con ese azul atlántico que lo bendecía todo, comenzó a decantar la balanza en favor de la vida. Sí, la vida, porque mantenerse al margen era como seguir estando muerto. Luego, los gloriosos fideos a la marinera del patrón hicieron el resto. Denis empezaba a descubrir el encanto balsámico del sur: todo parecía investido de un hedonismo filosófico que hacía la existencia mucho más luminosa y agradable. Ese hedonismo era intenso, barroco, fuerte, pero también estoico, fatalista, irrevocable. En el sur se llegaba a la conclusión de que en la vida no hay nada trascendental, nada importante de verdad. Las cosas iban, venían,

nos marcaban, se marchaban para siempre. Otro tanto ocurría con las personas. Eso era la vida. Nada más.

A la hora del café, Denis se presentó de nuevo en la casa de la marquesa de Miraflores. Para entonces Carla había adelantado mucho su tarea. Sentada frente al ordenador, sus ojos azules daban muestras de una notable fatiga, fruto del esfuerzo de haberse mantenido despierta hasta la madrugada. Pese a ello, se la veía muy satisfecha con los resultados que Denis empezaba a valorar con admiración. Se le ocurrió decir:

–No creía que fueras una Lisbeth Salander...

Carla sonrió, pero él se percató enseguida de su estupidez. Es cierto que la fotógrafa era muy inteligente, poseía notables conocimientos de informática y su memoria visual era magnífica. Más aún. Algún terapeuta freudiano habría detectado algún trauma en su carácter hosco, casi de violencia contenida, que a veces se expresaba en aquella mirada de hielo. Pero no eran coincidencias suficientes para registrarla en el club de «la gran heroína del siglo xxi», esa etiqueta que la prensa había puesto a la protagonista de la saga *Millennium*. La italiana era otra cosa. Tampoco parecía ser «el rostro del nuevo feminismo» que encarnaba Salander, más bien al contrario. A raíz de algún comentario, Denis descubrió que estaba frente a una mujer tradicional, y lo que es más llamativo, bastante misógina. En este punto intuyó que Carla ocultaba un secreto, pero ese secreto no guardaba relación con el presente –como creían Larios y Marchena– sino con algo muy profundo asociado al pasado. A buen seguro era lo de siempre. Una infancia difícil, una adolescencia turbulenta, unos amores desdichados... No importa: fuera lo que fuese, todo dejaba heridas en el alma, y ahora aquello

formaba parte de ella como una segunda naturaleza que en última instancia lo condicionaba todo. Las personas eran así. Si Denis hubiera podido dar con la tecla correcta habría podido descifrar el misterio de Carla Fantoni como quien lee un libro abierto. Pero no era tan fácil. Lo único que podía hacer era acostumbrarse a alguna de sus radicales contradicciones, porque esa era la clave de su encanto.

Ahora aquella criatura tan especial estaba dándole una lección de cirugía forense. Aunque no era una experta, había pasado la noche navegando por internet para informarse acerca de las víctimas que aparecían en el agua. En el caso de Lucía Venegas no importaba tanto el motivo por el cual había terminado en el río –por ahora– sino las alteraciones que el agua producía en un cadáver. Según Carla, las víctimas de hidrocución son las que presentan un aspecto más repulsivo. A menudo muestran los dientes, como consecuencia del proceso de alimentación de peces y cangrejos que se ceban en los cuerpos. En lo relativo a los ahogados que han sufrido una muerte violenta, añadió, presentan un especial patetismo, frecuente en las víctimas de homicidios cometidos al aire libre. En tal caso la policía debía enfrentarse al hecho de que el agua terminaba eliminando las huellas dactilares así como cualquier resto de fibras o cabellos. No era fácil sacar conclusiones: el forense debía analizar las vejaciones sufridas por la víctima, pero también la exposición a los elementos naturales. Dicho de otro modo, la heredera de los Terry no había muerto envenenada en el salón de su ático de Jerez. Y este detalle complicaba bastante las cosas.

Luego había otro asunto. En los casos en que el cadáver es hallado con la suficiente rapidez para determinar con exactitud la

hora de la muerte, la policía puede averiguar algún dato relativo al asesino. Pero a medida que pasan los días esa posibilidad se desvanece. Al escuchar este argumento Denis lamentó que Marchena no le hubiera tomado en consideración, y quizá este lo lamentaba ahora más que nadie. Entretanto, Carla encendió un cigarrillo y se dispuso a leerle en voz alta algún que otro detalle de la autopsia. Por lo visto, la víctima no presentaba señales de violación ni abusos físicos anteriores a su muerte, de modo que no había pruebas de desfiguración «específicamente genital». Con todo, la fotógrafa le comentó que en los cadáveres más deteriorados por el agua tal circunstancia era imposible de determinar. De manera instintiva, Denis imaginó cuál sería el aspecto actual de aquella mujer que había visto morir en Doñana dos semanas antes y, de inmediato, apartó aquella imagen de su cabeza. Era mejor pensar en la víctima como la niña adorable que salía a cabalgar con su padre en el cortijo, recordándola tal como aparecía en las películas familiares que empezaban a divulgarse en los programas de televisión. Mejor recordarla así, la futura dama del *sherry*, que no como aquella extraña criatura que habían sacado del río, como una sirena varada, chorreante, la ropa cubierta de limo, y cuyas imágenes macabras comenzaban a brotar de la pantalla del ordenador de Carla Fantoni.

Ante la visión furtiva de esas imágenes, Denis agradeció no ser médico forense. Aunque deseaba disponer de la máxima información, jamás habría tenido valor para dedicarse al estudio de los muertos. Toda aquella iconografía que había descubierto gracias al cine lo arrojaba siempre al pozo de los miedos primordiales. Era superior a él. La idea en sí y el ritual: aquellos sótanos tan gélidos e

inmaculados como la propia muerte, donde un sacerdote surgido del Hades abría un cuerpo en canal y vulneraba hasta el último rincón de sus secretos. En el fondo era espantoso. El viudo recordó entonces las palabras que Larios le había dicho a la taxista en relación al cadáver de la hija de Marchena. La imagen de la botella vacía. En el caso de Lucía Venegas se añadía una macabra ironía del destino. Una botella vacía, en eso había quedado la heredera de unas bodegas centenarias. ¿Qué estaría pensando ella bajo la sábana blanca de la morgue?

De vez en cuando Carla lo rescataba de la ensoñación. Desde hacía un rato iba leyéndole el informe en voz alta intentando reforzar su complicidad. ¿Eran un equipo o no? De todo aquello, sin embargo, Denis sólo extrajo una información fragmentada e intermitente, porque aún le pesaba la muerte de Berta y eso le restaba perspectiva emocional. Aun así, le quedó claro que la víctima era una joven de un metro setenta de estatura, pelo corto, pronunciadas caderas y senos breves. Otro detalle. Aunque llevaba varios días en el agua, presentaba un estado de conservación «aceptable» debido a la baja temperatura del río. Mientras Carla seguía leyendo, Julio permaneció en un discreto segundo plano, a su espalda, como un niño con los ojos entreabiertos, a merced del temor y de la curiosidad ante lo desconocido. En cierto sentido contemplaba aquel puzle de horror como el destello de una tormenta lejana. Se daba cuenta ahora de que en el fondo seguía sin estar preparado para enfrentarse a la visión de la muerte. De pronto, Carla se aproximó a la pantalla del ordenador.

–Qué extraño. ¿Has visto?

–Prefiero no verlo.

–Tranquilo –dijo ella–. Déjame un segundo y lo arreglaré.

–Gracias.

Esta vez Denis venció sus temores. Se acercó a la pantalla, se inclinó levemente sobre los hombros de Carla y se enfrentó a lo más temido. Una mujer muerta, otra muerta. Por fortuna la fotógrafa había recurrido al *close up* y sólo alcanzó a ver un fragmento del cuerpo de Lucía Venegas de Terry. Aunque se trataba de un área pequeña –en concreto una parte de la nalga–, él se sintió como si estuviera cometiendo una profanación. De nuevo surgía la idea de la intimidad vulnerada y no le gustó en absoluto, entre otras razones porque su amada Berta había tenido una muerte digna. Y esto era importante. Denis se preguntaba a menudo por qué en la hora final había seres tan desdichados, pese a que el hecho mismo de morir era motivo suficiente para que el destino se mostrara ecuánime por una vez. Una sola y maldita vez. Poco a poco Denis se fijó mejor. En el glúteo izquierdo del cadáver se extendía un tatuaje del tamaño de una mariposa. Era algo así como una diosa solar rodeada de una corola centelleante, la tonalidad malva escrita en la piel, una piel muerta donde aquel dibujo adquiría los contornos de lo morboso y lo grotesco. Pero tatuaje al fin.

–¿Qué crees? –preguntó Carla muy intrigada.

Denis no supo qué responder. Intentaba buscar una respuesta, algún vínculo con algo que conocía. Alguna lógica. Pero en su mente sólo consiguió ver el cuerpo de una mujer muerta. Y no era Lucía Venegas de Terry.

31

La moneda

Aquella noche Denis estuvo tentado de llamar a Isabel Galán. Consideraba que el descubrimiento de Carla era lo suficientemente importante como para que la agente tuviera noticia de ello. Luego cayó en la cuenta de que la italiana había «hackeado» el ordenador de la policía y toda la información –tatuaje incluido– llegaba precisamente de allí. ¿Cómo no se le había ocurrido algo tan evidente? Estaba claro que nunca sería un buen detective: su lógica iba por un lado menos sibilino y, por tanto, fallaba desde los cimientos. No obstante, se sentía lo suficientemente implicado en el caso como para seguir interviniendo en él; por eso había aceptado la propuesta de Carla Fantoni. Por alguna razón ella sospechaba que había algo oscuro en la trama, sobre todo tras conocer el detalle capital del tatuaje. ¿Qué pensaba Marchena?

Desde el primer momento el comisario se había puesto manos a la obra. Tal como sospechaba, no iba a ser un caso sencillo. A raíz de algunos detalles, había descubierto que la muerte de Lucía Venegas de Terry guardaba un siniestro parecido con la muerte de su propia hija. Para Marchena era lo más temido, enfrentarse de nuevo a aquella pesadilla de la que aún no había logrado despertar. Y ahora esto. Lo peor es que podía durar semanas. Aunque no hubiera novedades, sabía que los cuervos de la prensa seguirían merodeando en la orilla del río. Los conocía demasiado bien y llevaban días exprimiendo la noticia como si ordeñaran una vaca de la Tierra Prometida. Era su especialidad. Durante los primeros días

habían ametrallado a preguntas a las gentes de Bonanza y a todo el personal de los establecimientos de Bajo Guía. No se había salvado ni uno. Marchena sabía por experiencia que un camarero se complace en deslizar indiscreciones, no tanto por afán de cooperar con la ley sino por un ansia de notoriedad que lo aleje por un instante de la grisura de los días. Y eso es lo que estaba pasando. Una vez más Denis se enteró de aquel acoso mediático gracias a la Loli, que se había visto envuelta en el centro del huracán.

–Ay, señor Julio –le dijo aquella mañana, mientras le preparaba un delicioso mollete de queso–. Los de la tele están por todas partes. Por una vez que bajan al muelle y es por una calamidad.

–Es el mundo que nos ha tocado vivir.

–Sí. Pero no hay derecho. ¿Qué se creen que somos? –dijo alzando la voz–. Somos madres de familia, mujeres trabajadoras, vamos a la parroquia y ayudamos a los demás. Mire las de la asociación: no hay gente más buena en el mundo. Y los pescadores, ¿qué me dice? Los hombres más valientes. Ese es nuestro barrio y estamos orgullosos de Bonanza. Pero hay gente mala: primero las drogas y ahora esto.

–Lo sé, Loli, pero manda la audiencia.

–Usted dirá lo que quiera. Pero son ganas de meter el palito en candela. En la vida las cosas se pueden hacer bien o se pueden hacer mal; y las noticias se pueden vender de una manera o de otra. Como el *pescao*. ¿Sabe lo que me gustaba de su mujer? Que era una señora.

Denis la escuchó con una mezcla de sorpresa y reconocimiento. Lo que más le conmovía es que la asistenta jamás había cruzado una sola palabra con Berta y, en cambio, había captado la nobleza de su

espíritu. Sabía que Berta Campoy se habría hecho eco del crimen, pero el tratamiento de la noticia habría sido muy distinto al de los periodistas que merodeaban por el barrio y acosaban a las gentes de Sanlúcar.

–Y usted también es un señor –dijo la Loli–. Más *cumplío* que un luto. ¿Ha *dormío* bien? Porque trae más legañas que el caballo de un picador...

–¡Ja, ja, ja! –exclamó Denis–. No sé cómo se las arregla, pero siempre me hace reír.

–Ya será menos –repuso ella–. Al grano ¿Qué querrá para comer? Con esa *miajilla* del desayuno no tiene ni *pa* empezar.

–No se preocupe, Loli. Saldré a comer fuera.

–Perdone que se lo diga, pero parece que se le caiga la casa encima. No puede ir dando vueltas por ahí todos los días.

–Pero si me como todo lo que me deja...

–La Loli es muy lista, más lista que los ratones *coloraos*. ¿Se cree que me chupo el dedo? Le preparo comida para un regimiento y luego sale a comer fuera de casa. Pero la nevera está vacía.

–¿Y?

–Pues está clarísimo: o usted se está poniendo como un chivo de dos madres o aquí hay gato *encerrao*. Si fuera lo primero, estaría mucho más gordo. Pero no me ha engordado nada en dos semanas. Ya me dirá qué está pasando aquí.

Denis no puedo reprimir la carcajada. Un chivo de dos madres. Así lo veía la Loli, como una cría de cabra que pasaba de una ubre a otra gozando de la plenitud. De nuevo le alegró el gracioso desparpajo de aquella mujer, que atesoraba uno de los rasgos más admirables de su tierra. Pero, interiormente, tuvo que admitir que la

asistenta había dado en el blanco; allí había un misterio y era muy simple: la mayoría de los guisos iban a parar al estómago de un viejo mendigo que languidecía en la puerta del Mercado de Abastos. En realidad hacía varios días que Denis ponía la comida en un túper, que luego depositaba en las manos gastadas de un alma sin nombre. De algún modo eso lo hacía sentirse mejor. Sin embargo, el sentimiento era tan íntimo que no tuvo valor de contar la verdad; además no quería herirla en su orgullo. Eludió el tema y se limitó a decir:

–No sé, Loli. Hágame cualquier cosa. Algún día me gustaría probar las tagarninas con langostino. Me han dicho que son muy ricas.

–Eso está hecho. Ahora mismo bajo al *mercao*.

–No hace falta. Déjelo para mañana.

–Sí. Para que luego usted me haga cosas raras. No, señor. Por una cosa que me pide. Lo que se van a comer los gusanos que lo disfruten los cristianos. Ahora vuelvo.

Mientras la asistenta iba al Mercado de Abastos, el arquitecto recibió una llamada de Carla. Parecía muy excitada. Por lo visto había estado revisando a fondo el informe forense en el ordenador de Isabel Galán, y había hecho otro hallazgo insólito en el cuerpo de la víctima. El detalle era tan particular que el radar de Carla se activó de inmediato, como si hubiera detectado la aparición de un avión enemigo. En síntesis, el asesino había puesto una moneda en la boca de Lucía Venegas de Terry. Aquello encerraba un fuerte simbolismo, pero era incapaz de captar su significado.

–¿Una moneda? –dijo Denis–. ¿Qué clase de moneda?

–Una moneda antigua. Hay otra sorpresa. Te hago una captura con el móvil y te la mando por WhatsApp. Alucinarás.

Denis esperó. Quizá era prematuro establecer una conexión entre el asesinato de la heredera y el detalle de la moneda. Pero si al final se confirmaba algún nexo, aquello brotaba de los limos de la Antigüedad. No era algo que tuviera que ver con los crímenes de nuestro tiempo, a lo sumo podría responder al ritual de una secta milenarista tan en boga en las obras de ficción. Sin embargo, esa muerte era real, pensó Denis, y nadie en su sano juicio jugaría a ese juego en un lugar como Sanlúcar. Todo lo execrable que ocurría en aquel pueblo, por así decir, entraba de lleno en la normalidad: no era necesario remontarse a la noche de los tiempos. El repertorio delictivo era tan previsible que Denis podía esbozar una lista. Nada nuevo bajo el sol: casos de corrupción urbanística, extorsiones, robos, violencia doméstica, infracciones de tránsito, delitos contra la salud pública... Para un agente de la ley ya era más que suficiente para complicarle la vida. Sobre todo ahora que el narcotráfico se había instalado de forma definitiva en la ciudad. ¿Entonces?

Tras recibir la foto de Carla, comprobó atónito que el dibujo de la moneda se correspondía al tatuaje del cuerpo de la víctima. Llamó de inmediato a la italiana y quedaron en su casa a la hora del café. Entretanto, estuvo consultando algunas páginas web dedicadas a las monedas antiguas. Al final, logró descubrir el período histórico de la pieza, descartando antes las monedas medievales, barrocas, etc. Cuando más tarde se reunió con Carla, ambos se sorprendieron gratamente de los avances del otro. Sobre todo Denis, quien encontró a una mujer muy distinta a la fotógrafa huidiza que se perdía veloz en su Mercurio roja. Ahora ella resplandecía frente a la pantalla del ordenador, que proyectaba una luz fantasmal sobre el resto de la habitación en penumbra. Todos los elementos decorativos

de una casa tan noble como aquella parecían haberse disuelto en la nada, pálidos contornos del pasado glorioso de Sanlúcar que ya no iba a volver. Denis sucumbió a un fugaz rapto de melancolía.

–¿Qué tenemos? –preguntó después.

–Todo y nada –dijo Carla–. He estado mirando algún libro de historia donde se habla de los pueblos que han pasado por aquí. Fenicios, griegos, romanos... Todos dejaron su moneda. Luego he encontrado un libro sobre Sanlúcar con un capítulo que nos puede servir. Ha sido bastante fácil. La moneda que has visto pertenece a las *Luciferi fanum*.

–¿*Luciferi*...?

–No pienses cosas raras. Se refiere al lucero de la tarde. Nada que ver con el diablo ni con el infierno. Son un grupo de tres monedas que se relacionan con el culto a Venus. Fíjate bien –dijo Carla, señalando con el cursor el centro de la pantalla–. La primera moneda representa el busto de la diosa con una aureola de rayos en la cabeza. Es el mismo dibujo del tatuaje.

–Alucinante.

–Todas las monedas son de bronce, pero no se ha podido establecer la datación exacta. Se encontraron en la zona de Bonanza donde se alzaba el templo de Venus.

–¿En Bonanza hubo un templo?

–Parece que sí. Algunos viajeros de la Antigüedad hablan de un santuario en la desembocadura del Guadalquivir, un templo consagrado a la *Lux dubia*, es decir, al lucero de la tarde.

–¡Caramba! –bromeó Denis–. Pareces el padre de Indiana Jones.

–No seas bobo. Es la única manera de sacar algo en limpio. En realidad, toda esta parte del río –prosiguió la italiana– estuvo llena

de templos. Hubo un campo de Venus en la zona de Bonanza, donde se encontraron algunos restos de valor. Se llamaba *Ager Veneriensis*.

–¿*Ager Veneriensis*? Claro, todo empieza a cuadrar. Pero ¿no te parece raro que un grupo de amas de casa usen ese nombre para una asociación?

–Sí, es un poco raro. Pero yo no le daría importancia. De momento. A lo mejor alguna de ellas es licenciada en Historia. También hubo otro santuario a Venus en los arenales de la zona de Algaida.

Entonces la fotógrafa rescató un viejo artículo publicado por el *Diario de Cádiz* que había encontrado en internet. Empezó a leer:

> La diosa Venus, el lucero de la tarde, era adorada en santuarios abiertos, algo lógico en cultos astrales, como el de la Algaida. Los lugares de ubicación preferidos eran los promontorios y las islas. La «Venus marina» era una divinidad astral pero también relacionada con las aguas del mar y con la navegación, y debe ser la misma que otra divinidad más antigua, calcolítica, del mismo signo, materializada en cilindros de caliza y que lleva frecuentemente como motivo principal dos grandes ojos en forma de soles.

Mientras Carla avanzaba en la lectura, el cerebro de Denis se quedó fijado en lo esencial: Venus marina, deidad más antigua, ojos en forma de soles. Estaba pensando en ello, cuando la voz siempre dinámica de su amiga lo sacudió por las solapas:

–¿Te das cuenta? Las dos víctimas aparecieron en la playa de Bonanza, o sea, en la zona donde la leyenda sitúa el templo de Venus.

–No, no había caído. Pero quizá sea una coincidencia.

–No lo creo. Hay el detalle de la moneda en la boca –explicó Carla–. El asesino la puso allí sabiendo que esa moneda se había acuñado para conmemorar a la diosa del templo.

–¿Estás segura?

–Lo dice el artículo. Las monedas cumplían esa función.

–¡Uf! Qué interesante –dijo Denis en un tono de euforia inusual–. ¿Qué es lo que tenemos hasta ahora?

–Ya lo sabes, Julio. No me hagas preguntas banales. Tenemos dos mujeres jóvenes que han sido asesinadas en el plazo de un año, y cuyos cuerpos se han descubierto en la misma playa donde se alzaba un templo pagano.

–Te olvidas de la moneda en la boca.

–No me interrumpas, chico listo, eso te lo he dicho yo.

–Perdona, sigue.

–Sabemos que esa moneda tiene el mismo dibujo que el tatuaje de una de las víctimas. Pero la cuestión no es esa.

–¿Ah, no?

–No. La cuestión es saber si la hija de Marchena apareció con otra moneda en la boca y si tenía el mismo tatuaje. Esto aclararía muchas cosas.

–No te entiendo.

–Escucha: si la hija de Marchena también tenía una moneda en la boca significa que hay una conexión entre los dos crímenes. Y significa además que el asesino es el mismo y está cumpliendo algún tipo de ritual.

–Joder, Carla. Me dejas...

–No exageres, Julio. ¿En qué mundo vives? Esto es el «abc» de la literatura criminal. Lo saben hasta los niños. Actualmente los

asesinos son cada vez más perversos y sofisticados. Se inspiran en los libros y las películas. Luego copian lo que más les gusta. O sea, lo peor. Estoy segura de que nuestro monstruo es un fan de *El silencio de los corderos*. Fíjate en la coincidencia: mujeres asesinadas, el río, algo extraño en la boca...

–Esperemos que no sea un Hannibal Lecter.

–Ni lo nombres –dijo Carla, fingiendo un escalofrío–. Esto va en serio. Estamos ante una criatura muy inteligente.

–¿Qué podemos hacer?

–Entrar en el ordenador de Marchena para buscar el informe forense de su hija.

–Ni se te ocurra.

–Ya sabes que lo haré –repuso ella–. Hemos llegado demasiado lejos para quedarnos aquí. Pero lo dejo para mañana. Estoy cansada y, sobre todo, estoy harta de informes y autopsias. ¿Por qué no salimos a tomar algo?

Denis aceptó de buen grado: también él se sentía bastante fatigado tras aquella nueva sesión presidida por la muerte. Carla apagó el ordenador, se puso el abrigo y salieron juntos de la casa. Afuera ya era de noche y hacía frío. Durante un rato pasearon por la calle Ancha, que a esa hora comenzaba a cerrar los comercios. En Sanlúcar se apagaba un tipo de vida y se encendía otro. Los bares y las tabernas se preparaban para la cena con el reclamo delicioso del pescado recién llegado del mar. Mientras Denis decidía dónde llevar a Carla, esta le sorprendió con una propuesta:

–Vamos al Balbino. Me apetece algo caliente, una sopa de galeras.

Denis recordó que Larios le había comentado que algunos devotos de esa sopa marinera bajaban expresamente de Sevilla para

comerla. A cambio, recorrían 200 km en un día. Entre la ida y la vuelta.

–Estás en todo –le dijo a Carla.

–*Amo la vita*.[2] ¿Y tú?

32

La mentira

A la mañana siguiente, Denis recibió una llamada temprana que lo devolvió al mundo de los vivos. Había pasado parte de la noche con insomnio, cuya causa no era tanto el dolor que arrastraba su corazón por Berta, sino las nuevas tribulaciones que parecían ya ocupar su lugar. Desde la llegada a Sanlúcar se estaban removiendo demasiadas cosas y en una dirección imprevista: en los campos de la vida y de la muerte, o más bien de la muerte y el río. Aparentemente no era la senda que Denis habría elegido para volver a la vida, pero no podemos escoger cuándo los muertos deciden dirigir nuestro camino, y parecía claro que los muertos estaban moviendo los hilos de Denis. Ahora todo se mezclaba en su ánimo. Y era duro.

–¿Qué tal has dormido? –preguntó Carla con un tono cordial.

–Regular. No estoy acostumbrado a cenar sopa de galeras.

–Pero si estaba riquísima.

–En realidad no fue la cena.

–Te caigo mal. ¿No es eso?

–No seas boba. Es otra cosa. Ya sabes que no estoy acostumbrado a lo que me pasa aquí. Ni a lo bueno ni a lo malo. Me desborda.

–Te estás haciendo viejo, Julio, eso es lo que pasa cuando te acercas a los cuarenta.

–Me siento viejo, que no es lo mismo.

–Pues tendrás que volver a sentirte joven –dijo ella–. Te necesito.

–Somos un equipo... –suspiró resignado el arquitecto.

–Exacto. Y no podemos fallar. He descubierto que la hija de Marchena tenía una moneda en la boca y el mismo tatuaje de Lucía Venegas.

–¿Qué?

–Lo que oyes. En el fondo ya me lo esperaba. ¿Tú no? Estamos ante un asesino inteligente. Ya te lo dije. Y además culto.

–Al menos entiende de numismática. Pero esa no es la cuestión, como dices tú.

–¿Ah, no?

–Estamos ante un monstruo, Carla, un verdadero monstruo. Quien hizo eso no tenía conciencia, no tenía respeto por el ser humano ni tenía moral.

–A veces van de la mano, *caro amico*.[3] Pero no te olvides de una cosa: es tan aberrante ser del todo bueno como del todo malo. Lo importante es la elección moral. La maldad tiene que existir junto a la bondad para que podamos elegir.

–Joder, Carla. No te pongas filosófica.

–Estudié en Bolonia –repuso ella con orgullo–. Tuvimos un profesor que decía siempre que la vida se sostiene gracias a la dura oposición de entidades morales.

–¿Qué tal has dormido, por cierto?

–Divinamente, ¿por qué me lo preguntas?

–No sé. Te noto un poco rara.

–Ah, bueno. Es por la «black mamba».

–Ni idea.

–Es un tipo de marihuana especial.

–¿Tú fumas?

–Claro. ¿No lo has notado?

–Pues no –repuso Denis algo molesto–. Además no he fumado porros en mi vida.

–Genial. Así el tándem funcionará mejor. Un loco y una cuerda.

–Carla, por favor.

–Te decía algo importante que tiene que ver con el caso –continuó ella–. En nosotros hay tanto pecado original que el mal nos parece atractivo. Destruir es más fácil y mucho más excitante que crear. La clave es que estamos dotados de libre albedrío. Podemos elegir entre el bien y el mal. Si sólo podemos actuar bien o sólo actuar mal, somos algo así como un robot.

–¿Me has llamado para esto?, ¿para todo este rollo que te da la marihuana?

–No, Julio. Te he llamado para decirte que el hombre que no puede elegir ha perdido la condición humana. Y nuestro hombre es un ser humano: pudo elegir y prefirió el juego de la muerte. En lugar de matar, podía haberse quedado en la playa viendo pasar los barcos. Pero ¿qué hizo?

–Ahora entiendo.

–Perfecto. La clave del asunto es averiguar por qué tomó esa decisión. Matar. Eso es más importante que saber su identidad.

–Me he perdido.

–Déjalo. No has desayunado lo mismo que yo.

–Muy graciosa.

–Por cierto, ¿sabes quién fue mi director de tesis? Umberto Eco.

–Ni idea.

–Lo que hay que oír. Venga, volvamos a lo nuestro. Te espero en casa a las once. Tengo alguna sorpresa.

–¿Otra?

–Sí, Julio. Me gusta ponerte a prueba. *Ciao*.[4]

Denis colgó el teléfono en un estado próximo a la perplejidad. En primer lugar, tuvo que admitir que la cena del día anterior había sido muy agradable. De hecho, habían comenzado a intimar en unos términos que él juzgaba impensables hasta esa misma noche. Por tanto, su insomnio quizá no era fruto de las turbulencias del caso criminal, sino del hecho de que la cercanía de Carla parecía conducirlo a un escenario emocional nuevo. En todo caso no estaba en condiciones aún de calibrar los tenues latidos de su corazón. Le importaba más extraer algunas conclusiones acerca de la información de Carla Fantoni. En este punto descubrió algo que no debía pasar por alto. Si el asesino de Bonanza era capaz de diseñar una trama asociada a los rituales paganos, es obvio que no podía tratarse de un sicario al servicio del narcotráfico. Demasiada sofisticación. La tesis de Larios fallaba, pues, desde la base. A lo mejor servía para la hija de Marchena pero no para Lucía Venegas de Terry, salvo que una ilustre familia de bodegueros estuviera implicada en un asunto muy turbio, lo que a simple vista resultaba increíble.

Tras desayunar en Casa Ballén, donde Juan lo atendió con la cordialidad mesurada de siempre, Denis abandonó la plaza de San

Roque y enfiló por la calle Regina en dirección a la calle Fariñas. Aquel tramo hasta el cruce con el carril de San Diego le resultaba bastante incómodo porque era muy transitado y lo obligaba a subir y bajar de la acera constantemente a causa de los coches. Desde su perspectiva de arquitecto, las ciudades históricas como Sanlúcar debían ser peatonales, sin la menor concesión a la modernidad ni al confort complaciente del ciudadano. La historia y la belleza debían primar sobre cualquier otra consideración, como debían primar también el trato espontáneo y alegre, propio de esa tierra bendita que tenía ya los días contados. Denis pensaba en ello cuando pasó frente al gran portal renacentista del Convento de Regina Coeli. Pese al frío húmedo que le agarrotaba los huesos, la puerta estaba abierta y entró en el gran patio. Allí encontró a una monja, apostada tras una larga mesa de madera repleta de dulces que nacían piadosamente del horno del convento. El repertorio era tan amplio, delicado y exquisito que Denis llegó a la conclusión de que el paladar tenía mucho que ver con las cosas del espíritu. O viceversa. Entonces decidió comprar unas yemas de crema; intuía que les esperaba una mañana un tanto ingrata, quizá de nuevas sorpresas, pero ninguna iba a ser agradable o romántica. De ser así, aquellos dulces les iban a recordar que el bien se mantenía firme en algún lugar, tras los muros conventuales del pasado, atrincherado en la fe antigua y eterna que aún resplandecía en los rincones más devotos de Sanlúcar.

Media hora más tarde, Julio estaba con Carla saboreando los dulces de las clarisas. Por primera vez se fijó con detenimiento en aquel espacio que servía de estudio. En las paredes colgaban retratos centenarios y fotografías de los Fantoni: figuras familiares

difuntas, instantes cautivos del ayer, efímeros y, a la vez, imperecederos que la acompañaban como lares que la protegían de todo mal. Acostumbrado a los orígenes humildes de la mayoría de gente, aquel despliegue de memoria visual abrumó por un instante a Denis. Ahora comprendía mejor el vínculo de Carla con la marquesa de Miraflores y los motivos de esa aristócrata invisible para depositar toda su confianza en ella.

–Pero ¿qué haces? –lo interrumpió Carla.

–Estaba charlando con tus antepasados.

–Venga, déjate de historias. Otro día te hablaré de mi familia. Es como la caravana de un circo. Nobles, obispos, princesas, almirantes, amantes secretas, un santo y hasta alguna bruja. Y aquí me tienes. La última de los Fantoni, jugando a los detectives. La verdad es que no sé qué he hecho para merecer esto.

–Tú sabrás.

–Anda, acércate. Quiero enseñarte algo.

Víctima de sus aprensiones, Denis no quiso aproximarse demasiado a la pantalla del ordenador y se mantuvo a prudente distancia. De pie. De nuevo dejó que Carla se adentrará en aquellos círculos infernales, acompañada por el «Virgilio» fiel del cannabis. Al igual que la primera vez, la fotógrafa fue leyendo el informe forense de la hija de Marchena con una sangre fría más propia de una experta en medicina legal. Entretanto, él la escuchaba con los oídos en sordina, por así decir, como si librara un combate entre lo que quería saber y lo que era capaz de soportar. De pronto un detalle lo sacudió de golpe.

–Es curioso –dijo Carla–, tampoco la violaron. No hay el menor signo de agresión sexual.

–¿Qué?

–Nada. Pura como la nieve. Nadie la tocó.

Denis no podía creerlo. Aunque no tenía previsto contar a Carla los sórdidos pormenores del testimonio de Larios, aquella revelación le produjo un estupor absoluto y total. Fue un apagón abrupto en su certeza, algo así como una bofetada en el rostro que le dejó la conciencia como un cable eléctrico temblando en mitad de la tormenta. De pronto se dio cuenta de que no entendía nada. Si el informe forense era cierto, la hija del comisario no había sido violada. La habían asesinado –simple y brutalmente– pero nadie la había profanado y menos aún una jauría de bestias salvajes. Entonces, ¿por qué Larios le había mentido en un dato tan fundamental? Denis recordaba bien el monólogo sobrecogedor del cronista, y aquellos detalles tan escabrosos que se habían inscrito a fuego en su memoria: el columpio, la cinta adhesiva, el vestido roto, el cuerpo lacerado y, sobre todo, aquel pañuelo lleno de semen que Larios casi le había hecho sentir, húmedo y viscoso, en su propio bolsillo. ¿Por qué le había mentido? ¿Por qué? El único consuelo –y no menor– es que la hija de Marchena se había librado de padecer una violación múltiple antes de morir. Buscando una respuesta, Denis llegó a la conclusión de que Larios debía de ocultar un lado oscuro, y que ese lado oscuro guardaba relación con la cosa sexual. Sí. Bajo la apariencia de un hombre culto y afable debía palpitar una fantasía morbosa y truculenta. Quizá ello explicaría su vida privada sin nombres que al principio había despertado habladurías entre las gentes más curiosas de Sanlúcar.

Pero aquella intuición condujo a Denis a un paisaje inhóspito: por primera vez su amigo había mostrado un rasgo de personalidad

inquietante; algo así como una fisura o una mancha en el expediente. Para el viudo no era grave que su amigo albergara turbias fantasías sexuales, sino que en nombre de ellas fuera capaz de mentir habiendo una muerta de por medio. Aquella mentira no lo convertía en sospechoso, pero lo colocaba bajo una luz nueva, abierta a algunas interpretaciones. Durante los días que siguieron, Denis sintió la tentación de preguntárselo a Larios abiertamente en el bar; pero cada vez que lo sorprendía en El Camarote, apurando el *whisky* del ocaso, renunciaba a dar el paso definitivo. Algo le decía que aquella pregunta iba a romper la armonía de la única amistad que había hecho desde la muerte de Berta. ¿Para qué complicarse la vida? Quizá mejor dejarlo pasar. Por ahora.

Entretanto, el ordenador de Carla seguía encendido y la pantalla mostraba nuevos detalles reveladores. El último detalle también era una imagen de impacto. Sin embargo, la italiana la convirtió en una pregunta que quedó vibrando entre el recuerdo inmóvil de sus antepasados:

–¿Sabías que la hija de Marchena era policía?

33

Los temores de Marchena

Denis carecía de experiencia para juzgar el trabajo de un profesional como Marchena. Pero la falta de nuevos informes en el ordenador de la agente Galán –que Carla rastreaba a diario– sugerían que el comisario y su equipo no habían logrado avances sustanciales. En

realidad, Denis no se sorprendió del todo, ya que conocía la dejadez de Marchena. Este se había mostrado incrédulo desde el primer día, y ahora parecía demasiado cauteloso en sus pesquisas pese a que había un cadáver clamando justicia. Además su estilo era demasiado bronco para un arquitecto de la capital. Le había hecho sentirse mal en su última visita a la comisaría, y para colmo le había ordenado que estuviera totalmente disponible, pidiéndole que no se moviera de Sanlúcar. ¿Qué estaba ocurriendo? Denis no necesitaba volver a la comisaria o entrar en su ordenador –cosa impensable en alguien de su naturaleza– para intuir que Marchena se resistía a cruzar simbólicamente la orilla del río.

Por desgracia, aquel crimen exigía afinar el sexto sentido. Para resolver el caso había que obsesionarse, no bastaba con una investigación policial al uso, encaminada sobre todo a cumplir el expediente y tranquilizar a la prensa. La muerte de Lucía Venegas de Terry reclamaba hacer todas las preguntas imaginables, seguir todas las pistas, incluso las más absurdas, adentrarse, en suma, en los senderos más oscuros. ¿Acaso aquella moneda antigua no era un hilo de fuego que apuntaba al centro del enigma? ¿Y qué decir de Isabel Galán? Desde aquella tarde en que él tuvo una erección inoportuna en la comisaría, Denis no había vuelto a saber nada de ella. Era como si se la hubiera tragado la tierra; a veces la imaginaba inmersa totalmente en la vorágine de la investigación, soportando los malos humores del comisario, sus exabruptos, los bandazos de paquidermo en la cubierta de una vida que ya había perdido para él su razón de ser.

Sin embargo, Marchena no estaba tan bloqueado ni desmotivado como creía Denis. A su manera, se esforzaba en avanzar con paso

firme para no repetir el fracaso anterior, dejando suelto al asesino. De algún modo macabro el azar le había concedido una oportunidad para resarcirse ante sus propios ojos y el juicio del mundo. Por eso rogaba para que la prensa no atara cabos. Era vital que no se filtraran datos sobre la investigación, detalles bizarros como la moneda antigua en la boca de la víctima. Porque entonces la prensa descubriría que aquel crimen no era precisamente como los demás. Cualquier conjetura en este sentido iba a desatar la fantasía de los buitres, y los buitres no tardarían en crear un monstruo. El comisario imaginó los titulares: «El monstruo de Bonanza ataca de nuevo», y estupideces por el estilo, un estilo truculento y alarmista, marca de la casa. A partir de ahí, ¿qué iba a suceder con el criminal? Es obvio que no iba a quedarse al margen de sus acciones. A estas alturas estaría, a buen seguro, apostado frente al televisor, siguiendo con atención las noticias, y regodeándose como el director de orquesta que alza los brazos en mitad de una sinfonía. Los ojos cerrados, el sonido majestuoso fluyendo a un gesto de la batuta, avanzando hasta el clímax de la consagración del mal.

Pero Marchena no era tan torpe ni tan estúpido. Había visto bastantes crímenes. Y aquel nuevo crimen del río tenía un sentido, un diseño, una lógica. Consciente de ello, el comisario estaba esperando un nuevo movimiento en el tablero. Sabía que a partir de ahora podían suceder varias cosas, ninguna buena para la resolución del caso. Una, el asesino podía desaparecer una temporada, como hizo tras el espantoso episodio de la casa abandonada. Dos, podía dejar de matar para siempre, con la esperanza de que sus acciones se diluyeran finalmente en el olvido. Tres, podía adoptar la identidad del monstruo creado por la prensa y seguir matando bajo un disfraz

ajeno a su verdadera identidad. En todos los casos, Marchena pensaba que los medios de comunicación también eran responsables. No quería saber nada de ellos. Y no sólo por la muerte de su hija, sino por el nuevo drama que aconteció poco después.

34

Si una tarde de invierno, el arquitecto...

Al principio de todo, Carla Fantoni le había sugerido a Julio Denis que investigara por su cuenta. En el fondo no terminaba de creerse su historia. Pero luego los hechos le habían dado la razón, y ahora la italiana se sentía muy satisfecha de formar un tándem dedicado a esclarecer los crímenes del Guadalquivir. En poco tiempo los roles estaban tan claros que ambos se descubrieron a sí mismos formando algo así como la pareja ideal. Mientras ella permanecía sentada ante el ordenador –navegando por todos los mares y océanos informáticos–, Denis se había hecho con una nueva identidad para poder dedicarse al trabajo de campo. Últimamente circulaba por las calles de Sanlúcar con una tarjeta de visita que habría despertado una sonrisa en el rostro de su mujer: «Umberto Eco. Detective privado». Cosas de Carla.

Pero Denis no era tan ingenuo para ignorar que un paso de ese calibre podía traerle complicaciones, sobre todo si se lanzaba a rastrear un crimen. El éxito de la maniobra pasaba imperativamente porque Marchena no le descubriera nunca; pero si al final era descubierto, sus acciones tenían una fácil defensa ante la ley. O eso

al menos creía Carla. Era un arquitecto respetable de Madrid, un hombre sin antecedentes policiales, sin mancha, el viudo abrumado de una de las mujeres más queridas del país. ¿Y cuál era su delito? Haber ido a las Gráficas Santa Teresa, de la calle Cervantes número 5, para hacerse imprimir una tarjeta falsa. Eso no era ningún pecado. En todo caso Denis quizá necesitaba algo más que aquella tarjeta de presentación. Debía tratar de resolver el enigma en términos científicos –no en vano era arquitecto–, como quien resuelve un teorema matemático o un problema de ajedrez. Si era capaz de hacerlo, la tarjeta falsa podía ser más eficaz que una pistola.

Aunque carecía de experiencia, Denis poseía una mente diseñada para la lógica. Le fue bastante fácil elaborar una lista con las tiendas de tatuajes de Sanlúcar y decidirse por la de mayor antigüedad. Tenía la intuición de que los tatuajes de las víctimas se remontaban a los años jubilosos de la adolescencia, cuando los anhelos exhiben su fuerza de una manera casi prodigiosa y cuando es tan imprecisa la frontera entre el mundo real y el de los sueños. En esa etapa crucial en que las personas se asoman a la vida, pensó Denis, se establecían alianzas afectivas con la esperanza de que duraran para siempre. ¿Qué tipo de alianza secreta habían forjado Lucía Venegas de Terry y la hija de Marchena? Porque él estaba casi seguro de que las víctimas habían sido amigas y habían compartido sueños juveniles. Denis se preguntó cuáles habían sido esos anhelos en el luminoso Sanlúcar del pasado. A buen seguro, sueños de jovencita romántica, escritos con la tinta del amor y la aventura, viajes en el corcel alado de un príncipe, dulces besos en noches de luna llena. Sueños así.

Umberto Eco continuó sumido en sus elucubraciones hasta encontrar la tienda que buscaba cerca de la plaza de la Salle. Era un local pequeño y relativamente discreto llamado El Caballo Negro. Entró y saludó en voz alta. Antes de que el dueño apareciera tras la cortina pudo echar un vistazo a las paredes de la tienda. Y una vez más tuvo que admitir que nunca le habían gustado los tatuajes: sentía hacia ellos una honda aversión, un rechazo instintivo e irracional que se remontaba a los días pusilánimes de su infancia. Bastaba ver aquel despliegue de fotografías plastificadas para confirmar que había en el *tattoo* algo primitivo y siniestro surgido de las cavernas. Luego el imaginario del cine había hecho el resto, mostrando una legión de asesinos psicópatas con la espalda tatuada. Por alguna razón los guionistas se complacían en crear personajes perversos, cubiertos de tatuajes y palabras de fuego labradas en la piel. Era un recurso infalible destinado a sugerir que el mal estaba llamando a la puerta. Ahora el propio Denis se asomaba a ese pozo, casi con la misma sensación que había sentido en la orilla de Doñana. La de una serpiente observándolo a través de un agujero.

–Voy a cerrar –dijo un hombre calvo y musculado de mediana edad–. Tengo hora en el médico.

–Sólo un momento –dijo Denis, mostrándole su tarjeta de visita. El otro leyó el nombre y luego la profesión.

–Oiga, yo no quiero líos. Si quiere, vuelva mañana y le grabo un escudo del *Madrí*.

–¿Cree que he venido para eso?

–No lo sé. Pero prefiero que haya venido para eso que para traerme problemas. Está la cosa muy chunga.

–Podría ponerse peor... –dejó caer Denis, sorprendido por sus propios recursos.

–¿Qué quiere?

–Enseñarle algo.

El arquitecto le entregó un sobre con dos fotografías. El hombre lo recogió con cautela, como si fuera un telegrama con malas noticias. Luego echó un vistazo al contenido.

–¿Las conoce? –preguntó Denis.

–No sé, la verdad. Pasa mucha gente por aquí. No hago más que ver culos y otras cosas que ni le cuento. Cuando empecé hacía tatuajes de sirenas a los pescadores, pero ya no viene ninguno. Se los ha tragado el mar.

–¿Seguro que no las conoce? –repitió Denis, tras intuir que el tatuador se iba adrede por las ramas.

–No insista –repuso el otro–. Usted sabe perfectamente que las conozco. Y sabe que yo sé que las dos están muertas. Ya le he dicho que tengo prisa.

Denis acusó el golpe. Durante un instante se sintió en inferioridad. Aquel tipo era más inteligente de lo que creía. ¿Cómo no había previsto que el rostro de Lucía Venegas de Terry figuraba en todas partes, como en su día ocurrió con la hija de Marchena? En este punto extrajo otro sobre y lo depositó con cuidado sobre el mostrador de cristal. El hombre lo abrió y su rostro se puso muy pálido.

–¿Lo hizo usted? –preguntó Denis.

–Oiga, yo no he hecho nada –respondió cada vez más incómodo.

–Me refiero a los tatuajes.

El propietario de la tienda lo miró. Los profundos ojos oscuros de Denis destacaban como dos grandes semillas negras. Dedujo enseguida que le convenía decir la verdad.

–Yo hago lo que me piden. Me pidieron ese tatuaje y lo hice.

–¿Quién se lo pidió?

–Tres chicas.

–¿Tres? –preguntó él algo sorprendido.

–Sí.

–¿Las había visto antes?

–No, nunca. No tenían pinta de ser de aquí.

–Veo que se fija en todo.

–Es mi trabajo –dijo el tatuador–. Los detalles. Usted también se fija en todo, ¿no?

–Y se acuerda de todo... –deslizó Denis con intención.

–¿Cómo quiere que no me acuerde? –repuso el hombre cada vez más molesto–. Ahora el tatuaje está de moda, pero hace quince años no venían muchas chicas por aquí a que les tatuara el culo. Esto es el sur.

–Comprendo.

–Y encima me pidieron que les grabara este dibujo...

–¿Qué tiene de especial?

–Es algo muy raro, no lo había visto en mi vida. Parece muy antiguo. Lo que yo hago es otra cosa –dijo señalando las fotos de las paredes.

–Está muy bien –mintió Denis–. ¿Recuerda algo más?

El hombre dudó un instante. A este paso iba a llegar tarde al médico y eso era un lujo que no podía permitirse porque llevaba una

semana con problemas de estómago. Era mejor terminar de una vez. Entonces se lanzó:

–Sí, claro que recuerdo más cosas. Aquellas tías estaban de cachondeo. No pararon de vacilarme. Al principio se hacían las estrechas. Había una que no quería tatuarse: era la más pija, esa que han encontrado en Bonanza, la niña de los Terry. Pero las otras la convencieron.

–¿Notó algo especial?

–Ahora que lo dice, se miraban raro.

–¿En qué sentido?

–No sé. Mientras yo tatuaba a una, las otras iban sacando la cabeza detrás de la cortina y le decían cosas.

–¿Qué cosas?

–Pues lo que usted le dice a su mujer, ya me entiende.

Denis lo captó al instante, pero no quiso sumergirse en el recuerdo de Berta ni tampoco aclararle que era viudo.

–Se habían tomado unas cañas –continuó el hombre–. Eso fijo. Las mujeres se colocan con nada y luego pierden la vergüenza. ¿Si recuerdo algo más? Risas, muchas risas, y también algún comentario que flipé...

–¿Cuál?

–Qué culo tan bonito tienes... Date la vuelta... Ponme la mano aquí, Macorina, Aún las estoy oyendo. No se crea, fue muy divertido. Salieron muy contentas. Dijeron que iban a la playa de Bonanza. Un rollo de una asociación de mujeres. Es todo lo que sé.

–¿Recuerda a la tercera chica? –preguntó Denis tras calibrar la información.

–Sí, perfectamente –dijo el tatuador–. Era alta, morena, fuerte. Un caballo.

–¿Un caballo?

–Un marimacho. Una de esas tías que se ponen el mundo por montera y en el fondo no se comen un rosco.

–Ah...

Umberto Eco no captó del todo el mensaje, pero se dio por satisfecho. No estaba para lecciones de tipología femenina. Sólo deseaba avanzar en la resolución del caso. En este sentido quizá no había logrado plenamente su propósito, pero sabía algo más de las víctimas y, sobre todo, del vínculo de piel que se había sellado entre aquellas cuatro paredes. Por ahora ya era suficiente. Entonces le entregó su tarjeta de detective con el ruego de que se pusiera en contacto con él si recordaba algún otro detalle. El tatuador la recogió sin disimular un brillo de orgullo. Parecía estar satisfecho con aquella visita fuera de programa que, de algún modo, le había hecho sentirse importante. Sin embargo, no podía perder un segundo más. Antes de salir a la calle, Denis se giró y le lanzó un comentario desde la puerta:

–Oiga, una última pregunta...

El hombre calvo se temió lo peor. El médico esperaba.

–Si le pidiera un tatuaje del Madrid, ¿dónde me lo pondría?

–Mejor que no se lo diga –repuso el otro, dedicándole una sonrisa por primera vez.

Luego se desabrochó ceremoniosamente la camisa, dejando al descubierto un tatuaje en el pecho. Denis apenas pudo reprimir la carcajada. Allí estaba la ofensa suprema: el escudo flamante y victorioso del eterno rival. El Fútbol Club Barcelona.

35

Un *risotto* de las marismas

Cada vez que Denis se acercaba a casa de Carla sentía una mezcla de ansia y de recelo. El ansia nacía de un sentimiento de interés creciente por ella, mientras que el recelo era fruto del juego que se traían entre manos. Una aventura estimulante, sí, pero también azarosa y marcada por el dolor. Al final había entendido que la fotógrafa había entrado en su vida para proponerle un paseo por el amor y la muerte. Sí. Y aunque él no estaba aún recuperado para el amor, al menos se acogía al calor de su compañía tratando de olvidar los horrores de la casa abandonada. El motivo «oficial» de los encuentros no era otro que seguir colaborando en el caso, pero había días en que no se registraban avances de valor. Pese a ello, Carla siempre ingeniaba un pretexto para llamarlo y proponer una nueva cita. Entonces él aceptaba porque ya no podía resistirse al encanto de Sanlúcar.

Pero algo había cambiado. Durante años el arquitecto había asumido el papel de seductor, acorde con su sexo, su cultura y su posición social. Con la llegada de Berta, además, aprendió a pulir las herramientas hasta convertirse en un pequeño mago capaz de celebrar las ceremonias más sofisticadas en el altar del amor. A ella le deslumbraba aquella capacidad suya para envolverla en un entramado romántico donde todo era intenso y, a la vez, sereno. Algo así como un beso a la luz de las velas. Por desgracia, aquella dicha había concluido de golpe en una urna que Denis aún no era capaz de vaciar en el río. Desde entonces había renunciado a su

masculinidad. Últimamente, sin embargo, Carla lo iba librando de los roles canónicos: no tenía que llamarla por teléfono por el mero hecho de ser hombre, no tenía que planificar nada ni traerle nada, y él comenzó a sentirse muy cómodo con aquel intercambio de papeles.

En cuanto a la fotógrafa, tampoco parecía tener un interés amoroso en él, o al menos no desplegaba ninguna de las armas de seducción convencionales. Todo aquel decorado que a veces montaba para recibirlo –el mantel de hilo y la cubertería de plata– no era una recia tela de araña destinada a atraparlo con el engañoso brillo de la noche. Aquella *mise en place* era una muestra deslumbrante de algo que se había perdido: el arte de recibir a las personas, más allá de los intereses, las motivaciones o los deseos secretos. En este aspecto, Carla era una gran maestra de ceremonias, que conservaba muy vivo un pasado donde se abría la casa familiar como parte de una cultura forjada en los principios de la hospitalidad y el refinamiento. Todo ello agradaba mucho a Denis. De un modo un tanto pueril, aquellos detalles tan señoriales lo hacían sentirse como un rey que aún no había perdido su corona.

Al entrar en la casa, ese rey percibió el aroma de cebolla en la cazuela. A diferencia del clásico olor a sofrito, que tanta presencia había tenido en los hogares de su infancia, reconoció el aroma amable y dulzón de una cebolla cocinada con mantequilla. Denis dedujo que Carla estaba preparando un *risotto* –uno de sus platos favoritos–, pero no era capaz de imaginar que ella se había lanzado a una aventura culinaria de altos vuelos. Un *risotto* con tagarninas, langostinos y manzanilla. En realidad era una variante de una deliciosa receta de Sanlúcar que Carla había «italianizado»,

incorporando el arroz de las marismas. Según dijo, aquel plato lo había inventado para su amiga la marquesa de Miraflores, quien estaba convaleciente de una grave operación en el cortijo de Isla Mayor.

–Los médicos le han dado medio año –empezó diciendo Carla–. Es terrible. Si la vieras, una mujer guapa, inteligente, llena de vida. Lo de siempre.

Denis movió ligeramente la cabeza: no necesitaba ver a la enferma ni que le recordaran los síntomas. Los conocía demasiado bien. Prefirió reconducir la charla a un ámbito más grato, preguntándole por la formidable mesa de madera que ocupaba el centro de la cocina.

–Es bastante antigua. La marquesa la compró en una subasta cuando cerraron el Convento de las Descalzas. Le encantan los muebles. Su cortijo parece un museo.

–Me lo figuro.

–Pero no sé qué pasará con todo esto –añadió Carla, intuyendo el horizonte sombrío que parecía abatirse sobre la casa–. Prefiero no pensar.

–Mejor.

–Por cierto, ¿qué tal va tu nueva vida como detective? Me has dicho que tenías algo para mí. Espero que sea importante. El pueblo sigue en *shock*.

–No vas a creerlo –repuso Denis con orgullo–. Resulta que he encontrado la tienda de tatuajes, y el dueño se acordaba de todo. Las tres chicas, el dibujo...

–¿Tres?

–Sí. Tres.

–Entonces falta una –repuso Carla–. ¿Qué sabemos de ella?

–Creo que vas demasiado rápido.

–Perdona.

–Le he enseñado las fotos de Lucía y de la hija de Marchena. El tipo ya sabía que estaban muertas. Quizá sea el asesino.

–No creo. Lo ha visto en la televisión. Como todo el mundo.

–Pero se puso pálido al ver los tatuajes.

–Es normal. Los hizo él y tiene miedo. Yo también lo tendría.

–Sí, claro. Pero yo no lo descartaría del todo –dijo Denis recordando aquel infame escudo tatuado en el pecho–. Lo interesante es lo que me contó de ellas. El rollo que se traían. Parece que eran más que amigas.

–¿Cómo?

–Demasiado amigas...

–Bueno, eran muy jóvenes. A esa edad una no sabe lo que quiere –argumentó Carla–. Una chica prueba, juega, hace bromas. Si yo te contara las veces que me he besado con una compañera de colegio...

–Hostia, Carla. Las condesas sois algo depravadas.

–Ya no soy condesa. Perdimos el título.

–Pues lo pareces –dijo Denis, mirándola a los ojos–. Bueno, volvamos a lo nuestro. Supongamos que tienes razón y que esas chicas estaban confundidas y con ganas de probar cosas raras.

–No, Julio, cosas raras no, simplemente querían probar cosas. Sólo eso. Cosas. Aprender a vivir. ¿Tú no?

–De acuerdo –admitió el arquitecto–. Pero para que tres crías vayan a una tienda de tatuajes y le pidan a un tío que les grabe un dibujo en el culo... Eso quizá pasaba en Madrid, en los tiempos de la

Movida. Pero en un pueblo andaluz, ¿hace quince años? No sé. Además ese tatuaje es muy raro.

–Sí. Es extraño que eligieran un dibujo de Venus.

–Quizá no tanto –dijo Denis en un rapto de inspiración–. El tatuaje no era un juego. Estaban sellando una alianza.

–¡Caramba! –exclamó Carla–. Parece que el hábito hace al monje.

–¿A qué te refieres?

–A tu tarjeta de detective. Le felicito, *signor* Eco.

–No me tomes el pelo. ¿Somos un equipo o no?

–Lo somos. O sea que no pares de remover el arroz. Está casi a punto –dijo Carla, sirviéndole una copa de manzanilla–. Pero hay un problema. La tercera chica.

–¿En qué sentido?

–Elemental, querido Watson. Esa chica será la próxima víctima. No olvides que estamos ante un asesino en serie.

–Mierda, no había caído. Tres chicas, tres tatuajes, tres amigas. Y dos han sido asesinadas. ¿Se te ocurre algo?

–Encontrarla ya.

–Pero ¿cómo? No sabemos nada de ella.

–¿Te dijo cómo era?

–Sí. Alta, morena, fuerte... Un caballo.

–Algo es algo.

–Si me cruzara con una mujer así, saldría corriendo.

–*Sciocco*...[5] Apaga el fuego.

Poco antes Carla había añadido un copo de mantequilla a la cazuela con el fin de que el arroz quedara *mantecato*, cremoso hasta el delirio. Ahora la italiana daba un último pase con una espátula para que el *risotto* adquiriera la forma y consistencia de una ola.

Denis tuvo que reconocer que Carla Fantoni imprimía unos toques mágicos a las cosas más esenciales de la vida. El *risotto* era extraordinario.

Una hora más tarde, el arquitecto se entregaba a una sobremesa gentil en el salón de la marquesa de Miraflores. Le gustaba aquel ambiente de puertas para adentro que existía en Sanlúcar, con los tesoros de familia protegidos por gruesos portones de madera y baldones dorados. Una tarde Larios le había dicho que en el orbe familiar sanluqueño, como en toda Andalucía, convivían el recato de origen musulmán y la modestia cristiana, donde cualquier ostentación desmedida incurría en pecado de soberbia. En el fondo, pensó Denis, mejor aquellos muros impenetrables, los patios silenciosos y desiertos, formando un pequeño cosmos umbrío de plantas y de flores, con la fuentecilla de cerámica marcando las horas. Entretanto, Carla aspiraba con placer impúdico un *joint* de marihuana. Sólo el rumor de la fuente, sólo el silencio.

De pronto sonó el móvil. Ambos estaban tan envueltos en su nube que la alarma los arrojó de golpe al mundo real. Al principio Denis no reconoció el número, ya que no figuraba en su agenda de contactos. Pero estaba claro que quien le llamaba –un tal Ronaldinho–, conocía el suyo y tenía algo que comunicarle. Enseguida Carla hizo un gesto para que pusiera el móvil en modo altavoz.

–¿El señor Umberto Eco?

–Yo mismo.

–Estuve pensando en esas chicas –comenzó diciendo el tatuador–. Me di cuenta de que había olvidado algo. ¿Se acuerda que me

preguntó por la tercera chica? Pues está más viva que la Pantoja. La vi el otro día en la tele.

–¿En la tele? –preguntó asombrado Denis.

–Sí, en las noticias. Era una de las policías que rondaban por la playa. Se había teñido el pelo. Ya no era morena: era rubia y estaba más gorda y más fuerte. Pero seguía siendo un caballo.

–¿Algo más?

–¿Le parece poco? Ustedes los del *Madrí* nunca tienen bastante...

Denis sonrió para sus adentros. ¿Tanto se le notaba? Podía haber sido un hincha del Atlético de Madrid, por ejemplo, pero la sangre madridista contenía unos glóbulos especiales que no pasaban desapercibidos a nadie. Colgaron.

–¿Tanto se me nota? –preguntó a Carla.

–Mejor me callo –dijo ella–. Eres un señorito madrileño en horas bajas. Hasta una guiri como yo te elegiría en el *casting* de una serie: el arquitecto viudo y misterioso que viaja a Sanlúcar y se ve envuelto en una trama criminal. Irresistible.

–Y yo sin saberlo...

–Déjalo. Era una broma. No perdamos tiempo. ¿Has sacado alguna conclusión?

–Es muy bestia. Creo que la tercera chica es Isabel Galán.

Carla apagó el porro de marihuana y alzó los ojos. Luego lo miró y dijo:

–Entonces la cosa es bastante fácil. Tres lesbianas fascinadas por el culto a Venus. Lo resolveremos.

36

La tercera chica

Desde la aparición del cadáver en la playa Denis no había vuelto al barrio de Bonanza. Lo frenaba un temor irracional a ese escenario, como si la muerte siguiera al acecho esperando una nueva víctima. Y en parte era así. Si las teorías de Carla eran ciertas, el asesino estaba consumando algún tipo de sacrificio ritual cuyas víctimas tenían en común el hecho de ser amigas. Y probablemente lesbianas. La posibilidad de que el autor fuera una mujer había sido descartada por la fotógrafa con el argumento de que apenas existe un historial de asesinos en serie del sexo femenino. Para Denis fue una desagradable sorpresa saber que cierto tipo de atrocidades eran obra exclusiva de los hombres. Por tanto, tenían razón las mujeres al denunciar la violencia masculina en todas sus formas. Pero no es menos cierto que la violencia femenina se desplegaba por otros cauces menos sangrientos, aunque bastante dañinos en el campo social. Bastaba ver los programas de telebasura, donde el insulto, la calumnia y cualquier forma de bajeza moral se apoderaban a diario del plató, en una algarabía desatada de comadrejas. En todo caso, el objetivo inmediato de Denis no era tanto descubrir al asesino como poner en guardia a Isabel Galán. A buen seguro a estas alturas ya estaría en alerta, pero quizá el dolor por la muerte de su amiga Lucía la había obnubilado para hacer el análisis correcto. Denis sabía de su fragilidad emocional. Por eso la llamó.

Aquella misma tarde fijaron una cita en una taberna popular que al principio Denis confundió con un garaje. En efecto. Mosto

Domínguez estaba situada en la calle Ruiz de Somavia, en pleno centro, pero ajena al bullicio de la gente. Aunque la calle no era peatonal, tampoco estaba invadida por el tránsito rodado, de modo que poseía algunas ventajas para un encuentro discreto. Además aquel local tenía su encanto. Denis estaba seguro de que sus colegas madrileños lo habrían descrito como un sitio «auténtico», no tanto por una concesión al tipismo tan propia de los bares andaluces como por el espíritu cálido y sin pretensiones del dueño y la clientela.

Mientras aguardaba la llegada de Isabel tuvo tiempo para elaborar una estrategia. Llevaba todo el día con dudas acerca de si abordarla abiertamente o recurrir al tacto en atención a su gran emotividad. Al final optó por conducirse sin rodeos, porque tenía la intuición de que el asesino era muy consciente de que debía completar pronto su obra. En el momento que tomó esa opción se dio cuenta de que un mes antes habría elegido sin dudar la otra. Sí. Julio Denis no habría sido capaz entonces de ser tan directo con nadie, ni siquiera con Berta, y más en un asunto tan delicado. Pero la vida lo cambiaba a golpes, a retos nuevos y Sanlúcar lo estaba transformando. Entonces la vio llegar.

–Se me hace raro verte sin uniforme –le dijo a modo de saludo.

–A mí también –dijo ella sonriendo.

–¿Qué quieres tomar?

–Lo mismo que tú: una manzanilla pasada.

–¿Qué tal estás? –preguntó Denis.

–Mejor. ¿Y tú?

–Estoy un poco preocupado –dijo él a bocajarro.

–¿Qué pasa?

–Tengo miedo –dijo, adentrándose directamente en el tema–. Miedo por todo eso de la playa.

Ella lo miró a los ojos con el aplomo del policía profesional. Había asistido a muchos interrogatorios y creía conocer un poco a las personas. ¿Qué pasaba con Denis? En el fondo había algo en él que no le terminaba de cuadrar. Luego recordó que estaba libre de toda sospecha y que era él quien había propuesto la cita y no a la inversa. El motivo, sin duda, era importante: bastaba ver la sombra de inquietud que se abatía sobre sus ojos negros; también el tono de voz, que le recordó la primera tarde que el viudo estuvo en la comisaría. Al final, él se armó definitivamente de valor y le confesó que en realidad sentía miedo por ella. Recordaba con exactitud el asesinato de Lucía Venegas de Terry y su memoria le devolvía a menudo a la orilla de Doñana.

–Quiero decirte que lo sé todo –añadió Denis en voz baja.

–No te entiendo.

–Todo lo que está pasando, Isabel.

–Si no te explicas mejor...

–He estado haciendo algunas averiguaciones –dijo él, mostrándole la tarjeta de detective.

–No le conozco.

–Soy yo. Me hice esta tarjeta falsa.

–¿Tú? ¡Esta sí que es buena!

–Me dijiste que investigara por mi cuenta. Tú no podías hacer nada.

–Sí, pero eso fue al principio y no encontraste nada en Doñana. Pensé que lo habías abandonado. Además las cosas han cambiado mucho.

–Lo sé. Fíjate si han cambiado, que me han contado una historia alucinante que tiene que ver con el caso.

–¿Qué historia?

Denis respiró hondo buscando una pausa y apuró la copa de manzanilla.

–La historia de tres chicas –respondió–. Tres amigas que hace quince años llegaron a Sanlúcar y se hicieron tatuar un dibujo de Venus en el trasero.

–Qué cachondas –comentó Isabel, intentando desorientar a Denis–. A lo mejor eran alumnas de latín.

–O de griego. ¿Has oído hablar de Safo?

–Ni idea –mintió la policía para ganar tiempo.

–Yo tampoco, pero estuve mirando en internet. Safo fue una poeta griega de la Antigüedad. Era lesbiana.

–¡Caramba! Qué interesante.

–¿Quieres que siga con la historia?

–Bueno, si te empeñas... Pero no sé dónde quieres ir a parar.

–Yo creo que sí. Tengo la impresión de que ya conoces el final. No vale la pena que me vaya con rodeos. Espero que no te moleste lo políticamente incorrecto.

–Soy policía.

–Entonces lo diré claro. Esas tres chicas eran bolleras y estaban enrolladas. Formaban un trío secreto que duró varios años, hasta que la primera fue asesinada el año pasado y la segunda hace unos días. La primera era la hija de Marchena y la segunda era Lucía Venegas de Terry. ¿Te suena ahora la historia?

–¿Quién te la ha contado? –preguntó ella atónita.

–No puedo decírtelo. Yo también tengo mis fuentes.

–Creo que te estás metiendo en un lío. Mejor olvidarlo y pedir unas tapas.

–¿Te suena la historia? –repitió Denis sin inmutarse.

Isabel Galán guardó silencio. Por primera vez en su carrera de policía le tocaba responder a ciertas preguntas y esa perspectiva no la sedujo en absoluto. En su fuero interno intuía que Denis, en efecto, lo sabía todo, increíblemente, y aquello la estaba poniendo muy nerviosa. Demasiado. No obstante, renunció a hacer el menor comentario que pudiera involucrarla y esperó el nuevo movimiento.

–La tercera chica de la historia... –añadió Denis con suma cautela– la tercera chica está sentada delante de mí con la cabeza baja. Porque no se atreve a mirarme a los ojos.

–¡Qué dices! –saltó la agente Galán–. Estás loco.

–Quizá sí. Pero lo sabremos cuando me enseñes el tatuaje que tienes en el culo.

–¡Cerdo! Te voy a meter un paquete. Cabrón.

–¡Shhht!... Nos están mirando.

–¿Y qué? Yo hago lo que me da la gana. Me la pela. Que se jodan –dijo mirando retadora a una pareja de la barra que lo había oído todo.

–Isabel, por favor. Esto es muy grave. ¿No te das cuenta de que estás en peligro?

Al oír aquello, ella evaluó rápidamente la situación. Ahora empezaba a lamentar su rapto de histeria, esa incontinencia emocional que se desataba cuando se sentía herida o acorralada. Respiró hondo, muy hondo, y miró a Denis un instante: en el fondo era un buen tipo que no había superado la muerte de su esposa y por eso se presentaba como el ángel guardián. «El mundo al revés»,

pensó ella. Volvió a respirar hondo. De pronto sintió frío, mucho frío, sintió que estaba sola.

–¿Crees que no lo sé? –exclamó, bajando la voz–. Soy la tercera víctima. Pero ¿qué quieres que haga? No puedo irle con tu historia a Marchena. Si se entera de que su ayudante tenía un rollo con su hija...

–Quizá ya lo sabe.

–No lo creo. Además no es el momento de que lo sepa. Prefiero que piense que su hija era normal.

–¿Normal? Hoy todo es normal.

–¡Pues sí! –reivindicó Isabel–. Ya era hora. Sólo nosotras sabemos lo que hemos sufrido. Pero no lo digo por eso.

–¿No?

–Lo digo porque la mujer de Marchena estaba medio loca. Tenía trastornos mentales. Luego con lo de su hija se le fue la olla totalmente. ¿Sabes qué hizo? Se tiró desde la terraza del hotel Guadalquivir.

Denis se quedó estupefacto.

–No es la primera que se tira ni será la última –dijo ella–. Toda mujer tiene su límite, y nosotras estamos al límite desde hace demasiado tiempo.

–Ya lo sé –repuso él.

–La tentación es muy grande –continuó ella–. Allá arriba tienes el mundo a tus pies, la ciudad blanca, el río, los pájaros... En fin, mejor no pensar. Desde que pasó aquello no he vuelto. Me jode porque a veces iba con un amigo para ver la puesta de sol. Un periodista.

Denis calló intentando asimilar la información y visualizar de paso el drama de Marchena. Aunque no profesaba la menor simpatía

hacia él, tuvo que reconocer que no imaginaba una tragedia mayor que la que le había tocado en suerte. Si en algún momento el arquitecto se sintió solo –y desde la muerte de Berta aquello era una sensación recurrente–, ahora lamentaba haberse recluido en las cavernas de la autocompasión y el lamento callado. En el fondo era un hombre con suerte: no había perdido a una hija, su mujer no se había suicidado. Denis estaba aprendiendo que la fortuna podía ser infinitamente más cruel con nuestros semejantes, y que cometíamos siempre el error de juzgarlos sin conocer el verdadero peso de su cruz. Quizá el comisario era un bárbaro: una figura surgida de un mundo primitivo e intolerante donde la orientación sexual de su hija se veía como una aberración de la naturaleza. Pero ese mismo mundo también lo había hecho fuerte para sobrevivir al trauma de perderla por culpa de un guion escrito por el diablo. Denis seguía pensando en ello cuando alzó la vista y descubrió a Isabel llorando. Era un llanto silencioso y sereno, muy distinto a la explosión emocional de antes.

–No puedo más –dijo ella cuando se cruzaron sus miradas–. Es terrible. Me quiero morir.

Denis se sintió conmovido por el manantial de dolor que brotaba ante sus ojos. Le dolía mucho por ella. Isabel había sido la primera persona del pueblo que creyó en él, y la primera que le había arrancado una sonrisa aquella mañana que lo acompañó a la Oficina de Turismo. Necesitaba devolverle esa sonrisa a cualquier precio. No soportaba ver llorar a las mujeres.

–¿Qué puedo hacer para que quieras vivir? –preguntó él con una ingenuidad conmovedora.

–No sé.

–Venga, dame una pista. Me estoy muriendo de vergüenza. Esa pareja de ahí cree que somos novios y que estamos de bronca.

–Ojalá –repuso Isabel, alzando el rostro lleno de lágrimas.

–¿Ojalá qué?

–Ojalá todo –dijo ella–. Que fuéramos novios y fueses un cabrón. Al menos te podría meter en el calabozo. Pero ahora no sé qué hacer contigo.

–Dejar que te ayude. ¿Lo harás?

Isabel quedó conmovida ante el ofrecimiento. Extrajo un clínex del bolso y se secó las lágrimas. Sus ojos resplandecían ahora como un cristal bañado por la lluvia.

–Me lo pensaré –dijo ella después–. De momento pídeme una tapa de berza con *pringá*. Aquí la hacen buenísima. Y no me mires con esa cara. Cuando estoy triste me da por comer. Soy Tauro.

–Yo Piscis. ¡Ah! Dime una cosa.

–¿Qué?

–¿Tienes un tatuaje en el culo?

–Ya lo sabes, tío. Pero no te hagas ilusiones. No vas a verlo en tu vida.

–Eso también lo sé, querida.

Denis se puso en pie. Estaba convencido de que había hecho lo correcto. Ya no había secretos entre él e Isabel Galán. Pero mientras daba el primer paso hacia la barra sintió la mano fuerte de ella que lo retenía a su lado. Luego Isabel lo miró con una media sonrisa y le dijo en tono grave:

–Julio, rompe esa tarjeta. Tú también estás en peligro.

III

37

La trama celeste

Lo que había empezado como una ensoñación a la orilla del río iba adoptando la forma de una trama celeste. Julio Denis descubrió entonces que una estrella solitaria quizá no deslumbraba con su brillo ni tampoco significaba gran cosa, salvo una mota de plata en el manto oscuro de la noche. Pero a medida que iban pasando los días, esa estrella solitaria había ido convocando a otras estrellas y luego a otras, hasta formar una constelación plena de misterio. Y de significado. Una balanza, un toro, un león... Todas las pruebas que iba acumulando con Clara Fantoni venían a esbozar algo así como una silueta inapelable, un mandala, una representación de algún tipo de cosmos gobernado por el mal.

En síntesis, aquella trama era sumamente inquietante: alguien estaba asesinando a mujeres en el barrio marinero de Bonanza; esas mujeres no habían sido elegidas al azar sino porque mantenían algún tipo de vínculo en el pasado, relacionado con el culto a Venus. Como broche, ese vínculo misterioso ocultaba el fuego de los amores prohibidos. Hablando de ello con Carla, esta le comentó que el asesino había dado un paso insólito en la historia criminal. Era el único caso que conocía donde las víctimas eran necesariamente lesbianas; es decir, que el asesino las elegía por su orientación sexual a contracorriente.

A buen seguro, aquel dato fundamental había pasado inadvertido a Marchena, o quizá no tuvo ánimo de analizarlo a fondo por temor a confirmar una vieja sospecha en relación a su hija. Desde su muerte, el comisario ya empezaba a aceptar que era una chica demasiado especial, cuyo carácter hosco y rebelde sólo había hallado acomodo ingresando en el Cuerpo Nacional de Policía. Por desgracia, la férula policial sólo sirvió para domesticar su rebeldía, pero no logró dominar su lado perverso. Porque sin duda aquello eran perversiones sexuales, pensaba Marchena, por mucho que los nuevos políticos se empecinaran en convertir los vicios de una minoría en públicas virtudes. Ahora él no sabía qué hacer con el recuerdo de su hija. Aunque mirara a otra parte, la coincidencia de los tatuajes en la piel de las víctimas sugería una hermandad secreta, algo reprobable desde su punto de vista. ¿Desde cuándo su hija conocía a Lucía Venegas de Terry? ¿Y de esa manera además? El comisario no quería avanzar en aquella dirección, porque conocía bien el precio que al final tendría que pagar. El buen nombre de los Marchena saltaría otra vez por los aires, salpicando los titulares de prensa. Y siempre por culpa de las mujeres. Su único consuelo es que no tenía noticia de que hubiera ninguna otra pervertida en la Policía Nacional de Sanlúcar.

En el polo opuesto, Isabel Galán seguía destrozada por la muerte de Lucía Venegas. Otra muerte. Llevaba varios días con los nervios a flor de piel y no lograba apartar ciertas imágenes de la cabeza. Pese a que no había tenido valor de examinar el informe forense, no necesitaba hacer ningún esfuerzo para ver a su amante estrangulada. Además, la charla con Denis le había descubierto algo relevante que su inconsciente no había querido admitir: el hecho de

que ella era la tercera de la lista y, por tanto, estaba en peligro. ¿Qué hacer?

Lo que no sabía Denis es que a estas alturas también formaba parte de la lista, o al menos el asesino debía ya tener noticia de sus movimientos. Al parecer, Denis no había roto la tarjeta de visita y seguía circulando por Sanlúcar bajo una falsa identidad. Isabel tuvo noticia de que él operaba últimamente en una zona popular conocida como El Barrio. La proximidad a Bajo Guía, de la que en cierto modo venía a ser su patio trasero, concitaba a una fauna bastante variopinta: familias tradicionales, viejos pescadores, obreros en paro, jubilados, parejas de novios, mujeres solitarias y traficantes de diverso rango. Quizá eran estos últimos lo que iba buscando Denis –pensaba de forma errónea Isabel Galán–, cuando era obvio que la pista del narcotráfico debía ser descartada tras la aparición de un detalle tan revelador como la moneda en la boca de las víctimas. Pero Isabel creía que Julio no podía tener conocimiento de ese detalle capital, y que en su error indagaba en ese barrio que acogía a la criminalidad venial de Sanlúcar.

Aquella noche ella volvió a pensar en «Umberto Eco». Era obvio que le molestaba que siguiera investigando por su cuenta, pero tuvo que admitir que, a su manera, estaba haciendo lo posible por contribuir a la resolución del caso. Al fin y al cabo era el único testigo del crimen y ese honor terrible le daba algún derecho, aunque Marchena habría rechazado tal argumento con un puñetazo sobre la mesa. ¿Qué le estaba pasando? Dejar aquello en manos de un *amateur* implicaba muchos riesgos. De pronto sintió temor por Denis y decidió prevenirlo. Le llamó.

–Tengo miedo, Julio –le dijo.

–Es lógico, ya te dije que eras la tercera víctima.

–Tengo miedo por ti –aclaró ella–. Te estás metiendo en la boca del lobo. Te aconsejé que rompieras tu tarjeta y confiaras en la policía.

–Ya la rompí –mintió él–. Ya no soy Umberto Eco. Vuelvo a ser Julio Denis.

–No me tomes por tonta. Mi diosa es Venus.

–De acuerdo. Me he estado moviendo por ahí, pero no como detective.

–Entonces ¿qué hacías en El Barrio?

–Probando tapas. Hay sitios cojonudos. ¿Conoces la Taberna der Guerrita? Dice Larios que tienen la mejor manzanilla del mundo.

–Venga, Julio. Me lo vas a decir a mí que nací en la calle Sargenta, delante de la peluquería Chupete Fly.

–¿No eres de Sevilla?

–Sí. Pero desde que estoy aquí, El Barrio es mi segundo hogar.

–Pues vaya nombrecitos. Chupete Fly. Sois la leche.

–¿Y qué pasa? Tenemos salero. Nos reímos de todo porque nos conocemos todos.

–O sea que tu barrio está lleno de confidentes.

–Está lleno de amigos –matizó ella–. Y uno de ellos me dijo que te vio el otro día haciendo demasiadas preguntas.

–¿Ah, sí? ¿Dónde?

–En la Peña Carnavalesca Joselito el Colorao.

La mente de Denis voló hacia el lugar. Era un local oscuro y de modestas proporciones situado en los bajos de un bloque de apartamentos populares. Una pequeña barra a la derecha, unas pocas mesas donde se reunían los clientes –viejos pescadores y

obreros en su mayoría–, y una escueta tarima al fondo para algún tipo de representación en vistas al próximo carnaval. En realidad no se hablaba de otra cosa. Del carnaval. El dueño, un tal Carpio, era un hombre barbudo, algo grueso y dotado con la gracia de la tierra gaditana. Le sirvió un mosto y una tapa de ajo campero deliciosa. Se cayeron tan bien que Denis prometió volver. A la espera de ese momento, tenía ahora que soportar los reproches de Isabel.

–¿No te das cuenta de que cantas como Pavarotti? ¿Te has visto en el espejo, con ese abrigo largo y oscuro que pareces un monje de Ucrania? Se nota a un kilómetro que no eres de aquí. Vas solo a todas partes, te metes en sitios que no aparecen en las guías, y encima haces preguntas a la gente.

–¿Qué tiene de malo?

–Verás. Si haces una pregunta en Sanlúcar debes tener un poco de respeto. Aquí no entramos a la gente como los de Madrid, que os creéis los reyes del mambo. ¿Cómo se te ocurre coger al pobre Carpio y preguntarle ciertas cosas delante de toda la parroquia? ¿Sabías que la mujer del «narco» del barrio estaba a tu lado? Sí, aquella rubia tetona. Eres un imprudente, tío.

Al oír aquello Denis se sintió un perfecto imbécil. ¿Cómo había podido? Seguramente se estaba contagiando en exceso del temple temerario de Carla Fantoni. Pero una cosa era entrar en los ordenadores de la policía, desde una casa señorial sanluqueña, y otra sumergirse en los bajos fondos sin experiencia alguna. ¿Qué había dicho la italiana? ¿Que eran un equipo? Había que replantearse esa idea del tándem perfecto. Molesto consigo mismo, Denis se salió por la tangente.

–¿Qué sabes de unas monedas antiguas? –dijo.

La agente Galán se quedó perpleja. Jamás habría imaginado que le haría esa pregunta, una maniobra que ella interpretó como una cortina de humo. Y más aún, se percató enseguida de que era una forma audaz de contrataque que la obligaba a dar explicaciones. Las monedas, claro, como si no lo supiera.

–¿Qué sabes tú? –repuso ella–. No me irás a decir que lo sabes todo, como la otra vez.

–No, pero estoy dándole vueltas. Los dos sabemos que el asesino colocó una moneda antigua en la boca de las víctimas. La efigie de la cara se corresponde exactamente al tatuaje que escondes en el culo.

–Muy gracioso.

–Pero no tengo claro por qué las ha puesto en la boca. Seguro que quiere decir algo. Quizá un mensaje.

Ante el silencio elocuente de Isabel, él deslizó algo similar a una interpretación. La moneda podía estar relacionada con el pasado del lugar, en concreto con el templo de Lux Dubia erigido y consagrado a Venus en la orilla del *Ager Veneriensis*; o bien representaba el tributo que había de pagar a Caronte, o ambas cosas a la vez unidas misteriosamente en la mente turbia del asesino. En todo caso era muy extraño que el monstruo no les hubiera colocado la moneda sobre los ojos, siguiendo la costumbre pagana de entregar un óbolo al barquero para que ayudara al difunto a cruzar el río de la Muerte. Eso explicó Denis.

–¿Y todo este rollo te lo han *pegao* en la Oficina de Turismo?

–Bueno, no exactamente –titubeó él–. Voy leyendo cosas en internet.

–No estás solo, ¿verdad? –preguntó ella dando un giro.

–¿Por qué lo dices?

–Porque no eres el mismo. Si te hubieras visto el día que llegaste a la comisaría... Y ahora mírate. Ni Tom Cruise. Bajando a los barrios de pescadores, haciéndote pasar por detective privado, camelándote al personal, dándome lecciones de historia. Flipo, tío. No he visto nada igual en toda mi vida. Menudo camaleón.

–Piscis, ya te lo dije.

–Es lo mismo. Por cierto, ¿quién es ella?

–Ya lo sabes.

–Sí, pero quiero que me lo digas tú.

–Es la amiga de la marquesa de Miraflores –repuso Denis sin oponer resistencia.

–Ten cuidado. No es la primera vez que se mete en problemas.

–¿Ah, sí?

–Sí. Una vez la detuvieron por conducción temeraria en la zona de las Salinas. Iba como una loca: la moto roja, sin casco, sin papeles... Entonces se puso hecha una fiera y no se le ocurrió otra cosa que darle una hostia al policía. Supongo que iba fumada. Resumiendo, que la metieron en el trullo y tuvo que sacarla la marquesa.

–Y ahora me dirás que no me fíe de ella –comentó Denis.

–Tal cual: no te fíes ni un pelo. Pero no en el sentido que tú crees.

–¿Ah, no?

–No, Julio. Te hablo como experta en mujeres. Cuando me enteré de que le había dado una hostia al cabo Vega, hasta me puse cachonda. ¡Qué pantera!

–Estáis locas, Isabel, todas locas.

–Por eso mismo –dijo ella–. Ten cuidado, no te vaya a dar un zarpazo. Las mujeres tenemos las uñas más largas que los tíos.

Anda, cuelga, que tengo que ir a clase de taekwondo.

–¿Y haces taekwondo con las uñas largas? No quiero ni pensarlo.

–Mejor no lo pienses.

Se despidieron con una sonrisa en los labios. Pese a la crudeza del tema de fondo, Isabel se sintió mejor tras hablar con Denis. Pero luego sucumbió de nuevo a la soledad. Sus padres y hermanos vivían en Sevilla y ahora los echaba muchísimo de menos. Desde la muerte de sus amigas procuraba mantener el buen ánimo de siempre, basado en su inclinación a la broma por un lado y en su capacidad para encajar ciertos comentarios machistas por el otro. Gentileza de Marchena. Al menos lo intentaba. Sí. Porque quizá tenía razón Denis al sostener que las mujeres navegaban en las aguas de la locura. ¿Acaso no había sido un desvarío ir las tres juntas a la tienda de tatuajes cuando eran casi unas niñas? ¿Y no había sido otra locura maravillosa ese amor que las poseyó hasta la muerte? Por desgracia, Isabel Galán había sufrido bastante en aquella relación plena de misterio donde no siempre fue la persona más amada. Pero al menos pudo experimentar las delicias del amor entre iguales, los placeres prohibidos, y ahora pagaba el precio de sufrir la condena de amar a dos fantasmas. Así las cosas, era una insensatez contarle toda la historia a Marchena en busca de protección policial. Para eso contaba con una sólida formación en artes marciales y disponía de su arma reglamentaria: una Heckler & Koch, modelo USP Compact de 9 mm. Era una pistola moderna, ligera, fiable. Sólo que esa pistola ni ninguna otra arma de fuego lograría devolverle los besos perdidos.

38

El secreto del barman

Tras colgar el teléfono, Denis sucumbió a un rapto de incertidumbre. ¿A qué demonios estaba jugando? ¿A resolver un enigma cada vez más complejo? ¿A seguirle el juego a una aristócrata italiana que era *hacker*, además de fotógrafa, que consumía marihuana y pegaba a un agente de la ley? Se sentía en mitad del alambre. Recapituló. Si no ponía remedio, aquel debate consigo mismo no tardaría en robarle tantas energías como la resolución misma del caso. Se daba cuenta de que no era un comisario duro como Marchena, ni tampoco uno de esos policías que salen de la academia llenos de ideales y terminan limpiando las cloacas de la ciudad. Como Isabel Galán. En el fondo era un pobre diablo enamorado de una muerta que había respirado por azar el aire de un crimen. Y justo cuando despertaba a la vida, el destino le había reservado un cadáver para los postres. Otro más. Denis estaba harto de que las mujeres murieran, sin razón ni porqué, acaso porque simplemente eran mujeres, o por el hecho de que iban ampliando su radio de acción y a veces se movían en el lugar equivocado. Como Lucía Venegas de Terry.

Para un hombre de su sensibilidad, la resolución de ese crimen era lo único que le quedaba. Sin embargo, su impulso por hacer algo contra esa forma aberrante de violencia topaba con un obstáculo cada vez mayor. Sobre todo existía el enigma de las monedas. Aquel detalle alucinante en la boca de las víctimas merecía una atención especial; pero bien mirado restaba protagonismo a esas otras víctimas que habían muerto de mala manera, sin más, ultrajadas,

golpeadas, violadas, enterradas en el fango sin la menor distinción, sin ese último regalo de un asesino culto e inteligente. Desde la aberrante perspectiva de este, aquel gesto final debía ser algo así como una forma sublime y perversa de elevarlas a los altares. Quién podía saberlo. En todo caso Denis dedujo que no le bastaba con averiguar la datación aproximada de las monedas, ni tampoco la función que debían cumplir en el templo pagano que se alzaba a orillas del Guadalquivir. Según las investigaciones de Carla, recordó, aquellas dos piezas pertenecían a una serie de tres que habían sido halladas en un yacimiento arqueológico en la zona de la *Ager Veneriensis*. Luego habían sido robadas. Faltaba, pues, una tercera moneda que debía obrar en poder del asesino.

A medida que avanzaba en las pesquisas, Denis sintió un impulso cada vez mayor de sincerarse con Larios. Al fin y al cabo, era su único amigo en Sanlúcar. El hecho de que trabajara en un periódico podía ser un obstáculo si Larios deslizaba alguna indiscreción en su columna; pero él no parecía esa clase de hombre que buscaba notoriedad a cualquier precio. Lo suyo era la crónica local, no la crónica de sucesos. Como tipo acostumbrado a circular por el lado luminoso de la vida, experimentaba una aversión instintiva hacia el lado oscuro y siniestro de las cosas. Desde la aparición del cadáver, además, Sanlúcar seguía recibiendo a periodistas, reporteros de televisión, sanguijuelas de las revistas del corazón, o simplemente fisgones entrometidos a la caza de la exclusiva del año. Larios no pertenecía a ese circo.

Así pues, aquella tarde Denis se acercó al hotel Guadalquivir. Hacía demasiado que no tomaba una copa con él y deseaba compartir algunas novedades, no sólo del caso sino de su propia vida personal.

Mientras subía en aquel ascensor tembloroso hasta la planta de El Camarote, volvió a pensar en Larios. El cronista gaditano poseía la virtud de alegrarle el día, transportándolo a un territorio tan hondo y sereno como las aguas del río. ¿Dónde residía su encanto? Quizá en la voz tan masculina, perfectamente modulada, y en ese adorable acento de la tierra que en su caso cobraba timbres de insólita calidez. Denis aún recordaba el primer encuentro, la tarde ominosa que habría de cambiar su vida, cuando lo oyó recitar unos versos de Borges en la barra del bar. Luego le cautivaban sus historias locales, todo aquel pasado sanluqueño que Paco sabía revivir con pasión y con palabras míticas. En suma, si alguien merecía conocer la historia de las monedas era Larios. De hecho contaba con las herramientas precisas para arrojar una luz que lo iluminara todo.

Esta vez el cronista tardó un poco en llegar. Se presentó un tanto inquieto, como si estuviera en vísperas de un gran viaje. Pero al primer sorbo de Macallan volvió a ser el de siempre. Los amigos bebieron juntos en honor del ocaso que iba a borrar los pecados del día. Como de costumbre, Denis miró fascinado el formidable paisaje que se abría más allá del muro de botellas. Nada era más bello, más esencial que aquel río deslizándose bajo el cielo eterno. Por suerte, su atención ya no se redujo a la playa maldita. Ahora ya era capaz de extender su mirada por toda la orilla de Doñana, donde un bosque verde e impoluto se iba apagando como un cuerpo dormido.

Media hora más tarde Larios ya estaba al corriente de los avances de Denis, incluida la anécdota desconcertante de que se había hecho pasar por un detective llamado Umberto Eco. El periodista no podía creerlo: no sabía si tomarlo a broma o reprobar su actitud, pero luego prevaleció el deseo de conocer más datos acerca del asesinato

de Lucía Venegas de Terry. Intercambiaron impresiones. Denis también le habló del hallazgo de las monedas antiguas y Larios lo escuchó sin pronunciar palabra. Al final el viudo le lanzó la pregunta que el otro estaba esperando:

–¿Por qué no me dijiste que la hija de Marchena también tenía una moneda en la boca?

–¿Qué dices? Yo no la vi.

–¿Seguro? –preguntó Denis.

–Segurísimo, Julio. Yo no voy por ahí abriendo la boca de los muertos. No soy forense ni tú tampoco. Ya te conté que salí corriendo a la asociación de mujeres. Luego volví con esa mula que casi se desmaya allí mismo. Bastante tuve con poner un poco de orden y limpiar a la víctima. ¿Quieres que te repita la historia?

–Lo siento, Paco –se disculpó enseguida el arquitecto–. Estoy muy metido en este asunto y tengo la intuición de que las monedas son la clave de todo.

–Supongo que sí.

Entonces Denis desvió la vista hacia el ventanal y vio a Juanito en una esquina de la barra, cerca de la caja registradora. Sus miradas se cruzaron fugazmente y luego el camarero bajó los ojos. De pronto Denis tuvo como un fogonazo de pura clarividencia. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Juanito. Sí, Juanito. El joven barman de El camarote, tan pulcro, tan obsequioso y cordial. Un fanático de las monedas. La única persona que se destacaba cada tarde sobre el gran lienzo de Doñana.

–¿Qué sabes de esa moneda? –lo interrumpió Larios.

– Poca cosa, la verdad. Tengo una amiga que encontró algo en internet. Trabajamos juntos.

–¿La fotógrafa?

–Sí, la italiana.

–¿Y qué tal?

Denis dudó antes de responder. No le apetecía admitir que había desoído su consejo de que se mantuviera alejado de ella. Quizá el periodista lo había prevenido porque tenía noticia de su antiguo incidente con la policía. Sea como fuere, le pareció que debía mostrarle el lado más fiable de Carla. No quería traicionarla. Y menos ahora.

–Es la secretaria de la marquesa de Miraflores.

–Ya me lo dijiste –recordó Larios.

–Sí. Lo que no te conté es que ella va a menudo a la casa de Sanlúcar y se encarga de sus asuntos. Me dijo que tenía permiso para abrirle las cartas y hacer ciertas gestiones en su nombre.

–Coño, Julio, esto cambia las cosas. Me estás hablando de poderes notariales. La marquesa es una mujer muy inteligente. Recuerdo aquella entrevista en el cortijo...

–Carla también es muy inteligente –le cortó Denis–. Estudió en Bolonia con un tío importante. Total, que nos hemos hecho amigos y yo voy bastante por la casa de la calle Fariñas.

–Me quitas un peso de encima. Ya te dije que necesitabas encontrar a otra mujer si querías olvidar a Berta. Aunque no tengo claro que ella sea una mujer para ti.

–Tampoco creo que yo le interese mucho –aclaró Denis–. Carla sólo vive para el caso. Desde que Lucía Venegas apareció muerta no hace otra cosa que rastrear por internet. ¿Quieres que te cuente algo?

–Entre amigos no hay secretos.

–La tía es genial pirateando las bases de datos y cosas así. Todos los días me sorprende con algo nuevo. Hoy me ha llamado para decirme que estaba cada vez más cerca del asesino.

Denis mintió deliberadamente. En realidad, había lanzado un globo sonda para observar alguna reacción de Juanito, que seguía en la barra escuchándolo todo. Sin embargo, este permaneció inmutable.

–¿Alguna pista? –preguntó Larios.

–Bueno, me ha dicho que tenía una sospecha. Pero mañana ha de irse un par de días al cortijo.

–¿Tienes alguna foto de la moneda? –preguntó el periodista, cambiando con brusquedad de rumbo.

Denis sacó su teléfono móvil y buscó en la pantalla la «galería de imágenes». Luego seleccionó una y se la mostró a Larios. Durante unos instantes este observó la moneda antigua, tratando de encontrar alguna clave que ampliara las pesquisas de su amigo. Pero al final llegó al mismo punto: aquel óbolo en la boca era el tributo que la muerta debía pagar a Caronte, el barquero, para ser trasladada al más allá donde luego accedería a los Campos Elíseos o al Tártaro. Si no se cumplía esa condición indispensable, las almas de Lucía Venegas y de la hija de Marchena estarían condenadas a vagar por la ribera del río durante cien años.

–¿Qué piensas? –preguntó Denis.

–Ni idea. Nunca había visto una moneda así, pero al menos el asesino tuvo la deferencia de pagarles el billete.

–Menudo cabrón. Es típico de los psicópatas.

Larios asintió con la cabeza y luego tuvo una idea que podía serles de utilidad: invitar al camarero a que se sumara a la charla.

–Estamos perdiendo el tiempo, amigo mío –le dijo a Denis–. Aquí el experto es Juanito. ¿Te ha enseñado su colección?

–Sí, claro, me gustó mucho. Pero creo que no son monedas tan antiguas.

–¡Qué va! –repuso el barman– Mi colección no vale gran cosa, ya me lo dijo usted, pero estoy contento porque todas mis monedas son extranjeras.

–¿Los turistas no traían pesetas? –le preguntó el arquitecto.

–Sí. Pero siempre había alguno que se equivocaba y te soltaba calderilla de su país. Francos, liras, peniques... Aquí la gente bebe mucho, ¿sabe? A la tercera copa no se enteran de nada. Meten la mano en el bolsillo y sacan lo primero que encuentran.

–Ah.

–Estaba tan harto de monedas raras que al final pensé que lo mejor era coleccionarlas. No iba a tirarlas a la papelera. Trae mal fario tirar el dinero.

–Bien hecho –dijo Larios–. Por eso queremos enseñarte una moneda rarísima a ver si te suena de algo.

Entonces Denis rescató la imagen del móvil y se la mostró al camarero. Lo hizo lenta y conscientemente, sabiendo que aquel era un momento crucial. Estaba muy inquieto por ver la reacción del primer sospechoso de la muerte de Lucía Venegas de Terry.

–Lo siento –dijo Juanito tras examinar la foto–. No la había visto en mi vida. Parece muy antigua. ¿Es de oro?

–No.

–Pero seguro que vale una fortuna.

–En cierto modo sí –dijo Denis, mirándole con premeditación a los ojos–. Pero no por lo que piensas. Cuando llegue el momento...

Larios interrumpió y le dijo a Juanito:

–Necesitamos otra ronda. Recuerda que eres el que apaga mi sed cuando el sol se desvanece. ¡Ah! Y no le hagas mucho caso a Julio. Son cosas nuestras. Pero si algún día ves una moneda como esta, nos llamas de inmediato.

–Descuide, les llamaré. Pero no creo que nadie lleve una moneda así en el bolsillo.

Denis abandonó el hotel presa de cierta confusión. Tenía la certeza de que las cosas iban cobrando un nuevo rumbo pero ignoraba el final del viaje. Es cierto que todo se había activado de nuevo: había conversado con Larios y creía haber descubierto un detalle crucial en relación al barman. Bastaba recordar cómo se habían cruzado sus miradas durante un instante que lo decía todo. Pero luego el sospechoso había mostrado una sangre fría escalofriante al ver la moneda de Venus. Al final sólo le quedaba aquella imagen de Juanito, de pie en la barra, con la chaquetilla blanca, desdibujándose como un pálido espectro en el último contraluz de la tarde. El camarero, sí. Quién iba a decirlo. Y sobre todo cómo atraparlo.

39

A contratiempo

Pese a la inquietud de fondo, Denis durmió de un tirón, como no lo hacía desde que tuvo noticia de la enfermedad de Berta. Quizá hubiera seguido retozando en la cama, de no ser por la voz animosa

de la Loli que se introdujo en su sueño y lo devolvió a las cálidas nubes de la infancia. Entonces se despertó de golpe y reconoció una de las canciones favoritas de la criada andaluza de casa de sus abuelos. Pertenecía al repertorio de Concha Piquer. La reina de la copla. Esa canción le trajo a Denis algo más que un delicioso recuerdo infantil: le abrió una ventana hacia un paisaje que no había tomado en consideración. Hasta ese momento todos sus pasos se habían dirigido a unos ambientes muy concretos, relacionados con las pistas encontradas en el cuerpo de las víctimas: había ido a ver a un tatuador en busca de información sobre un tatuaje; había bajado a El Barrio para descubrir algún tipo de conexión entre la hija de Marchena y el narcotráfico; había repasado a fondo algunos datos históricos de la antigua Bonanza que regularmente le facilitaba Carla Fantoni. Pero en el camino había perdido detalles esenciales, otro tipo de pistas que figuraban en el informe de la policía. De súbito, la canción de la Loli le había abierto los ojos.

Según el nuevo informe de Marchena, la última vez que se vio con vida a Lucía Venegas fue en un «tablao» de la calle San Miguel. Pese a que Sanlúcar no era una plaza fuerte dentro del circuito mayor del flamenco, los aficionados se quitaban la espina en ese local llamado A Contratiempo. Aquello venía a ser como una «jaima» iluminada en mitad del desierto, quizá uno de los pocos rincones sanluqueños donde podía proclamarse una de las verdades más puras del corazón humano. Denis sabía que alrededor de ese universo burbujeaba una fauna apasionada, con el corazón a flor de piel, donde las emociones latían al límite. Y estaba claro que las emociones al límite habían poseído a las víctimas del río que lo seguían llamando.

Aquella noche de invierno, el detective Umberto Eco salió de casa bien abrigado y decidió acercarse hasta el «tablao» a hacer algunas averiguaciones. Si Juanito era al final el autor de los crímenes, quizá era un habitual de ese lugar o incluso había trabajado en él o alguien lo había visto por allí en las últimas semanas. Mientras bajaba por la calle Ganado, miró el reloj. Denis no había hecho bien los cálculos: aún faltaba una hora para que empezara el espectáculo de la bailarina Noelia Vilches, cuya trayectoria venía avalada por varias giras y premios internacionales. Entretanto, decidió dar un paseo en dirección al «tablao», pero enseguida comprobó que la calle San Miguel era muy corta, de manera que buscó refugio en una pequeña tabernilla de la misma calle para matar la espera. A esa hora el modesto local estaba casi vacío, apenas una pareja a una mesa y un hombre de mediana edad en la barra. Denis recurrió de nuevo a su falsa identidad, porque ya no tenía nada que perder y porque deseaba establecer algún tipo de conexión fiable entre Juanito y las víctimas. Pidió una manzanilla en rama y luego se lanzó a tumba abierta. A los cinco minutos ya estaba preguntando al camarero por Lucía Venegas de Terry.

–No me gusta meterme en asuntos de payos.

–No parece usted muy gitano –se atrevió a decir Denis.

–El que seguro que no es gitano es *usté* –repuso el otro.

–Bueno, todo está cambiando. Payos, gitanos, qué más da.

–Cómo se nota que usted no es de aquí.

–Háble me de la chica. Lo otro no me interesa.

El camarero dudó un segundo antes de responder:

–Le decía que no me gusta meterme en asuntos de payos porque casi siempre acaban mal. Pero me jodió lo de esa chica. Era muy

buena gente: se hacía con todo el mundo. Antes de entrar en el «tablao» pasaba siempre por aquí.

–¿Sabe si salía con alguien?

–Pues sí. Las tías como ella pueden tener lo que quieran.

–¿A qué se refiere?

–Pues eso, tíos de mucho parné. Venían con unos cochazos...

–Es normal –dijo Denis–. La gente rica se hace con gente rica.

–Yo no hablo de condes ni de bodegueros.

–¿Ah, no?

–Hablo de gente con muchísima pasta. Y la pasta no cae de los árboles.

Denis intuyó que no iba a sacar nombres concretos, sólo opiniones y algunos prejuicios. Pero detrás de ellos había un mensaje esclarecedor: el camarero le estaba diciendo que los gitanos eran inocentes. Según la leyenda popular, constituían una comunidad dedicada en su mayor parte a cambalaches y trapicheos, incluso a hurtos a pequeña escala, es decir, estrategias de supervivencia al borde de la ley. Poco más. A lo sumo controlaban el monopolio callejero de la venta de hachís. O eso creía Denis. Pero aquellos coches de lujo, aquellos tanques de 50.000 euros no estaban al alcance de cualquiera. Gitano o no. Lo mejor era seguir tirando del hilo porque al final la gente daba información, en especial cuando pretendía ocultarla.

–¿Vio a alguien aquella noche?

El camarero rebuscó en su memoria:

–Sí, esa noche no vino con los amigos de siempre.

–¿Con dos amigas, quizá?

–No. Iba con un tipo muy *arreglao*, muy fino. Nunca lo había visto. Parecía de fuera.

–¿Notó algo raro?

–Pues eso, que el tío era de fuera y hablaba de una manera rara. Ella lo miraba con la boca abierta como si estuviera escuchando a Camarón.

Denis trató de imaginar el cuadro, que libraba de sombras al barman del hotel Guadalquivir. Le molestaba equivocarse, pero lo había hecho. Casi seguro que Juanito era inocente, porque un nuevo sospechoso con mayores méritos había entrado en escena. El gitano siguió:

–No me gusta meterme en asunto de payos, ya se lo he dicho. Pero ¿sabe qué pienso? Que en el fondo no era una chica feliz. Eso se nota. Entonces aquel tipo le dijo que era muy guapa, que era especial, y luego se marcharon en un coche blanco y al final apareció muerta.

–¿Un coche blanco?

–Sí. Creo que era un Audi.

–¿Hay algo más que pueda decirme?

–Nada más.

–Una última pregunta –dijo Denis–. ¿Quién es el hombre que busco?

–¿Cómo quiere que lo sepa?

–Usted habla con todo el mundo.

–Aunque lo supiera –repuso el otro–, no se lo diría. Esto sigue siendo Sanlúcar.

Denis comprendió que ya no iba a llegar más lejos. Pagó la consumición y salió a la calle. En realidad, ya sabía lo que quería

saber, algo que en el fondo supo desde el primer día: el coche del asesino era de color blanco; era el mismo que había visto en la orilla de Doñana. Además de este detalle importante, acababa de enterarse de que a veces Lucía Venegas frecuentaba ciertas compañías que podían asociarse al crimen organizado. Sin embargo, la última vez que fue vista con vida la acompañaba un desconocido que pertenecía a otro ambiente. Luego desapareció. ¿Qué relación existía entre lo uno y lo otro? Imposible saberlo. Denis siguió caminando por la calle San Miguel. Unos metros más arriba vio el cartel luminoso del «tablao» y luego se fijó en el póster a color con una imagen de Noelia Vilches. Era una bailarina seca, racial, poderosa y con una gestualidad muy expresiva. Seguro que valía la pena. Aunque hacía bastante frío, algunas personas conversaban con tranquilidad en la puerta. Denis reconoció a un pequeño grupo de jubilados del Imserso que había visto el día anterior en el *hall* del hotel Guadalquivir. De pronto sonó el móvil. Era Carla.

–¿Dónde estás? –preguntó él.

–Acabo de llegar del cortijo. ¿Y tú?

–En la puerta de un «tablao». Hay una actuación de Noelia Vilches. Dicen que es muy buena. ¿Por qué no te vienes?

–¿Por qué no vienes tú?

–Déjame que lo piense.

–No tardes mucho. Estoy cansada y quiero hablar contigo.

–¿Pasa algo?

–Me pasa que quiero verte.

40

La paz sea contigo

Denis colgó el móvil y fue caminando hacia la calle Fariñas. Como ya empezaba a conocer el centro, calculó la ruta más corta: bajar por la calle San Miguel y doblar en la plaza de la Salle; luego tomar la calle San Juan en dirección a la plaza del Cabildo. Mientras acudía con buen paso a la cita, vio que las calles estaban casi desiertas. Los comercios ya habían cerrado, de modo que la arteria comercial de la calle San Juan sólo era un espejismo. Denis pasó delante de la farmacia, la herboristería, la inmobiliaria, la agencia de viajes, el estanco, la tienda de productos andaluces y el colmado especializado en la venta de quesos. Todo cerrado, salvo el Café Dueñas y su terraza iluminada. Por un instante quiso efectuar una parada en uno de los sitios con mayor encanto de la ciudad, hacer algo así como una escala técnica para repostar en vistas a su encuentro con Carla Fantoni. ¿Por qué lo había convocado a esa hora? No lo sabía, pero siguió adelante en mitad de la noche. No debía detenerse hasta llegar a Fariñas 33. Y no lo hizo.

Cuando la fotógrafa le abrió la puerta, percibió que el ambiente había cambiado. Ese cambio no guardaba relación con los interiores del edificio, que mantenían la esencia inmutable de los siglos y la estética propia de los cargadores a Indias. De hecho, Denis se extasió de nuevo en el patio andaluz, aquella penumbra fresca, la fuente pálida y cantarina, cuyo eco reverberaba como una invitación a soñar y quedarse allí para siempre. Todo estaba en su sitio, en efecto, pero reconoció el perfume delator de la marihuana, y luego

oyó algo que le sonó a herejía. Era una música intolerable que brotaba del estudio de Carla invadiéndolo todo.

–¡Qué horror! ¿Qué es? –le preguntó.

–Zawinul Syndicate.

–Ni idea.

–No me extraña. Lo tuyo es Sabina.

–¿Cómo lo sabes?

–Se te ve en la cara, Julio, eres carne de Sabina.

–La italiana dando lecciones...

–Recuerda que llevo muchos años aquí –dijo ella–. La música es importante en la vida. Pero no será fácil ponernos de acuerdo. ¿Quién hay entre Sabina y Zawinul?

–Tú sabrás.

–¿Te gusta Sting?

–Claro.

–Genial. No sé si Sting es el término medio. Pero escucha esto.

Entonces Carla cambió el CD y puso *The Last Ship*, el último trabajo de aquel músico que les agradaba a los dos. Enseguida Denis sucumbió al encanto de un valsecillo marinero donde el genio de Newcastle evocaba la resurrección de Cristo. El último barco, los astilleros, el retorno a la vida de un muerto: era algo que le resultaba bastante familiar. Mientras fluía la canción, Carla fue un momento a la cocina y regresó con una misteriosa botella negra. Se la mostró satisfecha. Denis se fijó en la marca –Lumé– y en el detalle extraordinario de que ese *champagne* había sido criado en las inmediaciones del Coto de Doñana. Por la banda de Huelva. Entonces ella extrajo el capuchón metálico de color rojo y la abrió. Luego llenó las dos copas.

–¿Qué celebramos? –preguntó él.

–Celebramos que aún estamos vivos.

–Gracias por la información. Me quedo más tranquilo.

–¡Ja, ja! Por fin te veo animado –dijo ella–. Creo que el aroma de la yerba te está entrando por la nariz.

–Carla, por favor, apágalo. Sólo falta que me conviertas en un yonqui pasivo.

–Vale, vale...

Bebieron y conversaron como amigos de toda la vida. Aunque Denis había acudido a la cita creyendo que ella tenía algo importante que comunicarle, no se produjo ninguna novedad reseñable en relación al caso. Por primera vez lo agradeció. Quizá Carla Fantoni tenía razón: había que celebrar que ambos seguían vivos, y a veces celebrar la vida era olvidarse de todo. Ahora ella le dedicaba esa media sonrisa que a él empezaba a gustarle. Esa sonrisa daba la impresión de que Carla lo conocía bien; aunque él no abriera la boca en toda la noche, ella sabría lo que iba a decir. A la inversa no era tan fácil, desde luego, porque la italiana era tan excéntrica como imprevisible. Denis supo después que cultivaba plantas de «black mamba» en la terraza soleada de Fariñas, y que no tenía pudor en ir desnuda por los patios de la casa, ni en colgar la ropa como Dios la trajo al mundo, para pasmo y regocijo de los albañiles que reparaban los tejados vecinos. Entonces Carla les dedicaba una gloriosa peineta, antes de lanzarles algún improperio en dialecto romano que hacía temblar los muros del cercano Convento de las Clarisas.

–Seco, afrutado, con mucho cuerpo.

–¿Qué dices? –preguntó Denis, despertando de su ensoñación.

–Es la nota de cata. Me gusta mucho el Lumé. Lo fabrica un primo lejano de la marquesa.

–No me digas que también sabes de vinos.

–Se hace con uva del condado –dijo ella–. Uva Zalema. En árabe significa «La paz sea contigo». Según la leyenda, Cristóbal Colón llevó esta uva a América. Fue la primera.

–Qué curioso –dijo Denis–. Por un momento me has recordado a alguien que lo sabe todo. Quizá lo conoces: el periodista Francisco Larios.

–Lo conozco.

–Me comentó que había ido una vez al cortijo para entrevistar a la marquesa.

–¿Una vez? –preguntó Carla con cara de sorpresa–. Pero si el marqués tuvo que echarle los perros porque estaba todo el día en su casa...

–Así que eran muy amigos.

–Es una larga historia. Te la contaré otro día. Pero en Isla Mayor han pasado muchas cosas.

Denis se quedó atónito: no era esa la información que le había dado su amigo, pero no dijo nada. Se limitó a mirar a Carla, luego alzó la copa y pronunció una frase solemne como si fuera el propio Larios contemplando el ocaso.

–Por la vida.

–Por la vida.

El CD de Sting había terminado y Denis volvió a pensar en la primera canción. El muerto había resucitado y el último barco había llegado a su destino tras una larga y azarosa travesía. De pronto, Carla se puso en pie y se acercó hasta su butacón de terciopelo.

Julio creyó sentir su mano sobre el hombro, dejada caer al descuido, como un pañuelo de seda que se abandona al pasar. Luego se produjo un fundido en negro, como en las películas de cine mudo. Las películas de otra época, las películas eternas que tanto gustaban a Berta.

A la mañana siguiente, Denis intentó establecer un parte de daños como el capitán de un submarino tras ser alcanzado por un torpedo. ¿Qué había sucedido con Carla Fantoni? Una historia tan vieja como el mundo: algo único y maravilloso que él necesitaba desde hacía mucho tiempo. Pero al evocar aquella escena en el dormitorio de la marquesa de Miraflores –una cama con dosel del siglo xviii– lo invadió un hondo sentimiento de culpabilidad. Era una llamarada absurda que nacía de lo más convencional de su conciencia, del pequeño moralista que llevaba dentro. Siempre había sido así. A ello se sumaba el doloroso recuerdo de su esposa. ¿Hasta qué punto la había engañado con la italiana? ¿Traicionamos a los muertos como traicionamos a los vivos? Estas preguntas lo acosaron mientras dejaba el palacete atrás y se sumergía en el bullicio matutino de la calle Ancha. Al pasar frente a la bollería La Merced recordó que no había desayunado nada. Aunque el mostrador era pequeño, ofrecía un amplísimo repertorio de la deliciosa repostería sanluqueña: tortas de aceite, bollos, bizcochadas, roscos de almendra, sultanas de coco, pestiños... Al final optó por los cortadillos de cidra, pues era un devoto del cabello de ángel. Compró tres. Antes de llegar a la plaza del Cabildo ya se había comido el primero: una maravilla que le hizo observar las cosas con cierta perspectiva moral y una mayor condescendencia hacia sí mismo. Luego se sentó en un banco de la plaza y devoró el segundo cortadillo mientras contemplaba la vida.

Entonces pudo ver una escena del todo insólita: hacía tanto frío que todas las palomas se habían congregado muy juntas al pie de la fuente. Estaban ateridas, inmóviles, temblorosas, esperando en silencio el primer rayo de sol.

Mientras tomaba un café en la terraza cubierta del Barbiana dedujo algo muy simple que se le había pasado por alto: en Sanlúcar no lo conocía casi nadie y, en consecuencia, nadie tenía noticia de su noche de amor. Sólo ellos. Dedujo también que Carla debía de estar atravesando un proceso similar al suyo, y que en ese mismo instante, quizá, estaba haciéndose las mismas preguntas. Por un momento sintió el impulso de volver a la casa para hablar con ella, o simplemente mirarla a los ojos y luego darle un abrazo. No le gustaba nada haber huido como un ladrón, aprovechando que ella seguía dormida bajo los efectos de la marihuana. Después del tercer cortadillo, además, Denis tuvo algo así como una epifanía: aquello no era el desliz de una noche de pasión. Algo le había tocado muy hondo, como le ocurrió tras su primera noche con Berta. Ahora tenía la misma certeza de haberse embarcado en algún tipo de travesía cuyo destino era un misterio. Dicha travesía podía naufragar en el astillero, como un barco mal construido, o viajar hasta un continente nuevo donde rehacer sus vidas. Porque desde el principio Julio Denis había tenido muy claro que ambos eran dos náufragos.

Tras pasar la mañana en el apartamento –intentando incorporar a la nueva Carla en la trama de su vida– recordó que la Loli le había dejado preparado un plato el día anterior. Abrió la nevera, calentó el guiso de papas con choco y se sirvió una copa de Barbadillo. Antes de sentarse a la mesa puso un CD de Kings of Convenience y se dejó llevar por esa música que venía del frío. Eran canciones frescas,

suaves, intimistas, que invitaban a la vida desde la grisura de los cielos de invierno. Aquella suave melancolía gozaba de una innegable vitalidad que Denis agradeció de todo corazón. De pronto se sintió mejor, mucho más a tono con el mundo. Por primera vez en varios meses tuvo la impresión de que volvía a sentir una emoción olvidada, algo así como el fluir de la sangre en su torrente circulatorio. Por supuesto, no era tan ingenuo para creer que aquel episodio de la calle Fariñas había logrado por sí solo el milagro. Pero tuvo que admitir que Carla Fantoni era la maga que había oficiado la ceremonia de su retorno a la vida. En realidad ese renacer tuvo su origen antes, gracias a los personajes y ambientes que había ido conociendo en Sanlúcar. Salvo Marchena. Pero durante esa noche con Carla su alma había recibido una señal a través del cuerpo y del placer de los sentidos. En suma, todo aquello que la muerte de Berta había sepultado bajo una capa de cemento. Entonces recibió un wasap:

Tengo un mar danzándome, justo donde ya no estás.

Carla

41

El infiltrado

Desde el principio el comisario Marchena tomó medidas para que no se filtraran detalles de la investigación, en especial aquellos que

desprendían un tufo morboso o sensacionalista. Detalles como la moneda antigua en la boca de las víctimas. Sin embargo, los avances policiales eran muy lentos y eso aumentaba el riesgo de filtraciones. Aunque había hecho un esfuerzo heroico para zafarse del abrazo negro de la memoria, la muerte de su hija llamaba de nuevo a la puerta. De día y de noche. Al final el comisario tuvo que aceptar que quizá no ponía todo de su parte, pese a las grandes presiones de la familia Venegas de Terry. A niveles profundos, Antonio Marchena seguía bloqueado, y aunque contaba con casi toda la información para hacer una correcta lectura del caso, su inconsciente herido operaba como un saboteador interior que apaga la luz.

Justo cuando la opinión pública comenzaba a reclamar resultados ocurrió lo más temido: los medios de comunicación hicieron referencia a una moneda misteriosa en la boca de la heredera asesinada. Al instante aquello encendió como una tea la fantasía calenturienta de la gente; parecía uno de esos rituales macabros de alguna serie de televisión. En Sanlúcar no se hablaba de otra cosa, y la palabra «moneda» terminaba por caer en las conversaciones como una gota de clepsidra. Marchena dibujó mentalmente un mapa de las habladurías. Dicho plano incluía la legendaria barra de Casa Balbino, el interior adorable del Café Dueñas, la no menos legendaria barra de Casa Bigote, las mesas de la Peña Bética, la plazuela de la lonja de pescadores, las aulas del conservatorio Joaquín Turina, los patios del instituto Juan Sebastián Elcano –donde los chavales se frotaban las manos y proclamaban la buena nueva por WhatsApp–, el mostrador mágico de Dulces la Rondeña, o la terraza del hotel Guadalquivir, por no hablar de todas las

hermandades y cofradías religiosas de la ciudad. En ese mapa del comisario la palabra «moneda» lo invadía todo.

Sí. En Sanlúcar no se hablaba de otra cosa y Marchena echaba chispas. De súbito aquel detalle escandaloso había saltado a la luz, poniéndolo en evidencia, no tanto ante la opinión pública como ante sí mismo. Ahora se daba cuenta de que más allá de sus bloqueos emocionales era un tipo demasiado tosco, bastante torpe para comprender el trasfondo de las personas. Y se le escapaba lo esencial. En síntesis, lo esencial es que la vida era buena pero la gente es mala, y la gente acababa de darle una nueva lección. En la oficina había un infiltrado, eso seguro, alguien que se había ido de la lengua para buscarle la ruina. Pero ¿quién? Por más que lo intentaba no era capaz de dar con el culpable. Por supuesto, Isabel Galán quedaba libre de toda sospecha: aquel caso la estaba afectando mucho, y tal como él temía, no era la mejor compañera de viaje. Sin embargo, había algo extraño en su somatización desmesurada. Marchena podía entender que la muerte de su hija le hubiera roto el corazón, no en vano eran compañeras de promoción y estaban trabajando juntas en un caso de narcotráfico. Pero la muerte de Lucía Venegas de Terry... ¿Por qué le había llegado al alma? La posibilidad de que se conocieran de antes era bastante remota: Isabel venía de un mundo donde jamás circulaban herederas ni bodegueros. No había conexión posible. Ni una. En eso pensaba Marchena cuando recibió una llamada en el móvil. La voz vibraba distorsionada y era del todo irreconocible. Pero el mensaje le llegó limpio y directo como un puñetazo. Le decía que la filtración era obra de un tal Julio Denis.

El primer impulso del comisario fue mandar un coche patrulla y proceder a la inmediata detención del arquitecto. Estaba harto de él y aquello era el mejor pretexto para expulsarle de forma definitiva de Sanlúcar por obstrucción de la justicia. O algo así. Pero luego cayó en la cuenta de que otra reacción visceral de las suyas sólo iba a acarrearle problemas. El tipo era amigo de la marquesa de Miraflores y a buen seguro de otros nobles de la ciudad. En Andalucía era imposible alcanzar la altura de los dioses. La llamada anónima, además, no era una prueba consistente: apenas llegaba a la categoría de soplo, un nuevo soplo de los muchos que recibía a lo largo del año. Entonces Marchena recapacitó, se contuvo y dejó pasar un par de días. Luego llamó a Denis para citarlo en la comisaría. Este acudió tranquilo, ajeno por completo a los motivos del inspector; pero diez minutos después ya estaban envueltos en una de sus discusiones. Marchena le explicó:

–A los criminales de antes la mierda les salía de dentro. Ahora les llega de fuera.

–No le entiendo.

–No me extraña. Usted no ve la tele. Eche un vistazo a nuestro mundo: series, programas de televisión, películas, internet. El crimen está de moda.

–Siempre ha habido crímenes.

–Estos crímenes son diferentes, se lo digo yo. La gente está cada vez más enferma. En mis tiempos se mataba por un rapto de locura; en cambio, ahora se mata por llamar la atención, por salir en la tele, como si fuera un concurso. Y a ver quién gana. Sólo faltaban esas chorradas de sectas y crímenes rituales.

–Sí, las sectas... –repitió Denis por seguirle la corriente.

–La gente no debería estar informada –continuó Marchena–. Si fuera por mí, nadie sabría lo que pasa en el mundo. ¿Y sabe por qué? Porque toda esta basura da ideas a los chalados. La gente no tiene imaginación pero es muy buena copiando a los demás. Sobre todo lo malo.

–¿Me está diciendo que hay que ocultar noticias?

–Le estoy diciendo que la ropa sucia se lava en casa.

–Sigo sin entenderlo.

–Pues es muy fácil –explicó el policía–. Resulta que alguien ha filtrado un detalle clave de la investigación.

–¿Qué?

–No se haga el tonto. Usted sabe perfectamente de lo que estoy hablando. Todavía no entiendo cómo ha sabido lo de la moneda, pero le aseguro que lo averiguaré.

Denis se quedó callado mientras su cerebro entraba en una fase vertiginosa de ebullición. Aquello era un serio contratiempo. Ahora temía que Marchena le dijese que había descubierto que accedían a los ordenadores policiales, o que él circulaba por Sanlúcar con la tarjeta de un detective llamado Umberto Eco.

–Lo averiguaré –repitió el comisario–. Pero lo que más me jode no es esto: lo que me jode es que usted ha ido con el cuento a sus amiguitos de la prensa.

–Yo no tengo amiguitos en la prensa –repuso Denis molesto–. Se está pasando de listo.

–Bueno, tampoco nos pongamos así –reculó el inspector–. Este caso es el más difícil de mi carrera. Compréndalo. Pero no me negará que es muy raro que me hayan llamado para decirme que usted había filtrado la información.

–¿Quién le ha llamado?

–Es materia reservada.

–Oiga, comisario, ¿tengo pinta de ir llamando a la prensa para contarles algo que no sabía?

Marchena observó de forma fugaz a Denis. Sin duda, Sanlúcar le estaba sentando bien a aquel señorito madrileño: había ganado un poco de peso y su piel había perdido el color enfermizo de la gran ciudad. Su aspecto parecía más saludable, como si se alejara de la fatiga y tristeza de los primeros días. Incluso hablaba más de la cuenta. Pero aquella mejora de su tono vital no era suficiente como para sospechar que el viudo era capaz de embarcarse en una investigación paralela. Y menos dar con la pista de la moneda, y menos aún filtrarlo a los medios de comunicación. Marchena se daba cuenta de que sus prejuicios le habían hecho ir demasiado lejos.

–Bien, supongamos que no fue usted. Pero ahora yo tengo un problema grave y usted tiene otro aún más grave.

–¿Ah, sí?

–Sí. Mi problema es que los cuervos se me van a echar encima, y para colmo han puesto en alerta al asesino –explicó Marchena–. En este momento él ya sabe lo que sabemos. Toda esa historia de la moneda. Y sólo puede hacer un movimiento rápido o desaparecer para siempre.

–¿Y mi problema?

–Su problema es que creo que la persona que me llamó era el asesino –aclaró el comisario–. Y no eligió su nombre por azar.

–¿Me está diciendo que quiere incriminarme?

–No. Le estoy diciendo que quiere matarle. Si mis cálculos no fallan, usted será la próxima víctima.

–Gracias por el detalle. ¿Ha pensado en ponerme alguna escolta?

–Coño, Denis, no jodamos. Ni que fuera el testigo protegido de una película americana.

En apariencia, el arquitecto mantuvo la calma, pero desde la muerte de Berta no había sentido aquel ligero temblor en las piernas que le obligó a acudir al médico. Por un instante sintió miedo. Luego reparó en su error y en el error de Marchena: aquellas muertes estaban relacionadas con una secuencia perfectamente calculada, nada aleatoria, y sujeta a una serie de tres monedas. Denis dedujo que el comisario ignoraba aquel dato fundamental, o de lo contrario no le habría advertido de que estaba en peligro. No. Él no estaba en peligro. La que estaba en peligro era una mujer grande con el corazón de cristal, que había oído toda la conversación desde el otro lado de la puerta. El amor secreto de su hija. La agente Isabel Galán.

42

El grito

En los días que siguieron a la noche en casa de la marquesa, Julio Denis reforzó su vínculo con Carla Fantoni. Pero no le fue fácil. El primer reto que tuvo que vencer fue borrar de forma definitiva la dolorosa sensación de estar traicionando a Berta. El recuerdo seguía aún tan presente en su vida, que a veces tenía la impresión de que no había espacio para nadie más. El hecho de que su mujer estuviera muerta carecía de importancia, pues en su memoria se

conservaba viva como en las horas de plenitud, juntos, felices, inseparables. Era como aquella fotografía suya, saltando en la playa, que seguía llamándolo desde la repisa de la chimenea. A menudo se preguntaba por esa rara fidelidad a un recuerdo, mientras la mayoría de parejas vivían condenadas a una rutina de amores difuntos donde la convivencia apenas era un pálido roce entre fantasmas. ¿Cómo llamarlo? La muerte en vida de los besos sin deseo.

En todo caso el *affaire* con Carla iba a ponerlo a prueba, abocándolo a paisajes desconocidos. Dicha prueba, además, no le llegaba en el mejor momento, pero tampoco envuelto en una grave crisis personal. Desde la llegada a Sanlúcar habían pasado algunas cosas de relevancia que parecían impulsarlo a un cambio necesario, del que acaso surgiría una persona nueva: alguien más libre y consciente de sí mismo. Denis comenzaba a percibirlo a partir de pequeños detalles como una mayor empatía suya hacia la gente. Pero nunca creyó que en este cambio que brillaba en el horizonte, el amor iba a llamar a su puerta. En principio aquella pasión no estaba en el programa, y había que aprender a gestionarla, o de lo contrario no era merecedor de ella. Berta se lo había dicho años atrás: «El amor es un regalo de la vida, Julio, y los regalos no se devuelven».

A media tarde llamó a Carla. Llevaban un par de días sin verse, debido al compromiso que ella tenía con la marquesa de Miraflores, que estaba cada vez más enferma. Aunque el anhelo por reencontrarse en la intimidad era bastante fuerte, la fotógrafa le propuso salir a cenar por el Barrio Alto. Siempre que regresaba de Isla Mayor le apetecía perderse en rincones populares, lejos de la grandeza señorial del cortijo. Era algo así como una cámara de

descompresión necesaria para volver a la realidad de la mayoría de la gente. Denis lo comprendía y siempre le tenía preparada alguna sorpresa. Siguiendo los consejos infalibles de Larios, la llevó esta vez a Los Aparceros, cerca de la Puerta de Jerez. Era una taberna de finales de los años cincuenta que conservaba intacto el espíritu humilde y emprendedor de sus orígenes. Como otras de Sanlúcar, era de modestas proporciones y no hacía gala de ese tipismo artificial que deslumbra a los forasteros. Funcionaba con lo necesario: una barra larga de aluminio que brillaba como la plata, un surtidor de Cruzcampo, un reloj de pared, varios barriles de manzanilla, alguna fotografía vieja del pueblo, un par de jamones colgados del techo, el televisor y las consabidas coplillas labradas en plafones de mayólica con alusiones a los encantos del negocio.

> Si a tu Cristo le pides algo,
> no le pongas dos velas.
> Ponle dos tapas de ajo
> Y tres copas de Gabriela.

En efecto. El local tenía fama de servir el mejor ajo campero de toda la comarca, y de hecho su éxito era tan apabullante que la tapa se agotaba en un soplo. Resignado, Denis pidió dos «gorriones» de manzanilla y la tapa del día, que se cocinaba en unas ollas que borboteaban a la vista de la clientela. Este detalle cautivó a Carla, porque de algún modo le parecía estar en Grecia y no en Italia, donde se había perdido el hábito de mostrar lo que se cocía entre bastidores. Tras degustar una cazuelita de garbanzos con sepia, Denis la miró con dulzura y le dijo:

–¿Crees que hacemos buena pareja?

–En absoluto. Me recuerdas a un santo de El Greco.

–Creía que me parecía a un monje ruso. Me lo dijo Isabel Galán.

–Bueno, si quieres verlo así. Pero no hacemos buena pareja. No tenemos nada que ver. Yo Zawinul, tú Sabina. Lo de Sting fue un espejismo. Ja, Ja.

–Pues hay alguien que opina lo contrario –comentó Denis.

–¿Por qué lo dices?

–Mira al espejo. Pero disimula.

Entonces Carla alzó la vista y se fijó en el espejo alargado de la pared. Allí descubrió a un hombre joven acodado en la barra. Estaba tomándoles alguna fotografía de forma furtiva.

–Qué cabrón –dijo la italiana.

–A mí no me importa. Tú también haces fotos...

–Sí. Pero nunca retrato a personas sin pedirles permiso. No sabemos si lo ha contratado alguien. O es el asesino.

–Joder, tía, vas un poco lejos. Míralo bien, ¿tiene pinta de haber matado a alguien?

–Nunca se sabe. «Es Dios quien pesa los corazones». Proverbios 21.

–Estás pirada. Si tanto te molesta, por qué no se lo dices...

–Gracias por el consejo.

Al instante Denis se arrepintió. Carla apuró su «gorrión» de manzanilla y fue directa al fotógrafo. El arquitecto se apiadó de su alma porque la italiana era un ciclón que podía desatarse en cualquier momento. Por fortuna esta vez no fue así. El extraño la recibió con una naturalidad disuasoria, y Denis los oyó charlar de forma amigable. Por lo visto, era un prestigioso artista de Sanlúcar, un tal Álvaro Gallego, que había ganado algunos premios

internacionales. Poco después ella regresó tan contenta, casi emocionada. Aunque Denis no tenía ni idea de fotografía, prestó atención a las palabras de Carla.

–Es un tipo encantador y muy guapo. Me ha dicho que es «embajador» de la marca Ricoh, una de las mejores. Por eso lleva una Ricoh GR III, con un sensor APSC de máxima calidad.

–Ya empezamos con las notas de cata...

–Pequeña, discreta, manejable –siguió ella–. Ideal para la fotografía de «Street» o cualquier rincón donde quieras pasar inadvertido.

–O sea, que no es el asesino.

–No, no es el asesino... *Quandoque bonus dormitat Homerus*...

–¿Qué dices?

–Es una locución latina que aparece en la *Poética*, de Horacio. Significa más o menos «De vez en cuando, hasta Homero la cagaba»... Pero me temo que no sabes latín y el único Homero que conoces es el de los Simpson.

–Muy graciosa. ¿Por qué no vamos a casa y te enseño mis cuatro palabras de latín?

–Será un placer.

Denis pagó, se despidieron cordialmente del fotógrafo y salieron de la taberna. La noche era tan clara que la luna llena brillaba en las aguas del río proyectando sobre Sanlúcar una luminosidad sobrenatural. A esa hora las calles estaban desiertas y sólo se oía el eco de sus pasos. Iban cogidos de la mano, mientras sus sombras estilizadas se reflejaban en los muros de las bodegas y de los conventos. Entonces Denis cayó en la cuenta de que la cercanía impetuosa de la primavera rubricaba el nacimiento de su historia con

Carla. En otra época aquel azar se le habría antojado un guiño romántico, pero ahora era un hecho portentoso, algo así como un milagro de la vida que había sucedido contra su voluntad al margen de las estaciones. Ocurría, había vuelto a ocurrir, y aún no era capaz de asimilarlo del todo. Sólo ansiaba aquellos abrazos cálidos y espontáneos que eran tan puros como la invención misma del amor.

Se encontraban tan a gusto que prolongaron el paseo para gozar plenamente de la calidez de la luna. Aunque la zona no era muy segura, el deseo de seguir juntos los hacía invulnerables. En este punto fueron hacia el castillo de Santiago, que ofrecía la vista más elevada de la ciudad. El castillo ya estaba cerrado, pero se sentaron en un banco del pequeño mirador de la escalinata del carril de los Ángeles. Desde allí, el panorama ofrecía grandes motivos de inspiración. Denis pensó que era algo así como el Montmartre de Sanlúcar de Barrameda. ¿Cuántas almas sensibles se habían quedado absortas en ese lugar? Durante un rato permanecieron en silencio, contemplando los tejados en declive iluminados por la luna. Todo era resplandor y claridad, como si de pronto una energía luminosa de otro mundo se hubiera apropiado de las cosas. Denis respiró profundo y percibió algo único, netamente sanluqueño, un efluvio formado por la brisa marina, el olor a bodega antigua y el perfume de las flores. No concebía alquimia mejor.

Entretanto, el Guadalquivir se deslizaba como un gran dragón reluciente, arrastrando los secretos y maravillas de la Andalucía eterna. En cierto momento, Denis se fijó en la ominosa orilla de Doñana. Hasta donde le llegaba la vista, reconoció un gran bosque plateado e incluso le pareció intuir el resplandor de una hoguera. Aquello lo sorprendió enormemente porque no tenía sentido. ¿Eran

esos los fantasmas que la leyenda condenaba a vagar en las dunas del coto? Luego dedujo que había sucumbido a un efecto óptico. A esa distancia era imposible distinguir una hoguera al otro lado del río, ni siquiera el embarcadero. Se pusieron en pie y Denis reparó en el imponente edificio de Bodegas Barbadillo –noble, austero y silencioso–, donde un ejército de barricas de roble guardaban el vino más seco del mundo. En cierta ocasión, Larios le había contado que el toque salino de la manzanilla provenía de la brisa que transportaba minúsculos granos de sal, unos cristales casi invisibles que se colaban por las ventanas de las bodegas que daban al mar. ¿Podía haber prodigio más delicado? Mientras bajaban por la Cava del Castillo, le contó la historia a Carla y entonces se produjo otro prodigio que se daba en todas partes. Ella le dio un beso en la boca, húmedo y salado, y se dirigieron ansiosos a casa de la marquesa.

Cuando más tarde recordaran aquella noche, coincidirían en que el deseo les había hecho bajar la guardia. Entraron en la casa flotando como en una nube, abrazados, cruzando románticamente los patios iluminados por la luna. La idea de Carla era ir un momento al estudio para consultar el correo electrónico; pero mientras se acercaban vieron luz debajo de la puerta y oyeron voces extrañas. Enseguida los invadió un presentimiento de muerte –o eso dijeron después– que se multiplicaba en aquel caserón antiguo y poblado de fantasmas. Al entrar en el estudio vieron que la pantalla del ordenador resplandecía en medio de la oscuridad. Este detalle del ordenador encendido podía ser habitual en muchas personas, pero nunca en el caso de Carla Fantoni. Intrigada, se aproximó a la pantalla, mientras Denis permanecía rezagado como si temiera la presencia de algo o alguien que era incapaz de ver. Para entonces

ella se había sentado a la mesa y su rostro comenzó a transmitir una emoción que él no supo descifrar. Le sorprendía ese brillo de los ojos, dos puntos abrasados por el fuego fatuo que surgía de la pantalla. En cierto sentido estaba como hechizada, porque aquellas imágenes iban acompañadas de una música de extrema y dolorosa melancolía. Era el último movimiento de la *Sinfonía n.º 3* de Górecki, donde la voz desgarradora de una mujer lamentaba el asesinato de su hijo.

Entonces Denis se armó de valor y avanzó unos pasos movido por una mezcla de recelo y curiosidad. No quería mantenerse al margen: el asesino seguía al acecho. En el momento justo en que se acercaba a la mesa, la mano alargada de Carla lo detuvo presionándole enérgicamente la pierna. Denis se quedó quieto como una estatua de sal. Desde allí apenas alcanzó a ver una escena que le dejó el corazón helado. Lo asombroso es que él ya conocía esas imágenes antes de verlas: las había recreado su imaginación a partir del testimonio de Larios en la casa abandonada. Sólo que ahora la hija de Marchena aún seguía viva y el asesino estaba filmando su martirio. En este punto, Carla se pasó la mano por la frente con un gesto que se parecía extrañamente a un zarpazo. Su rostro sobrecogido era el de una persona contemplando los últimos círculos del infierno. De repente, la voz escalofriante de la víctima brotó de los altavoces pidiendo auxilio. El eco de su grito rasgó como un cuchillo la paz íntima de la casa. Nunca habían oído nada igual, ni nunca volvieron a oírlo en el resto de su vida.

The devil is a woman

Aquella noche apenas lograron conciliar el sueño y sólo con la llegada del alba Carla se quedó dormida. Mientras ella descansaba en el dormitorio, Denis preparó un café y se sentó en uno de los bancos de piedra del comedor de verano. Aunque hacía bastante frío necesitaba un estímulo fuerte, algo así como un revulsivo para que su cerebro entrara en calor. Era obvio que el asesino había enviado aquel vídeo bajo un impulso exhibicionista, pero también como una seria amenaza. Desconcertado, el arquitecto tuvo que replantearse el asunto casi desde el principio. La persona que había mandado ese mensaje siniestro disponía del correo electrónico de Carla, de modo que la conocía personalmente o bien formaba parte de su grupo de contactos. El problema es que ese correo de la fotógrafa no era el correo electrónico por así decir, oficial, sino que correspondía a una dirección privada que sólo tenían muy pocas personas. Todas ellas del círculo de la marquesa de Miraflores.

Podía ser también que el asesino no perteneciera a ese círculo selecto, pero que fuese un *hacker* tan astuto como Carla Fantoni. En tal caso iba a ser casi imposible desenmascararlo. Además de la amenaza inminente, lo que abrumaba a Denis es que sus conjeturas se habían venido abajo. Toda la teoría acerca de las monedas antiguas –aquella serie de tres piezas que sugería un ritual estrafalario trazado por el asesino–, ya no tenía razón de ser. Era algo tan simple como el hecho de que no había ninguna Venus tatuada en sus nalgas de viudo madrileño –de eso estaba seguro– ni tampoco en el espléndido trasero de la italiana. Entonces sintió el

impulso irrefrenable de hablar con Isabel Galán. Aunque sabía que era su día libre, la llamó al móvil para ponerla al corriente de la noche anterior. La agente tardó en responder y lo hizo con un hilo de voz. Denis tuvo la impresión de que estaba asustada o que dormía con alguien. Nunca lo supo. Pero la historia del vídeo la dejó sin palabras. Luego dio su opinión:

–Te dije que tuvieras cuidado –recordó–. La italiana tiene mal fario.

–No creo en supersticiones.

–Llámalo como quieras, Julio. Si prefieres llamarlo olfato o sexto sentido, me da igual. Nosotros sabemos lo que ese cabrón es capaz de hacer. Me figuro que no te haría ninguna gracia ver que la próxima víctima es ella.

Denis guardó silencio. Por un momento se imaginó la escena y se estremeció de raíz.

–Has de hablar inmediatamente con Marchena –dijo Isabel–. Te acompañaré.

–Me sabe mal. Seguro que tienes cosas mejores que hacer.

–Sí, pero al asesino le da lo mismo. No tiene fiesta. Dentro de una hora te espero en comisaría. Ya habré hablado con Marchena.

–No le digas nada del vídeo.

–¿Estás loco? Le diré que ayer entraron en tu casa a robar y necesitas verlo.

–Buena idea. Gracias. Hasta luego.

Una hora más tarde Julio Denis se personó en la comisaría. Había dejado a Carla trabajando en la búsqueda informática del asesino. A esas alturas ella tenía alguna sospecha que había ido cristalizando en días anteriores. Sin embargo, la audacia inaudita del monstruo lo

colocaba en el club de los criminales patológicos. Por un momento Carla recordó una vieja película inglesa sumamente inquietante. Se titulaba *El fotógrafo del pánico* y narraba la historia de un psicópata que filmaba el asesinato de mujeres a las que había seducido. La italiana no había pasado tanto miedo en toda su vida. Sólo que el vídeo que había visto en casa de la marquesa no era una joya del séptimo arte, sino la obra de un sádico asesino de carne y hueso. No iba a ser nada fácil capturar al «monstruo de Bonanza». Otro tanto pensaba Marchena:

–La agente Galán me lo ha contado todo –le dijo a Denis–. No me extraña nada. Se veía venir. Recuerde que el primer día ya le aconsejé que se volviera a Madrid. Pero no me hizo caso y ahora tenemos un lío del copón.

–¿Insinúa que soy el responsable?

–Digamos que su presencia no está favoreciendo las cosas. Encima viene a pedirme ayuda.

–Yo no vengo a pedir ayuda –repuso el viudo.

–¿Ah, no? ¿Y todo ese cuento de que he de ponerle protección policial?

–Creo que hay motivos suficientes, comisario. Usted mismo dijo que yo podía ser la próxima víctima. Desde que han entrado en mi casa –mintió Denis–. Soy el primero de la lista.

–Mire. Este caso es muy jodido y no necesitamos injerencias. Le confieso que si no fuera amigo de la marquesa ya le habría echado de Sanlúcar hace tiempo.

–Le agradezco el detalle. Pero dado que estoy en peligro, me gustaría saber qué tal van sus investigaciones. ¿A quién debo temer? ¿Al asesino de la media o a un funcionario de correos?

–Se está pasando un huevo, Denis. No estoy de hostias. Soy demasiado viejo para esta mierda. ¿Sabe a quién mataron en la playa?

–No –mintió de nuevo él.

–A mi hija –repuso con un ligero temblor de voz–. A mi única hija.

En ese momento Denis miró a Isabel Galán, que permanecía como siempre en un discreto segundo plano. Le pareció que se conmovía al recordar a su amante. Pero no dijo nada.

–Lo siento, comisario, lo siento mucho.

Marchena se lo quedó mirando, escéptico. Era imposible que aquel tipo no supiera lo de su hija, seguro que le había mentido tomándolo por imbécil. No era la primera vez. Desde el principio le pareció un testarudo presuntuoso que abusaba de sus privilegios. Por un instante el inspector le deseó una infancia tan dura como la suya y todo lo que vino después. Estaba claro que la muerte de su esposa no había sido suficiente para aprender las lecciones de la vida. Quería encerrarlo ahora mismo, pero se limitó a buscar el mejor flanco para asestarle un golpe.

–Escuche, no podemos compartir información con alguien que está vinculado sentimentalmente a la sospechosa.

Denis se quedó perplejo. El comisario lo había descubierto.

–No ponga esa cara, amigo mío. Aquí se sabe todo. ¿Qué pensaba, que podía instalarse en casa de la marquesa de Miraflores sin llamar la atención? En ese palacio no he entrado ni yo. La primera regla es que no hay que liarse con una testigo.

–Bueno, ¿y qué? –repuso Denis, reponiéndose–. Yo no soy abogado ni policía. Puedo estar con quien quiera. A nadie le importa lo que haga de puertas adentro.

–Cierto. A nadie debería importarle. Pero resulta que la italiana ha pasado de ser una testigo ocular a ser la principal sospechosa. Usted la vio en el escenario del crimen. ¿Cómo sabemos que no ha sido ella?

–No hay pruebas.

–Ella no tiene coartada –dijo Marchena–. Su amiguita estuvo en la orilla de Doñana. Pero no sabemos cuándo llegó ni cuándo se marchó.

–Ella no fue, se lo he dicho mil veces. Pensaba que ya lo tenía claro. ¿No la estuvo interrogando?

–Pues sí. Pero he cambiado de opinión. ¿Algún problema?

–Ella no fue.

–¿Cómo puede estar tan seguro?

–Era un hombre. Yo lo vi.

–O quizá una mujer disfrazada. ¿Lo ha pensado? Esa tía es alta y fuerte. Ha tumbado a más de uno. Que se lo pregunten al cabo Vega.

No. Denis no lo había pensado. Pero tras pasar por los brazos de Carla, aquella posibilidad se le antojaba inconcebible. Entonces se dio cuenta de que la única manera de apartarla del foco obsesivo e insidioso de Marchena era hacerle mirar en otra dirección. Quitarle por así decir la presa de la boca. Por desgracia, la única dirección convincente consistía en apuntar al barrio de Bonanza, en concreto a cierta asociación de mujeres. Por supuesto aquella maniobra no respetaba el juego limpio y en su caso resultaba una inmoralidad. En efecto, Denis no sólo carecía de pruebas para acusar a nadie de la «Ager Veneriensis», sino que se sentía en deuda con aquellas mujeres que lo recibieron con los brazos abiertos. ¿Qué iba a pensar

la Loli si se enteraba de que el señor Julio había acusado a alguna de ellas de ser una asesina? Sin duda era un golpe rastrero, injusto y ridículo, pero la mente de Denis no contemplaba otras opciones para salvar a su amante. Le dijo a Marchena:

–Si está tan seguro de que el asesino pudo ser una mujer, ¿por qué no piensa en otra mujer que no sea la italiana?

–¿Otra mujer?

–Exacto, comisario. Teniendo en cuenta ese asunto de las monedas antiguas y de la playa de Bonanza... El otro día me acusó de haber filtrado ese detalle a la prensa. ¿Lo recuerda?

–No me hable –dijo Marchena–. No me dejan tranquilo.

–Una vez fui a la asociación y eran mujeres cultas –siguió Denis sin importarle el problema del otro–. Basta ver el nombre del grupo. Seguramente alguna de ellas podría hablarle mucho de esas monedas. Quién sabe. A lo mejor es fuerte como un camionero y aficionada al teatro.

–¿Y?

–Pues que pudo disfrazarse de hombre para cometer el crimen.

Marchena enmudeció de golpe. En ningún momento había previsto aquella posibilidad. En realidad no creía que Carla Fantoni fuera culpable, pese a tratarse de una persona conflictiva. Si la había acusado delante de Denis es porque literalmente le molestaba su presencia, como le ocurría con los muchos señoritos jerezanos y madrileños que habían tomado Sanlúcar como teatro de sus expediciones festivas. Sin duda, ellos eran los responsables de que la ciudad se hubiera puesto de moda, con el consiguiente aumento del coste de la vida que hacía imposible a los sanluqueños llevar la existencia agradable y relajada de siempre. Ya no había vuelta atrás.

Sanlúcar de Barrameda estaba herida de muerte. Y la prensa, una vez más, era el peor cómplice. De algún modo sinuoso, todo el desagrado del comisario por el rumbo de los nuevos tiempos –y toda su xenofobia– tomaban cuerpo en aquel arquitecto que pisaba la comisaría por enésima vez. Sin embargo, tuvo que admitir que el tipo acababa de ofrecerle en bandeja de plata una nueva vía de investigación. ¿Cómo lo había hecho? Y, sobre todo, ¿cómo no se le había ocurrido a él?

Luego comprendió que contaba con un atenuante de peso, ya que inconscientemente el río seguía siendo tierra calcinada. Sólo había bajado allí a raíz del incendio del *Mari Celeste*, casi por cumplir el expediente. Porque Marchena tenía bastante claro que el asesinato de su hija respondía a una venganza de los «narcos». Pero ¿y si al final no era así? ¿Y si alguna de aquellas mujeres de Bonanza estaba detrás de los crímenes? Tras años de servicio había aprendido a no fiarse de nadie. Ni de su sombra. Además nunca le había gustado la cofradía: pensaba que la mujer debía permanecer en casa, atendiendo a sus labores y cuidando del esposo y de los hijos. Si esas obligaciones se cumplían adecuadamente, una mujer decente no tenía un minuto para nada más. A lo sumo, ir a la iglesia o visitar a los enfermos, como se había hecho toda la vida. ¿No era una tarea dignísima que justificaba el paso por la tierra? Pero las de aquella asociación iban por mal camino. Marchena pactaba de buen grado con los talleres de cocina, pero los cursos de inglés y de pintura... Mal asunto. Sin duda, Denis había dado en el clavo. Allí había gente culta, sí, y en consecuencia peligrosa. Entonces se envalentonó:

–¿Quién le ha dicho que no pienso como usted? Yo también sospecho de ellas.

–Me sorprende.

–A ver, ¿cómo quiere que no sospeche? ¿A quién se le ocurre poner ese nombre tan raro a una cofradía de marujas? Nos estamos volviendo locos, se lo digo yo, y las mujeres todavía más locas porque ya vienen chaladas de fábrica. ¡Isabel! ¿Cómo se llama ese puticlub que tienen montado allá abajo?

La agente Galán lo miró atónita, sin ocultar su disgusto: a veces Marchena le hacía gracia porque respondía al arquetipo de la época de sus padres, pero su machismo tan proclive a la ofensa le resultaba intolerable. Sólo lo disculpaba por esa tragedia que ambos conocían demasiado bien. Entonces hizo un ligero esfuerzo y recitó: *Ager Veneriensis*.

–Hay que joderse –exclamó el inspector–. Luego resulta que encontramos a la víctima con una moneda antigua en la boca. Quizá usted tenga razón, Denis. Ha sido alguna de ellas ¿Por qué? Eso es justo lo que hay que averiguar.

Media hora más tarde el arquitecto volvió a su casa. Había llamado a Carla para ver cómo se encontraba de ánimos, y ella le comentó que saldría a dar una vuelta por la zona de las Salinas. Necesitaba un baño de luz tras el horror de la noche, y creía que tomar algunas fotos le sentaría bien. Por un instante él la imaginó a lomos de la Mercurio roja, reflejándose veloz en aquel mundo de espejos. Y la escena le puso de buen humor. Quedaron en verse después. Entretanto, ella también imaginaba un paseo en su compañía, donde se veían juntos irrumpiendo en aquel universo hecho de luz, agua y silencio. Sí. Ahora parecía sentir el cuerpo de Denis pegado a su espalda, mientras la silueta temblorosa de la moto se reflejaba en la retícula cartesiana de las Salinas. También

Carla necesitaba huir, esfumarse con su nuevo amor, río arriba, y abandonar aquella atmósfera cada vez más peligrosa de Sanlúcar. «Si pudiera desaparecer por unas horas», pensó subiéndose a la moto. Sólo sentir la brisa del río en la cara, dejando atrás el campo magnético de la ciudad, perdidos en un reino nuevo y a la vez antiguo, volátil, un mundo sin odios ni melancolía. Sólo ellos. Como animales inocentes bajo la lluvia.

44

La fuente de las mujeres

Denis salió a la terraza y contempló la ciudad. Hacía tiempo que había perdido esa costumbre que le permitía tomar distancia de las personas y de las cosas que formaban parte de su vida. Desde arriba, Sanlúcar seguía ofreciendo un panorama extraordinario, muy bello, y hecho a escala humana. Aquella mañana, además, soplaba una brisa pálida y caliente que le llenó los pulmones de sosiego y le hizo sentir como un nenúfar flotando alegre en las aguas de un río. Por un momento miró hacia el Guadalquivir e imaginó los meandros que formaba durante su curso hasta llegar al mar. Los pequeños y grandes afluentes, los islotes, las marismas, todo un universo líquido, un trazo, un dibujo impecable de casi mil kilómetros que ahora agonizaba plácidamente ante sus ojos. Con el río bajaban también las generaciones y los desechos, los animales muertos y los pecados. Y de eso se trataba: del epílogo incierto de la historia. Porque a medida que avanzaba en la contemplación grata de las

aguas, Denis tuvo que admitir que se sentía cada vez más confuso y desconcertado. Miró los tejados de Sanlúcar con una mezcla nueva de cariño y perplejidad. ¿Qué demonios estaba pasando en aquel santo lugar? Nada era lo que parecía ser.

En esencia todas las figuras principales que conocía estaban bajo sospecha, algo bastante llamativo dado su perfil honesto y respetable. La realidad es que todos mentían o, para ser exactos, se habían callado una parte necesaria de la historia. Era la hora del recuento. Marchena no le había contado que su única hija era policía y que la asesinaron en la casa abandonada; Isabel no le había dicho que ella era su amante y que en nombre de esa relación solicitó destino en Sanlúcar; Larios se había inventado el asunto de la violación múltiple de la hija de Marchena y le había ocultado su vínculo estrecho con los Miraflores; Carla le había hurtado su lado oscuro y en ocasiones violento; incluso la Loli, que era un trozo de pan bendito, calló el hecho de que su marido no había muerto en un naufragio sino que, con toda probabilidad, lo había hecho en los brazos de otra mujer. Era absurdo. «Hasta el alma más inocente –pensó Denis– guardaba algún secreto, una mentira, o se traicionaba a sí misma». Tuvo que admitir que su percepción de la condición humana estaba cambiando mucho desde su llegada al sur. Ya no era el arquitecto prisionero de un orbe armónico, sino alguien al que habían abocado a un terreno de incertidumbre moral colectiva. De seguir así se convertiría en uno más de la *troupe*, entre otras razones porque él tampoco podía tirar la primera piedra. ¿Acaso no había mentido? Sí. De hecho, se pasaba el día mintiendo: eran mentiras pequeñas, modestas, piadosas, manipulaciones de la verdad encaminadas a seguir circulando y que lo siguieran creyendo

en Sanlúcar. Pero eran mentiras al fin y al cabo, como el hacerse pasar por un detective ficticio llamado Umberto Eco. Es cierto que esos pecados veniales resultaban insuficientes para acusarle de nada: Dostoyevski dijo que cien sospechas no constituyen una prueba. Pero él estaba descubriendo que no era mejor que los demás. Y no le gustó.

Abandonó la terraza y entró en el apartamento. Como disponía de casi toda la jornada, llamó a Larios para proponerle una cita. El cronista aceptó encantado, porque también tenía ganas de verlo y lo convocó en Bajo Guía: deseaba llevarlo al Avante Claro, uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Aprovechando el buen tiempo, Denis llegó al lugar con bastante antelación para darse una vuelta por la playa. Hacía días que no paseaba por los arenales del río, que a esa hora convocaba a una fauna universal: parejas, corredores de *footing*, familias, solteros, viejos melancólicos o jovencitas que sueñan amores en la arena. Todos disfrutaban del sol y de la brisa relajante del Guadalquivir. Además, Denis comprobó con agrado que el barco de pasajeros había vuelto al embarcadero: la silueta del *Real Fernando* dibujaba una estampa romántica en las aguas serenas.

Media hora más tarde estaban sentados a la mesa. Como siempre, Larios eligió el menú; pero antes vivieron una experiencia memorable. Mientras aguardaban en la barra, con una copa de manzanilla, les llegó la voz de la cocinera entonando una canción de aire mexicano: era un tema de Rocío Jurado lleno de alusiones sexuales. Denis se quedó atónito ante aquella melodía de fuego que brotaba del ventanuco de la cocina; las palabras se deslizaban ligeras como un vaso sobre la barra de un bar: «Si amanece y ves

que estoy desnuda, ámame otra vez como si fuera la primera vez». Larios sonrió pícaro, como si supiera que lo mejor aún estaba por llegar. Pocos segundos más tarde, en el momento culminante de la canción, otras voces femeninas surgieron de la cocina, respondiendo a coro: «Cúbreme, cúbreme, cúbreme». Denis no podía creerlo. De inmediato, aquello le recordó a una película maravillosa que le encantaba a Berta: *La fuente de las mujeres*, ambientada en un pueblecito perdido de Palestina. Sí. También allí había un coro femenino entregado a sus pasiones, reclamando y recordando abrazos muertos, pero con la legítima esperanza de que los hombres las comprendieran algún día y las aceptaran finalmente como lo que eran. Mujeres. Criaturas del amor y para el amor.

Por su condición de *gourmet*, Larios se esmeró para que disfrutaran de una gran comida. Lo asombroso es que todo era en apariencia simple, pero de una sabiduría culinaria muy antigua. De aperitivo tomaron una tapa de atún mechado: una delicia de atún fresco que se cocía unos veinte minutos junto a una mezcla de aceite de oliva, ajo, pimienta, sal, tocino y vino blanco. Denis casi levitó de felicidad y alzó por primera vez su copa. Las 30 del Cuadrado, un formidable vino seco de la tierra. Mientras brindaban, Larios recogió el guante diciendo: «*Piscis captivus vinum vult, flumina vivus*» [El pescado quiere vino, los peces agua]. Denis agradeció la cita. Luego compartieron los clásicos fideos con langostinos. De segundo, él pidió una corvina a la roteña, mientras Larios apostaba por unos huevos a la marinera. Como solía sucederle con Berta, se dio cuenta de que debía haber elegido el plato del otro, una maravilla de la cocina popular sanluqueña cuya receta de pescadores se había transmitido a lo largo del tiempo. En

un gesto de cortesía, Larios se lo dio a probar. Todos los ingredientes formaban una hermandad de sabores delicada y exquisita. Denis se quedó sin palabras. Al terminar, uno de los propietarios, Alfredo, les invitó a una copa de Cream que les llenó el paladar de dulzuras conventuales. Años más tarde, cuando todo hubo concluido, Denis seguiría recordando aquel almuerzo en el Avante Claro como el símbolo dorado de su amistad con Larios.

–Soy un hombre afortunado –empezó diciendo el cronista–. Si alguien me hubiera dicho que la vida me trataría así, me lo habría tomado a broma. Viniendo de la marisma, es un milagro. No puedo pedir más.

–Siempre se puede pedir más.

–No, Julio. Si uno nace en el arroyo, nuestras ambiciones terminan por ponernos en evidencia. El origen social acaba siempre por salir a la luz.

–No lo había pensado.

–Porque tú vienes del barrio de Salamanca. Yo nací en Isla Mayor y me quedé huérfano cuando era niño –prosiguió Larios–. Tú no sabes lo que era aquello. Un mundo al margen del mundo. Al margen de todo.

Entonces pidió una segunda copa de Cream y luego se animó a revelarle su secreto, su gran secreto que no era otro que el haber nacido en el centro de la miseria. Río arriba. En aquel tiempo las islas del Guadalquivir estaban pobladas de campesinos, familias humildes que habían llegado de Levante después de la guerra para cultivar los arrozales. Larios recordaba las carreteras polvorientas, los cobertizos de los colonos, los pequeños asentamientos urbanos donde se representaba a diario la crudeza de la vida y la penitencia

de los desheredados. Sí. Todos ellos eran almas condenadas a la mera supervivencia, víctimas de una sorda y malévola opresión de siglos, excluidos de todo, languideciendo en la nada de las marismas como una pequeña guarnición en tierra hostil. Siempre obligados a obedecer y respetar escrupulosamente las normas impuestas por los señores. Así había sido la Andalucía que vio nacer a Larios. O mejor, a Paquito García Expósito.

El cronista no había podido olvidar. Aquella isla en el corazón del río era un lugar donde se abrasaba en verano y se disolvía en la humedad fría del invierno. Larios le repetía ahora que había nacido pobre, hijo de una pobreza absoluta, monótona como el infierno, donde la leche se cortaba con agua y la sopa era un caldo a base de raíces tercas y un poco de arroz. De niño recogía ese arroz que crecía al borde de la carretera, fuera de las cercas, en el agua podrida, un arroz raquítico a causa de las malas hierbas y la falta de amoníacos e insecticida. Durante sus primeros años, él mismo había sido así, le dijo, un grano distinto y desamparado, demasiado débil para aguantar las rachas de viento que empezaban a soplar en su vida.

–Mi isla no era la tierra de la gran promesa –continuó Larios–. Era la última oportunidad.

Hasta que un día Paquito recibió un regalo de la fortuna. A raíz de la temprana muerte de su padre, el marqués de Miraflores le dio refugio en el cortijo. Gracias a los Dávila volvió a sentir que era alguien: un ser humano digno al que habían rescatado providencialmente de la orfandad de un mundo de charcos de arroz. De pronto lo querían, lo respetaban, lo tenían en consideración. Fue como si un rey elogiara su lealtad y lo invitara a su castillo para

colmarle de honores. Así se sintió Paquito García Expósito la primera vez que pisó el cortijo de Isla Mayor: un edificio noble y señorial que le hizo sentir como en un sueño. Enseguida se fue acostumbrando al nuevo escenario, donde llevaba una existencia feliz. Había perros, caballos, reses bravas, establos, una plaza de tienta y criados muy antiguos que le permitían circular por las estancias de la casa. Allí conoció a Luisita, la pequeña marquesa que capturó su corazón para siempre.

–Soy un hombre afortunado –repitió–. Me salvé y pude emprender mi camino. Y aquí me tienes. Todos me respetan, me hacen sentir importante. Don Francisco Larios. Si me viera mi padre, que se dejó la piel en la escuela de Villafranco enseñando a críos que se morían como moscas por culpa del tifus... Si me viera mi padre.

–¡Qué dices!

–Sí, Julio. Vosotros no podéis imaginar lo que era aquel país, porque ha cambiado mucho en poco tiempo. Andalucía parecía África. Gracias a los Dávila estoy ahora contigo. Agarré un tifus tremendo y me salvaron.

Apenas terminar de contarlo, el propio Larios recordó que las personas sólo nos salvamos a medias. En el fondo nadie se salva del todo, aunque pueda condenarse totalmente. Era otra de las injusticias de la vida. Aunque viviéramos un siglo, toda redención sería incompleta.

–¿Te apetece dar un paseo? –propuso Larios–. Así bajamos la comida.

–Buena idea.

Salieron del Avante Claro y caminaron un rato por Bajo Guía. Los barcos de pesca remontaban el estuario hacia el puerto de Bonanza.

Las gaviotas los sobrevolaban enloquecidas, formando un coro estridente de nubes blancas. Todo era sal, todo era luz, todo era brisa marina. Larios comentó que aquella era una de las estampas más bellas que podía ofrecer la vida: el regreso a casa tras una ardua aventura. Denis se preguntó entonces cuándo volvería a Madrid, y si cuando lo hiciera sería capaz de soportar un puerto vacío.

45

Razón de amor (interludio)

Mientras las buenas gentes de Sanlúcar aguardaban con ansia la captura del asesino, Francisco Larios se sumergía cada vez más en el pasado. Aquellos días eran los peores. Prisionero en su chalet del paseo Marítimo, bajaba las persianas que daban al río para entregarse a la contemplación de las fotografías que guardaba de la marquesa de Miraflores. Era una ceremonia morbosa, basada en una mezcla de dolor y melancolía; también de desasosiego carnal. Esa locura por una mujer que casi nunca podía poseer revoloteaba por las estancias de su vida como un pájaro enjaulado. Por eso se refugiaba en aquellas imágenes de Luisa que había tomado a lo largo del tiempo, o que ella le hacía llegar con el deseo de mantener viva la llama del recuerdo. En las horas más amargas, Larios escapaba entonces a Cádiz, donde se acogía al calor de una antigua colega o recurría a los servicios de alguna prostituta. Aunque esos

bálsamos no bastaban para apagar su sed, al menos le servían para desfogarse y dormir en paz.

En cuanto a Luisa, también era víctima de sus garras de fuego. Antes del reencuentro loco, que la sorprendió como un diluvio, Luisa Dávila ya intuía que su cuerpo aún estaba por descubrir de verdad. En realidad, su marido lo había conquistado amparándose en las leyes de la Iglesia, pero nunca lo había explorado como si en ello le fuera la vida. De hecho, ella guardaba rincones de su piel que él había ignorado, como si no formaran parte de esa esposa tan querida a la que proclamaba su amor en las revistas del corazón. Sin embargo, el regreso de Larios lo cambió todo. En poco tiempo este estableció una cartografía completa de la marquesa, inspirada en su más profunda piel. De haber sido un poeta como Rafael Alberti –el gran bardo gaditano– habría escrito las metáforas más felices en base a una iconografía marinera llena de sirenas, caracolas y arrecifes de coral. Pero en su caso, el cronista debía conformarse con las licencias terrenales de la prosa: el diamante de los ojos, la línea sutil de los labios, la suave curva de la espalda, el busto rotundo, como de matrona romana y, así, hasta el hallazgo de las ingles donde nacía el triángulo umbrío que anunciaba la gran verdad.

En realidad aquella verdad surgía del pasado, quizá porque los cuerpos siempre provienen del pasado, en especial en aquellas personas donde el pasado conserva todavía su razón de ser. Placeres intensos, gozos lejanos, profundas heridas. Luisa era un buen ejemplo. Tenía una cicatriz sobre la rodilla izquierda con la forma de la herradura de un potrillo. En las tardes excitantes y fatigosas del amor, Larios se complacía deslizando su dedo índice sobre la cicatriz,

como si quisiera volver a dibujarla antes de borrarla para siempre. En cierto modo se sentía responsable de aquella marca cuyo origen se remontaba a los años de infancia en el cortijo. ¿Cómo olvidarlo? Una tarde en que la niña se había escapado con los aparceros, trepó a un árbol mal podado para llamar la atención de su amigo. «Paquito, mira, estoy aquí, Paquito», repetía como un loro cantarín. Y luego, para coronar la actuación, se soltó de brazos, quedando unos segundos en suspenso, los justos para perder el equilibrio y que todo su cuerpo se deslizara abruptamente por el tronco hasta dar con una rama rota que le atravesó la rodilla como una lanza de acero. Paquito García Expósito presenció horrorizado la escena: esa niña rubia, menuda y pizpireta, su única amiga, su primer gran amor, tuvo que ser trasladada de urgencia a un hospital de Sevilla mientras él permanecía angustiado junto a la carretera. Esperando su vuelta. Solo.

Mucho después aquel niño huérfano comprendería que esa cicatriz era el remoto sello de su unión. Al fin y al cabo la marquesita había sufrido el percance mientras trataba de agradarlo. Por tanto, él asociaba esa marca al momento en que su nombre había sido pronunciado por ella en presencia de todos. Una llamada, la primera, que se llevó el viento húmedo de las marismas, pero que él no había conseguido olvidar. A esa llamada siguieron otras, que fueron jalonando su infancia y adolescencia, sobre todo en verano, hasta que la vida los separó de forma cruel e irrevocable.

Al principio, aquella separación traumática partió a Paquito García por el eje, pero luego logró sobreponerse a la adversidad. Pudo terminar sus estudios que fueron costeados por el señor marqués, y abrirse camino como periodista en la milenaria ciudad de Cádiz.

Entretanto, ella fue a Inglaterra, se educó en un internado de señoritas, se convirtió en decoradora, viajó por medio mundo y, al final, regresó a Sevilla, donde se casó con un ganadero. A raíz de la boda, adquirieron renombre en la prensa del corazón. Eran algo así como una fortaleza inexpugnable o, mejor, uno de esos veleros elegantes sobre un mar azul. ¿Qué mejor lugar que ese velero? En su matrimonio todo era sólido, seguro, lleno de glamur y éxito social. Nada malo podía llamar a su puerta, nada; hasta que ella cogió el teléfono y volvió a contactar con Paquito para un reportaje. En todo este tiempo él no había dejado de pensar en ella, en la heredera, la gran dama de las marismas que ahora reinaba en el cortijo de Isla Mayor. Entonces él regresó al lugar perdido, tras años de ausencia, y el velero elegante de los marqueses irrumpió en la tormenta.

Pese a ello, su vida social permaneció inalterable. A menudo organizaban saraos con cantaores flamencos y cenas de gala en el palacio de Sevilla, donde Luisa brillaba más que nunca, como gran señora, y en la que ambos perpetuaban el ritual del fingimiento. De creer a los invitados y al dictamen frívolo de las revistas, los marqueses de Miraflores eran los anfitriones perfectos. La pareja ideal. Sólo Larios conocía la verdad, aquel gran engaño que ellos erigían como un castillo de arena para ocultar el fracaso inapelable de su matrimonio. Sin aquella exquisita pantomima mundana –pensaba Larios–, todo el edificio se vendría abajo, y quizá también el cortijo de la isla. Por eso callaba y dejaba fluir las cosas como un madero que flota en el río. Pero tras la primera noche con Luisa, descubrió que estaba enamorado de ella. Apasionada y arrolladoramente. Era una pasión que había caído como una lluvia de fuego sobre los arrozales del Guadalquivir. No podía pensar en

otra cosa, no podía vivir para nada más. Sólo aguardar una nueva llamada de la marquesa de Miraflores.

Y una tarde la llamada se produjo. Por fortuna, Larios era hombre de mundo, de modo que atesoraba un amplio conocimiento de los lugares valiosos de la Baja Andalucía. A partir de ahí, no le resultó difícil elaborar una lista de rincones selectos para encontrarse furtivamente con su amada. Venía a ser algo así como una Guía Secreta para Amantes, donde figuraban los enclaves más discretos y románticos de la comarca. La única condición es que debían hallarse a cierta distancia del cortijo, donde Luisa Dávila seguía respetando las cláusulas del orden y la costumbre. El hecho de que ella fuese un personaje notorio obligó a unas precauciones adicionales que Larios no había imaginado. A menudo la marquesa tenía que ocultarse bajo unas grandes gafas oscuras, recogerse la melena en una coleta o un moño, y echar mano de un vestuario sencillo que la hacía pasar por una funcionaria. De este modo, la figura rutilante que aparecía en la prensa del corazón dio paso a una mujer anónima que no interesaba a nadie. El cambio de aspecto facilitaba las cosas y, sobre todo, les resultaba muy excitante. «Si supieran –repetía Larios con orgullo infantil–, si supieran quién eres...». Entonces Luisa sonreía exactamente igual que aquella niña rubia y pizpireta que se había subido a un árbol para llamarle por su nombre.

Poco a poco, ella aprendió a moverse entre dos aguas, y se volvió cada vez más audaz y descarada. Si al principio el adulterio le había generado graves dilemas de conciencia –con el peaje de desarreglos físicos–, la etapa de la somatización fue quedando atrás. Ahora ya no padecía náuseas ni mareos derivados de la ansiedad de su vida secreta. Y Larios daba gracias al cielo. En los inicios de la historia le

abrumaba ver a Luisa a merced de los vértigos de la culpa, aquella estela de remordimiento que la perseguía a todas horas como un fantasma y que la dejaba postrada en la cama furtiva al borde del llanto. Luego aquella respiración agitada, casi agónica, tan distinta a la del éxtasis de la carne donde ella solía repetir como un mantra: «Me muero, Paco, me muero». En efecto, a veces Larios creía que ella iba a morirse allí mismo, sencillamente por falta de oxígeno, incapaz de hacer frente al oleaje de pasión que la había puesto al borde del naufragio.

Hasta que un buen día se produjo el milagro: la tormenta moral que venía arrastrando le condujo a la bonanza. Luisa había revertido la situación como si fuera un guante de terciopelo: todas aquellas ansiedades dieron paso a una gozosa aceptación de la realidad, y en esa nueva realidad el reparto de papeles quedó fijado para siempre. Comenzó así una etapa emocionante en que Larios volvió a tenerla como nunca la había tenido. En las tardes de máxima locura era imposible discernir dónde terminaba el amor apasionado e irrumpía el furor ciego de la fornicación. Lo que más le sorprendía es que el sexo de su amada no había cambiado desde la infancia, cuando se exploraban en secreto en la cabaña de las marismas. Seguía siendo una vulva discreta y delicada, como replegada en sí misma. Todos los elementos se hallaban, por así decir, ocultos, como si en lugar de corresponder a una mujer adulta pertenecieran aún a la niña del cortijo. La prueba suprema era el clítoris, una perla minúscula que parecía refugiada en sí misma como una pequeña criatura que se niega a ver la luz. Sin embargo, aquel sexo cuyo recuerdo lo había perseguido toda su vida, era también un sexo fuerte, femenino, seguro de su poder sobre el hombre que se perdiera en él. Y ese

hombre volvía a ser Larios. Después de tantos años de espera, de tantas separaciones y citas soñadas, ella estaba allí entregándose sin adjetivos. Y, sobre todo, llamándolo por su nombre. Su verdadero nombre.

Obviamente, Larios no era tan necio como para ignorar que parte de aquella locura brotaba de la naturaleza clandestina de su vínculo. ¿Qué mujer lo resiste? Él no conocía a ninguna, pero tuvo que adaptarse a sus peculiares formas de morbosidad. Al principio le supo mal por el marido: a veces lo imaginaba perdido en sus cacerías, ajeno al incendio colosal que abrasaba a su esposa. Entonces se sentía culpable de haberlo provocado, gracias a su verbo ligero, su ingenio natural y su insólita capacidad para escuchar el corazón de las mujeres. Pero con el tiempo abandonó este sentimiento de culpa, pues a Luisa no parecía importarle el honor de su esposo.

Luego había otro asunto, un detalle que Larios jamás se pudo explicar y que entraba de lleno en las umbrías cavernas de la psique femenina. Luisa rara vez pasaba por la ducha tras sus tórridas sesiones de amor. Al contrario. Se complacía en volver a casa para la cena, sí, pero con el vientre húmedo y lleno de esperma. El semen de Larios. De algún modo aquello la hacía sentirse fuerte, distinta, única, como una reina que enarbola un cetro invisible capaz de gobernar el mundo. Lo curioso es que lo proclamaba con un orgullo infinito, mientras se ponía apresuradamente las bragas. «Estoy llena de ti –repetía–, llena de ti». Luego le daba un beso alocado y huía a su vida de siempre: el velero elegante sobre un mar azul. Para un hombre como Larios aquello resultaba desconcertante. Desde su mentalidad tradicional, imaginaba los restos de esperma ocultos en

aquel coño amado, desvaneciéndose en vagas humedades durante horas, hasta que ella se duchara a la mañana siguiente. Entretanto, doce horas en las que su rastro seguiría allí, como la prueba de una pasión sin nombre, hirviendo entre las piernas de una esposa decente y libre de toda sospecha. ¿Qué demonios le pasaba por la cabeza, teniendo el coño empapado, mientras se movía por los salones del cortijo? «Llena de ti, llena de nosotros». Eso le decía. Nosotros.

Sin embargo, Larios descubrió con el tiempo que aquella locura se agotaría en sí misma y que no iba a llegar a puerto. Lo que más le molestaba era verse condenado a la sombra, recluido por así decir en la cara oculta de la luna. Toda aquella pasión turbadora que estaba gobernando su vida nunca conseguía desplegarse a pleno sol. Esto era lo trágico: el no existir para nadie del círculo de su amada. En un inicio, había aceptado esa cláusula en la creencia de que la fuerza imbatible del amor decantaría la balanza a su favor. Nosotros. Pero no supo ver que la marquesa de Miraflores nunca traicionaría a los de su clase ni nunca renunciaría a los antiguos privilegios. En el fondo era demasiado acomodaticia como para apartarse de la senda establecida. Demasiado cobarde. Salvo en el turbulento incendio que los consumía de tarde en tarde, el resto de su vida era un vestido elegante hecho a medida, un disfraz respetable que él se complacía en rasgar y romper cuando volvían a estar juntos. Entonces toda la hipocresía, la mentira, el gran engaño, todo, todo, saltaba por los aires al primer beso cierto. Pero sólo era eso: el rito de un sumo sacerdote que acerca la antorcha a la suprema pira del amor. Y él lo quería todo. Todo.

46

Volver

Tras abandonar el restaurante, los dos amigos fueron al hotel Guadalquivir. Una hora más tarde se encontraban conversando en uno de los salones de la cafetería. Por primera vez no se habían sentado en la barra frente al ventanal que daba a Doñana, sino en uno de los confortables sofás cerca de la chimenea. Larios había elegido un rincón que les permitía observar la gran terraza donde varias parejas se disponían a contemplar el ocaso. El lubricán. Denis agradeció aquella elección porque no deseaba que Juanito tuviera acceso a sus conversaciones. Aunque ya lo había librado de sus sospechas, se sentía culpable de haberle adjudicado a la ligera el diploma de asesino. No, Juanito era inocente, pero había incurrido en un exceso de confianza gracias a Larios, quien lo tenía en mucha estima. Aquel asunto de las monedas, darle entrada como si fuera un amigo de toda la vida, concederle el rango de experto en una materia en la que sólo era un aficionado, en fin, entraba de lleno en el talante generoso de Larios. Pero no en el suyo.

Además tenía la sensación de que la velada no había terminado. El hecho de que Larios le hubiera abierto su corazón contándole el drama de sus orígenes le hizo suponer que la tarde seguía abierta a nuevas confidencias. Una vez más Julio se percató de que Paco había bebido más de la cuenta y, sobre todo, que no tenía intención de moderarse porque necesitaba ahogar sus penas, como solía decirse en los días de su niñez. El motivo de esas penas no se le escapaba a Denis. De hecho lo intuía, y guardaba relación con su

vínculo secreto con la marquesa de Miraflores. En relación a ello el arquitecto no sabía, en cambio, que el cronista pasaba muchas noches en vela, aguardando una señal de su amada. En algunas ocasiones, eso sí, había visto vibrar el móvil de Larios sobre la barra del bar y los esfuerzos de este por permanecer impasible. Pero la mirada centelleante de su amigo era toda una oda al autocontrol. ¿Quién le llamaba con tanta insistencia y por qué él renunciaba a responder? Denis nunca se atrevió a preguntar. Sólo una vez había descubierto el nombre Cachorrito en la pantalla y dedujo que la vida íntima de Larios existía y no era precisamente una balsa de aceite.

En cierto momento el cronista pidió al camarero que le dejara la botella de Macallan. Sin restricciones. Juanito obedeció con la mejor de sus sonrisas y regresó al puesto de mando para templar a unos eufóricos matrimonios del Imserso que acababan de llegar. Entonces Larios se sinceró con Denis, movido por una necesidad muy honda y la certeza de su discreción. Le parecía que no era la clase de persona que iba por el mundo contando los secretos e intimidades de los demás. Durante un buen rato se confesó a tumba abierta, mientras Denis lo escuchaba con un asombro cada vez mayor. Tras aquella confidencia, este se hizo una composición de lugar: estaba claro que su amigo había caído en las redes de una pasión enfermiza y desdichada. Buena parte de esa desdicha era fruto del apellido y estado civil de su amante: una aristócrata casada y conocida en todo el país. A buen seguro los perseguía una legión de paparazis, y la mitad del tiempo se les iba intentando burlar el cerco.

Larios lo tranquilizó: el problema no eran los buitres de la prensa; el problema era la falta de futuro con la marquesa, sobre todo ahora que ella había enfermado de gravedad tras la muerte de su esposo.

Al oír aquello, Denis se compadeció del cronista. Desde su experiencia personal, le resultaba inaudito vivir de aquella manera: escondiéndose y esperando algo definitivo. Él estaba hecho para los amores a pleno sol. Siempre había amado a la vista de todos, o como decía Berta bromeando, «nos queremos con luz y taquígrafos». Sí. Julio Denis ignoraba los amores condenados a la oscuridad, ese mundo clandestino que, a menudo, preside la vida íntima de las personas. Si hubiera estado en el lugar de Larios le habría estallado literalmente la cabeza. Toda aquella fusión enloquecida de la carne, el dramatismo inscrito en cada cópula que brotaba de un deseo ingobernable, un amor que se sabía condenado de antemano a un porvenir incierto. Presente, sólo presente, sólo aquella fiebre sin límites, aquel fuego y aquel temblor, sólo aquel fluir de los cuerpos convertidos en materia líquida, en las mil formas del agua y del pecado.

Por primera vez Denis sintió lástima de aquel hombre a quien consideraba su amigo, y pensó que no se podía vivir así y ser medianamente feliz. Sin duda, el destino dominaba un amplio repertorio irónico que se cebaba sobre las personas en forma de crueldades. Y estas crueldades eran del todo específicas. Dicho de otro modo, cada uno llevaba su propia cruz y esa cruz no podía intercambiarse con la de nadie más. Lo peor que le podía haber pasado a Denis era la muerte de Berta, su único amor, y tener que enfrentarse al futuro en la más completa soledad. Por eso se resistía instintivamente a arrojar las cenizas al río. En el polo opuesto, lo peor que le podía suceder a Larios –un hombre de mundo, brillante, culto y social– era sobrellevar una pasión secreta que lo devoraba de la mañana a la noche. Esta era la cruz del otro. Al final ambos

habían terminado allí, bebiendo *whisky* en El camarote, con su propio madero a cuestas y avanzando juntos hacia el ocaso, donde el destino era personal e intransferible como su propio nombre.

De pronto el zumbido del móvil de Larios los sobresaltó como una alarma en mitad de la noche. El cronista reconoció al remitente y luego leyó el wasap: su rostro se desencajó por unos instantes, los necesarios para que Denis intuyera un cambio drástico de rumbo. Larios se puso de repente en pie, lo miró a los ojos como nunca lo había mirado antes y dijo:

–He de volver a casa.

Denis no supo qué responder. Mientras su amigo se alejaba tambaleándose a causa del alcohol, tuvo la sensación de que la última frase desprendía el aroma irrevocable de las despedidas. ¿Qué había querido decir con eso de que volvía a casa? Durante unos minutos pensó en ello –en los adioses que siempre lastiman el corazón–, y dedujo que lo peor de las despedidas es que nos roban la música necesaria para seguir haciendo bailar la vida. Nuestra vida. Pensaba en ello cuando vio llegar a Juanito con paso vivo y bastante nervioso.

–Don Paco se ha ido, ¿verdad?

–Sí. ¿No lo has visto salir?

–Estaba atendiendo a los del Imserso. Me tienen frito.

–¿Pasa algo?

–Sí.

–¿Quieres que le llame por teléfono?

–Sí, por favor. Dígale que he *encontrao* esa moneda tan rara.

–¿Qué? –exclamó Denis atónito.

–Lo que oye.

–¿Puedo verla?

–¡Pues claro! Venga conmigo.

Denis se levantó con una ligereza deportiva y siguió al barman hasta la barra. Por primera vez desde su llegada a Sanlúcar no se fijó en el ventanal que se abría al Coto de Doñana. Era como si aquel enclave extraordinario, que tanto había llenado sus pensamientos, hubiera desaparecido de golpe bajo la varita de un mago. En realidad sólo pensaba en ver la moneda: la tercera pieza de la serie utilizada por el asesino con el fin de cumplir su morboso ritual. ¡Y allí estaba por fin! Con un ímpetu que lo sorprendió, Denis introdujo la zarpa en la caja de Juanito y cogió la moneda. El camarero no dijo nada, porque su oficio se basa en la psicología *amateur* y una buena dosis de paciencia. Ahora Denis la sostenía en su mano, presa de una mezcla de euforia y ansiedad. A su mente volvieron las palabras de Carla Fantoni: *Luciferi fanum*, el Templo del Lucero, el culto a Venus, todo aquel misterio en la boca de las víctimas. Increíble. A simple vista era una moneda de bronce, pequeña, antiquísima y de perfil algo irregular. Pero no había duda: el tronco de la diosa, con una aureola de rayos, figuraba en el anverso de la moneda; en el reverso aparecía el perfil de Vulcano, rodeado de unas tenazas de hierro. Denis se fijó en un detalle asombroso: Vulcano lucía una impecable barba en perilla que le recordó a la de Larios.

–¿De dónde la has sacado? –preguntó a Juanito, consciente de estar a las puertas de resolver el caso.

–La encontré en una bandeja del cambio.

–¿Quién te la ha dado?

–No sé.

–¿No lo sabes? Pero si eres un camarero cojonudo.

–Ya le he dicho que los del Imserso me han vuelto loco y no he estado atento a la barra.

–¿No recuerdas a alguien que te haya pagado hace poco?

Juanito trató de recordar y luego se le hizo la luz. Entonces miró de manera compungida a Denis, como quien se ve impelido a confesar un pecado. Le costaba mucho responder, porque sentía que iba a traicionar a un cliente de toda la vida. Su ídolo. Al final dijo:

–Sí, don Paco me ha *pagao* el último.

–¿Estás seguro? Es muy importante. Trata de recordar.

–Segurísimo. Vea el *ticket*. Cuatro copas de Macallan, que son las que se ha bebido. A 25 euros la copa, son 100 euros. Es el único billete de cien que me han dado hoy. Estaba en la bandeja con varias monedas. Don Paco siempre me deja buenas propinas. Luego me he *fijao* y he visto la moneda.

–Gracias –repuso Denis al borde del *shock*. Luego añadió–: ¿Puedo pedirte un favor?

–Lo que haga falta, don Julio.

–No hables con nadie y guarda bien la moneda.

–¿Vale mucho?

–Sí. ¿Cuánto darías tú por salvar una vida?

El barman le miró sin comprender. Después cerró la caja y la guardó celosamente en la pequeña trastienda situada a la derecha de la barra, justo en la parte que da a los lavabos. Por un momento Juanito acarició la idea de hacerse muy rico y cambiar de vida: quizá abrir una coctelería propia en Jerez, o en la playa de la Caleta en Cádiz. Algo grande. Entretanto, Denis resolvió llamar a Carla para contarle ese hallazgo sensacional que acaso lo explicaba todo:

Larios. Al coger el móvil, se dio cuenta de que tenía tres llamadas perdidas de ella y un mensaje grabado que lo dejó sin aliento: «¿Aún estás con Larios? Ten cuidado. Estoy casi segura de que es el asesino. ¿Sabes quién escribió aquel artículo viejo que hablaba de las monedas? Un tal Francisco García Expósito. Aún me falta una pista y voy a ir al cortijo para hablar con la marquesa. Te quiero». Denis sintió un profundo escalofrío y marcó de inmediato el número de Carla Fantoni. No respondió. A buen seguro ella debía estar yendo a Isla Mayor en su motocicleta roja y sólo podía oír el zumbido de aquel enorme insecto de metal que vibraba entre sus piernas. Acto seguido, pidió un Macallan a Juanito, se acodó en la barra de madera y miró hacia la orilla de Doñana en busca de una respuesta. Sólo una, la correcta.

La revelación había ocurrido tan rápido que Denis necesitaba asumir la noticia y enfrentarse a la nueva realidad. Por primera vez desde su llegada a Sanlúcar tuvo la certeza de que debía obrar con sangre fría e inteligencia. Sus movimientos debían ser muy precisos, casi milimétricos, y no podía dar palos de ciego como otras veces. A partir de ahora tenía que acertar a la primera, como el cazador de un gran safari que sólo dispone de una bala para abatir la pieza, o de lo contrario puede perder la vida. En este punto trató de recapitular los hechos y enseguida llegó a varias conclusiones. La primera es que Larios era el asesino, y la segunda es que debía olvidar cuanto antes el gran trauma que esto suponía para él en el plano emocional. Tenía claro, eso sí, que su amigo estaba volando ya a Isla Mayor y que ahora cobraba todo el sentido la frase de despedida: «He de volver a casa». Porque el cortijo de los marqueses de Miraflores era su único y verdadero hogar. Larios

había decidido regresar allí a partir de aquella llamada desconcertante que lo había impulsado a salir en fuga del hotel. ¿Por qué? Quizá porque Luisa lo había llamado al fin para pedirle que fuera a verla sin ningún tipo de restricciones. O fatalmente para despedirse de su amante. En tal caso, ¿cómo no salir corriendo hacia la definitiva cita de amor?

El problema grave es que Carla también iba camino de la isla, seguramente con el propósito de contarle a su amiga que Larios era el monstruo de Bonanza. Apenas unos días antes, Denis hubiera llamado de inmediato a Isabel Galán para prevenirla, porque era la tercera víctima. Pero a raíz del envío de la *snuff movie* por parte de Larios, la siguiente víctima iba a ser Carla, que en estos momentos acudía sin saberlo a la cita con su asesino. Denis pensó en ella y se le heló la sangre. Intentó llamarla de nuevo pero no obtuvo respuesta; entonces decidió sumarse al encuentro. Durante un instante imaginó aquella reunión intempestiva en el corazón de las marismas, y llegó a sentir una morbosa curiosidad. Le habían hablado tanto del lugar que lo concebía rodeado de misterio. Decidido, le preguntó al barman por la ruta más rápida; pero Juanito no lo sabía y entonces llamó a Carmen, la taxista que le había acompañado al muelle el día que encontraron el cuerpo de Lucía Venegas de Terry. Ella le dio unas instrucciones muy precisas que se salían de la ruta habitual. Al parecer podía tomar un viejo camino de tierra que utilizaban los peregrinos cuando descendían con sus carromatos desde Isla Mayor a Sanlúcar durante la Romería del Rocío. Sólo era cuestión de remontar el río.

–Es usted un ángel –le dijo a la taxista.

–Gracias, me ha dado una idea para el carnaval. Pero tenga cuidado. Ahí se ha perdido mucha gente.

47

Isla Mayor

El miedo le dio alas. Durante una hora Denis circuló por carreteras secundarias en dirección al cortijo de la marquesa de Miraflores. Antes de abandonar Sanlúcar, puso un wasap a Isabel Galán, anunciándole que Larios era el asesino y que llamara con urgencia a Marchena. Luego le comentó que se marchaba al cortijo y no iba a estar disponible. Confiaba en que la policía iba a actuar rápido, enviando algún coche patrulla a Isla Mayor. Como ya era noche cerrada, Denis no pudo gozar de las bellezas tan singulares de la ruta: avanzaba por caminos secos y polvorientos en mitad de la nada. De vez en cuando la luz de algún caserío perdido se destacaba en la oscuridad, para ser tragado de nuevo a la espera de una nueva señal de civilización. En aquella tierra plana y esencial que no lograba ver, había algo que lo dominaba todo como una gran serpiente que se deslizaba en la sombra: era el Guadalquivir desplegando su eterna canción hacia el mar. Luego Denis irrumpió en la tierra incierta de las marismas y más tarde cruzó el pequeño puente que comunicaba con la isla.

Al llegar al cortijo no le sorprendió tanto el empaque señorial de la propiedad como el hecho de que en apariencia estaba desierta e iluminada de manera muy precaria. Apenas algún farol antiguo

arrojaba rectángulos de luz sobre las paredes blancas, y el resto permanecía sumido en una negrura líquida que lo borraba todo. Inquieto, Denis buscó la motocicleta roja de Carla, pero no logró verla por ninguna parte; tampoco el Audi blanco de Larios que debía haberla seguido hasta la isla. Aquello le produjo un desconcierto total y llamó de inmediato a la italiana. No había cobertura. Cada vez más nervioso, avanzó hacia la casa principal por una calzada de piedra custodiada por palmeras. Era el clásico edificio de finales del siglo xix que respetaba las reglas de esa arquitectura rural andaluza, un refugio que venía a ser el corazón humano de extensiones de tierra interminables. Este era el reino donde había crecido el asesino, se dijo Denis, y pensó que la vida era un misterio que nunca llegaría a comprender. La calzada concluía ante una espléndida verja de hierro forjado y una gran puerta de madera. Denis se fijó en una luz amarillenta que brotaba de una ventana de la planta baja. Entró furtivamente como un ladrón, sorprendiéndose a cada paso por no encontrar a nadie. Con el corazón en vilo, fue hacia la luz.

La marquesa de Miraflores se hallaba totalmente inmóvil en una silla de ruedas; el torso erguido, como le habían enseñado desde niña. Parecía en calma como un estanque dorado. El fuego de la chimenea ardía con alegría, y gracias a ese calor, Luisa Dávila podía descansar bajo un ligero kimono de seda beis que la cubría hasta los pies. De no ser por la pértiga metálica que sustentaba el gotero, habría compuesto la estampa más fiel de esa elegancia que el nuevo milenio iba dejando atrás. En realidad estaba condenada y ambos lo sabían. Ella y su elegancia. Denis tampoco supo reconocer la espléndida cabellera negra de la que Larios le habló en una noche de íntimas confidencias. En su lugar distinguió una peluca oncológica

que conocía demasiado bien. Si hubiera estado más cerca habría visto que aquel velo liso no era una peluca sintética, sino una peluca natural hecha con cabello humano para las pacientes de cáncer con mayor poder adquisitivo. De pronto ella comenzó a hablar pausadamente:

–Hace tiempo que lo estaba esperando, Marchena, pero me temo que llega demasiado tarde.

Al principio Denis no reaccionó. ¿Qué trataba de decir la marquesa? Aquello era absurdo, no entendía nada. Luego se percató del error. Todo obedecía a una lógica aplastante y dramática: ella estaba en fase terminal a causa de un tumor cerebral y tenía muy mermadas sus facultades. Había perdido prácticamente la vista y su audición era muy precaria. Por eso lo había confundido con Marchena.

–Acérquese, comisario. Apenas puedo verlo.

Entonces él se aproximó con cautela y la primera impresión se confirmó. El movimiento errático de los ojos de la enferma le indicaron que, en efecto, se estaba quedando ciega. Las cejas se veían algo despobladas y alrededor de la boca se marcaban con claridad las arrugas del dolor. Como en el caso de Berta, aquel dolor no era fruto sólo del padecimiento físico –que la morfina aún hacía llevaderosino de un dolor moral que tenía que ver con la conciencia del prematuro adiós a la vida. Ahora aquel gran salón parecía iluminado por la muerte, como si el fuego de la chimenea hubiera sido barrido por un viento helado. Haciendo un esfuerzo, la marquesa se recolocó sobre el cojín de la silla de ruedas y le pidió que reavivara el fuego.

–Gracias, comisario, eso está mejor. Es lo malo de las casas antiguas. En invierno hace mucho frío.

Luisa Dávila llevaba muchos años sin hablar con Marchena, cruzando apenas las palabras justas que surgían de un encuentro casual en la Feria de la Manzanilla o en cualquiera de los otros eventos que se organizaban en Sanlúcar de Barrameda. Ambos conocían perfectamente el lugar que ocupaban en la tribu. No obstante, siempre se movían en una superficie mansa y sin relieve, y tenían la sensación de que cada vez abrían el mismo libro para descubrir que las palabras eran las mismas. Esto también resultaba válido para la gente del pueblo y hasta de la propia Andalucía: navegar en la superficie de las cosas y saludar desde la propia barca a los vecinos que navegaban en su propia barca y en la misma corriente. Pero aquella noche la marquesa necesitaba contarlo todo, a sabiendas de que el comisario iba a abrir un libro distinto, o para ser justos, el mismo libro manchado de escenas penosas que ambos habían tratado de olvidar.

Sintiendo su cercanía, Luisa le habló muy despacio, como una persona que percibe los ruidos en el interior de una concha que se ha llevado al oído. Al escuchar las primeras palabras, Denis tuvo el presentimiento de que estaba ante la resolución del enigma: no el quién ni el cómo, tan ansiado por todos, sino el porqué del asesino. Y este desenlace iba a ser muy distinto al que había imaginado. En cuanto a la marquesa, es obvio que la vecindad de la muerte la estaba empujando a ser sincera y decirle todo lo que llevaba dentro. Quizá no tendría otra oportunidad.

–Usted no es tonto, Marchena. Seguro que sospechó de Paco desde el principio. Lo raro es que aún no lo haya detenido o haya

tardado tanto en venir a verme. Pero no olvide nunca que él tenía sus razones. Nunca.

Denis percibió un fugaz tono de firmeza en la última palabra. Acababa de descubrir que la relación de Larios y de Marchena no sólo venía de antiguo –como le había comentado el cronista– sino que seguía marcada por un contencioso irresoluble que la había arruinado para siempre. El arquitecto se fijó entonces en una fotografía colocada sobre la chimenea. Tras el marco de plata, una imagen de la marquesa de Miraflores en compañía de Larios. Se los veía increíblemente jóvenes, vestidos con ropa de verano, posando junto a una motocicleta roja, y a la sombra de uno de los eucaliptos plateados que crecían en la isla. Eran la viva estampa de la felicidad. Lo que más sorprendió a Denis es que la moto de los amantes era la Bultaco Mercurio. La condesa siguió con el monólogo:

–Paco siempre decía que era capaz de matar si me hacían daño. Y ya ve que está cumpliendo su palabra. ¿Sabe qué pienso? Creo que soy lo único que ha querido de verdad en la vida. Lo único, si exceptuamos a mi padre, el señor marqués, que lo adoptó como a un hijo tras la tragedia. ¿Se acuerda, Marchena? ¿Aquella cacería en las marismas?

El corazón de Denis comenzó a latir con fuerza, pero no se atrevía ni a respirar. Cualquier gesto, cualquier palabra que dijera ahora podía delatarlo, alejándolo de la verdad. Todo pendía de un hilo.

–¿Por qué no dice nada, comisario? ¿Tanto le cuesta recordar? A mí no me cuesta nada, porque ya sólo me quedan los recuerdos y una montaña de deudas.

Instintivamente, Denis emitió un extraño sonido, que ella en su sordera interpretó como una negativa.

–¿No quiere? Lo sabía. Bien, entonces se lo recordaré yo. Nosotros éramos unos críos, Marchena, y mi padre había ido a Sevilla con el capataz a resolver unos asuntos en vísperas de Navidad. Entonces llegaron los *jeeps* de los Venegas de Terry, llenos de perros y de cazadores. ¿De veras que no lo recuerda? En cambio, yo todavía lo estoy viendo como si fuera ahora: un gallo siguiendo la comitiva, el gran Antoñito Marchena, un palurdo infeliz, armado con una escopeta y disparando como un loco a los patos de las marismas. Al final pasó lo que pasó.

–Lo siento, doña Luisa –se atrevió a decir Denis.

–¿Qué dice? ¿Qué lo siente? Mire, comisario. Nunca me he creído esa historia del accidente. Demasiadas coincidencias. Todos sabíamos que el padre de Paco había sido un maestro rojo que se refugió en la isla después de la guerra. No fue el único. Los Venegas de Terry no podían soportarlo.

La marquesa pasó entonces a contarle una historia de la que nunca había oído hablar. De hecho nadie conocía aquel drama fuera de Isla Mayor: ni siquiera Berta ni tampoco los expertos en la Guerra Civil. Al parecer, las marismas sirvieron de refugio a muchos fugitivos republicanos. Ocultos entre las familias de campesinos, lograron sobrevivir en condiciones durísimas cultivando el arroz. Pero un día uno de los colonos acudió a la Guardia Civil para denunciarlos. Desde ese momento se activó algo similar a una cacería humana, que se prolongó con intermitencias durante varios años. Denis supo después que no fue un exterminio metódico al estilo nazi. Era más bien una montería repentina, un rapto de locura que afectaba a algunos miembros de la Guardia Civil y a soldados de las polvorientas guarniciones; también a ciertos terratenientes que

deseaban mantener a los campesinos bajo su puño de hierro. ¿Cuántos hombres perecieron tiroteados como alimañas antes de ser arrojados al lodo de las marismas? No había cifras. Pero el padre de Francisco Larios había sido uno de ellos.

–No se lo tome a mal, Marchena –prosiguió la marquesa–. Usted siempre fue un perro. No quiero imaginar los turbios asuntos que se traía con los Venegas de Terry. Entonces y ahora. Sólo sé que le dieron una orden y un maestro murió por accidente de caza. O eso dijo la versión oficial. Pero la versión oficial en aquel tiempo no secaba ninguna lágrima. Ninguna. Y menos la de un crío de siete años.

De pronto se produjo un silencio tirante: un silencio como si hubiera algo en el salón que absorbiese cualquier sonido. El fuego estaba aún lejos de extinguirse. Cuando al final lo hiciera, la marquesa de Miraflores sólo distinguiría vagamente un resplandor rojizo entre cenizas blancas. Denis continuó en silencio. Ella siguió:

–Sólo un ruego, comisario. Antes de detenerlo, quizá debería saber algunas cosas. Por supuesto, no cambian nada ante la ley, pero sí ante el corazón de una mujer enamorada que se está muriendo. Paco ha sido la única persona del mundo que me ha amado de verdad. Además me enseñó placeres que no podía imaginar siquiera que existían. ¿Sabe lo que es eso? No, usted no lo sabe ni lo sabrá nunca. Es como todos los demás. Por desgracia, yo no supe darle lo que él merecía y tanto necesitaba: todo mi amor, toda mi vida.

–¿Qué puedo decir? –se atrevió a decir el falso Marchena.

–Mejor no diga nada. Lo haré yo. El amor se vuelve avaro cuando pasa privaciones y Paco ha vivido muchas, demasiadas. A veces la

falta de amor nos vuelve rencorosos, crueles y cosas peores; incluso nos lleva a la locura homicida. ¿Se dice así? En este momento Paco ya habrá entrado en mi casa para completar su obra. Siento que sea Carla, siempre le tuve un gran afecto, pero me queda tan poco tiempo que prefiero encontrarme a gente de mi clase cuando llegue al otro lado.

Denis la escuchaba al borde de la desesperación. No hacía más que pensar en Carla Fantoni. Luego sus manos comenzaron a temblar, pero fue incapaz de articular palabra. Le habría gustado decirle a la cara que era una loca: un alma tan perturbada como la de Larios e igual de culpable de los crímenes de Bonanza; pero luego dedujo que el tumor cerebral era un atenuante a los ojos de Dios. Viendo aquella figura espectral desvaneciéndose ante la chimenea –en el salón donde sus antepasados habían sido tan felices como puede serlo un ser humano– tuvo la certeza de que aquel espacio tenía los días contados. Cuando la fortuna rodara hacia abajo, como sugería el destino fatal de la marquesa, el sueño de aquellos amantes no tardaría en convertirse en un montón de polvo. Haciendo un gran esfuerzo, se acercó hasta ella y le dijo mirándole a los ojos:

–Usted no es la única que sufre, Luisa: todos sufrimos. Todos vamos a morir. Por favor, Luisa...

–Ya le dije que era demasiado tarde.

De repente, Denis se sorprendió asumiendo el drama de Marchena:

–Él mató a mi hija –dijo–. A mi única hija. ¿Lo entiende? Usted no ha tenido hijos.

–Se equivoca, comisario. Yo también tuve una hija antes de casarme: era de Paco. Pero la pobrecilla nació muerta y ya no pude tener más hijos. Nunca se lo dije.

–Entonces sé que me comprende, Luisa.

–Sí –dijo ella–. Siempre nos quitan lo que más queremos.

Aquella frase hirió profundamente a Denis: en ese contexto la imagen de Berta le vino a la mente más dolorosa que nunca. Estaba a punto de derrumbarse y revelar su verdadera identidad. Entonces se percató de que los ojos de la marquesa se encendían por un momento, como si recobrara la vista. Denis comprendió que el llamarla por su nombre había surtido un efecto milagroso, y que de algún modo la había devuelto a este lado del río, a este lado de la vida. Ella movió ligeramente la silla de ruedas, como si quisiera dirigirse a un extremo del salón a buscar algo, pero de inmediato se contuvo. Aquello que buscaba había estado siempre en su regazo, oculto entre sus manos torturadas como si fuera una antigua joya de familia. Respiró hondo. Entonces aceptó definitivamente que iba a morir y que no deseaba ser recordada de aquella manera. Sintió que la sangre señorial de los Miraflores volvía a fluir en libertad por sus venas con toda su grandeza moral. Después, le entregó a Denis las llaves del palacete de Sanlúcar.

–Tenga, comisario. Tarde o temprano nos enfrentamos a lo que somos –dijo ella como si comprendiera de golpe el sentido de la vida–. Al final hay que perdonar por la simple razón de que resulta casi imposible. Todos pensamos en vengarnos del daño que nos hacen los demás. Por eso el no vengarse es una hazaña, el gesto más hermoso que se puede tener.

Y añadió antes de cerrar los ojos:

–Adiós, Marchena. No volveremos a vernos. Dese prisa. Quizá aún pueda llegar a tiempo.

48

Los motivos del asesino

Denis había cometido un fallo de principiante, porque Larios jamás tuvo la menor intención de ir aquella noche al cortijo de Isla Mayor. El wasap de la marquesa que había recibido no dejaba margen para la esperanza: ella apenas era capaz de ponerle unas letras, pulsadas de manera torpe y errática, como la última forma de dar señales de vida. Aquella despedida electrónica había destrozado a Larios, provocándole una necesidad imperiosa de refugiarse en su casa del paseo Marítimo. Pero en el fondo, la verdadera despedida había sucedido antes, cuando ella se deshizo de su compañía de manera irrevocable. La causa nunca quedó del todo clara, pero Larios lo atribuyó a una suma de factores adversa, como todo lo aciago que les ocurre a las personas por su mera condición de humanos. En el caso de Luisa Dávila había sucumbido a un fuego cruzado, algo así como una emboscada del *fatum* donde se daban cita la muerte de su esposo, la amenaza de ruina económica y su propia enfermedad incurable. Sin duda, era un castigo demasiado severo para una mujer culta y refinada que siempre había querido hacer las cosas de una manera digna. Es decir, acorde con las leyes de sus antepasados.

Larios pensaba en ello, tumbado en el sofá, mientras contemplaba con melancolía la estela de vacío dejada por el ocaso. Como cada tarde, constató que el lubricán siempre se mostraba allí, al final del estuario, esperándole para una cita tan antigua como la humanidad. Luego se quedó profundamente dormido. Tres horas más tarde se despertó de un sobresalto y recordó con angustia que aún no había terminado su misión. Ahora lamentaba haber bebido en exceso, porque había dejado escapar un tiempo precioso. No obstante, también sabía que el crimen más difícil siempre es el primero, y que este último iba a resultarle mucho más sencillo. En realidad, había matado a las dos jóvenes por una razón de peso y no sentía el menor remordimiento. En el caso de la hija de Marchena obró por pura venganza: ojo por ojo, diente por diente, creando una coreografía siniestra con el fin de desviar el interés del comisario hacia otro lugar. El narcotráfico. Otro tanto hizo con Lucía Venegas de Terry, cuyo abuelo fascista se ocultaba como inductor de la muerte de su padre y la de otros republicanos refugiados en las marismas. Durante años, Larios trató de olvidar aquella infamia –y en parte lo había conseguido–, hasta que los descendientes de los asesinos volvieron a unir fuerzas para abalanzarse como halcones sobre el cortijo de la marquesa de Miraflores.

La verdad es que Paquito García Expósito le debía todo a aquella familia llena de valores, como la generosidad con los humildes y un profundo sentido de la justicia. Los Dávila le habían descubierto además una forma de vida señorial con criadas y sirvientes cuyo trato era como una caricia. Todos lo adoraban como si fuera el hijo del marqués. En los tiempos de esplendor el cortijo estaba lleno de figuras familiares que circulaban por aquel oasis maravilloso,

iluminado por el fulgor del agua y de los espejismos. Aquel era su mundo y le gustaba tanto que no concebía la vida fuera de la isla. Sobre todo por la marquesita. A partir de ella surgió una línea de luz, esa cosa que llaman amor, el primer deseo. Y se convirtieron en amantes. Luego pasaron las vidas, fluyeron los años como las aguas de un río; pero Francisco Larios seguía prisionero en aquella cabaña de las marismas, tumbado en un camastro elemental junto a Luisa, desnudos, sudorosos, anhelantes, abrasados por las últimas luces del día. Pese al eco lejano de los disparos de los cazadores, se sabían únicos en aquel universo líquido, donde los pájaros regresaban al nido y las ratas de los arrozales se deslizaban en silencio por el agua. De alguna manera portentosa, él continuaba allí, como el príncipe de una fábula infantil que no iba a repetirse, pero en la que tercamente seguía creyendo como un dogma de fe. El dogma absurdo del amor eterno.

¿Y la marquesa? Tras reencontrarse con Larios, ella había terminado frenando la pasión de ambos para seguir con la vida propia de su estirpe. Era demasiado señorita, demasiado apegada a los privilegios, como para ofrecer otra cosa que no fuera una relación adúltera tan inconstante en su curso como el Guadiana. Pero en ningún momento esa existencia regalada y con interludios ardientes la había hecho feliz. Ahora toda aquella feria de las vanidades le quedaba tan atrás como si fuera una película orgiástica protagonizada por otra mujer. El centro de esa vida rutilante había pasado en un soplo, y a raíz del cáncer había vuelto a pensar con insistencia en Larios. La marquesa se había percatado al fin de que él era el único hombre cuyo amor la protegía de verdad: velaba por ella en la distancia envolviéndola con los abrazos de la memoria. Y

Luisa Dávila estaba aprendiendo que en la memoria siempre quedan algunas cosas demasiado preciosas como para correr el riesgo de perderlas.

Recluida en el cortijo, recordaba los tiempos en que Paco le decía que la amaba, la adoraba y se estremecía al pensar en ella. Entonces tenía la impresión de que aquella locura pasional había vuelto a llamar a su puerta como un fantasma del ayer. Lamentablemente, el fantasma ya era otro. La marquesa no tardó en comprobar que su amante se había transformado de raíz: se había vuelto un ser enloquecido y pérfido, alguien huérfano de amor y arrojado a las orillas del rencor y de la muerte. ¿En qué medida ella era la responsable? A veces pensaba que había tenido buena parte de la culpa, porque al cerrarle la puerta de su vida lo había condenado para siempre. Todo lo que Larios había hecho desde entonces no era más que transitar una dolorosa ruta de supervivencia cuyo origen llevaba en secreto. Entretanto aguardaba un giro drástico del guion. Absurdamente, la marquesa no quiso reanudar sus relaciones carnales tras la muerte del marido. Le parecía que el juego ya no tenía razón de ser. Sin la excitación erótica asociada a la vida secreta, la magia de Larios quedaba al descubierto como un jardín misterioso al que se ilumina de pronto con potentes reflectores. Al final, la muerte del marqués como esposo trajo la muerte de Paco como amante; era una cuestión de vasos comunicantes cuyo sentido último sólo cabía en el alma de una mujer. Sin embargo, Luisa agradecía saber que aún le quedaba un alma fiel en el mundo, un hombre capaz de matar por ella. Y así era. Larios no quería que la marquesa siguiera sufriendo, al menos por la suerte del cortijo. Sabía lo que había hecho por protegerla y

sabía lo que debía hacer: defender aquel lugar de amor como una causa. Como una historia a vida o muerte.

Antes de salir hacia la calle Fariñas volvió a pensar en sus víctimas. Las había matado a orillas del Guadalquivir para alimentar la hipótesis plausible del narcotráfico y también la hipótesis misteriosa del templo de Venus. Indistintamente. La clave aquí era volver loco a Marchena. En cuanto a las víctimas, Larios recordó que ambas opusieron resistencia, y en el caso de Lucía Venegas tuvo que emplearse a fondo porque era un puma rabioso. Pero antes preparó a conciencia la trampa. Tras un par de llamadas telefónicas, había logrado convencerla para hacerle un reportaje sobre su trayectoria profesional: una peripecia increíble que cubría desde su época de militante ecologista hasta su ascensión a la cima opuesta, una gran inmobiliaria de la Baja Andalucía especializada en la adquisición de cortijos condenados a muerte. A Larios no le costó demasiado recogerla con su coche en Jerez y descender hasta Doñana donde se consumó la ceremonia de la venganza. Ese combate mortal fue lo que Julio Denis –el intruso que tanto iba a complicar las cosas– había visto aquella tarde desde el porche de la casa abandonada. Luego todo terminó. Sin embargo, en algunas noches de alcohol y soledad, Larios se veía a sí mismo en la orilla, protagonizando la misma escena, viendo cómo la cara de Lucía Venegas se volvía blanca y desaparecía, hundiéndose en el agua, los ojos abiertos y sin vida. Era un infierno. Pero al despertar de esa pesadilla, él pensaba que la codicia de los Venegas de Terry por el cortijo de sus rivales –los marqueses de Miraflores– pasaría imperativamente a un segundo plano tras la muerte de la heredera. Y en esa tregua su amada Luisa podría morir en paz.

Siguiendo el plan homicida, Larios tenía previsto eliminar a Isabel Galán: era lo más lógico si aspiraba a completar la serie de tres, de tres lesbianas. Un reto más para Marchena. Pero decidió renunciar a un argumento tan sofisticado, porque en el fondo nadie disponía de pruebas sólidas de la existencia de un vínculo lésbico entre las víctimas. Sólo él. A decir verdad, lo había descubierto por casualidad una noche de luna llena, cuando salió a pasear de madrugada por la playa de la Jara. Aún faltaba bastante para las célebres carreras de caballos, pero presenció allí otro espectáculo igualmente bello, lleno de pureza y poesía. Tres jóvenes se bañaban desnudas en las aguas del Guadalquivir. Al instante le parecieron diosas paganas, deidades tan antiguas como el río o como los bosques misteriosos de Doñana. Deslumbrado, se preguntó si las sacerdotisas del templo de Lux Dubia honraban de ese modo a la diosa Venus. Nadie podía saberlo, pero le agradó pensar que pudo ser así. De pronto la brisa del río le trajo sus voces, y Larios reconoció el timbre casi varonil de la hija de Marchena, proclamando su amor a una tal Lucía. Luego las tres gracias se rieron y se abrazaron bajo una luz de plata que lo envolvía todo.

Aquella escena inolvidable coincidió en el tiempo con la noticia de los graves problemas económicos de la marquesa y el interés firme de la inmobiliaria de Lucía Venegas por adquirir el cortijo y transformarlo en un hotel de lujo. Larios no podía permitir semejante barbaridad. Entonces urdió el plan de las monedas, basándose en ciertas investigaciones sobre el remoto pasado sanluqueño que efectuó en su etapa del *Diario de Cádiz*. Gracias a esa pista tan desconcertante consiguió desviar la atención de Marchena haciéndole creer que el asesino no era un sicario del narcotráfico

sino un psicópata refinado. Pero en realidad se trataba de un niño herido que sólo deseaba vengarse de los asesinos de su padre y proteger al gran amor de su vida. Aquella argucia, sin embargo, sólo le había servido para las dos primeras víctimas, ya que Larios había comprendido que no tenía nada contra Isabel Galán. Porque ni los suyos habían matado a su padre ni tampoco formaban parte de los buitres que rondaban el lecho de la marquesa de Miraflores.

En el polo opuesto, Carla Fantoni se había hecho acreedora de cruzar el río con una moneda en la boca para pagar al barquero. La tercera. Es cierto que inicialmente él sintió alguna simpatía hacia ella porque pertenecía a la clase social de la marquesa y poseía un carácter excéntrico que le gustaba. Además era culta, rápida, inteligente; pero llevaba un tiempo acercándose a la resolución del enigma, y eso ponía en serio peligro al propio Larios. Este lo supo de forma fortuita gracias a las filtraciones involuntarias de Denis, el pobre ingenuo que le informaba puntualmente de todo con la alegría de un niño que juega a los detectives. También gracias a él tuvo noticia de que la marquesa, en su extravío, había otorgado poderes notariales a Carla. Aunque era casi imposible que se pudiera salvar el cortijo, con toda probabilidad Luisa Dávila la había nombrado heredera de la calle Fariñas. En tal caso, la italiana recibiría el palacete de Sanlúcar con todos sus bienes, y él se quedaría sin nada pese a que Luisa se lo había prometido en una lejana noche de pasión. Larios ni siquiera tenía constancia de un testamento hológrafo. Entonces sintió que debía reparar aquella injusticia clamorosa del único modo que sabía. Se lavó la cara, cogió una pistola y salió del chalet camino del centro. Mientras avanzaba por un tramo del paseo Marítimo, convencido de que la tercera moneda

aún estaba en su poder, creyó ver las aguas del Guadalquivir bañadas por una luna de sangre. Luego se preguntó qué sentiría al matar a Carla Fantoni.

49

La segunda bala

Denis apenas tuvo tiempo de despedirse de la marquesa. Cuando quiso darse cuenta, ya había salido de la casa y sus pies volaban sobre la calzada de piedra que se prolongó en un lecho de grava iluminado por la luna. Escuchó el paso frenético de sus pasos, como si corriera en una playa pedregosa e interminable. Todo le llegaba a fragmentos dispersos, como un espejo roto o un cuadro cubista. Los muros del cortijo, las palmeras altivas, la arboleda hundiéndose en la noche de las marismas. En todo este tiempo jamás miró hacia atrás, porque sentía pavor a quedarse petrificado como una estatua de sal ante una lluvia de fuego. Sólo notaba los latidos de su corazón, un motor desbocado que ahora daba definitivas señales de vida. Ni siquiera las noches de amor con Carla habían conseguido que ese corazón se elevara como un pájaro sobre el silencio sobrecogido de su alma. Ahora sí, porque el miedo es la emoción suprema.

Durante el trayecto pisó el acelerador a fondo, devorando temerariamente el camino polvoriento de la ruta de los peregrinos. No había tiempo. Ahora rezaba para que Isabel Galán hubiera desestimado su propuesta de acudir al cortijo con un gran despliegue policial, porque el desenlace del drama no estaba allí sino

en el centro mismo de Sanlúcar. Por alguna razón, Carla había cambiado de planes quedándose en casa. Y cuando ella le llamó por teléfono para comunicárselo, Denis no tenía cobertura y ya era demasiado tarde. Sea como fuere, él se daba cuenta de que sus errores de apreciación habían facilitado en gran medida el trabajo del asesino. No, jamás sería un buen detective. Si los acontecimientos se alineaban de forma lógica, en estos momentos Marchena y su equipo estarían llegando al cortijo, para asombro total de la marquesa de Miraflores. En paralelo, Larios ya habría ido al palacete de la calle Fariñas para eliminar a la única persona que poseía todas las pruebas para incriminarlo. Muerta Carla, nada más fácil que borrar los datos de su ordenador y volver limpio al chalet del paseo Marítimo. En el mejor de los casos sería su palabra contra la suya –la palabra de Larios–, y Denis intuía que era una batalla perdida. Ante la duda, hasta Juanito se pondría de parte de su ídolo, el gran cronista de la ciudad. En el colmo del absurdo, él se quedaría casi como al principio, como un viudo desconsolado que por azar había sido testigo de un crimen. Ya podía tirar de una vez las cenizas de Berta y volver a casa.

Pero en ese viaje enloquecido a través de las marismas, Julio descubrió que amaba profundamente a Carla. El hallazgo repentino brotaba del peligro inminente de perderla, de la convicción de que ella iba a ser la próxima víctima de la locura de Larios. Entonces rogó al cielo para llegar a tiempo, como si de pronto Carla fuera Berta, como si por un raro designio de los astros se le hubiera concedido el regalo supremo de salvar a su amada. ¿Cuánto habría dado Denis para que el destino hubiera puesto en sus manos la salvación de su esposa? ¿Cuánto? A medida que el auto avanzaba

entre los campos de la noche, comprendió el sentido de todo. En el fondo aquella había sido su verdadera misión en Sanlúcar –ahora lo entendía–, no tanto el arrojar las cenizas de una muerta al río como salvar a una mujer que aún estaba viva: una criatura como cualquier otra, un ser humano, alguien que respiraba y sentía, alguien que había entrado en su vida en el peor momento, cierto, cuando él no era capaz de ver nada, obnubilado aún por el dolor de la muerte, pero que de algún modo se había hecho necesaria. Y al final dueña de su corazón.

Por fortuna estaba llegando. Al pasar por la zona de las Salinas creyó ver una luz brillando en la oscuridad. Por un momento tuvo como una alucinación que le hizo pensar en el Templo de Venus. Según las investigaciones de Carla, el santuario debía alzarse en aquel lugar. En las remotas horas del pasado, miles de años atrás, estas habrían sido las luces de la alegría y del sacrificio, del culto y de la ceremonia. En cambio, ahora no eran más que una ensoñación suya o algún tipo de código luminoso para los narcotraficantes que operaban en el río. En ese momento ya le dio igual, todo le daba igual excepto salvar a su nueva mujer. Denis prosiguió por la calle Puerto de Bonanza y fue dejando atrás el muelle, el faro y el edificio de la «Ager Veneriensis». Luego puso proa a la calzada Duquesa Isabel en dirección al centro. Estaba tan alterado que no buscó aparcamiento al llegar a la calle Fariñas. Abandonó el coche de mala manera justo delante de la puerta de la casa.

Como tenía la llave no tuvo que llamar a la puerta. Al entrar en el primer patio de las columnas no vio luces ni señales de vida. Denis estaba cada vez más ansioso y asustado. Dudaba en acercarse al viejo núcleo de la casa. ¿Y si todo había concluido? La idea de

encontrar muerta a Carla le produjo un temor hondo e irracional. Cabía la opción, eso sí, de que Larios se hubiera retrasado por algún motivo y el drama estuviera aún por escribirse. Aquella posibilidad era su última esperanza. De pronto sonó un disparo. Denis se estremeció y luego saltó corriendo hacia el salón. Todo era antiguo y oscuro, incomprensible. Al llegar allí se quedó quieto en el umbral, paralizado por el desagradable tufo de la pólvora. No le fue fácil interpretar el sentido de la escena, pero supo al instante que todo había terminado. Carla estaba viva.

En síntesis, la agente Galán no había seguido sus indicaciones. Intuitiva por naturaleza, se había dejado llevar por una corazonada y se había presentado en la calle Fariñas con Marchena, segura de encontrar a Fantoni. Como Larios aún no había llegado, pudieron prevenirla y prepararle una encerrona utilizando a la italiana de cebo. Era de manual. Ocultos en la profunda penumbra de la casa, presenciaron la llegada furtiva del cronista y su encuentro con Carla, donde Larios confesó ser el asesino. Luego la encañonó con la pistola. Tiempo después la agente Galán le comentó a Denis que el asesino había confesado no tanto por jactancia intelectual, sino más bien en reconocimiento al talento investigador de Carla Fantoni. En todo caso, el viudo observó el cuadro confuso y chocante que tenía ante sus ojos. La fotógrafa estaba sentada en una butaca de terciopelo de estilo Chippendale. La agente Galán le acariciaba la mano para tranquilizarla, mientras Marchena se alzaba imponente junto al cuerpo malherido de Larios. Entonces el comisario se dirigió a Denis con la calma de quien controla por completo la situación y saborea ya las mieles de la victoria.

–Sabía que era él –comenzó diciendo–, siempre lo supe. Pero necesitaba que alguien me hiciera el trabajo sucio. Y le tocó a usted.

–¿Yo? –repuso Denis, atónito.

–Sí. Usted y la señora Fantoni, que es la inteligente.

–En esto le doy la razón.

–Yo admiro al inspector Colombo, amigo mío, y él me enseñó que para descubrir a un asesino a veces hay que hacerse el imbécil –explicó Marchena–. Seguro que usted pensaba que yo era un pobre *desgraciao*. Es lo que tiene la gente con estudios, que siempre se creen más listos que los demás. Mire a Larios. Ahí lo tiene.

La cara de Denis era todo un poema. Demasiadas sorpresas. Le costó hacerse a la idea de que aquel tipo malherido y de rostro desencajado, que gemía sobre una alfombra de Bukhara, era la misma persona del hotel Guadalquivir. Y sobre todo su amigo. No le iba a ser fácil recolocarlo en el futuro, dejando atrás tantas horas de conversación inteligente y tantas muestras de calor humano. Más allá de esa presencia turbadora, Denis creyó ver al niño asustado que había crecido en las marismas, rodeado de pobreza y de un silencio absoluto que se abatía como un cuchillo a la caída de la noche. Entonces todo se volvía misterioso y oscuro, un mundo que fluía como una corriente llena de alimañas que asustaban a su corazón. Todo lo que había hecho en su vida era alejarse de aquel lugar de la infancia, anterior al cortijo de los marqueses de Miraflores, y luego cubrir su pasado bajo una capa de pintura civilizada: los libros, los viajes, las palabras que derramaba con su rancia oratoria, la edificación de un personaje reconocido por todos, que irrumpía cada mañana a la hora del vermú en la plaza del Cabildo, vestido de lino blanco como un caballero de las colonias. Sin

embargo, allí estaba finalmente, tendido en el suelo, gimiendo de dolor, y con la máscara de Dorian Gray hecha pedazos. Aquella imagen inaudita se iba formando ante los ojos de Denis como el nacimiento vertiginoso de un monstruo oculto bajo apariencia humana.

–No se quede ahí parado –ordenó Marchena, despertándolo de su ensoñación–. Llame a una ambulancia. Lo necesito vivo.

–¿Por qué no llama usted? –repuso Denis muy tenso.

–Porque usted es su amigo.

Mientras se disponía a buscar el número, miró de reojo a Larios. Entonces percibió algo excepcional: los ojos del cronista le pedían que no llamara a ninguna ambulancia. Aquellos ojos claros no estaban suplicando auxilio sino todo lo contrario; de hecho reclamaban otra bala de Marchena. La segunda, la definitiva, la bala de la redención. Sólo después Denis comprendió las razones del ruego silencioso de su amigo. En algún momento Larios había vislumbrado el futuro que lo aguardaba y su alma se desplomó. De pronto se vio totalmente incapaz de enfrentarse a la muerte de Luisa y a la pérdida del cortijo donde había sido tan feliz. Había descubierto que el futuro era un lugar demasiado inhóspito para vivir en él. Por desgracia, la alternativa de recobrar el pasado tampoco era factible ni habitable, porque el pasado es algo que se puede ver pero no tocar. A lo sumo sólo podemos mirarnos en él como a través de un cristal cubierto de polvo. Entonces oyó la voz desagradable de Marchena.

–La muerte habría sido un gran premio para este hijo de puta. Pero se pudrirá en la cárcel.

–No insulte a mi amigo –dijo Denis con un tono amenazador que no había empleado en toda su vida–. La marquesa me contó lo de la cacería. Dejemos a las madres en paz.

Marchena se dio la vuelta en silencio y salió a fumar al patio iluminado por la luna.

50

Epílogo

A la mañana siguiente Julio Denis abandonó la casa de la calle Fariñas en dirección al apartamento de la calle Luis Eguilaz. Sus emociones habían alcanzado una tierra inédita que reclamaba la máxima atención para cerrar un capítulo fundamental de su vida. Dos días después seguía recluido en el ático de su amigo Alberto. Había pasado el día anterior pendiente de varias gestiones, entre ellas prestar declaración en comisaría junto a Carla Fantoni. Como suele decirse en jerga oficial, el caso de «El monstruo de Bonanza» había sido resuelto de forma brillante, para infinito orgullo de Marchena y gran alivio de las risueñas almas de Sanlúcar. Sólo Larios lamentaba su suerte desde la cama del Hospital Comarcal Virgen del Camino –con dos agentes de policía en la puerta–, así como los alumnos del Instituto Juan Sebastián Elcano y todos los adolescentes del país a los que se había privado de una diversión que alimentaba sus más morbosas fantasías.

Aquella mañana de marzo Denis desmanteló con cariño el altar de la repisa de la chimenea y retiró la foto y la urna con las cenizas de Berta. Tras unos días muy intensos había vuelto la calma, y con ella el mandato sagrado de arrojar al río las cenizas de su esposa. Sin embargo, no quería hacerlo solo, pese a que las cosas habían cambiado muy favorablemente desde la tarde de la tormenta de arena. Todo indicaba que se movía en una encrucijada de la que iba

a salir un hombre nuevo; es decir, alguien capaz de enfrentarse a sí mismo con todas sus limitaciones y de afrontar con ilusión los nuevos retos de la vida. Pero antes debía cerrar el capítulo más importante del pasado.

Dos horas más tarde, el barco *Real Fernando* zarpaba del minúsculo muelle de Bajo Guía: era apenas un embarcadero para uso exclusivo del ferry y de la barcaza que cruzaba el río cada mañana para trasladar a una pequeña brigada de sanluqueños que trabajaba en el Coto de Doñana. Aunque no había reunido el mínimo de quince personas necesarias para fletar el barco, aprovechó la influencia de Marchena, que se había convertido de golpe en el héroe de la ciudad. En poco tiempo Denis logró reclutar a algunas figuras principales de su aventura en Sanlúcar. Allí estaba Carla, quien no sólo había resuelto el caso de cuyos laureles se estaba apropiando con descaro el comisario, sino que había obrado el prodigio de devolver el amor al corazón del arquitecto. Luego el resto de elenco. A decir verdad todos circulaban por cubierta como extrañas figuras de un *ballet* orquestado por la pérdida, pero cuyo destino era la paz eterna de los muertos y la resurrección a la vida.

El barco ya había abandonado el muelle y remontó despacio el río hacia las Salinas. Denis había propuesto ese destino con la certeza de que le habría gustado a Berta, que tanto disfrutaba de los lugares distantes bendecidos por la brisa. Esa mañana Marchena sorprendió a todos, pues apareció vestido rigurosamente de negro y acompañado por la agente Galán quien portaba una urna metálica. A su lado se movían los personajes secundarios: la Loli, también de negro, y en un estado de recogimiento que sugería que ella también iba de luto, aunque su muerto oficial había naufragado años atrás en

el mar de otros brazos. En la fase de reclutamiento, Denis incorporó al pescador Josele y a la taxista Carmen, pero no tuvo valor de convocar a algunos personajes ilustres del elenco popular sanluqueño. Había entendido que una ceremonia íntima debía oficiarse en compañía de los imprescindibles, los necesarios, aquellos que podían comprender nuestro dolor e incluso absorberlo para que se nos hiciera más ligero.

Entretanto, el barco seguía remontando el curso del río y estaba arribando a la altura de las Salinas. Era una mañana tranquila y con una atmósfera ligeramente cálida que anunciaba la primavera. Una vez que el barco se detuvo –con el carraspeo atormentado de una gran cafetera oxidada–, Denis se armó de valor para cumplir el último deseo de su querida esposa. En el último segundo, sin embargo, no fue capaz de hacerlo. Le era imposible dar el gran paso que había demorado tanto tiempo y del que dependía su porvenir. De repente se percató de que todos los esfuerzos y avances conseguidos en el sur se topaban todavía con el gran muro de la muerte, que no era otro que empujar una lápida contra la pared, una maldita lápida, y colocarla junto a otras y otras para que todo volviera a ponerse definitivamente en su lugar. Un lugar bastante relativo, claro es, del todo precario e inestable. Porque aunque la calma volviera a reinar en el condado de sus afectos, aquella tormenta lo había cambiado para siempre. Y eso era bueno y era malo, pero había que conseguir que fuera finalmente bueno. Porque estaba bendecido por la vida.

Justo en ese momento miró a Carla Fantoni: la necesitaba más que nunca, como se busca a una compañera que te conduce a un planeta nuevo; pero ella no tuvo el impulso de darle apoyo, porque

había sido educada en el culto a unas formas que respetan en público el dolor de los demás. Paradójicamente, aquella mujer tan enérgica y expeditiva jamás daría un paso que no viniera avalado por el código de sus antepasados. En ese instante decisivo acudió en su ayuda otra mujer que había estado allí desde el principio, en la primera hora, sacudiendo del letargo al viudo desolado que apenas era capaz de ponerse en pie. La Loli. Una diosa popular del barrio marinero, que poseía el don de captar a las personas con un simple golpe de vista. Atenta a todo, le pidió a Denis que le cediera la urna con las cenizas. Lo hizo con humildad, sin afán alguno de notoriedad, ya que jamás había deseado llamar la atención de nadie. Entonces Denis se la entregó casi con reverencia, y luego ella se encaminó hacia la barandilla de babor que daba al Coto de Doñana. Parecía talmente como si presidiera un funeral en tierra firme y con el féretro colocado en el centro mismo de la Iglesia de la Trinidad. Ante la mirada expectante de todos, abrió la urna con las cenizas de Berta Campoy –la mujer que le había llenado tantas horas de soledad– y las fue esparciendo sobre las aguas del río. Durante unos instantes, Denis contempló aquella pálida nubecilla que se desvanecía en la espuma de popa, y tuvo la impresión de que se iba en ella buena parte de su vida. Pero no derramó una sola lágrima porque al mismo tiempo le invadía un sentimiento de total liberación. La única huella en su rostro era el brillo de unos ojos más tristes y más viejos.

Ahora la agente Galán se acercó con su propia urna. Julio Denis no tuvo necesidad de preguntar, ya que dedujo enseguida que se trataba de las cenizas de la hija de Marchena. Poco después notó la

presencia del comisario a su espalda y escuchó su voz gastada por el tabaco.

–A mi hija le metieron pájaros en la cabeza –dijo aludiendo a la asociación de mujeres de Bonanza–. Pobrecilla. Le decían que si tenía que viajar al extranjero, que si tenía que aprender a pintar, apuntarse a cursillos de feminismo... ¿Se imagina? «Tienes que ser tú misma», le decían esas zorras, «tienes que ser libre». Libre, qué cojones. ¡Como si no supiéramos quién lleva los pantalones! Panda de cabronas. ¿Sabe? Yo sólo quería que fuera una buena policía como su padre, sí señor, y que se casara con un hombre decente como yo, y me diera muchos nietos. ¿Era tanto pedir? Dígame, Denis, ¿era tanto pedir?

Isabel y Julio intercambiaron una mirada piadosa, pero no dijeron nada. Habían comprendido que el dolor del comisario seguía tomando el cauce de los prejuicios, es decir, de los recelos seculares hacia la mujer que habían sembrado aquella tierra con la semilla del machismo desde la noche de los tiempos. Era como el río, tan inalterable como el Guadalquivir. Nada lograría hacerlo cambiar de opinión: ni la autoría del crimen a manos de Larios, fuera de toda duda, ni todas las evidencias que se habían acumulado muy lejos de la asociación de mujeres de Bonanza. Pero era lógico. Al exculpar inconscientemente al asesino, Marchena se libraba del pecado de haber matado al padre de Larios y de algún modo haber provocado a la larga la muerte de su propia hija. Era más fácil acusar a aquellas mujeres, que intentaban retomar sus actividades en la «Ager Veneriensis» tras el paso alado del mal.

La agente Galán abrió la urna y la decantó al otro lado de la barandilla. Todos la miraron en silencio, salvo la Loli que estaba

rezando el rosario. El arquitecto reconoció enseguida uno de los misterios de Dolores –la crucifixión de Cristo– que tanto le conmovía al escucharlo en boca de la criada andaluza de la casa familiar. Las palabras santas le infundieron el valor necesario y se acercó a Marchena. Sentía gran pena por él.

–¿Cómo se llamaba su hija? –le preguntó.

–Berta.

–¿Qué?

–Berta, sí, Berta...

Al margen de la sorpresa, Denis tuvo la impresión de que Marchena aún no había llorado la pérdida de su hija. En todo ese tiempo había reprimido sus emociones para seguir viviendo como los demás, como todas esas gentes de Sanlúcar con las que se cruzaba cada día, y a las que debía proteger su vida y el sueño. Pero al final el dique de hormigón se había roto y ahora el corazón del comisario se desbordaba incontenible por las aguas del dolor.

–Berta, mi niña, Bertita –repetía mientras las cenizas se desvanecían en el agua.

Luego Marchena volvió a la realidad. Como si regresara de lo más hondo del infierno, pudo ver al fin el escenario y los personajes principales de la obra. Sólo faltaban Larios y la marquesa de Miraflores. De pronto lo invadió un resto de pudor. Hizo un esfuerzo por sobreponerse y recobrar la compostura; se reajustó la chaqueta desde los hombros y la hizo caer como una plomada que lo devolvía al mundo de los vivos. A su manera acababa de entender que en aquel barco había otros corazones rotos: otras vidas heridas para siempre, y que todos los seres humanos se quedaban solos por culpa de la venganza de la realidad. Y la realidad se servía de un

crimen, un accidente, un engaño, una enfermedad mortal. En este sentido todos viajaban en el mismo barco. El ferry de la pérdida. Durante un tiempo que ninguno de ellos logró reconocer, la fortuna había estado sentándose a su mesa, pero no la supieron vestir con las ropas de la felicidad. Y ahora ya era demasiado tarde.

El comisario se volvió hacia Denis y lo miró con un principio de afecto. Los ojos del viudo madrileño brillaban con el mismo fuego doliente que los suyos. Avergonzado, se percató de que en todo este tiempo nunca le había preguntado por su mujer. Habían vivido muchas cosas juntos, desde la primera mañana en que Denis acudió a la comisaría con aquella historia extravagante del crimen en el río. Pero Marchena no había mostrado el menor interés hacia el drama de su vida. Ahora lo sentía de veras porque en el fondo eran iguales: estaban marcados por la muerte de la persona a la que más querían. En un gesto de dignidad, que vistió de ceremonia, el inspector se secó las lágrimas con un pañuelo y se dirigió a Denis, que permanecía en silencio tras recuperar la urna de bronce que había contenido las cenizas de Berta.

–¿Y ella? –se animó a preguntarle–, ¿cómo se llamaba su mujer?

Durante un instante eterno, mientras el ferry daba la vuelta en dirección al mar, Denis intentó asimilar aquel súbito interés de un hombre que jamás lo había creído, pero que al final había salvado la vida de su nuevo amor. En ese instante, también, le sorprendió enormemente que el otro no hubiera investigado en su vida privada. Para Marchena él sólo había sido un señorito de la capital que se había interpuesto en su camino. Entonces dudó si decirle la verdad. ¿Cómo iba a confesarle que sus muertas llevaban el mismo nombre? Comprendió que si lo hacía, todo iba a comenzar de nuevo. De

forma absurda. En el fondo todo se ocultaba y expresaba en el nombre: las personas, los animales, las cosas, en suma, el universo. Le pareció más prudente ocultar la verdad. Después de tantos años iba a traicionar a Berta por primera vez. Lo prefirió así. Luego buscó en su memoria un nombre que pudiera ser una buena alternativa, hasta que halló la respuesta en lo más antiguo de su corazón. Con una convicción que creía perdida, o como si alguien le dictara desde muy adentro, su niño herido dejó caer el nombre de su propia madre.

–Ángela.

–¡No me diga! –dijo Marchena emocionado–. Angelita, nada menos. Como mi abuela, qué casualidad.

Y luego añadió con una media sonrisa:

–Siempre supe que usted y yo teníamos algo bueno en común.

Al oír aquello, Julio Denis recordó el final de una vieja película que era la favorita de Berta. También allí dos tipos muy distintos aceptaban que su incierto futuro en Casablanca pasaba por la comprensión del otro, y que eso podía ser el principio de una buena amistad. Denis miró entonces hacia la orilla de Doñana y comprobó con alivio que ya no tenía la sensación de que una serpiente lo miraba a través de un agujero. El bosque desprendía un verdor sin mancha –como lo fue el tercer día de la Creaciónmientras una banda de flamencos sobrevolaba con elegante indiferencia los males del mundo. Luego miró hacia proa donde Isabel Galán estaba charlando con Carla Fantoni, como si fueran amigas de toda la vida. Vio cómo la mano de la mujer policía rozaba fugazmente la mano de la fotógrafa. No le importó. Más allá de proa se anunciaba el final del río, y se abría un reino inmenso de color azul cuyo enigma ellas iban

a conocer antes que nadie. En ese preciso instante Denis decidió que iba a quedarse en Sanlúcar una temporada, y que quizá iba a necesitar a Marchena en esa nueva vida donde ya no podría contar con la deliciosa compañía del asesino. Pero al pensar en ello, comprendió también que si quería incorporar al comisario a su círculo de amistades, iba a tener que hacer un arduo ejercicio de voluntad.

Sanlúcar de Barrameda,
enero 2019–agosto 2024

Agradecimientos

Como todos mis libros, esta novela le debe mucho a un grupo de personas singulares. Pero como a cierta altura de la vida las deudas tienden al infinito, habrá que limitarse a lo esencial. En este caso lo esencial es lo de siempre. Familia y amigos. El problema es que las familias aumentan y las amistades disminuyen, y son estas últimas las que recuerdo con mayor nostalgia. Vivan o no. En realidad las personas no mueren, simplemente se quedan encantadas en un cercano lugar. Por tanto, el libro está dedicado a Pere Pineda, Fermí Puig, Amador Vega, Eduardo Laguillo, Felipe Hernández, Cuche Picado, Pepe Gil Vernet y Pere Bardagí. También a Perico de Montaner, Mayda Quiroga y Cecilia Conde Moragues.

Como la novela está ambientada íntegramente en Sanlúcar de Barrameda, es inevitable hablar de Alberto del Cid, Paloma Caro y su círculo, así como de Álvaro Vegazo. También de Piera Garbelli, que conoce el río.

Dicho esto, la novela no habría visto la luz sin el apoyo de Manuel Vilas e Ignacio Martínez de Pisón, así como de los otros miembros del jurado que tuvieron a bien concederme el Premio Internacional de Novela «Ciudad de Barbastro». Otro tanto vale para la editorial Galaxia Gutenberg de Joan Tarrida, y sus colaboradoras: Blanca Navarro y Lidia Rey. Agradezco asimismo el apoyo de Teresa Vilarrubla y Nuria Herrero, de la agencia The Foreign Office. Por último, la novela debería estar dedicada a Pedro Zarraluki, en el

recuerdo luminoso de una amistad eterna. Pero él era todo un caballero y sabía que hay que ceder el paso a las damas.

1 «Y el fango es el mundo.»
2 «Amo la vida.»
3 «Querido amigo.»
4 «Adiós.»
5 «Bobo.»